

300613



UNIVERSIDAD LA SALLE  
ESCUELA DE FILOSOFÍA

INCORPORADA A LA U.N.A.M.

# **TRES DIMENSIONES DE LA PERSONA EN EMMANUEL MOUNIER**

TESIS PROFESIONAL QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
**LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

PRESENTA  
**GERARDO FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ**

ASESOR DE TESIS  
MTRO. JOSÉ IGNACIO RIVERO CALDERÓN

MÉXICO, D.F.

2004



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



UNIVERSIDAD LA SALLE

SOLICITUD DE AUTORIZACION  
PARA LA APROBACION E IMPRESIÓN DE TESIS  
(INDIVIDUAL)

C. DIRECTOR GENERAL DE INCORPORACION  
Y REVALIDACION DE ESTUDIOS  
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO  
Presente

FERNANDEZ

APELLIDO PATERNO

FERNANDEZ

MATERNO

GERARDO

NOMBRE (S)

Número de Cuenta U.N.A.M. 17805520 alumno de la Carrera de: FILOSOFIA

Solicita la autorización de impresión de la Tesis Titulada: "TRES DIMENSIONES DE LA PERSONA EN  
EMMANUEL MOUNIER"

FIRMA DEL SOLICITANTE

OTORGO EL VOTO APROBATORIO

MTRO. JOSE IGNACIO RIVERO CALDERON

ASESOR DE TESIS

(Nombre y Firma)

MTRO. JOSE IGNACIO RIVERO CALDERON

DIRECTOR DE LA ESCUELA O FACULTAD

(Nombre y Firma)

HORTENCIA NEGRETTI RODRIGUEZ  
DIRECTORA DE SERVICIOS ESCOLARES

México, D.F. a 30 de ABRIL del 2004.

*A Aquel por el cual somos y tiene sentido el ser:*

*Dios.*

*A mi esposa, amor fecundo, apoyo, motivo de esperanzas nuevas; fuerza y presencia para crecer juntos; ejemplo de muchas virtudes e impulso en todo momento.*

*A mi madre, de quien siempre e incondicionalmente he recibido lo mejor de sí. Su paciencia y entrega, su infatigable trabajo y ánimo me los llevo como ejemplo. Gracias.*

*+ A mi padre, quien siempre me dio lo mejor de sí; por su permanente alegría y exigencia. Su ejemplo de trabajo y su don de gentes son la mejor herencia.*

*A mis hermanos, de quienes he recibido y aprendido mucho más de lo que ellos imaginan. Gracias por su incondicional apoyo y comprensión.*



*Al P. Pedro Herrasti, guía, apoyo, compañero y padre. De quien recibí las primeras incitaciones para recorrer los caminos de la filosofía, y a quien debo mucho de lo que soy. Gracias por su amistad y ejemplo.*

*A mis primos Arturo, Marucha y Jorge por todos los momentos que pasamos juntos; por todo su apoyo y ejemplo. Gracias por su consejo, estímulo y corrección fraternal.*

*A todos mis profesores: los que están y los que se han ido; gracias por su ejemplo y ciencia. + Mi recuerdo a Don Fernando Anzorena, Don Daniel Márquez Muro, Don Chucho Herrera, Don Jorge Muñoz.*

*A mi tíos + Arturo y + Eloisa, en quienes encontré siempre apoyo, comprensión y consejo. Su recuerdo y su ejemplo de matrimonio los llevo como un recuerdo imborrable y un modelo a seguir.*

*A mis compañeras de carrera, Gabriela, Beatriz y Verónica, y a + Carlos, cuyo recuerdo llevo como un preciado vestigio de amor por lo bello, lo verdadero y lo bueno.*



LLAMAMOS PERSONALISTA A TODA DOCTRINA, A TODA CIVILIZACIÓN QUE AFIRMA EL PRIMADO DE LA PERSONA HUMANA SOBRE LAS NECESIDADES MATERIALES Y SOBRE LOS MECANISMOS COLECTIVOS QUE SUSTENTAN SU DESARROLLO.

*EMMANUEL MOUNIER, MANIFIESTO AL SERVICIO DEL PERSONALISMO, MEDIDA DE NUESTRA ACCIÓN.*





# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	11
<b>CAPÍTULO I. EMMANUEL MOUNIER: UNA PERSONA, UNA OBRA, UN TESTIMONIO</b> .....	19
<b>CAPÍTULO II. LA DIMENSIÓN PERSONAL</b> .....	27
2.1. La persona es espíritu encarnado.....	27
2.2. La persona es un ser trascendente.....	33
2.3. La persona posee una eminente dignidad.....	41
<b>CAPÍTULO III. LA DIMENSIÓN INTERPERSONAL</b> .....	53
3.1. La persona es relación.....	53
3.1.1. Relación con los otros: La comunicación.....	62
3.1.2. Relación consigo mismo: La interioridad.....	64
3.2. La persona es acción.....	70
3.2.1. Acción profética.....	75
3.2.2. Acción política.....	76
3.3. La persona es compromiso.....	78
3.3.1. Compromiso de adhesión.....	84
3.3.2. Compromiso de ruptura.....	86
<b>CAPÍTULO IV. LA DIMENSIÓN SOCIAL</b> .....	93
4.1. El desorden establecido.....	94
4.1.1. El mundo moderno contra la persona.....	94
4.1.2. El capitalismo.....	97
4.1.3. El colectivismo marxista.....	108
4.2. La Revolución personalista y comunitaria.....	118
4.2.1. Líneas de partida.....	118
4.2.2. La Revolución.....	122
4.2.3. Principios de acción personalista.....	133
4.3. La civilización personalista.....	143
4.3.1. Una economía para la persona.....	146
4.3.2. Política y personalismo.....	155
4.3.3. Personalismo y globalización.....	165
<b>CONCLUSIONES</b> .....	177
<b>ANEXO</b> .....	195
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	199



## INTRODUCCIÓN

SI PARA LLEVAR A CABO EL DESARROLLO SE NECESITAN TÉCNICOS, CADA VEZ EN MAYOR NÚMERO, PARA ESTE MISMO DESARROLLO SE EXIGE MÁS TODAVÍA PENSADORES DE REFLEXIÓN PROFUNDA QUE BUSQUEN UN HUMANISMO NUEVO, EL CUAL PERMITA AL HOMBRE MODERNO HALLARSE A SÍ MISMO

*POPULORUM PROGRESSIO, N. 20.*

El presente trabajo de tesis se puede ubicar, dentro del amplio campo de la Filosofía, en la Antropología Filosófica, debido a que su tema central es el ser humano, en cuanto que es *persona*. Pero también puede inscribirse en el ámbito de la Filosofía Social, debido a que se abordan también distintos problemas sociales, es decir, diversos aspectos que tienen que ver con la dimensión social de la persona.

Específicamente sobre el título del trabajo, cabe señalar que ciertamente no existen solamente tres dimensiones de la persona, quizá incluso sería imposible determinar cuántas son, sin embargo, para los fines de la presente obra, nos hemos centrado en tres que a mí me parecen fundamentales; dimensiones que a su vez abarcan otros aspectos esenciales sobre de la persona humana.

Este trabajo de investigación y análisis lo hemos querido hacer desde una perspectiva *personalista*, siguiendo la aguda visión y la profunda comprensión de Emmanuel Mounier, quien sin duda es el principal impulsor del personalismo, en cuanto corriente filosófica, pero también como generador de un gran movimiento que tuvo y tiene grandes incidencias en la historia contemporánea y en la toma de conciencia y de compromiso de muchas personas preocupadas por *hacer vida la reflexión* y por reflexionar sobre los principales problemas que aquejan a la humanidad, es decir, a las personas concretas de carne y hueso, a fin de buscar soluciones eficaces y acordes con la dignidad personal de cada una.

Aún cuando Mounier escribe su obra entre los años treinta y cincuenta, su vigencia es asombrosa, incluso reconociendo que existen también diversos elementos históricos contingentes. Porque él va al centro y al fondo de los problemas antropológicos y sociales, la mayoría de sus propuestas y argumentos son plenamente actuales y, por tanto, aplicables a nuestra realidad contemporánea.

Ciertamente muchas cosas han cambiado desde aquella época:

Aquel relativo primado que la filosofía había logrado reconquistar en el período de entreguerras en Europa, tras el fin de las ilusiones cientifistas a finales del siglo XIX, se ha disuelto en gran medida bajo los golpes de las ciencias exactas y de la técnica, hasta el punto de poner en crisis la misma autoconciencia de la filosofía en cuanto búsqueda de la verdad, y sobre todo de la verdad sobre el hombre. La categoría de persona ha ido debilitándose teóricamente, en el marco de una casi generalizada desconfianza por la categoría misma de lo humano. Los grandes interlocutores históricos del personalismo, sobre todo el existencialismo y el marxismo, aparecen casi como una herencia del pasado, con la cual se le confronta cada vez menos: con el riesgo de considerar, si no el personalismo como filosofía, la misma búsqueda de la persona como una especie de reducto del pasado.<sup>1</sup>

En efecto, ante la crisis de la persona, y más aún, frente a la *crisis del sentido de la persona*, donde los ataques a su dignidad y a su vida personal no tienen precedentes, cabría preguntarse por el futuro del personalismo en el siglo XXI.

Pero precisamente ante este nuevo panorama y frente a estas nuevas amenazas a la persona, parece necesario reproponer el valor de la persona y prepararse para una necesaria refundación,<sup>2</sup> para lo cual Mounier es y seguirá siendo una aportación y una compañía indispensable en este camino que hay que recorrer.

Sin embargo, para muchos la filosofía *personalista* es una gran desconocida todavía hoy, incluso en las facultades de Filosofía, por lo que inicialmente pretendemos dar una respuesta breve a algunas preguntas, sobre todo para quien por primera vez entra a esta propuesta que es siempre actual: ¿Qué es para Mounier el personalismo, o más bien, qué es lo que él espera que sea? Él mismo nos responde de distintas maneras.

El personalismo *comunitario*, como también se le conoce, sitúa a la persona como valor fundamental. El sentido de la persona no puede fundamentarse en sí mismo, de manera abstracta, sino en su relación con los demás (con otras personas) y en general con el mundo que le rodea. Persona es *relación*,<sup>3</sup> tal como lo señala Carlos Díaz, filósofo español y uno de los mejores conocedores de Mounier y su obra.

---

<sup>1</sup> Giorgio Campanini, "La persona, ¿a la deriva?", *Avvenire-Alfa y Omega*, marzo de 2000, núm. 206/30. El artículo completo se encuentra al final de la presente tesis, en los Anexos.

<sup>2</sup> Cfr. *Idem*.

<sup>3</sup> Cfr. Carlos Díaz, "El acontecimiento será nuestro maestro interior", publicado en Internet: <http://www.pangea.org/spie/iem/presentación.html>, en el cincuentenario de la muerte de Emmanuel Mounier.

El personalismo no es como algunos piensan, un sistema político, en concurrencia directa con otros sistemas políticos, tampoco una actitud política, "sino que es un esfuerzo total para comprender y superar el panorama de la crisis del hombre del siglo XX".<sup>4</sup> Sin embargo, esto no quiere decir que rechace el compromiso político, porque no puede sustraerse de ninguna situación en la que el hombre esté implicado e interesado.

Por el deber de compromiso y su presencia en la historia, así como por las luces que proyecta sobre las estructuras de la existencia humana, el personalismo aporta, incluso al análisis político, una contribución directa y perspectivas indispensables.<sup>5</sup>

Por otra parte, cabe señalar que el concepto de *personalismo* no es un artificio de Mounier, y él mismo lo reconoce. Ya había sido utilizada en 1903 por Renouvier para calificar su filosofía; cayó luego en desuso. En los Estados Unidos también fue empleada por algunos pensadores posteriores a Walt Whitman, en sus *Democratic vistas* (1867). Reaparece en 1930 para designar, en un medio completamente distinto, los primeros esfuerzos de la revista *Esprit* —conducida por Mounier— para comprender la crisis política y espiritual que estallaba entonces en Europa. Pero, contrariamente a su sentido original, que es el más común hoy en día, el diccionario Larousse hacía de ella un sinónimo de egocentrismo.<sup>6</sup>

En cuanto *filosofía*, el personalismo determina estructuras: las estructuras del universo personal y también determina las estructuras sociales necesarias para la construcción de una comunidad centrada en la persona o *comunidad personalista*.

El personalismo no va a la persona, sino que parte de la persona. En este sentido, el personalismo es también la afirmación de la persona como un *absoluto*, en el sentido de que no puede ser instrumentalizado por ninguna otra persona ni por institución o grupo alguno.

---

<sup>4</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, tr. de Edgar Rufo, Buenos Aires, Editorial Criterio, 1956, pp. 71-74.

<sup>5</sup> Cfr. *Idem*, p. 75.

<sup>6</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *El personalismo*, tr. León Rozitchner, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1962, pp. 5-7. En los años treinta, en efecto, la definición de 'personalismo' en el diccionario Larousse decía: "Vicio y conducta de quien lo refiere todo a sí mismo". Hoy en día, en la edición más reciente de este diccionario, nos hemos encontrado una definición radicalmente distinta, con dos sentidos: 1. "Trato favorable que se da a determinadas personas según las propias inclinaciones personales" 2. "Doctrina filosófica que se funda en la consideración de la persona como valor absoluto" (*Diccionario Enciclopédico Larousse*, edición 2001, Bogotá, Ed. Larousse, p. 783), lo cual habla ya de la influencia del personalismo como corriente filosófica en la cultura contemporánea.

El personalismo no es algo ya construido y terminado, sino un planteamiento dinámico que, efectivamente posee en su núcleo valores permanentes, pero también es dialéctico, en el sentido que su aplicación y dirección puede variar de acuerdo a la situación histórica concreta donde debe aportar su contribución específica. La tarea del personalismo, en palabras de Mounier, es

llevar al hombre entero, aún lo más eterno de sí mismo, a esa avanzada de lo actual donde se forma el futuro del hombre; no asegurar la permanencia del hombre, sino inventarlo, atento a todo lo que a su alrededor dura, nace y muere.<sup>7</sup>

Busca también reunir todas las fuerzas del hombre, sin desperdiciar las más pobres y sin debilitar las más altas, a fin de rescatarle de todas sus falsificaciones. Esto no lo logrará a través de una excesiva reflexión sobre sí mismo, sino por una especie de salud profunda, como lo señala Mounier – hombre con alas pero con pies de plomo– por lo que entonces el personalismo no buscará “las felices utopías suspendidas de cumbres insostenibles, sino la justicia de todos en medio de todos”.<sup>8</sup>

El personalismo se hace inaprensible para algunos, porque buscan en él un sistema, cuando es, en cambio, *perspectiva, método, exigencia*.<sup>9</sup>

Como *perspectiva*, opone al idealismo y al materialismo abstractos un realismo espiritual, esfuerzo continuado para conseguir la unidad que estas dos perspectivas dislocan. El destino del hombre se contempla aquí bajo todas las dimensiones, material, interior y trascendente.

Como *método*, el personalismo rechaza a la vez el método deductivo de los dogmatismos y el empirismo primario de los “realistas”. Nuestro destino inmediato es avanzar en la historia y hacer historia, aun en una perspectiva eterna donde todo este trabajo humano tuviera su fin supremo más allá de sí mismo.

Como *exigencia*, el personalismo es exigencia de compromiso a la vez total y condicional. Compromiso total, pues sólo es válida la lucidez que realiza y que no se deja reducir a simple crítica. En efecto, tenemos la pasión del hombre, pero para nosotros es una pasión eficaz, y buscamos comprenderla para transformarla mejor. Compromiso condicional, pues si no conservamos firmemente en nuestras manos el timón, el desacuerdo interno del hombre hace oscilar periódicamente el equilibrio de las civilizaciones, ya hacia la complacencia solitaria, ya hacia el aturdimiento colectivo o la evasión idealista.

---

<sup>7</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, “Los equívocos del personalismo”, p. 172.

<sup>8</sup> *Idem*, p. 173.

<sup>9</sup> *Cfr. Idem*, p. 175.

La permanencia del hombre: ésta es la aventura. La naturaleza del hombre: éste es el artificio. Asumir esa aventura, dirigir este artificio a fin de que el hombre, bajo aspectos cada vez más inesperados, sea siempre más hombre: tal es la tarea donde, para nuestra tradición y revolución, dialogan y se impulsan la una al otro.<sup>10</sup>

Así pues, pretendemos aproximarnos, con la ayuda de Mounier, al *misterio de la persona*, no sólo para comprenderla mejor, sino también para ofrecer caminos distintos a quienes buscan transformar la realidad a partir de la persona considerada integralmente, es decir, en sus dimensiones esenciales.

Sin embargo, más de uno se pregunta qué incidencias prácticas tiene el hecho de tener una mejor comprensión de la persona y su valor como tal. Y la respuesta es, como lo ha demostrado la historia, que dependiendo del concepto que se tenga de persona, será el modelo y la medida para construir una cultura, un sistema, una filosofía y una civilización, de acuerdo con esa misma referencia antropológica. Como señala Martin Buber, "un concepto pobre de hombre dará pobres modelos sociales, una visión parcial de la persona dará como resultado sistemas parciales basados en una ideología sobre el hombre y no en su realidad como tal"<sup>11</sup>. Es decir, una visión parcial de la persona o la absolutización de una de sus dimensiones, da como resultado una visión ideologizada del ser humano, puesto que la ideología consiste precisamente en "detotalizar la totalidad" o absolutizar la parcialidad. De lo cual resulta que se sacrifica a las personas a una ideología determinada y se hace girar todo alrededor de ésta que se erige en el absoluto.

Lo que buscamos es pues, interesarnos y despertar en otros el interés por el hombre en su totalidad.

Y sólo se puede conocer la totalidad de la persona y, por ella, la totalidad del *hombre*, si no se deja fuera su subjetividad ni se mantiene como espectador impasible. Por el contrario, tiene que lanzarse a fondo en el acto de autorreflexión, para poder cerciorarse por dentro de la totalidad humana.<sup>12</sup>

Esto es, necesitamos comprometernos e implicarnos en este esfuerzo de comprensión del ser humano, empezando por tratar de comprendernos a nosotros mismos, impulsados por la sabiduría socrática: *Conócete a ti mismo*.

Dentro del quehacer filosófico y a lo largo de la propia historia de la filosofía, la persona ha centrado su atención en los diversos fenómenos que observa a su alrededor; busca conocer y comprender la realidad, pero algunas veces por centrarse demasiado en el aspecto "noemático" del mundo, ha perdido de vista al ser que le da su sentido (aspecto "noético"), es decir, *al que conoce*. En efecto,

---

<sup>10</sup> *Idem*, p. 178.

<sup>11</sup> Martin Buber, *¿Qué es el hombre?*, tr. de Eugenio Ímaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 21.

<sup>12</sup> *Idem*, p. 13.



el cosmos, la realidad toda, parece hacer referencia al hombre y encontrar en él su sentido. Pascal lo dice de manera más bella:

*L'homme n'est qu'un roseau, le plus faible de la nature; mais c'est un roseau pensant. Il ne faut pas que l'univers entier s'arme pour l'écraser: une vapeur, une goutte d'eau, suffit pour le tuer. Mais, quand l'univers l'écraserait, l'homme serait encore plus noble que ce qui le tue, parce qu'il sait qu'il meurt et l'avantage que l'univers a sur lui. L'univers n'en sait rien.*<sup>13</sup>

El personalismo quiere ser, pues, un impulso para ayudarnos a recobrar el sentido total de la persona en comunidad, y al mismo tiempo busca liberar al hombre de falsos dilemas: espíritu o materia; persona o comunidad; individualismo o colectivismo; reflexión o praxis. Es decir, pretende reconciliar, unir al hombre en sus múltiples dimensiones, puesto que el hombre es una unidad inseparable, a la vez que un ser de múltiples relaciones con los existentes.

El mundo moderno ha dividido al hombre; cada pedazo de él se marchita solidariamente: nosotros buscamos recomponerlo y en él reunir el cuerpo y el espíritu, la meditación a las obras, el pensamiento a la acción.<sup>14</sup>

Así, el humanismo que plantea Mounier es un humanismo que se encarna en la realidad del mundo y que al mismo tiempo está abierto a la trascendencia. Puede decirse que es un humanismo con apertura a la trascendencia por su proyección, y a la vez inmanente por su situación histórica concreta. Abre así al hombre a todas sus dimensiones que le son esenciales para su desarrollo integral, —a la vez que constitutivas de su propio ser—. El personalismo busca, de esta forma, ser “un humanismo con voluntad de totalidad”<sup>15</sup>.

Tal es la intención del presente trabajo, que busca presentar la visión antropológica de Mounier, lo más completa posible, tomando como hilo conductor *tres dimensiones de la persona*, dimensiones que nosotros consideramos esenciales, las cuales son como la clave para una mejor comprensión de la persona desde la óptica del personalismo mounieriano.

Es preciso también señalar que, una clave o quizá la clave para comprender a Mounier, es que estas tres dimensiones están insertas o iluminadas siempre por una cuarta dimensión: la dimensión de lo Absoluto o *trascendente*, que es como el motor o la motivación esencial de sus trabajos y afanes. Pero este último punto daría para otro trabajo, por lo que dejamos una puerta de investigación abierta, a la que quizá más adelante podamos abocarnos, pero sobre todo quisiera ser una motivación que invite a otros a su exploración.

---

<sup>13</sup> Blaise Pascal, *Pensées*, núm. 347, Librairie Général Française, Paris, 1972.

<sup>14</sup> Emmanuel Mounier, *op. cit.*, p. 155.

<sup>15</sup> *Idem*.

Finalmente, creemos que no podría comprenderse plenamente el personalismo si no nos situamos en las perspectivas reales de su autor, es decir, si no nos acercamos a Emmanuel Mounier, para poder dialogar de distintas maneras con él. Efectivamente, como toda filosofía, el personalismo no se puede comprender suficientemente, si no se conoce a su autor, al filósofo, a la persona.

No podríamos pues iniciar la presentación del personalismo sin presentar, aunque de manera muy breve, una semblanza de la vida de Mounier, aún cuando sabemos perfectamente que nos quedaremos siempre cortos al tratar de hacer un perfil siempre inacabado de un gran filósofo, de un gran creyente, de un gran padre y esposo... de una gran *persona*.



## CAPÍTULO I

### EMMANUEL MOUNIER: UNA PERSONA, UNA OBRA, UN TESTIMONIO

LA VIDA DE LA PERSONA NO ES UNA SEPARACIÓN, UNA  
EVASIÓN, UNA ALIENACIÓN, ES PRESENCIA Y  
COMPROMISO.

EMMANUEL, MOUNIER, MANIFIESTO AL SERVICIO  
DEL PERSONALISMO, CAP. II.

Emmanuel Mounier nace en Grenoble el 1º de abril de 1905, dentro de una familia de condición modesta. Siempre recordó con orgullo su origen campesino. Pocas semanas antes de su muerte escribía:

Soy un intelectual. Esta palabra evoca una determinada cantidad de atrofias y tics. Me guardaré mucho de crearme exento de ellos. Sin embargo, a menudo vuelvo la mirada con agradecimiento hacia mis cuatro abuelos, campesinos auténticos todos ellos, con la tierra en sus zapatos, levantándose a las tres de la mañana y con un trozo de salchichón en los dedos.<sup>16</sup>

En 1936 Mounier confiesa a su amigo Touchard: "Soy un montañés", y se compara a sí mismo con el agua de un lago de montaña:

Su superficie es de una limpidez casi artificial, sin ninguna onda que la perturbe; pero en el fondo retumba el torrente, y si observáis bien esta superficie ya no os parecerá algo metálico, como un espejo, sino la superficie vibrátil de un ojo húmedo. Si no fuese demasiado hermoso, y por lo tanto un poco pretencioso de mi parte forzar esta comparación, diría que soy como un poco de esa agua. Un temperamento variable, de gustos primitivos, impulsivo, en definitiva, y más dado a la contemplación libre del cielo y de la tierra que a las iniciativas y a los dogmatismos.<sup>17</sup>

Emmanuel padece una úlcera de la córnea que deviene en estrabismo. A los trece años este mismo ojo es reventado por un guijarro que un pequeño colegial había lanzado durante el recreo en el Instituto, y los trozos de lentes lastimaron

<sup>16</sup> Emmanuel Mounier, *Mounier y su generación (A Xavier de Virieu, 1º de marzo de 1950)*, en "Obras Completas IV", tr. de Antonio Ruiz, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1988, p. 465.

<sup>17</sup> *Idem*, (A Pierre-Aimé Touchard, 7 de marzo de 1936), p. 463.

el ojo, por lo que su poder visual queda reducido a menos de una décima parte. Sordo de un oído por una enfermedad que no pudo ser detenida sino hasta los veinte años por un especialista, Mounier experimenta una salud frágil.

Emmanuel pasa su infancia en la campiña de Grenoble, junto a sus padres, sus abuelos y su hermana mayor, Madeleine, quien por estar interna en el colegio, pasa poco tiempo con ella. Al término de su adolescencia, debe elegir su carrera. Su padre, siendo farmacéutico, sueña con un hijo médico, por lo que le orienta hacia el curso propedéutico de Medicina. Por obediencia a sus padres, comienza a estudiarlo aún cuando no era lo que él quería estudiar. Experimenta una fuerte desesperación en esta etapa, hasta que, después de tres años, por un retiro al que asiste, puede ver con claridad qué es lo que él realmente quiere y así se lo comunica a sus padres quienes aceptan su decisión.

Inmediatamente se inscribe en los cursos de filosofía de *Jacques Chevalier* en su ciudad natal, los cuales durarán tres años (1924-1927). El 23 de junio de 1927 defiende su diploma de estudios superiores sobre "*El conflicto del antropocentrismo y el teocentrismo en la filosofía de Descartes*".

Desde 1925 participa y funda diversos grupos con jóvenes de su edad, desde círculos de estudios religiosos y filosóficos, hasta grupos de ayuda y promoción social en barrios muy pobres, como el de Saint Laurent en Grenoble. Todo esto le sensibiliza profundamente en las cuestiones sociales y en el compromiso de luchar contra la miseria.

El 29 de octubre de 1927, a la edad de 22 años, el joven estudiante va a París. Al llegar, entra inmediatamente en contacto con el P. Pouget, por recomendación de Jacques Chevalier. Mounier le admirará profundamente y a él deberá siempre su sólida formación teológica. Hasta 1933, fecha en que muere Pouget, Mounier asistirá periódicamente a sus clases.

Al poco tiempo de su llegada a París, y en medio de muchas dificultades para adaptarse a la gran ciudad, Mounier experimenta un gran sufrimiento: la muerte de *Georges Barthélemy*, el día 5 de enero de 1928, su compañero de clase de filosofía, su confidente y prácticamente su único amigo, cuando tenía la misma edad que Emmanuel: 22 años.

El 28 de julio de 1928 aprueba su licenciatura. Ese mismo año concursa por oposición para la cátedra de filosofía en la Sorbona de París, compitiendo con los más afamados aspirantes parisinos y obtiene el segundo lugar para la cátedra a finales de julio. De 1928 a 1931 es becario de doctorado. Sin embargo, y a pesar de todo, a Mounier no le deja de incomodar el ambiente solemne y altivo de la universidad.

Mientras madura el tema de su tesis doctoral, que oscila entre la *mística española* y el problema de *la personalidad* –inclinándose más por este último

tema, el cual retomará después en su *Tratado del Carácter*—, redescubre a Charles Péguy. Se aboca por completo a su pensamiento, y en lugar de llevar adelante la tesis doctoral, redacta, con el apoyo de Marcel Péguy y Georges Izard, "*El pensamiento de Charles Péguy*", el cual publicará en 1931. Este trabajo fue, por su gran calidad, como su tesis doctoral que realizó fuera del ámbito universitario.

De esta forma ocurren dos acontecimientos: En la preparación de su obra sobre Péguy, se encuentra con Jacques Maritain, quien asesora a los tres jóvenes autores, y a cuya casa después Mounier asistirá asiduamente para participar en las reuniones donde se encontrará con reconocidos intelectuales, entre ellos Gabriel Marcel y Nicolás Berdiaev. Se establece desde entonces una gran amistad personal entre Maritain y Mounier. Por otro lado, el descubrimiento de Péguy le muestra otros caminos distintos a los de la enseñanza, por lo que abandona su prometedora carrera magisterial-universitaria, pero sin perder nunca de vista su intención educativa a través de otros medios, a través una revista de difusión, de inspiración y de impulso para la acción: *Esprit*.

Le mueve a la fundación de esta revista la necesidad de actuar, de combatir los desórdenes de su tiempo y de despertar las conciencias adormecidas en un mundo que se hunde en la mediocridad. Comenta esta idea con Maritain quien acoge favorablemente el proyecto.

A sus 27 años de edad, y después de incansables viajes a todo el mundo para conseguir suscriptores y apoyos para echar a andar este ambicioso proyecto, se celebra el Congreso de Font-Romeu en el verano de 1932, año en que aparece el primer número de *Esprit*.

La revista fue cobrando un prestigio cada vez mayor y su tiraje y calidad también fueron aumentando con el tiempo. La sola calidad de las plumas que ahí escribieron, nos da una idea de la magnitud de su importancia: Raymond Aron, Karl Barth, Georges Bernanos, Camilo José Cela, Jacques Chevalier, Yves Congar, Jean Danielou, Etienne Gilson, Jean Guitton, Georges Gurvitch, Jean Lacroix, Paul-Louis Landsberg, Emmanuel Lévinas, Claude Lévi-Strauss, Henri de Lubac, Georg Lukacs, Gabriel Marcel, Jacques Maritain, Francois Mauriac, Edgar Morin, Maurice Nédoncelle, Paul Ricoeur, Denis de Rougemont, Pierre Teilhard de Chardin, y otras personalidades de esta misma estatura.

*Esprit* nunca fue una revista política ni una revista de puro pensamiento, sino un compromiso. Su objetivo no eran las acciones espectaculares sino el testimonio. "No deseo que se diga de *Esprit* o de los menos malos de nosotros: '¡Qué dinamismo!', sino '¡Qué luminosidad!'", escribía Mounier en mayo de 1934.

En uno de sus múltiples viajes para impulsar la revista y a los colaboradores de *Esprit*, conoce en 1933 a Paulette Leclercq con quien se casa en 1935, en Bruselas, donde residirán algunos años.

1939, la segunda Guerra mundial estalla, los franceses del Norte son invadidos por Hitler, y los de más abajo –régimen de Vichy– se dejan muy pronto gobernar por el mariscal Pétain. En estas circunstancias, la mayoría de los colaboradores de *Esprit* han de vestir uniforme militar. Mounier es destinado a los Servicios Auxiliares del Ejército, y se incorpora a su grupo en Grenoble. Sin embargo, la revista va a seguir saliendo a pesar de las nuevas dificultades: dispersión de los colaboradores y de los lectores, dificultades por la censura. En octubre de 1939 aparece el primer número de tiempos de guerra y continúa hasta mayo de 1940. En este período se publicarán siete números, los cuales, sin embargo, tuvieron que pasar por censura oficial, que les metía tijera y no permitía afirmaciones fuera 'de tono'. Especialmente problemático fue, antes de la entrada de los alemanes en Francia, el artículo de un inmigrado rumano lo cual provocó que *Esprit* estuviera a punto de cerrar y que el director fuera arrestado. Un último número aparece antes del armisticio y del desmoronamiento de la IV República.

A la Guerra mundial se añade una profunda tristeza para Mounier: su primera hija, Françoise, se enferma después de recibir la vacuna contra la viruela. Entró en un estado de inconsciencia, y enseguida se hizo patente que la pequeña no se curaría, por lo que tendría que vivir "en una misteriosa noche del espíritu". Cuando supo la noticia, Mounier le escribió a su esposa:

¿Qué sentido tendría todo esto, si nuestra hijita no fuese más que un pedazo de carne caída en no se sabe qué abismo, un fragmento de existencia sin sentido, y no esta blanca y pequeña hostia que nos sobrepasa a todos, una inmensidad de misterio y de amor que nos deslumbraría a todos si le viéramos cara a cara; si cada golpe, cada vez más duro, no fuese una nueva elevación que –a cada instante, cuando nuestro corazón comienza a acostumbrarse, a adaptarse al golpe precedente– representa una nueva exigencia de amor (...) Desde la mañana hasta la noche, no pensamos en este sufrimiento como algo que nos es quitado, sino como algo que damos, para no ser menos que este pequeño Cristo que se halla entre nosotros, para no dejarlo solo –a él que debe atraernos hacia sí– y para que no esté solo sufriendo con Cristo.<sup>18</sup>

Mientras tanto, el 10 de mayo de 1940 los alemanes comienzan la ofensiva en Bélgica, cuatro días después la ofensiva en las Ardenas, ya en Francia. En este estado de cosas, el número de *Esprit* de mayo ya no se publicará. El 10 de junio se anuncia la entrada en guerra de Italia. El 25 de junio se firma el armisticio franco-alemán, por el que el gobierno francés se instala en Vichy.

Mounier se traslada con su esposa y su hija enferma a Grenoble, posteriormente se instala en Lyon en espera de la autorización para reanudar la publicación de *Esprit*. El 25 de octubre de 1940 llega de Vichy la autorización para reabrir *Esprit*, y se reanuda la edición con enormes penurias económicas. Aquellos números combatientes de 1940-1941, debían también pasar por la censura oficial. A pesar de las mutilaciones a que debe ser sometido cada número, es recibida con mucho entusiasmo por mentes y manos que saben descubrir en

<sup>18</sup> *Idem*, (A Paulette Mounier, 20 de marzo de 1940), pp. 752-753.

esas líneas, mensajes llenos de esperanza y luminosidad. Las suscripciones en los campos de refugiados se multiplican en tan solo tres meses.

Durante su tiempo de residencia en Lyon, Mounier lucha por diversos medios, contra el régimen pronazi de Vichy: Acepta colaborar en noviembre de 1940 en un centro de formación de líderes juveniles en Uriage, donde con el permiso de Vichy, se instala una escuela en un castillo del siglo XIII, "Escuela de jefes de juventud", fundada por Pierre Dunoyer, quien invita a diversos intelectuales a dar conferencias, entre ellos Mounier y Lacroix. La influencia de Emmanuel Mounier –quien asiste con mucha frecuencia– y de la revista *Esprit*, es muy grande en Uriage. Ahí realiza una labor intensa y cobra un impulso inusitado el personalismo, a tal punto, que por los 'ojos' y 'orejas' enviados por Vichy, Mounier es expulsado en julio de 1941.

A finales de enero de 1941 Mounier es convocado en Vichy por Pierre Schäffer, animador del movimiento cultural *Jeune France*, que en un principio fue asociación privada, y luego financiado por el nuevo Gobierno, al que Schäffer en realidad se oponía desde su interior. Emmanuel llega a ser director general adjunto. Sin embargo, debido a su intensa labor, a los pocos meses, Mounier deviene *persona non grata* en las altas esferas del gobierno.

El 25 de agosto de 1941 Mounier se entera que *Esprit* ha sido prohibida. Sin embargo, Mounier no cesa su actividad; esto le permite tener mayor tiempo para investigar y escribir libros, visitar a los amigos de *Esprit* en Marsella, en Toulon, en Grasse, en Toulouse, así como para dedicarle más tiempo a su segunda hija, *Annette*, que había nacido el 15 de agosto de 1941.

Desde la primavera de 1941, Mounier había contactado a Henri Frenay (Movimiento de Liberación nacional), luego a François de Mentón (grupo editor de *Liberté*) y a André Philip (miembro de los grupos *Esprit* en Lyon antes de la guerra y ahora en el Movimiento Liberación), los cuales buscaban la colaboración de intelectuales tras haber fusionado sus organizaciones en el grupo *Combat*, revista y movimiento desde finales de 1941, oficialmente tolerado por Vichy al principio, y luego pasado a la Resistencia. Mounier, como responsable de estudios, elabora textos para los militantes de *Combat*, uno de los cuales es capturado con direcciones, lo que lleva a la captura de cuarenta personas, entre ellas Mounier, quien es arrestado en su domicilio el 15 de enero de 1942.

Es detenido en la cárcel de San Pablo y transferido el 23 de enero de 1942 a Clermont-Ferrand, donde permanece hasta febrero 21, bajo la acusación de que era uno de los principales jefes de un importante movimiento clandestino que había sido descubierto. Ahí aprovecha para iniciar su "*Tratado del Carácter*", al mismo tiempo que forma un círculo de estudio con otros reclusos, y se da tiempo aún para discutir con el médico de la cárcel sobre Nietzsche.



El 21 de febrero, tras ser puesto en libertad, Mounier es sometido a *residencia vigilada* en Clermont-Ferrand, hasta el mes de abril. Después es autorizado a ir a Lyon en *libertad provisional*, pero apenas llegado a esta ciudad, el 29 de abril el ministerio del Interior le confina a un *internamiento administrativo* por una duración indeterminada y sin darle ninguna explicación. De ahí se le conduce el 2 de mayo a *Valsles-Bains*, medida que interrumpe la instrucción del proceso. Continúa trabajando en su *Tratado del carácter*.

Los días pasan sin comunicársele la causa de su reclusión en el hotel de Vivarais, habilitado como cárcel, por lo que el 19 de junio de 1942 decide, junto con otros dos detenidos, iniciar una huelga de hambre, a fin de obtener su libertad y protestar por la arbitrariedad de su detención. Ese mismo día por la tarde, la radio inglesa daba noticia de este acontecimiento.

Aunque su decisión es firme, no deja de cuestionarse sobre el valor de este acto: es consciente que no tiene derecho a atentar contra su vida, ni comprometer gravemente su salud, por lo que en una nota confidencial, pide al médico amigo que le sigue, darle la orden de cesar la huelga el día en que estime que se ha llegado a la zona de peligro grave. Con esto, el médico podrá atestiguar, dado el caso, que la detención de la huelga en estas condiciones no se debe a una incoherencia, sino a un límite que su paciente mismo había fijado con anterioridad, en nombre de sus convicciones.

El 27 de junio, al noveno día de huelga de hambre, Mounier, debilitado, es transferido al hospital de *Aubenas*, con once kilos menos. Ante esta situación, las autoridades se inquietan: tres días después, el 30 de junio, el decreto de internamiento es levantado.

Pero el fin no ha llegado todavía. Mounier y sus compañeros creyeron ser puestos en libertad a su salida del hospital: El 7 de julio eran trasladados a la prisión de San Pablo en Lyon, donde se encontraban los detenidos políticos. La instrucción del proceso avanza muy lentamente, y la consigna es no liberar a nadie. Del 19 al 22 de octubre de 1942, tiene lugar el juicio, en el que el abogado Gounot defiende magistralmente a Mounier. El 30 de octubre, después de diez meses de detención, es puesto en libertad, no habiéndose podido demostrar ninguna acusación contra él.

Debilitado por la huelga, Mounier y su familia van a *Dieulefit*, en los Alpes, para recuperarse y continuar con su trabajo. Con la pequeña *Annette* vivirán de diciembre de 1942 a septiembre de 1944, hasta la Liberación, bajo el nombre de Emmanuel Leclercq, en una pequeña pensión familiar de *Beauvallon*. Ahí escribirá algunos de sus libros ya comenzados en prisión (*Tratado del Carácter*, y el *Afrontamiento Cristiano*). Desde ahí se prepara la reaparición de *Esprit*, con Mounier a la cabeza y la participación de sus viejos y nuevos amigos. En septiembre de 1943 y en 1944 tienen lugar dos 'congresos' clandestinos de *Esprit* en *Dieulefit*.

El 25 de agosto de 1944 tiene lugar la liberación de París, a donde Mounier vuelve inmediatamente. Se pone en contacto con lo que él llama la segunda generación de *Esprit*. París acaba de salir de la ocupación. En el invierno de 1944-45 los Mounier viven en condiciones económicas muy difíciles, pero con un gran ánimo. En diciembre de 1944 reaparece *Esprit*, es decir, seis meses antes que las demás revistas.

Por esas fechas, los Mounier se instalan en Châtenay-Malabry. De 1944 a 1949 realiza largos viajes por el trabajo que implica *Esprit* y además porque su fama iba creciendo dentro y fuera de Francia, y por lo tanto, también las invitaciones a conferencias y a reuniones diversas: 1944, Bélgica; 1945, Suiza y Polonia; 1946, Austria y Bélgica; 1947, África negra, Berlín y la zona francesa de Alemania, Ginebra, Milán, Génova, Florencia, Roma; 1948, Alemania, Austria (en la provincia); 1949, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Noruega.

El 28 de julio de 1947 nace su tercera hija, *Martine*. Es, al mismo tiempo, la época de la *guerra fría* entre las superpotencias que buscan la hegemonía mundial: Estados Unidos y la URSS, y la conformación de los dos bloques. El peligro de otra Guerra era latente. Frente a esta situación, surge el grupo de los *países no-alineados*.

Frente a estas circunstancias, en octubre de 1947 se reúnen en casa de Georges Izard, un cierto número de escritores: Albert Camus, con su revista "Combat", Jean Paul Sastre, Maurice Merleau-Ponty, con "Temps Modernes" y Emmanuel Mounier, entre otros, para manifestar ante la opinión pública la necesidad de no dejar en manos de Norteamérica y de la Rusia soviética todas las iniciativas internacionales. De esta forma *Esprit* ganaba autonomía política frente al partido comunista, y al mismo tiempo mantenía el rechazo a los desórdenes del capitalismo, que ahora trataba de establecerse bajo la forma de la ayuda americana del plan Marshall. El manifiesto "*Primera llamada a la opinión internacional*" iba a ser publicado simultáneamente en *les Temps Modernes* y en *Esprit*, pero sólo apareció en esta última en noviembre de 1947, porque en el último momento Merleau-Ponty, por algunos temores, renunció a hacerlo aparecer en su revista.

El incansable trabajo y el inquebrantable ánimo de Mounier, le ocasionan una crisis cardiaca en septiembre de 1949, a la que no da mucha importancia y considera solamente un accidente de agotamiento, debido a que también los médicos le confirman en este error. Vuelve a retomar sus agotadoras tareas como si no hubiera pasado nada. En febrero de 1950 tiene una segunda crisis y hubo de guardar reposo por algunos días, aunque pronto reanudó la tarea, ya que tampoco aparecía con claridad la gravedad de su estado.

Por fin, el 22 de marzo de 1950 a las tres de la madrugada muere de un ataque al corazón mientras dormía, con tan sólo cuarenta y años de edad, pero vividos con una intensidad sorprendente. Sólo esto pudo detener el ímpetu y la entrega

generosa de sí hasta el extremo, pero no su obra ni su recuerdo, que se mantienen vivos en muchas instituciones y personas.

Su *testimonio*, que llegó lejos, mucho más lejos que su *éxito*, sigue inspirando actitudes, motivando coherencias y despertando inquietudes; hoy continúa empujándonos al compromiso, a la acción y a la reflexión sobre nosotros, sobre los otros y sobre el mundo.

## CAPÍTULO II LA DIMENSIÓN PERSONAL

Y CUANDO HAGAMOS PRESENTES LAS LÍNEAS FUNDAMENTALES DE NUESTRA FILOSOFÍA DEL HOMBRE, VEREMOS QUE LA PERSONA NO ES UNA CÉLULA, NI AUN SOCIAL, SINO UNA CIMA DE DONDE SALEN TODOS LOS CAMINOS DEL MUNDO.

EMMANUEL MOUNIER, *¿QUÉ ES EL PERSONALISMO?*,  
PRÓLOGO.

### 2.1. La persona es espíritu encarnado

Algunas filosofías modernas han dividido al mundo y al hombre en dos aspectos independientes: el material y el espiritual. Presentándose así el fenómeno del “paralelismo psicofisiológico”, como lo denomina Mounier.

Cuando se presenta este fenómeno en el pensamiento humano, quedan incompletas algunas explicaciones y comprensiones sobre la persona humana, a quien se ha desmembrado y separado de sus múltiples relaciones que le son esenciales para su desarrollo como tal.

Y es que, la preocupación del personalismo abarca no solamente *a todo hombre*, sino también *a todo el hombre*. No pretende llevar su reflexión a un solo punto en la consideración del ser humano, sino que trata de mirarlo en toda su amplitud y desde la inmensa gama de posibilidades que posee.

Así considerada, la persona no puede encerrarse en su ego solitario y frágil, ni tampoco perderse en el mundo de los objetos, porque como afirma Buber:

La cuestión de qué sea el hombre no puede ser contestada con la consideración única de la Existencia o 'uno mismo', en cuanto tales, sino mediante la consideración esencial de la persona con todo el ser y de relación con todo ser [...] De la consideración de la Existencia o de 'uno mismo' no resulta más que el concepto y el perfil de un ser espiritual casi espectral y que posee un forma no corpórea y extraña a todo lo corporal.<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> Martin Buber, *op. cit.*, p. 112.

El personalismo, en efecto, no es un espiritualismo, en cuanto que niegue o menosprecie la realidad del mundo material, haciendo de él sólo una apariencia del espíritu. Su camino va en otro sentido, ya que "aprehende cualquier problema humano con toda la amplitud de la humanidad concreta, desde la más humilde condición material a la más alta posibilidad espiritual".<sup>20</sup>

Pero tampoco es un materialismo, en cuanto que reduzca todo a la materia, negando o relegando a un plano secundario otra realidad cualitativamente superior o simplemente diferente de ella. Porque encontraremos que

la mera solución biológica o económica de un problema humano por próximo que se halle a las necesidades elementales, es incompleta y frágil si no ha tenido en cuenta las más profundas dimensiones del hombre. También lo espiritual es una infraestructura.<sup>21</sup>

Pero vayamos más adelante. En primer término, será necesario preguntarnos qué es para Mounier el 'espíritu' y, por otro lado, qué se entiende por 'lo corpóreo' o material. Así pues, será indispensable precisar estos conceptos antes de pedirle otras respuestas.

### 2.1.1. Lo espiritual

Para explicar lo que es 'el espíritu' o lo espiritual Mounier comienza por aclarar los significados erróneos a que da lugar este concepto, rechazando todas aquellas concepciones que falsean su sentido, comenzando por el idealismo y alejándolo, al mismo tiempo, de todo parecido con el "espíritu" del fascismo. Es por eso que "la pueril concepción del espíritu, propia del idealismo, repugna al espiritualismo"<sup>22</sup> auténtico propugnado por el personalismo. Del mismo modo que no se identifica con la "renovación espiritual" que proponen algunos apologistas de la fuerza o de la raza, ni tampoco con "esos vapores de la sangre, esas exaltaciones deportivas o nacionales, ni a la violencia servidora del orden moral, mucho menos a la embriaguez colectiva y a la sumisión al Estado",<sup>23</sup> tal como se presentó en los fascismos.

No se debe entender "el espíritu", tal como lo concibe el liberalismo: "espíritu desapegado, inhumano y graciosamente cómplice de los opresores".<sup>24</sup> Espíritu

---

<sup>20</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 15.

<sup>21</sup> *Idem*.

<sup>22</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria, Obras Completas*, vol. I, tr. Juan Carlos Vila et alio, Salamanca, España, Ediciones Sígueme, 1992, p. 369.

<sup>23</sup> *Idem*.

<sup>24</sup> *Idem*, p. 370.

autosuficiente, egocéntrico, insolidario; coloso lleno de debilidades. Este es precisamente el espíritu de los racionalistas.

"Nuestra búsqueda de una práctica de los medios espirituales es la metodología de esa nueva conducta. Va dirigida tanto en contra de la purificación por el vacío de los idealistas como en contra del abandono al instinto de los realistas".<sup>25</sup>

### 2.1.2. Lo material

Por otro lado, cuando se hable de "lo corpóreo" o de "la materia", deberá también precisarse su sentido y darle su justa dimensión en el contexto personalista, ya que "por abundante y sutil que sea la luz que el espíritu humano puede deslizar hasta las articulaciones más finas del universo, la materialidad existe con una existencia irreductible, autónoma, hostil a la conciencia".<sup>26</sup>

De distintas formas Mounier señala que "el desconocimiento de la materia es la primera forma de materialismo".<sup>27</sup> Lo cual no implica que

aunque destaquemos la materia de la desconsideración en que algunos la tienen, le acordemos una especie de delegación de soberanía. Apreciamos la materia sólo como útil para el hombre; no existe un punto de vista exterior desde el cual podamos mirar a éste y a aquélla en un aislamiento abstracto.<sup>28</sup>

En efecto, la materia y el cuerpo no constituyen solamente

prolongaciones de la actividad espiritual o un medio de acción extrínseco del que podría prescindirse; por el contrario, son una sola cosa con ésta, y significan su expresión inmediata, su aspecto sensible.<sup>29</sup>

Mi materialidad, mi cuerpo, lejos de constituir un mal necesario, es el mediador imprescindible de mi actividad y de mi ser-en-el-mundo. Es el camino por el cual me hago presente a los demás, con quienes me comunico y convivo.

No puedo pensar sin ser, ni ser sin mi cuerpo: yo estoy *expuesto* por él, a mí mismo, al mundo, a los otros; por él escapo a la soledad de un pensamiento que no sería más que pensamiento de mi pensamiento.<sup>30</sup>

---

<sup>25</sup> *Idem*, p. 369.

<sup>26</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 16.

<sup>27</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 179.

<sup>28</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 112.

<sup>29</sup> *Idem*, p. 110.

<sup>30</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, *loc. cit.*

El hombre, cada persona, es una unidad en donde ambas realidades interactúan en un solo movimiento, en un solo acto. Y “el hombre, así como es espíritu, es también cuerpo. Totalmente ‘cuerpo’ y totalmente ‘espíritu’”.<sup>31</sup> El personalismo no pretende rescatar el *cuerpo* o el *espíritu*, pretende restituir a la persona su sentido y ubicarla en su dimensión total, superando así la consideración del hombre como un dilema psicosomático. Desde esta perspectiva “no hay que estorbar la ciencia de la ‘materia’ y la ciencia del ‘espíritu’ con menoscabos o exaltaciones sin valor en el plano de la realidad”.<sup>32</sup>

### 2.1.3. Existencia incorporada

Tal es el universo de la realidad personal: irreductible a una parcela de su ser; indisoluble en su integración única; interactuando sus partes en un todo armónico. Concepción ésta muy lejana a las ‘filosofías de la materia’ y a las ‘filosofías del espíritu’, porque busca ser precisamente una *filosofía de la persona*.

Muy bien se le ha denominado a esta forma de existir ‘personalmente’, como *existencia incorporada*, en la que cada ser humano es un *espíritu encarnado*. Con él se expresa su doble dimensión, sintetizada en una sola realidad. Ni solamente carne, ni solamente psicé. Ambas o ninguna, puesto que nosotros nos preguntamos por el hombre: ni por ángeles ni por bestias.

Esta encarnación, lejos de despersonalizarme, dice Mounier,

es un factor esencial de mi fundamento. Mi cuerpo no es un objeto entre los objetos, el más cercano de ellos: ¿cómo podría unirse en ese caso a mi experiencia de sujeto? De hecho las dos experiencias no están separadas: *yo existo subjetivamente, yo existo corporalmente*, son una y misma experiencia.<sup>33</sup>

Ya se ve cómo esta concepción se opone radicalmente tanto al dualismo –y al monismo– griego que, haciendo un desprecio de la materia, considera al cuerpo como “cárcel del espíritu”, como al dualismo cartesiano que insiste y recalca la separación espíritu-materia, mente-cuerpo y pensamiento-existencia. Esta manera de concebir al mundo y al hombre, recobró nuevas fuerzas bajo su influjo; concepción de la que el mundo moderno todavía no logra sustraerse, teniendo amplia influencia tanto en los modos de vida, como en la base de pensamiento de muchos.

---

<sup>31</sup> *Idem*, p. 12.

<sup>32</sup> *Idem*, p. 15.

<sup>33</sup> *Idem*, p. 16.

Mi corporeidad, mi existencia encarnada, también hay que recalcarlo, no es pura luz, ni mera ductilidad; aunque sí amplia pedagogía, ya que

al impedirme ser totalmente transparente a mí mismo, me arroja sin cesar fuera de mí, en la problemática del mundo y las luchas del hombre... Por la solicitud de sus sentidos, me lanza al espacio, por su envejecimiento, me enseña la duración, por su muerte me enfrenta a la eternidad. Hace sentir el peso de la esclavitud, pero al mismo tiempo está en la raíz de toda conciencia y de toda vida espiritual. Es el mediador omnipresente de la vida del espíritu.<sup>34</sup>

La encarnación tiene entonces múltiples consecuencias, tanto positivas como limitativas. En efecto, es mediación a la vez que peso; presencia, al igual que condicionamiento. Constituye un saludable contrapeso para los seres-en-el-mundo. Así lo describe Mounier:

Estamos embarcados en un cuerpo, en una familia, en un medio, en una clase, en una patria, en una época que no hemos elegido. ¿Por qué estoy aquí en vez de allá, ahora en vez de luego? : un misterioso designio ha decidido esto con anterioridad a toda voluntad de mi parte. Se signan en mí, entrelazadas, las cifras de un destino opresor y de una vocación que es un desafío a todas las fuerzas del mundo. Pero esta vocación no puede abrirse camino sino a través de este cuerpo, este medio, esta clase, esta patria, esta época. No soy *cógito* liviano y soberano en el cielo de las ideas, sino este ser pesado cuyo peso dará una grávida expresión: soy un yo-aquí-ahora; quizá sería necesario enunciar un yo-aquí-ahora-así-entre-estos-hombres-con-este-pasado.<sup>35</sup>

Estos condicionamientos de mi ser personal contribuyen definitivamente a situarme en el mundo y frente a los demás y son, ya lo hemos señalado, una ayuda y un contrapeso a las gravitaciones egocéntricas o idealistas. Este compromiso es una servidumbre, no una maldición. "Contribuye a nuestro equilibrio. Neutraliza el egocentrismo que, sin este equilibrio, nos desviaría sin cesar hacia la muerte de Narciso".<sup>36</sup>

También nuestra libertad es, como consecuencia, una libertad limitada, una libertad situada, encarnada. Mas, ¿esto niega necesariamente el hecho de la libertad humana? Ciertamente, los determinismos que nos rodean, no son una palabra vana. Pero su campo propio está localizado "al nivel de los fenómenos materiales a gran escala".<sup>37</sup>

El hombre, si bien permanece concretamente ligado a numerosos y cerrados determinismos, "cada nuevo determinismo que el sabio descubre es una nota más en la gama de nuestra libertad".<sup>38</sup>

---

<sup>34</sup> *Idem.*

<sup>35</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 41.

<sup>36</sup> *Idem.*

<sup>37</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 14.

<sup>38</sup> *Idem.*



El mundo material, el mundo de los determinismos que el hombre aprovecha, y su existencia incorporada, no niegan la libertad: son la condición para ejercerla en el mundo. Apoyándome en éstos, puedo construir mi libertad.

Mi persona está encarnada. Por tanto,

nunca puede desembarazarse enteramente en las condiciones en que está colocada, de las servidumbres de la materia. Más aún: no puede elevarse sino pesando sobre la materia. Querer esquivar esta ley es condenarse anticipadamente al fracaso: quien quiere hacer de ángel, hace de bestia. El problema no está en evadirse de la vida sensible y particular, entre las cosas, en el seno de las comunidades limitadas, a través de los acontecimientos, sino en transfigurarla.<sup>39</sup>

Hay pues, que reconocer tanto a lo sensible como a lo espiritual, su justo papel en el ser del hombre y en sus múltiples relaciones con el ente, así como tener siempre presente su existencia encarnada, con todo lo que ello implica. De lo contrario se puede caer en los excesos de algunas filosofías modernas y antiguas y de impregnar la cultura con estas categorías. Algunas de estas concepciones, lo hemos visto, han tenido indudables repercusiones en los hombres concretos, en distintas épocas y culturas. Por eso, como afirma Mounier, "una restauración del sentido de la persona debe hacerse en todas sus dimensiones a la vez. Si se impulsa por un sólo lado, se corre el riesgo de un mal mayor".<sup>40</sup>

Reconocer y aceptar la existencia encarnada, así como valorar la dimensión material de la persona no implica, sin embargo, que la materia tenga primacía sobre otras realidades de la persona por lo que es necesario recordar la ambivalencia de esta realidad cercana: La naturaleza, no constituye el mal del hombre: la encarnación no es caída. "Pero como es el lugar de lo impersonal y de lo objetivo, en una *ocasión* permanente de enajenación. La miseria nos abrumba tanto como la abundancia".<sup>41</sup> Habrá que ver qué uso le da el hombre, qué capacidad de señorío ejerce sobre aquélla. De él depende en definitiva.

Esta antropología pone de manifiesto el principio de que,

la ligadura vital de la acción humanista no es ni el hombre subjetivo ni la materia, sino la ligazón humana del hombre con la materia, la hegemonía que el hombre ejerce sobre la materia como sobre sí mismo.<sup>42</sup>

Hemos puesto de manifiesto hasta aquí, dos dimensiones propias de la persona que ciertamente no son las únicas ni se puede pretender reducir al ser humano a ambas.

<sup>39</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 207.

<sup>40</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 209.

<sup>41</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 13.

<sup>42</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 112.

En efecto, se puede hablar de otras categorías propias de la persona, como la temporalidad, el compromiso o el amor. En este mismo estudio abordaremos otros aspectos del hombre, como: la comunicación, la trascendencia y su relación con los demás.

## 2.2. La persona es un ser trascendente

Hemos dicho que el hombre es un ser natural, ya que por su cuerpo forma parte de la naturaleza y está inmerso en ella. Pero, ¿es solamente un ser natural, un mero juguete de la naturaleza, un objeto entre los objetos? Dice Mounier: "Hundido en la naturaleza, al surgir de ella, ¿la trasciende? La dificultad consiste en pensar bien esta noción de trascendencia".<sup>43</sup>

Nos encontramos aquí con otra faceta que convive con el ser de la persona: la trascendencia. Serán necesarias las precisiones convenientes que nos sitúen en la perspectiva auténtica de esta dimensión pocas veces consideradas por algunas antropologías. Lo haremos bajo las perspectivas que propone el "padre del personalismo" a lo largo de su obra.

Al hablar de trascendencia no siempre se tiene claro su sentido, algunas veces debido a las imprecisas representaciones que de ella nos hacemos.

Nuestro espíritu se resiste a representarse una realidad que esté enteramente sumergida en otra por su existencia concreta y sea, sin embargo, superior por el nivel de existencia. No se puede estar a la vez en la planta baja y en el sexto piso, decía Leon Brunschvig. Esto es ridiculizar con una imagen espacial una experiencia que el espacio no puede transcribir.<sup>44</sup>

El hombre es un ser natural ciertamente, pero no únicamente. Es alguien más que un ser natural ya que

se singulariza por una doble capacidad de romper con la naturaleza. Sólo él conoce este universo que los devora y sólo él lo transforma; él, el menos armado y el menos potente de todos los grandes animales. El hombre es capaz de amor, lo que es infinitamente más todavía. El cristiano agregará: el hombre se ha vuelto capaz de Dios y colaborador suyo. No deben olvidarse los reflejos salivares, pero tampoco cabe obsesionarse por ellos.<sup>45</sup>

El hombre se manifiesta con cualidades que lo distinguen de los demás seres naturales. Es el único ser consciente de su ser y de sus alcances, el único que

<sup>43</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, loc. cit.

<sup>44</sup> *Idem*.

<sup>45</sup> *Idem*.

sabe que sabe y el único que puede transformar su medio y orientar su destino; sólo él tiene capacidad de dominio sobre los demás seres. A diferencia de los demás seres que le rodean, el hombre, "de sus instintos más primarios, comer, reproducirse, hace delicada artes: la cocina, el arte de amar".<sup>46</sup>

Para precisar entonces la noción de trascendencia, tal como la concibe Mounier, hay que subrayar que

una realidad trascendente a otra no es una realidad separada que planea por encima de ella, sino una realidad superior en calidad de ser, que la otra no puede alcanzar por un movimiento continuo, sino mediante un salto de la dialéctica y de la expresión.<sup>47</sup> Ahora bien [...] siendo las relaciones espirituales de intimidad en la distinción, y no de exterioridad en la yuxtaposición, la relación de trascendencia no excluye la realidad trascendente en el corazón de la realidad trascendida: Dios, dice San Agustín, me es más íntimo que mi propia intimidad.<sup>48</sup>

Por todo esto, cabe señalar que la trascendencia no es un concepto ajeno a la propia experiencia humana. En efecto, esta realidad forma parte del ser personal, es una dimensión que le es esencial y que percibe de múltiples maneras.

Tal relación esencial es experimentada en el movimiento de personalización, como realidad que desborda el ser del hombre, como abundancia que él no puede contener en su propio ser. En efecto, como dice Mounier,

al afirmarme, experimento del mismo modo que mis actos más profundos, que mis creaciones más altas, surgen en mí como a pesar mío. Soy aspirado hacia el otro. Mi libertad me viene como dada, sus más altos momentos no son los más imperiosos, sino los momentos de distensión y de ofrecimiento a una libertad encontrada o a un valor amado.<sup>49</sup>

La persona se percata de sí como ser incompleto, inacabado. "La persona no es el ser, es movimiento hacia el ser, y sólo es consistente en el ser al que apunta".<sup>50</sup> Es un ser hecho para superarse infinitamente a sí mismo, como intuía Pascal.

Pero, más que avance, el hombre es rebasamiento: "la superación de la persona por sí misma no es sólo pro-yecto: es *elevación* (Jaspers), sobrepasar".<sup>51</sup>

Así, la aspiración de trascendencia viene dada con su ser humano, anida en él. No es una percepción exterior, ajena a nosotros, pues, si la trascendencia sólo

---

<sup>46</sup> *Idem*, p. 12.

<sup>47</sup> *Idem*, p. 40.

<sup>48</sup> *Idem*.

<sup>49</sup> *Idem*, p. 41.

<sup>50</sup> *Idem*.

<sup>51</sup> *Idem*, p. 40.

fuera "un estado fuera de nuestra aprehensión, ¿de qué manera podríamos percibirlo como un movimiento interior? Nuestra existencia es como un acto solicitado por nosotros".<sup>52</sup> Jean Lacroix lo explica mejor: "lo trascendente, en efecto, no se encuentra *al término* de lo inmanente, sino en cierto sentido, es lo que lo constituye, lo que lo consolida desde dentro y le da su sentido".<sup>53</sup>

El ser humano no llega a explicarse plenamente, sin esta dimensión, sin esta experiencia fundamental. Ni tampoco adquiere sentido para él aquello que le rodea si desaparece de su experiencia tal elemento constitutivo de su ser. Su mundo pronto se torna inexplicable, sin sentido ni fundamento.

Esta experiencia, esta búsqueda es esencialmente un fenómeno humano, fundamental de su ser. Esto no implica que el nuestro sea un mundo ilimitado. Como Coreth, señalaremos que, "cierto que es el nuestro un mundo siempre limitado; pero jamás cerrado, jamás definitivamente establecido, sino un mundo por esencia con fronteras abiertas".<sup>54</sup>

Lo experimentamos como un mundo ilimitado, en cuanto que nosotros nunca lo captamos en toda su extensión, sino solamente aprehendemos fragmentos de la realidad; sólo algunos aspectos inmediatos. "Pero en la misma medida en que somos conscientes de la limitación, vamos continuamente más allá. Seguimos preguntando, hacemos nuevas experiencias, ensanchamos nuestro horizonte".<sup>55</sup>

La trascendencia no es entonces una experiencia que se lleve a cabo fuera de los límites de este mundo ni prescindiendo de las realidades inmanentes. Se lleva a cabo juntamente con la experiencia de la encarnación del hombre. Es una experiencia que parte del ser del hombre pero que lo rebasa, lo proyecta.

Jaspers, según Mounier, se asoma a la trascendencia por otras vías, en particular, cuando hace referencia a las situaciones-límite; situaciones con las que me enfrento, pero sin poder dominarlas, rebasando mis posibilidades y mi comprensión. Tales situaciones-límite

se presentan bajo un aspecto negativo; en nuestra condición, no podemos mirar por encima o por detrás de la exigencia que nos presentan, son muros contra los cuales chocamos. Pero al mismo tiempo me ponen en contacto con un aspecto oscuro del mundo que no puede ser objeto de conciencia, aunque es aprehendido en el propio fracaso, como transfigurando el fracaso. En esta proximidad hostil que

---

<sup>52</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, tr. de Daniel D. Montserrat, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1973, p. 203.

<sup>53</sup> Jean Lacroix, *Marxismo, existencialismo y personalismo*, tr. Ramón y Ángeles Bayés, Barcelona, Fontanella, 1969, p. 104.

<sup>54</sup> Emerich Coreth, *¿Qué es el hombre?*, tr. Claudio Gancho, Barcelona, Herder, 1985, p. 251.

<sup>55</sup> *Idem.*

es la parada límite, se revela el lejano absoluto, lo inabordable, como *presencia en la noche, Deus absconditus*.<sup>56</sup>

### 2.2.1. Dirección de la trascendencia

Al pretender acercarnos de esta forma a la trascendencia como fenómeno humano, nos preguntamos ¿tiene una dirección la trascendencia?, ¿cuál es el término del movimiento de trascendencia? Dice Mounier:

Jaspers se niega a nombrarlo. Varios pensadores contemporáneos hablan de los 'valores' como de realidades absolutas, independientes de sus relaciones y conocidos *a priori*. Pero los personalistas son renuentes a entregar la persona a estos impersonales; así pues, la mayoría intenta personalizarlos de alguna manera. El personalismo cristiano va hasta el límite: todos los valores se agrupan para él al llamado singular de una Persona suprema.<sup>57</sup>

Esta es la cuarta dimensión de la que habla Buber, al referirse a las múltiples relaciones esenciales del hombre y, la cual penetra siempre a las otras tres. En efecto, dice que:

Esta triple relación vital del hombre es: su relación con el mundo y las cosas, su relación con los hombres, tanto individual como pluralmente y su relación con el misterio del ser, que penetra en aquellas otras relaciones pero que las trasciende infinitamente, misterio que el filósofo denomina lo Absoluto y el creyente Dios, pero que ni siquiera quien rechaza ambas denominaciones es capaz de eliminarlo realmente de su situación.<sup>58</sup>

El hombre no es un ser cerrado en su propio mundo, no cabe en sus propios límites sino que

se encuentra ante un camino abierto, más allá de la adaptación, más allá de la muerte individual, más allá de lo adquirido y de lo cumplido. Diferentes tradiciones personalistas pueden concebir de distinta manera esta superación: algunos la abren sobre la trascendencia de un Absoluto, otras la refieren solamente a un poderoso movimiento donde el espíritu se deja reconocer en sus signos inmediatos: interioridad, libertad, generosidad.<sup>59</sup>

La persona no es lo hecho (*factum*), sino lo que está por hacerse. No es el dato sino la promesa que ahí se contiene. No es la imagen de su presente, sino su

<sup>56</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 210.

<sup>57</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 42.

<sup>58</sup> Martin Buber, *op cit.*, p. 107.

<sup>59</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, tr. de Julio D. González Campos, Madrid, Taurus, 1976, p. 93.

proyección al futuro; aquello hacia lo que tiende y en lo que encuentra su sentido más pleno.

El existente humano es siempre más de lo que es (en el instante), aunque no sea todavía lo que él será.<sup>60</sup> Porque mi persona [...] está siempre más allá de su objetivación actual, *supraconsciente* y *supratemporal*, más amplia que las visiones que de ella tengo, más interior que las construcciones que de ella intento.<sup>61</sup>

El ser humano no es tanto lo que tiene asegurado en sus manos, sino que vale por la aventura hacia la que se lanza. No es la seguridad del status adquirido, sino ese impulso hacia la expedición humana, hacia un nuevo descubrimiento con su correlativo de riesgo y aventura. Tal es la condición del hombre; tal es el dilema de la libertad y es también el camino de la persona por el cual llega a ser tal.

Y es precisamente el anhelo de trascendencia el que le abre a dichas posibilidades. Así sucede al autor con su obra literaria; al padre y la madre con su hijo; al pintor y al músico con sus realizaciones artísticas. En todos ellos se manifiesta, de algún modo, el deseo de trascender, de permanecer, aún después del momento de su inminente ausencia. Aquí se hace más claro el anhelo de *permanencia*, ya sea en la obra, en la memoria o en el hijo, imagen de quien le transmitió el ser.

El ser personal no se conforma con el horizonte limitado que percibe. Busca ensanchar sus fronteras, aún de aquello que no es inmediatamente visible o perceptible a sus sentidos. El progreso humano, refleja de algún modo este fenómeno humano, esta dimensión y aspiración esencial.

En este sentido, la persona, dice Mounier, es movimiento para ir siempre más lejos [...] "funda un orden inverso a la adaptación y a la seguridad. Adaptarse es reducir la superficie amenazada y hacerse semejante a lo que es, al precio de lo que puede ser".<sup>62</sup> Aquí debe señalarse que "la aspiración trascendente de la persona no es una agitación, sino la negación de sí como mundo cerrado, suficiente, aislado en su propio surgimiento".<sup>63</sup>

No cabe pues, en estas perspectivas personalistas, la noción objetivante de la trascendencia que hace de ésta "un dato, una situación elevada, que se imagina siguiendo el esquematismo de los planos superpuestos, lo que nos entrega a groseros *quid-pro-quo*s de orden espacial".<sup>64</sup> De este modo, solamente se haría de la trascendencia una mera caricatura, un concepto inasible y lejano, sin relación con las personas.

<sup>60</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 57.

<sup>61</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 67.

<sup>62</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 41.

<sup>63</sup> *Idem*.

<sup>64</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 203.

La trascendencia es una experiencia que apunta –desde la carencia– hacia la abundancia; es la plenitud no actual, plenitud creadora y creativa. Es aceptar un *algo...* un *alguien* más que *yo mismo*. Es salir de mi ego al encuentro de *lo otro* y reconocerlo como tal; reconocer que yo no soy todo ni el todo, aceptar mis proporciones; entender que yo no determino lo que percibo.

Esto no es una fuga, ni es huir de lo desconocido o darle un nombre, sino salir al encuentro de aquello que percibo como una llamada, como una propuesta de llegar a ser algo más de lo que ahora soy. Es invitación a aceptar al *otro*, no como proyección de mi *yo*, no como reflejo de mis avaricias egocéntricas, sino como *alguien* igual, –o mejor dicho, *semejante*– a mí siendo él mismo. Y al aceptar a los otros, aceptar también la presencia de un Otro, ensanchando así los horizontes perceptibles y las metas propuestas. Es, en fin, asumir la propia contingencia ontológica.

Hay que añadir inmediatamente que la trascendencia no es la última explicación de un fenómeno, como lo confirma Lacroix. No es

el último eslabón de la explicación, sino más bien lo que impide la existencia de un último eslabón: en este sentido *la trascendencia nos obliga a inclinarnos por una significación del mundo, a darle su sentido.*<sup>65</sup>

La trascendencia, lo trascendente, dice Buber, es como

aquel misterio que se presenta ante nosotros y nos exige que le entreguemos también lo último, tan arduamente conquistado, el reposo en el propio ser, que rompamos los límites del 'yo mismo' y que salgamos al encuentro de la alteridad esencial.<sup>66</sup>

En efecto, el personalismo no es tanto una filosofía del 'yo' sino más bien del 'tú'; y más exactamente, del '*nosotros*'.

La persona no es lo acabado, lo totalmente hecho. La persona *es*, pero tiene que hacerse; es don pero también tarea; *natura et cultura*. Es perfección nunca terminada, pero incesantemente conquistada.

El ser personal no se conforma en su ser actual, busca superarse y superar lo que es. Es continua búsqueda y dinamismo creador que avanza hacia nuevos horizontes. No acepta lo ya adquirido, sino que aprovecha esto para nuevos retos, para inventar nuevos caminos. Mounier señala que la trascendencia del hombre se manifiesta desde su capacidad creadora, desde su actividad productora y, puede decirse también, en su índole inquisitiva. Sobre todo porque el ser personal es un ser de relación, y no mónada infecunda. Es el único ser

---

<sup>65</sup> Jean Lacroix, *Marxismo, existencialismo, personalismo*, p. 101.

<sup>66</sup> Martin Buber, *op. cit.*, p. 110.

que tiene la capacidad de salir de sí e ir hacia lo que no es él, pero tiene también la capacidad de romper con el mundo exterior y de entrar en sí y descubrirse.

La persona es movimiento-hacia y movimiento-sobre, es decir, no solamente es *avance* sino también *salto*. Tal es su dialéctica esencial y es también la diferencia del hombre con el universo que le puede devorar y aplastar, pero no dominar.

El hombre, dice Coreth, "se actualiza en tanto que se trasciende, lo cual acontece en cada auténtica 'apertura' y entrega a la verdad [...] al valor personal y a la comunidad".<sup>67</sup> Realiza su propio ser superándose, puesto que "el hombre es trascendencia".<sup>68</sup>

En su *Introducción a los Existencialismos*, cuando habla de la trascendencia, Mounier aborda algunas perspectivas de algunos existencialistas respecto al ser y la trascendencia, donde se refiere de modo particular a Sartre y a Heidegger.

Para Sartre, cuando se habla de plenitud (ser-en-sí) lo refiere únicamente a la macidez. Es un ser que

no tiene vida interior, ni pensamiento pensando su pensamiento, ni luz de luz, ni conciencia de sí, ni palpación de la inmanencia: es opaco a sí mismo, precisamente porque está lleno de sí mismo [...]. Está aislado en su ser y no tiene ninguna relación con lo que no es él. Es plena positividad suntuosa.<sup>69</sup>

"El ser 'se revela como es'. No tiene potencia, todo es actual. No tiene secreto, todo es manifestación".<sup>70</sup> Se define al ser, bajo el aspecto de objeto, como "identidad pura de sí mismo consigo mismo".<sup>71</sup>

En Heidegger la trascendencia significa, primero, la trascendencia de la existencia sobre la nada; segundo, la trascendencia del existente respecto al mundo y tercero, la trascendencia del mundo respecto al existente.

Mounier distingue así *tres nociones de trascendencia*.<sup>72</sup>

1. La noción estática de *corte* o *fisura* ontológica, de la cual Sartre, con diversos nombres, hace un uso abundante. Por ejemplo, hay fisura entre el ser y la nada en la existencia humana.

<sup>67</sup> Emerich Coreth, *¿Qué es el hombre?*, p. 249.

<sup>68</sup> *Idem.*

<sup>69</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 198.

<sup>70</sup> *Idem.*

<sup>71</sup> *Idem.*, p. 199.

<sup>72</sup> *Cfr. Idem.*, en *Obras Completas*, vol. III, tr. Carlos Díaz, Salamanca, Sígueme, 1990, p. 186.



2. La noción prospectiva de *proyecto* (o transprocedencia). Esta es la 'trascendencia' del ser perpetuamente arrojado delante de sí en Sartre y Heidegger, sin que por ello sea elevado a un modo de ser superior o a una plenitud más acabada. Sólo se trata aquí de una inmanencia articulada y proyectada, puesto que al fin y al cabo es hacia él mismo hacia lo que se proyecta el existente.
3. Señala Mounier, por último, la *trascendencia* propiamente dicha (transascendencia, según Jean Wahl), que es, en el corazón de la existencia, la experiencia de un movimiento infinito o, al menos indefinido hacia un ser-más, movimiento tan inherente al ser que se acepta o se rechaza con él.

A partir de esto, se señalan dos vías para abordar la trascendencia. La primera se encuentra en la experiencia general de *rebasamiento*. Esta experiencia implica un reconocimiento del ser, la aceptación de un movimiento libertador en lugar de la obsesión del ser dominado que impera en la ontología de Sartre. En fin, es una experiencia de inexhaustividad del ser.

En segundo lugar y muy próxima a esta primera experiencia, está la experiencia del *desbordamiento*. Yo no puedo contener mi existencia.

En mi pensamiento ya hay más que mi pensamiento; en mi voluntad querida hay otras sordas voluntades que me llevan más allá de mis objetivos conscientes, y a veces a la inversa.<sup>73</sup>

"Mi ser no es mi vida" dice Mounier, haciendo referencia a Marcel, y continúa:

Es desposeimiento incesante del 'mí mismo', es descubrimiento de lo que en mí me lleva a mí mismo, apelación o recurrimiento a un ser mejor que mi ser empírico, que mi ser actual o que mi ser individual.<sup>74</sup>

Diferente a la de Sartre es la perspectiva que del ser tiene el personalismo. No es el ser una realidad vacía (la nada) ni tampoco lo lleno de sí. El personalismo reconoce al ser como es. Así,

cuando me coloco delante del ser como un observador, lo que es aquello que yo no puedo disponer completamente, pero que me es dado, al menos en parte. Visto del interior, es lo que se sobrevive: no sólo identidad de sí consigo, que es una especie de inexistencia extendida, sino la superabundancia y el rebasamiento; en una palabra: la plenitud creadora. Aceptar el ser es aceptar que hay, delante de mí, otro que yo mismo, y en el ser, otro ser que el ser actual. Tenemos ahí una potencia positiva del movimiento: la plenitud no actual, movida por su superabundancia interior. La idea de plenitud creadora ocupa una situación central

---

<sup>73</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, tr. de Daniel D. Montserrat, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1973, p. 208.

<sup>74</sup> *Idem*.

en la ontología. Expresa a la vez la abundancia y la carencia que caracterizan nuestra experiencia de ser.<sup>75</sup>

El humanismo que propone Mounier, ya lo señalamos antes, es un *humanismo abierto*, no cerrado ni replegado sobre sí; es expansión al ser, sin dejarse atrapar en el 'sí mismo'. Y es, por eso, más que una *antropología de la mismedad*, una *antropología de la alteridad*. Se abre a los otros, a lo otro y al totalmente Otro.

### 2.3. La persona posee una eminente dignidad

Hemos pretendido, de esta manera, acercarnos a la trascendencia como dimensión propia del hombre. Este aspecto de la persona, así como su existencia incorporada, nos permiten aproximarnos mejor al tema de la dignidad personal. Ambas dimensiones son, en efecto, elementos constitutivos fundamentales en la consideración de la dignidad personal.

Pero para hablar de la dignidad humana debemos preguntarnos qué es la persona misma, porque de la respuesta que demos a esta pregunta, se desprenderá una mejor comprensión de esta dimensión ontológica del ser humano.

En efecto, aquí pretendemos abordar las implicaciones de lo que significa ser *persona*, así como la necesaria distinción con el *individuo*. Ello nos permitirá consolidar las bases para adentrarnos en los siguientes capítulos.

Debemos empezar por señalar que, en sentido estricto, la persona no es susceptible de definición, pues "sólo se definen los objetos exteriores al hombre".<sup>76</sup> Y la persona no es un objeto. "Es inclusive, lo que en cada hombre no puede ser tratado como objeto".<sup>77</sup>

No quiere decir esto que la confinemos a lo indecible, simplemente decimos que no se la puede limitar ni encerrar en una fórmula estática, en un concepto que la abarque por completo; ella los desborda todos.

La persona, si bien no es un mero objeto, "tampoco es un residuo interno, una sustancia oculta bajo nuestros comportamientos, un principio abstracto de nuestros gestos: esto sería todavía una manera de ser objeto",<sup>78</sup> o un fantasma de objeto.

---

<sup>75</sup> *Idem*, p. 198.

<sup>76</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 6.

<sup>77</sup> *Idem*.

<sup>78</sup> *Idem*.

En los trazos que propone Mounier para introducirse al universo personal y cuyas estructuras fundamentales delinea, es imprescindible no separar los diversos aspectos esenciales de la persona; todos ellos iluminan y conforman su dignidad. Y ya que "la persona no es un objeto que se puede separar y mirar, sino un centro de reorientación del universo objetivo", se deberá hacer girar el análisis personalista

alrededor del universo edificado por ella, a fin de iluminar sus estructuras sobre diversos planos, sin olvidar jamás que no son sino aspectos diferentes de una misma realidad. Cada uno tiene su verdad unido a todos los otros.<sup>79</sup>

De hecho, el haber aislado un aspecto de la persona y haberlo sacado de su contexto de integración con las demás dimensiones, ha dado origen a ideologías y sistemas opresores de la persona. Efectivamente, esto sucede cuando se absolutiza lo parcial o cuando se destotaliza la totalidad, y esto tanto en referencia al hombre en particular, como a cualquier realidad social, política o económica.

Aun cuando Mounier sale al paso de los equívocos de la persona, también hace referencia positiva a lo que la persona es. Dentro de estas aproximaciones al ser de la persona, destaca algunos rasgos fundamentales.

En el *Manifiesto al servicio del personalismo*, Mounier designa a la persona como

un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser; que mantiene esta subsistencia mediante su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrollo, por añadidura, a impulsos de actos creadores, la singularidad de su vocación.<sup>80</sup>

Aquí se observan ya algunos elementos fundamentales de su filosofía, de los cuales nos ocuparemos más adelante, como la libertad, el compromiso y la conversión. El filósofo personalista aclara inmediatamente después de esto que, por precisa que pretenda ser, no se puede tomar esta designación como una verdadera definición, porque la persona, "siendo la presencia misma del hombre, su característica última, no es susceptible de definición rigurosa",<sup>81</sup> y además porque es lo 'no inventariable', en palabras de Marcel.

Toda persona, en las perspectivas del personalismo, posee una eminente dignidad, un valor inalienable por el solo hecho de serlo. Cada persona es una, única e irrepetible; con una identidad que le distingue de todo y de todos. Cada una de ellas

---

<sup>79</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 11.

<sup>80</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 59.

<sup>81</sup> *Idem*, p. 60.

tiene una significación tal que no puede ser sustituida en el puesto que ocupa dentro del universo de las personas. Tanta es la magnitud magistral de la persona, que la dota de la dignidad de un universo y, sin embargo, de su humildad, pues toda persona le es equivalente en esta dignidad y la cantidad de personas es mayor que la de estrellas.<sup>82</sup>

El personalismo es la propuesta de una

afirmación de valor, de un acto de fe: la afirmación del valor absoluto de la persona humana. Nosotros no decimos que la persona del hombre sea el Absoluto (aunque para el creyente, el Absoluto sea Persona y en el rigor del término no sea más espiritual que personal) [...] Queremos decir que [...] la persona es un absoluto respecto de cualquier otra realidad material o social y de cualquier otra persona humana. Jamás puede ser considerada como la parte de un todo: familia, clase, Estado, nación, humanidad. Ninguna otra persona, y con mayor razón ninguna colectividad, ningún organismo puede utilizarla legítimamente como un medio.<sup>83</sup>

También debemos señalar que esta dignidad personal no depende de la conciencia que se tenga de ella. Es decir, no se pierde por el mero hecho de no tener plena conciencia de la dignidad. Así por ejemplo, un anciano que tiene menguadas sus facultades mentales, no pierde su valor como persona, ni un niño en el vientre, el cual no tiene conciencia de su valor como persona. Nunca, en consecuencia, con la disminución o imposibilidad de uso de alguna facultad, se pierde o disminuye el valor intrínseco de cualquier persona. Mi persona, dice Mounier, no es la conciencia que tengo de ella.

Estas afirmaciones de valor sobre la dignidad humana se fundan

para el cristiano [...] en la creencia de fe que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, desde su constitución natural, y que está llamado a perfeccionar esta imagen en una participación progresivamente más íntima en la libertad suprema de los hijos de Dios.<sup>84</sup>

La persona, en estas perspectivas, se aleja de toda consideración naturalista y de toda filosofía mecanicista o determinista. No es una realidad meramente natural, una cosa entre las cosas. Es infinitamente más que eso; rebasa por mucho a los seres que coexisten con él en el mundo. Sólo él posee señorío sobre los seres de la tierra; sólo él es capaz de dominio y transfiguración del mundo. Es el único ser que tiene acceso a las llaves de las ciencias; el único que posee la potencialidad de transformar su medio y de orientar su destino.

La persona posee un dinamismo creador, una fuerza que le lleva más allá de su ser presente y que le permite traspasar lo fenoménico. Es, más que un *dato*,

---

<sup>82</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 30.

<sup>83</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 60.

<sup>84</sup> *Idem*, p. 61.

"una actividad vivida de autocreación, de comunicación y de adhesión, que se aprehende y se conoce en su acto, como *movimiento de personalización*".<sup>85</sup> De este modo se advierte ya la paradoja central de la existencia personal: "Es el modo específicamente humano de la existencia y, sin embargo, ella debe ser incesantemente conquistada".<sup>86</sup> Y es ésta, una conquista ofrecida a todos.

Ya se puede ver cómo, íntimamente ligado a este movimiento de personalización, se encuentra el movimiento de trascendencia personal. La persona está más allá de su cuerpo; ella es más que su propia carne. El ser humano comprende que no se agota en su encarnación. Incluso puede decirse que su ser rebasa su vida y no sólo su cuerpo. Porque, por paradójico que parezca,

mi ser no se confunde con mi vida, yo soy anterior a mi vida, yo no soy agotado por ella, estoy más allá de ella. La persona es un movimiento para rebasarla en lo que ella es y en lo que no es, 'su divisa no es sum, sino sursum'.<sup>87</sup>

Esta es una cualidad específica del ser personal.

Todo lo anterior se aprecia más claramente cuando, al hablar de la conversión íntima, Mounier hace referencia al pudor. En efecto, el hombre es el único ser capaz de vergüenza.

El pudor es el sentimiento que tiene la persona de no agotarse en sus expresiones y de estar amenazada en su ser por quien tome su existencia manifiesta por su existencia total. El pudor físico no significa que el cuerpo sea impuro, sino que yo soy infinitamente más que este cuerpo mirado o tomado. Y ciertamente [...] "no estoy avergonzado de ser esta desnudez o este personaje, sino de parecer que no soy más que esto".<sup>88</sup> Así pues, mi ser no es mi cuerpo; no solamente.

Quizá esto ayuda a comprender mejor la dimensión de trascendencia en la persona, en relación a su cuerpo. Pero, ¿cómo entender que *la persona es más que su vida*? ¿Cómo debe entenderse esta afirmación en el contexto personalista?, ¿Qué significa que *no soy agotado por mi vida e incluso estoy más allá de ella*?

Si, por ejemplo, nosotros preguntásemos a algunas personas: ¿Qué es lo más valioso para un ser humano?, muy probablemente se nos respondería que su *vida* es lo más valioso que él posee.

---

<sup>85</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 7.

<sup>86</sup> *Idem*.

<sup>87</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 95.

<sup>88</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 27.

¿Nada vale más que esto? Y con Mounier respondemos que, su dignidad tiene más valor para el hombre que su misma vida, "y prefiere defender, antes que su vida, la dignidad de su vida".<sup>89</sup> Los ejemplos en la historia de grandes hombres, desde el héroe hasta el santo, bastarían para cerciorarnos de la verdad de esta afirmación.

Y es que, "una persona sólo alcanza su plena madurez en el momento en que ha elegido fidelidades que valen más que la vida".<sup>90</sup> A lo largo de la historia lo hemos visto en aquellos que arriesgan y ofrecen su propia vida en la batalla —o en la paz, como Gandhi— por una causa noble, por un ideal que les mueve a no considerar tanto el riesgo, sino que ven más allá de ellos, la cima por la cual ellos luchan. Son esas las personas que han preferido el riesgo de ser libres a la comodidad esclavizante, fabricante de mediocres, de los que están fuera de sí, de los que han perdido todo anhelo de personalización. En cambio, aquéllos han preferido conservar su dignidad —supratemporal— a costa incluso de perder la vida.

Ante la perspectiva de lo que persigue, la persona no fija tanto su atención en lo que le puede pasar a su vida o a su cuerpo, sino en aquello por lo que lucha y vive y en aquello que puede alcanzar; en lo que para ella tiene verdadero sentido y trascendencia. Este tipo de personas saben que hay algo más que su vida.

La aventura de ser persona implica los riesgos del amor que bien valen la pena y, para muchos, bien valen la muerte.

Por otra parte, al hablar de la dignidad personal, es preciso cuidar que no se utilice este concepto como pretexto para disfrazar el orgullo o la vanidad, aunque muchas veces es invocada con tal intención. El respeto a la dignidad va totalmente en otra línea: en la de la humilde grandeza de la persona. Tampoco se identifica la dignidad con aquello que los antiguos 'caballeros' llamaban 'el honor', el cual era defendido en duelos.

Así pues, si se quisiera hacer una escala de valores personalista, la dignidad de la persona ocuparía el primer lugar y, secundariamente, la vida. No porque se desprecie la vida, sino, sencillamente se la sitúa en su justo lugar. Se ubicarían, antes que los valores vitales, los valores de la persona, de tal manera que, "el respeto por la persona humana [...] sólo secundariamente es respeto por la vida".<sup>91</sup> Es decir, porque se respeta a la persona, se respeta también su vida y su cuerpo que son constitutivos de su ser personal.

La persona, como lo afirma Mounier, no se encuentra sino dándose. Su acto supremo es el amor. De esta manera,

---

<sup>89</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 34.

<sup>90</sup> *Idem*.

<sup>91</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 43.

aceptar el sufrimiento y la muerte para no traicionar la condición humana –del sacrificio al heroísmo– es el acto supremo de la persona. Ella comienza, como escribe Marcel, en el momento en que tomo conciencia de que 'soy más que mi vida'. De otra forma [...] querer vivir a cualquier precio es aceptar un día vivir al precio de las razones de vivir.<sup>92</sup>

Esta es, efectivamente, la 'existencia auténtica', la que merece vivirse. Se nutre de un *por qué*, de un *para qué* –o también, de un *para quién*– vivir. Se alimenta de un sentido que sostiene su existencia. Es ésta la fuerza que le mantiene en su camino hacia la persona. Por esto, debe tenerse presente que

sólo existimos definitivamente desde el momento en que nos hemos constituido un cuadro interior de valores o de abnegaciones contra el cual, sabemos, ni siquiera prevalecerá la amenaza de muerte.<sup>93</sup>

La muerte, como más adelante señalará Mounier, hablando del compromiso, no debe ser una evasión, sino que debe ser el *compromiso último*, el que corone a todos los demás, y sólo tiene valor por aquella causa por la cual se halla dispuesto a aceptarla. Más adelante nos referiremos específicamente al tema del compromiso y ahondaremos más en él.

La vida personal –y con ésta la dignidad– debe ser incesantemente conquistada; es un camino frente a nosotros, pero lo tenemos que recorrer. Es, efectivamente, lo dado pero lo *dado para conquistarse*. El hombre, continuamente debe "desalienarse", abrirse camino entre lo impersonal para empezar a ser él. Optará entonces por evadir cualquier ruta que no le conduzca a su dignidad personal. Y es que,

yo no empiezo a ser una persona hasta el día en que se revela a mis ojos una presión interior, y después el rostro de un principio de unidad en el que empiezo a poseerme y a actuar en cuanto yo. Más aún [...] no me realizo como persona hasta el día en que me doy a los valores que me atraen por encima de mí.<sup>94</sup>

Este esfuerzo de trascendencia personal constituye la cualidad misma del hombre. Distingue a los hombres entre ellos, no sólo por la singularidad de sus vocaciones inconmensurables, sino, *sobre todo, por esa cualidad interior* que da a cada uno, y que selecciona a los hombres, mucho más allá de sus herencias, de sus talentos o de su condición, en el corazón mismo de su existencia. Así restituida desde el interior, la persona no tolera ninguna medida material o colectiva, que es siempre una medida impersonal.<sup>95</sup>

Ninguna colectividad ni ninguna otra persona pueden asumir el destino de cada persona; deben, por el contrario, permitir y favorecer su desarrollo como tal.

---

<sup>92</sup> *Idem.*

<sup>93</sup> *Idem*, p. 43.

<sup>94</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 221.

<sup>95</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 69.

Por otra parte, el personalismo rechazará siempre, por la eminente dignidad de la persona, cualquier forma de racismo, distorsión visual y de percepción que hace depender el valor del ser humano de diferencias exteriores, que son meramente accidentales. Sin embargo, nunca caben las distinciones en lo esencial, pues todos los seres humanos, en cuanto a su dignidad, libertad y valor como personas, son exactamente iguales. Sólo secundariamente son diferentes, pero estas diferencias nunca tocan lo esencial, es decir, el ser personas humanas. Puede afirmarse entonces que, somos *diferentes existencialmente*, pero *iguales esencialmente*. Nadie puede decir, con suficiente lucidez, que es más ser humano o más persona que otro y, por tanto, que tiene más dignidad o más derechos que los demás. Debe reconocerse, sin embargo, que en la práctica llevamos a cabo múltiples discriminaciones fundadas ya en la raza, el color, el sexo, la nacionalidad o la condición social, que son como ya dijimos, diferencias superficiales, fundadas en lo fenoménico. Tales diferencias no son algo negativo: cada ser humano es distinto a todos los demás, posee una identidad y unas cualidades específicas. Cada persona es una, única e irrepetible, y por ello incomparable con otro *semejante*. Estas diferencias contribuyen al enriquecimiento mutuo y favorecen la complementariedad entre los hombres, por lo que son incluso necesarias para el crecimiento de cada uno de ellos.

Poseyendo cada persona a nuestros ojos un precio inestimable y para nosotros, los cristianos, un precio infinito, existe entre ellas una especie de equivalencia espiritual que prohíbe en absoluto a cualquiera de ellas el tomar a las demás como medio, o clasificarlas según la herencia, el valor y la condición.<sup>96</sup>

Estas clasificaciones de los hombres se contraponen con las propuestas personalistas y, de manera muy particular y actual, con otro tipo de racismo: el que conlleva la discriminación biológica, la cual, mediante la manipulación genética, llega a seleccionar para la vida a seres humanos según criterios de raza, color sexo y otras cualidades físicas. De entre ellos, se escogerían solamente a los 'superhombres', a los que, según criterios 'científicos' merecerían vivir; a los demás embriones se les desecharía. Aquí solamente serían "personas" las que cumplieran con ciertas características genéticas, cromosómicas o físicas. Los científicos decidirían quién vive o quién muere; ellos producirían la nueva raza. Nos encontramos frente a los nuevos 'hitlers' de la ciencia, es decir, esos autómatas que fingen compasión y preocupación por el bien de las persona, y que en el fondo se creen los dueños del "árbol de la vida".

Estas son las medidas impersonales con que se pretende clasificar a los seres humanos, cuyas consecuencias estamos viviendo, y es también la sociedad que nosotros hemos ido construyendo: una sociedad en donde la persona poco a poco empieza a ocupar el segundo lugar en los sistemas políticos y económicos, en los centros de producción y en las diversas relaciones sociales. Y si alguien considera a los demás como distintos, basado en lo accidental, se reconocerán

---

<sup>96</sup> *Idem*, p. 70.



en consecuencia, ciertos derechos a unos y se negarán a otros estos mismos derechos. Aquí no se tomaría en cuenta la igualdad fundamental y la unidad del género humano, sino los caprichos de los poderosos sobre los débiles. En esta lógica y en esta práctica, se desvalorizaría todo lo que no fuera igual a mí o lo que no se me pareciera. Lo *distinto*, y *el distinto* vendrían a ser una amenaza para este tipo de individuos.

He aquí algunas implicaciones prácticas del reconocimiento o no de la eminente dignidad de cada uno de los seres humanos. El olvido o eclipsamiento en la conciencia de las personas de esta común dignidad, ha tenido consecuencias en la historia, que se han manifestado en excesos, en ideologías de distinto color y en la creación de sistemas políticos opresores, así como en modelos económicos injustos.

### 2.3.1. Persona versus individuo

Son necesarias además, dentro de la filosofía de la persona, algunas precisiones puesto que existen algunos equívocos que deben ser resueltos dentro de las premisas fundamentales del personalismo, porque en algunas ocasiones, cuando se habla de la 'defensa de la persona', se puede caer en la tentación de creer que, bajo este pretexto se pretende revivir el viejo *individualismo*. Por esto, desde un principio Mounier precisa la *distinción entre la persona y el individuo*.

Esta distinción se presentaba como necesaria, sobre todo en aquel entonces, cuando en el ambiente francés, influido por Renouvier y su concepto de *persona*, se identificaba a ésta con el *individuo*. De tal manera que, decir *personalista* era sinónimo de *egocentrismo* y *avaricia*. A lo largo de todos los escritos de Mounier encontramos una radical oposición entre estos dos conceptos a fin de precisar lo que es la persona, alejándola de todas sus falsificaciones.

Hablando del *individuo* y del régimen que le sustenta, es decir, el *individualismo capitalista*, puntualiza que es

un hombre abstracto, sin ataduras ni comunidades naturales, dios soberano en el corazón de una libertad sin dirección ni medida, que desde el primer momento vuelve hacia los otros la desconfianza, el cálculo y la reivindicación; instituciones reducidas a asegurar la no usurpación de esos egoísmos, o su mejor rendimiento por la asociación reducida al provecho.<sup>97</sup>

En relación con sus posesiones, el individuo trastorna el sentido de la propiedad, tornándola en ídolo intocable; es avaricia que le mueve a envidiar, a reivindicar,

---

<sup>97</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 20.

a acaparar, a "asegurar después, sobre cada propiedad que ha logrado de esta forma, una fortaleza de seguridad y de egoísmo para defenderla contra las sorpresas del amor".<sup>98</sup>

Mi persona, como se ve, no se identifica con mi individuo, el cual puede designarse como

la difusión de mi persona en la superficie de la vida y (a) su complacencia en perderse en esa superficie. Mi individuo es la imagen imprecisa y cambiante que dan por sobreimpresión los diferentes personajes entre los que yo floto, en los que me distraigo y huyo de mí.<sup>99</sup>

Y la persona se distingue de éste en que es "dominio" y conquista de uno mismo. Se arriesga por amor en vez de atrincherarse. Es, en fin, "rica de todas las comuniones, con la carne del hombre y del mundo, con lo espiritual que la anima, con las comunidades que la revelan".<sup>100</sup>

Sin embargo, Mounier señala que no se debe inmovilizar en una imagen espacial esta distinción necesaria entre persona e individuo.

Para hablar un lenguaje al que no le atribuimos otro valor que el de la comodidad, no existe, sin duda, en mí un solo estado aislado que no esté en cierto grado personalizado, ninguna zona donde mi persona no esté en cierto grado individualizada.<sup>101</sup>

De tal suerte que, podemos decir que "la persona sólo se desarrolla purificándose incesantemente del individuo que hay en ella".<sup>102</sup>

La oposición que se hace es pues, sobre todo para distinguirlos. Y no es preciso ver en esta distinción

más que una bipolaridad, una tensión dinámica entre dos movimientos interiores, el uno de dispersión, el otro de concentración. Es decir, que la persona, en el hombre, está sustancialmente encarnada, mezclada con su carne, aunque trascendiendo de ella, tan íntimamente como el vino se mezcla con el agua.<sup>103</sup>

De otra forma, existiría el riesgo de separar a la persona de sus múltiples dimensiones y de sus ataduras concretas.

Aquí se entrecruzan nuevamente el tema de la *encarnación* del existente y el de su *compromiso* en el mundo. El camino hacia la personalización implicará

<sup>98</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 62.

<sup>99</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 205.

<sup>100</sup> *Idem.*

<sup>101</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 62.

<sup>102</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 20.

<sup>103</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 62.

entonces el despojamiento progresivo del individuo, sin poder desembarazarse completamente de su peso.

Jean Lacroix, en *El personalismo como anti-ideología*, al referirse a la distinción entre persona e individuo, en las perspectivas propuestas por Mounier, afirma de la persona que es "una existencia capaz de despegarse de sí misma y de desposeerse, de descentrarse para llegar a ser disponible a otro".<sup>104</sup> He aquí la íntima relación que guarda el ser personal con su dimensión de trascendencia pues, saliendo de sí es capaz de ir al encuentro del 'alter'. El individuo, en cambio, es "un mundo cerrado que trata de separarse, de oponerse y de hacerse centro y reivindicar unas seguridades egoístas".<sup>105</sup>

El valor de la persona no se funda en lo que ella *tiene* sino en lo que ella *es*. Tampoco depende de su actividad o de la conciencia que de ella se tenga. El valor intrínseco que posee, prohíbe que se le tome, por cualquier otra persona o sociedad como un medio o como un instrumento, sean cual fueren los propósitos que se busquen, sean de un hombre o de una colectividad.

Estos son pues algunos senderos que se abren para cada ser humano en su camino hacia la persona. Hemos querido referirnos en esta última parte del capítulo, al ser de la persona de una manera más global, considerando, sobre todo, su dignidad, el valor ontológico que como ser personal posee.

En este núcleo de afirmaciones de valor en que nos hemos situado, podrá comprenderse mejor que ningún fenómeno humano, sin siquiera el más elemental puede ser comprendido "sin los valores, las estructuras y las vicisitudes del universo personal, inmanente en calidad de fin a todo espíritu humano y al trabajo en la naturaleza".<sup>106</sup>

El hombre que hemos ido descubriendo en las propuestas del personalismo es, en primer término, un ser mezclado, existiendo en carne y en espíritu; trascendiendo y trascendiéndose; descubriéndose, al mismo tiempo, como ser con un precio que ningún sistema métrico puede expresar o verificar, porque no se expresa su volumen en cantidades, sino en cualidad.

Ciertamente el hombre es un ser natural en cuanto que, por su cuerpo forma parte de la naturaleza, pero la trasciende por su cualidad espiritual. Y trasciende también sobre los demás seres por sus cualidades y capacidades específicas, como la conciencia, la capacidad de amar, la libertad y la responsabilidad.

Pero, como hemos señalado más arriba, no solamente es trascendente en cuanto que se eleve *por encima de la naturaleza* y porque la supere en el orden

---

<sup>104</sup> Jean Lacroix, *El personalismo como anti-ideología*, tr. Carlos Díaz, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1973, p. 28.

<sup>105</sup> *Idem*.

<sup>106</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 16.

esencial. Además de esto, el hombre es trascendente en un segundo sentido: en cuanto que se *supera a sí mismo*, rebasándose incesantemente en lo que es actualmente. Es un ser que no se agota en el semblante próximo del epifenómeno ni se agota tampoco en los valores vitales.

Pero es un ser trascendente en un tercer sentido, ya que el ser personal, yendo más allá de sí y de su entorno, es capaz de ir al encuentro de la *alteridad*, de aquello que no es él. No solamente *supera a la naturaleza y a sí mismo*, sino que va más allá de sí y de las cosas

Estas vendrían a ser tres formas de trascender de la persona: por encima de la naturaleza, por encima de los que es actualmente, y en el sentido de que es capaz de salir de sí e ir hacia *lo otro* y hacia *el otro*. Y, si quisiéramos considerar un cuarto nivel de trascendencia, podríamos decir que es capaz ascender por arriba de estos tres modos, a un punto en el que se abre completamente a la trascendencia, para ir al encuentro del *Absolutamente Otro*.

De esta manera se puede ya apreciar la estrecha interdependencia que existe entre cada una de las dimensiones de la persona: *encarnación-trascendencia-dignidad*. Puede así decirse que la persona es el trascendente encarnado, poseedor de una eminente dignidad.

Es necesario enfatizar que la dignidad del ser humano no equivale a decir que es un ser perfecto, infalible y autónomo, y mucho menos a confundir la dignidad con una altivez aristocrática envuelta de vanidad y pedante orgullo. Por eso es siempre importante volver a recordarle que es un ser mezclado: es elevación pero también caída; es al mismo tiempo "alas y plomo"; una luz mezclada con sombras. Somos *seres comprometidos*, obligados a dar respuesta de nosotros mismos y de nuestros actos para con los demás.

Pascal comprendió muy bien las verdaderas dimensiones de la persona: *el hombre es todo y no es nada*. Es la humilde grandeza situada entre la infinitud y la pequeñez. Es limitado a la vez que ilimitado. Es un centro situado entre lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande; "una nada frente al infinito, un todo frente a la nada".<sup>107</sup>

Cada ser humano tiene la fragilidad de una caña —su vida pende de una gota de vapor— y la nobleza de un ser pensante; Mounier agregará: *la dignidad de un ser capaz de amor*.

"Es preciso que el hombre no crea que es igual a los animales ni a los ángeles".<sup>108</sup> No es ni lo uno ni lo otro, sencillamente porque se está frente a una

<sup>107</sup> Blas Pascal, *Pensamientos*, tr. X. Zubiri, México, Espasa-Calpe, 1985, núm. 72.

<sup>108</sup> *Idem*, núm. 418.

persona humana. Por eso, no es extraño que aquel que "pretendiendo hacer de ángel, haga de bestia"<sup>109</sup>.

En conclusión: el hombre no es más de lo que cree ser, pero tampoco menos. Su dignidad deberá recordarle siempre esto.

De esta forma llegamos al final del primer capítulo que, sin duda servirá para proyectar más luz sobre los siguientes, en los que habremos de retomar y recordar los principios fundamentales que aquí se tocaron.

La persona, con las características que aquí se señalaron no es, sin embargo, un ser solitario, ni un ente aislado. Es un ser de relación... de relación con otras personas.

La dimensión en la que el hombre se abre al "mundo de los otros", a través de las relaciones interpersonales, es la que contribuye realmente su desarrollo y a su perfeccionamiento como persona. En efecto, tales relaciones vividas a profundidad y con autenticidad en 'un mundo de la personas', son las que le constituyen como tal.

La dimensión interpersonal forma parte esencial de su ser, pues sin esta dimensión la persona nunca puede llegar a ser tal. Más aún, la persona no puede explicarse ni comprenderse sin su relación con los otros: no puede existir aislada.

---

<sup>109</sup> *Idem*, núm. 358.

## CAPÍTULO III LA DIMENSIÓN INTERPERSONAL

UNA PERSONA ES UN ESTILO REDUCTOR DE INFLUENCIAS, PERO AMPLIAMENTE ABIERTO A ELLAS, UN PODER ORIENTADO DE ESPERA Y ACOGIDA. ES UNA FUERZA NERVIOSA DE CREACIÓN Y DE DOMINIO, PERO EN EL SENO DE UNA COMUNIÓN HUMANA EN LA QUE TODA CREACIÓN ES UNA IRRADIACIÓN Y TODO DOMINIO UN SERVICIO. ES UNA LIBERTAD DE INICIATIVA, O SEA, UN FOCO DE COMIENZOS, UNA PRIMERA PENDIENTE HACIA EL MUNDO, UNA PROMESA DE AMISTADES MÚLTIPLES, UN OFRECIMIENTO DE UNO MISMO.

*EMMANUEL MOUNIER, REVOLUCIÓN PERSONALISTA Y  
COMUNITARIA, CAP. I.*

### 3.1. La persona es relación

Tal como nos hemos introducido al universo personal, llegamos a la comprensión de que, el de la persona no es un mundo cerrado. El ser de la persona es esencialmente un ser abierto, capaz de salir de sí y llevar a cabo aquellos encuentros esenciales a su ser.

Una persona no es, pues, un ser encerrado en sí. Por su encarnación es ya presencia y manifestación; es presencia en el mundo y hacia los otros. Su existencia encarnada es ya comunicación. A través de mi cuerpo me hago presente a los demás, actúo entre ellos; es una experiencia vital cotidiana. Estar encarnado hace que no sea yo solamente para mí, como expresa Marcel. Esta experiencia fundamental es la que da consistencia a mi existencia.

Por su capacidad de trascendencia, el hombre tiene la posibilidad de salir de sí y dirigirse al encuentro de lo que no es él y de lo que promete ser. Por esta cualidad, el ser del hombre se descubre capaz de encuentro, de proyección y apertura. Su ser trascendente le permite lograr el rebasamiento de las fronteras de su ego inmediato, del *si-mismo* y del *yo-actual*.

Su valor de persona le hace también consciente del valor equivalente que poseen las otras personas. Esta dignidad, sin embargo, es al mismo tiempo una

invitación a reconocer a los otros como distintos de mí, aunque con idéntica dignidad a la que yo poseo.

La persona es pues, un *ser de relación*, un ser con fronteras abiertas; capaz de desplegarse, de expandirse hacia el mundo y hacia "el mundo de los otros". Es un ser relacional sencillamente porque es un ser situado —en un tiempo y un espacio. Su ser le pone en contacto permanente con las personas y con las cosas por el mero hecho de *ex-istir*.

Cada ser humano inicia su itinerario hacia la persona cuando, purificándose del individuo que hay en él, se torna disponible, saliendo de sí mismo hacia los otros y *para* los otros.

La persona sólo se desarrolla purificándose incesantemente del individuo que hay en ella. No se logra a fuerza de volcar la atención sobre sí, sino por el contrario, tornándose disponible (Marcel) y, por ello, más transparente para sí misma y para los demás. Todo ocurre entonces como si, no estando ya 'ocupada de sí misma', 'plena de sí misma', se tornase disponible, y solamente entonces, capaz de acoger al otro, como si entrase en gracia.<sup>110</sup>

El movimiento de personalización no se realiza solo, aislado del mundo de los otros, sino precisamente en la purificación constante de mi egoísmo individualista; en el momento en que salgo de mi *yo-mismo* hacia los demás. La persona sola, aislada no puede entonces construirse a sí misma como tal, necesita de los otros para su crecimiento. El egoísmo es un producto del *individuo*, sus actitudes cerradas se llaman por eso "individualistas".

En efecto, el hombre, cada ser personal, puesto que es esencialmente un *ser de relación*, sólo se perfecciona y actualiza relacionándose. Y ya que nuestra condición es de indigencia e inacabamiento, no nos bastamos a nosotros mismos, necesitamos de los demás para nuestra supervivencia y para nuestro desarrollo como personas. Los seres humanos somos interdependientes: dependemos unos de otros, nos necesitamos mutuamente. Esto nos lleva al reconocimiento de otra dimensión constitutiva del hombre: su *ser sociable*. Es decir, por su misma naturaleza humana, necesita de los demás para realizar su ser. Nace en sociedad, vive en sociedad, crece y muere en sociedad. Ésta representa para el hombre una comunidad natural, de la que no puede prescindir por ningún capricho. Por tal motivo, la sociabilidad natural del hombre no depende, en modo alguno, de un *contrato social* pactado entre los ciudadanos.

Desde que nacemos constatamos que todo lo recibimos *de los otros*: cultura, alimentación, lenguaje, religión, civilización, etcétera. No hay nada que no hayamos obtenido gracias a los otros, gracias a la sociedad. Pero cuando hablamos de "la sociedad", no nos referimos a un ente abstracto e indiferenciado, sino a las personas concretas que la integran y le dan ser.

---

<sup>110</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 20.

El hombre es el único ser sociable, quizá porque, desde el punto de vista de su construcción ontológica, es el ser más vulnerable y frágil de los vivientes, el que más cuidados requiere. El medio natural y necesario en donde sobrevive cualquier animal es la naturaleza; el del hombre es la sociedad.

Llegamos así a otra afirmación antropológica y social: la persona necesita de la sociedad para su perfeccionamiento; a su vez, la sociedad requiere de las personas para ser tal, no puede prescindir de ellas. Cada una, unida a las demás conforman las sociedades.

Sólo llevando a cabo las relaciones que le son esenciales puede el hombre acercarse a la realización existencial de su ser personal. Solamente "puede llevar su índole y su situación a plena realización en la vida si convierte en esenciales todas sus relaciones vitales",<sup>111</sup> dice Buber.

### 3.1.0. Los otros

Cada hombre, como ya hemos visto, aparece ante nosotros como un *ser de relación*. La persona existe *por y para los otros*. No está constituida como mónada cerrada sobre sí. Sin disponibilidad y encuentro con los otros, se perdería en su *cógito* solitario e infecundo.

Para Sartre y Heidegger, en cambio, 'los otros' constituyen una amenaza y una limitación de mi libertad. La vida en sociedad, el mundo de los otros, vienen a ser una guerrilla permanente, un continuo roce de hostilidades y egoísmos. Para ellos, dice Mounier,

cada miembro de la pareja es necesariamente tirano o esclavo. La mirada del prójimo me roba mi universo, la presencia del prójimo congela mi libertad, su elección me traba. El amor es una infección mutua, un infierno.<sup>112</sup>

En Heidegger un yo no tiene nada que ver con un *tú*; es un yo encerrado que sólo vive para sí. Sólo así, sustrayéndose se podría realizar 'uno mismo'. Para Kierkegaard tampoco cuentan los otros; son solamente estorbos; cuentan solamente uno mismo y Dios. Sólo con él se podría establecer una relación auténtica ('personal'). En estas filosofías se ve al otro como carga y como reducción de mi yo, no se toma en cuenta ni siquiera como un posible colaborador.

<sup>111</sup> Martin Buber, *op. cit.*, p. 107.

<sup>112</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 19.



Ciertamente, como afirma Mounier, el mundo de los otros no es un jardín de delicias. "Es una permanente provocación a la lucha a la adaptación y al exceso. Reintroduce constantemente el riesgo y el sufrimiento allí donde alcanzábamos la paz".<sup>113</sup> En efecto, el personalismo no es una postura de ingenuo optimismo. No deben desconocerse las sombras que existen en toda relación entre seres humanos encarnados de este mundo. Pero tampoco aceptamos que los otros sean, sobre todo y casi exclusivamente, un enemigo permanente al asecho, la coexistencia con el infierno. Esto sería pretender simplificar una relación que de suyo es compleja.

"Los otros", en la visión personalista, se sitúan en perspectivas más amplias. Ante todo, no se les puede considerar como unos objetos frente a mí, de los cuales yo podría disponer o usar, sino como sujetos distintos y a la vez semejantes a mí.

Yo no puedo alcanzar al otro poniéndole como objeto delante de un yo-sujeto, sino únicamente partiendo de la *presencia del otro* vista como hecho primitivo de mi experiencia existencial.<sup>114</sup>

Tratar al otro como a un sujeto, como a un ser pensante, "es reconocer que no puedo definirlo, clasificarlo, que es inagotable, que está henchido de esperanzas, y que sólo él dispone de ellas: es concederle crédito".<sup>115</sup>

El primer paso, entonces, en el camino hacia el otro es reconocerlo como tal, evitando la tentación de reducirlo a mis estados de conciencia. El otro no es – como dice Marcel– aquello *de lo que* se habla, aquello que se juzga, aquello que se puede clasificar o poseer. Estos serían solamente modos de cosificarlo, de objetivarlo; sería hacer de él algo inventariable.

Para los personalistas, la actitud hacia el otro no es alimentada por el cálculo, la desconfianza o la reivindicación. Sus actitudes fundamentales son la apertura, la disponibilidad, el encuentro. Cada persona se nos presenta como

una presencia dirigida hacia el mundo y a las otras personas, sin límites, mezclada con ellos, en perspectiva de universalidad. Las otras no la limitan, la hacen ser y desarrollarse.<sup>116</sup>

La presencia del otro, agrega Mounier, aparece entonces "como un manantial bienhechor y sin duda necesario de renovación y de creación".<sup>117</sup>

La afirmación común a todas las filosofías personalistas, es la de que la conducta esencial de un mundo de personas no es la percepción que cada una

<sup>113</sup> *Idem.*

<sup>114</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 137.

<sup>115</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 21.

<sup>116</sup> Emmanuel Mounier, *Idem*, p. 20.

<sup>117</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 142.

tiene de sí, ni la preocupación egocéntrica por uno mismo, sino la comunicación de conciencias (la 'reciprocidad de conciencias', en palabras de Maurice Nédoncelle) y de existencias. La forma de vida de la persona es la existencia *con el prójimo*, la *coexistencia* (mitsein).

La persona no se opone al *nosotros*, que la fundamenta y la nutre, sino al *se irresponsable y tiránico*. No sólo no se define por su comunicabilidad y el replegarse, sino que, de todas las realidades del universo, es la única que es propiamente comunicable, que es *hacia el prójimo* y aun en el prójimo, *hacia el mundo y en el mundo*, en cambio de ser *en sí*.<sup>118</sup>

A la persona se le reconoce, más que como un ser-en-sí o para-sí, como un ser-*por-los-otros* y *para-los-otros*.

No se realiza cada ser humano como persona, cerrándose en sí, aislándose de los otros ni en sus impulsos narcisistas, como ser solitario. Esto sólo serviría para autoconsumirse.

La cosa es completamente distinta si me coloco con relación a mí mismo y del otro en una actitud de disponibilidad. Yo no pienso ya en mí como ser-a-quien-proteger. 'Estoy abierto' al mundo y al otro, 'yo me presto' a su influencia, sin cálculo ni desconfianzas sistemáticas.<sup>119</sup>

Sólo es posible que crezcamos como personas enriqueciéndonos con los otros, con lo que ellos son y poseen. A su vez, ellos se enriquecen también con lo que nosotros somos y poseemos. El ser humano, por sus diferencias, carencias y dones, es un ser complementario. Con lo que uno posee y el otro carece puede llevarse a cabo esa complementariedad. El inacabamiento humano hace posible e indispensable esto, y también nuestra sed de plenitud.

Podemos decir que la realización de cada persona se alcanza en la medida que actualiza su capacidad de relación. Así, dice Mounier,

el adulto como el niño, se realiza —en su relación con el prójimo y con las cosas— en el trabajo y en la camaradería, en la amistad, el amor, la acción, la lucha, y no en-cuanto-a-sí [...] Este hecho, de un valor inefable, gobierna soberanamente las perspectivas del personalismo, y hasta sus últimas incidencias prácticas.<sup>120</sup>

Y es precisamente por estas perspectivas que se opone tan radicalmente tanto al individualismo contemporáneo (o neoliberalismo) como a cualquier otra forma de liberalismo egocéntrica.

'El otro' es, de este modo,

<sup>118</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, pp. 86-87.

<sup>119</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 142.

<sup>120</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 87.

el cooperador de mi vida espiritual más íntima, y podemos decir con G. Marcel que, por consiguiente la vida espiritual es 'el conjunto de acciones por las cuales tendemos a reducir en nosotros la parte de indisponibilidad'.<sup>121</sup>

Ser disponible es ya el primer paso en el camino hacia la persona.

En el personalismo, la razón de existencia de cada sujeto se debe y se dirige fundamentalmente hacia los otros. Está constituida de tal manera la persona que

no existe sino hacia los otros, no se conoce sino por los otros, no se encuentra sino en los otros. La experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El *tú*, y en él el *nosotros*, preceden al *yo*, o al menos lo acompañan.<sup>122</sup>

Señala Buber que, un niño aprende a decir *tú* antes de pronunciar el *yo*. Sin embargo, como bien lo explica,

a las alturas de la Existencia personal hay que poder decir verdaderamente 'yo' para poder experimentar el misterio del 'tú' en toda su verdad. Porque el hombre que se ha hecho 'uno mismo' está ahí —también si nos limitamos a lo intramundano—, para algo, para algo se ha hecho 'él mismo': para la realización perfecta del *tú*.<sup>123</sup>

Así lo reafirma Mounier en el *Manifiesto al servicio del personalismo*: El aprendizaje del *nosotros*, efectivamente, no puede prescindir del aprendizaje del *yo*. "Él le acompaña y le sigue en sus vicisitudes: el anonimato de las masas está hecho de la disolución de los individuos".<sup>124</sup> Debo, ciertamente, reconocerme a mí mismo como persona, reafirmarme en cuanto *yo*, para poder así reconocer en los demás a *otro-yo*, esto es, para poder descubrir y tratar a los otros como personas, de la misma forma en que me reconozco *yo* como persona. El '*nosotros*' encierra el '*tú*' potencial, dice Buber, y sólo hombres capaces de hablarse realmente de *tú*, pueden decir verdaderamente de sí '*nosotros*'.

La afirmación del *yo*, no significa quedarse o encerrarse en él, sino en darle consistencia y realidad para poder así llevar a cabo una relación esencial y auténtica con otro *yo*, en un *nosotros* auténtico. No existe, en efecto, relación entre 'terceras personas' ni entre objetos o individuos marcados por el 'se' impersonal.

Esta *gran* relación se da únicamente entre personas reales. Puede ser tan fuerte como la muerte, porque es más fuerte que la soledad, porque rompe con los

<sup>121</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 144.

<sup>122</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 20.

<sup>123</sup> Martin Buber, *op. cit.*, p. 104.

<sup>124</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 79.

límites de la soledad superior, vence su ley férrea y coloca el puente que, por encima del abismo de la angustia cósmica, marcha de un yo a otro yo<sup>125</sup>.

Debemos ser 'nosotros mismos' (el ser auténtico) pero abiertos a los demás. Al contrario de Heidegger quien,

pasa de largo ante el hecho decisivo de que ese hombre que se ha hecho 'uno', 'él mismo', persona real, es el que puede tener una *relación esencial completa* con otro yo, una relación esencial que no se halla por debajo de la problemática de la relación de hombre a hombre, sino por encima de ella, puesto que abarca, sostiene y supera esta problemática, concluye Buber.<sup>126</sup>

Por diferentes caminos a los de Heidegger o Kierkegaard y más cercanos a las rutas personalistas, se encuentran Scheller y Marcel, quienes proponiendo perspectivas realistas y cargadas de sentido, nos sitúan en un camino en el cual nos podremos acercar realmente al encuentro personal con el *tú*. En ellos, la experiencia de la intersubjetividad tiene implicaciones y propuestas audaces. Tal experiencia, dice Mounier,

lleva a una comunicación de los sujetos, diálogo, encuentro auténtico, en el cual no trato al otro como naturaleza, sino como libertad; más aún: colaboro a su libertad, como él colabora a la mía. Si el otro no es un límite del yo, sino la fuente del yo, el descubrimiento del nosotros es estrictamente simultáneo con la experiencia personal. El *tú* es aquel en que nosotros nos descubrimos y por quien nosotros nos elevamos: surge en el corazón de la inmanencia como en el de la trascendencia. No rompe la intimidad, sino que la descubre y la eleva. El encuentro en el nosotros no sólo facilita un cambio integral entre el yo y el *tú* sino que crea un universo de experiencia que no tendría realidad sin este encuentro.<sup>127</sup>

Es a través de estas relaciones interpersonales como el hombre se convierte en hombre, –y es aquí también donde, de manera particular, se manifiesta su dimensión trascendente, en cuanto que es capaz de salir de sí para ir al encuentro del otro–. Sólo él es capaz de este tipo de relación, de con-vivir con sus semejantes. Sólo las personas –seres espirituales, libres, inteligentes, capaces de amar– pueden llevar a cabo la *comunidad*. Porque únicamente

cuando comienzo a interesarme por la presencia real de los hombres; a reconocer esta presencia frente a mí; a aprehender la persona que ella me revela, el *tú* que ella me propone; a ver en ella, no una '*tercera persona*', un no importa qué, una cosa viva y extraña, sino otro yo mismo, entonces he realizado el primer acto de la comunidad, sin la cual ninguna institución tendría solidez.<sup>128</sup>

La purificación del individuo en cada persona implica que, en toda relación, sea de índole social, cultural e incluso sexual, no reduzca en mí al otro a un mero

<sup>125</sup> Martin Buber, *op. cit.*, p. 104.

<sup>126</sup> *Idem.* p. 103.

<sup>127</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, pp. 147-148.

<sup>128</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 79-80.

objeto. Es decir, implica no considerar y tratar al prójimo como un ser ausente, como repertorio de informaciones para mi uso, o como un instrumento a mi disposición, catalogándolo sin apelación. Implica el hábito de enseñarme a no ver en el otro un *él* objetivado, sino un *tú* personal y presente.

Solamente cuando reconozco en los otros la dignidad de personas iguales a mí, pero a la vez distintas en cualidades, capacidades y talentos, entonces puede iniciarse la verdadera comunidad, la auténtica convivencia *inter-personal*. Solamente así comenzarán a ponerse los cimientos para la construcción de una nueva civilización, con unas nuevas relaciones a la altura de la persona.

A la luz de las propuestas personalistas y comunitarias, y haciendo referencia al tema de las relaciones interpersonales, Mounier enumera una serie de *actos originales* en los cuales se funda la persona y que "no tienen equivalente en ninguna otra parte del universo".<sup>129</sup>

El primer acto fundante de la persona es: *salir de sí*. Solamente la persona es una existencia capaz de separarse de sí misma, de desposeerse, de descentrarse para llegar a ser disponible para los otros. Sólo libera a los otros o al mundo aquél que primero se ha liberado a sí mismo.

El segundo de los actos originales es el *comprender*. Es decir, dejar de colocarme en mi propio punto de vista para situarme en el punto de vista del otro. Implica el no buscarme en algún otro elegido semejante a mí, sino abrazar su singularidad con mi singularidad, en un acto de acogimiento y un esfuerzo de concentración. Es ser todo para todos sin dejar de ser, y de ser yo.

En tercer lugar se encuentra el *tomar sobre sí*. Esto es, asumir el destino, la pena, la alegría, la tarea de los otros.

El *dar* es el cuarto de los actos propios de la persona. La fuerza viva del impulso personal es la *generosidad* o la *gratuidad*, es decir, en última instancia el don sin medida y sin esperanza de devolución. La economía de la persona es una economía de don y no de compensación o cálculo. La generosidad disuelve la opacidad y anula la soledad del sujeto.

Se encuentra, finalmente, el *ser fiel*. La aventura de la persona es una aventura continua desde el nacimiento hasta la muerte. Así pues, la consagración de la persona, el amor, la amistad, sólo son perfectos en la continuidad. La fidelidad personal es una *fidelidad creadora*. Esta

no es únicamente constancia, análoga a la permanencia de una ley, sino *presencia siempre disponible hacia el otro* y por eso siempre nueva. Es creadora.

---

<sup>129</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 21.

pues los datos de mi compromiso se modifican perpetuamente en el curso de su marcha, reinventando permanentemente la continuidad de su destino.<sup>130</sup>

Pero la relación suprema que supera y sostiene a las demás y que es condición para su plena realización es, sin duda, el amor. Aquellos actos tendrán verdadero sentido y pleno valor si son impulsados y alimentados por el amor. El acto de amor, dice Mounier, "es la certidumbre más fuerte del hombre, el *cógito* existencial irrefutable: amo, luego el ser es y la vida vale (la pena ser vivida)".<sup>131</sup>

Casi se podría decir que "sólo existo en la medida en que existo para los otros, y en última instancia ser es amar".<sup>132</sup>

El amor excluye la tentación de buscarse en el otro, es decir, de buscar una resonancia de nosotros mismos en un semejante, porque el amor pleno es creador de distinciones, reconocimiento y voluntad del otro en tanto que otro, como lo afirma Mounier.

El amor implica acoger al otro con todas sus diferencias radicales respecto a mí, con sus cualidades y defectos. Es permitir que el otro sea él mismo y aceptarlo así, conduciéndolo, al mismo tiempo, por los caminos de la persona.

En efecto, el amor

se dirige al sujeto por encima de su naturaleza, quiere su realización como persona, como libertad, cualesquiera sean sus dones o sus deficiencias, que ya no cuentan esencialmente a sus ojos: el amor es ciego, pero un ciego extralúcido.<sup>133</sup>

Como se observa, estas nociones se alejan radicalmente de otras propuestas existencialistas que, como en Sartre, el ser-con-los-demás es entendido como aquellos ojos cuyas miradas me petrifican, me cosifican, son usurpadoras. Los otros me roban mi ser, su presencia me despoja, me sojuzga y quitan mi libertad.

Pero aún con todo lo que *el otro* tiene de límite, "aún hostil, es el más seguro revelador de mí mismo. De este modo la relación interpersonal positiva es una provocación recíproca, una fecundación mutua".<sup>134</sup>

Si bien el hombre se enriquece y actualiza en sus relaciones con el ser y con los otros, puede, por su ser trascendente, rebasar estas relaciones, hasta llegar a una relación de sobreabundancia con 'el Otro'. Sólo el ser personal es capaz de una relación que está por encima de él; relación que lo envuelve y atrae. Puede decirse con Buber que

---

<sup>130</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 143.

<sup>131</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 22.

<sup>132</sup> *Idem*, p. 20.

<sup>133</sup> *Idem*, p. 22.

<sup>134</sup> *Idem*.

la vida humana toca con lo Absoluto gracias a su carácter dialógico, pues a despecho de su singularidad, nunca el hombre, aunque se sumerja en su propio fondo, puede encontrar un ser que descansa del todo en sí mismo y, de este modo, le haría rozar con lo Absoluto; el hombre no puede hacerse enteramente hombre mediante su relación consigo mismo sino gracias a su relación con otro 'mismo' (selbst). Ya puede éste ser tan limitado y condicionado como él; en la convivencia se experimenta lo ilimitado y lo incondicionado.<sup>135</sup>

Heidegger no sólo esquivo la relación con un Incondicionado divino sino también "esa otra relación en la que un hombre experimenta incondicionalmente a otro que no es él y experimenta así lo incondicionado".<sup>136</sup>

De todo lo anterior, podemos afirmar con Mounier que

estas verdades expresan, frente al individualismo y al idealismo persistentes, que el sujeto no se nutre por autodigestión, que nadie posee sino lo que da, o aquello a lo que se da, que nadie alcanza su salvación totalmente solo, sin social ni espiritualmente.<sup>137</sup>

### 3.1.1. Relación con los otros: La comunicación

La persona, precisamente por el hecho de salir de sí, de *ex-istir*, es un ser esencialmente comunicable. "Por el movimiento que la hace ser, se *ex-pone*. De tal manera es, por naturaleza comunicable, inclusive la única que puede serlo. Es necesario partir de este hecho primitivo".<sup>138</sup> La comunicación se vuelve entonces, para los existentes personales, un factor fundamental para llevar a cabo su relación auténtica con los demás. La *coexistencia* no es ya una relación extrínseca, relación de dos cosas en el espacio y en el tiempo, porque en tal caso dejaría escapar lo esencial del *nosotros*, esto es, la *presencia* mutua de dos personas, la cercanía espiritual.

Por eso,

cuando la comunicación se rebaja o se corrompe, yo mismo me pierdo profundamente: todas las locuras manifiestan un fracaso de la relación con el otro –*alter* se vuelve *alienus*– yo mismo me vuelvo, a mi vez, extraño a mí mismo, alienado.<sup>139</sup>

<sup>135</sup> Martin Buber, *op. cit.*, p. 104

<sup>136</sup> *Idem.*

<sup>137</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 21.

<sup>138</sup> *Idem*, p. 20.

<sup>139</sup> *Idem.*

Dentro de esta dimensión la vida personal, la comunicación entre dos se convierte en *diálogo fecundo*, en *comunidad de existencias*. Por el diálogo se me revela el otro no en la superficialidad de su ser sino en la intimidad de su persona. De otro modo, nunca podría conocer profundamente al otro como un *tú* por el mero análisis de sus actos o de sus siluetas. "Mil fotografías combinadas no conforman un hombre que camina, que piensa y que quiere".<sup>140</sup>

Cada persona posee una riqueza interior, una vivencia singular que yo no puedo experimentar, que yo no puedo examinar desde fuera, como quien hace un inventario. Necesito que el otro me introduzca, por el diálogo abierto, a su mundo en profundidad, a sus vivencias más personales, a su *ser-él*.

Jean Lacroix, en su obra *El sentido del Diálogo*, hace algunas observaciones al respecto y señala que, aquellos

que no son capaces de dialogar suelen ser fanáticos: se desconocen a sí mismos tanto como desconocen a los otros [...] Uno no llega a conocerse más que por mediación del otro; al destruir el diálogo se destruye tanto a sí mismo como al prójimo.<sup>141</sup>

Sin embargo, la comunicación entre las personas no siempre es transparencia total, a veces tropieza con mil obstáculos; no siempre mantiene su nivel de auténtico diálogo interpersonal. De hecho, se encuentra continuamente expuesta a múltiples fracasos. No siempre se logra la plena coincidencia, el verdadero encuentro. "El ser no es amor de la noche a la mañana. La comunicación tropieza con varios fracasos",<sup>142</sup> de los cuales Mounier señala dos principales:

1. Siempre escapa algo del otro a nuestro más completo esfuerzo de comunicación. En el más íntimo de los diálogos, la *coincidencia* perfecta no se da: nada me asegura jamás que no encierre algún malentendido, nada, salvo raros momentos de milagro en que la comunicación es más fuerte que el análisis.
2. Cuando hemos constituido una alianza de reciprocidad, familia, patria, cuerpo religioso, etc., ésta no tarda en alimentar nuevos egocentrismos y levantar una nueva pantalla entre hombre y hombre.

Estos obstáculos a la comunicación surgen de nuestra propia condición humana, mezcla de luz y barro. De hecho

en el universo en que vivimos la persona está mucho más a menudo expuesta que protegida, desolada que comunicada. Es avidez de presencia, pero el mundo

---

<sup>140</sup> *Idem*, p. 6.

<sup>141</sup> Jean Lacroix, *El sentido del diálogo*, tr. Nicanor Ancochea, Barcelona, Fontanella, 1968, p. 134.

<sup>142</sup> Emmanuel Mounier, *op. cit.*, p. 22.



entero de las personas permanece para ella masivamente ausente. La comunicación es más rara que la felicidad, más frágil que la belleza.<sup>143</sup>

Nos encontramos muchas veces, en un mundo de presencias ausentes. Vivimos sumergidos en la soledad dentro de esa multitud que pasa frente a nosotros con una actitud indiferente, con una mirada vaga.

El único que puede intentar sobrepasar estos fracasos es aquel hombre que realiza un esfuerzo continuo de disponibilidad y comprensión; que saliendo de sí, va al encuentro del otro en tanto que otro. Sólo es posible para quien en clara libertad se decide a entablar una relación auténtica entre un *yo* y un *tú* a fin conformar el *nosotros* auténtico. Porque es gracias a la relación con el otro que escapamos a la locura y a la soledad de un *cógito* monádico, que no sería más que pensamiento de mi pensamiento: una especie de monólogo heideggeriano.

### 3.1.2. Relación consigo mismo: La interioridad

La persona es el único ser propiamente comunicable, gracias a sus cualidades que trascienden las fronteras meramente naturales; sólo entre personas es posible una comunión de presencias y existencias. El hombre es apertura hacia los otros y se realiza con ellos y gracias a ellos. Pero la persona no es pura comunicación, mera exterioridad; no es únicamente *ser-hacia-los-otros*. Ya que, desde otro aspecto "se nos presenta caracterizada, en oposición a las cosas, por el latido de una vida secreta en la que parece destilar incesantemente su riqueza".<sup>144</sup> Es un ser que, si bien es capaz de salir de sí, es también el único capaz de entrar en sí, de descubrirse continuamente en lo más íntimo de su ser.

Esta vida interior o interioridad (y hablaríamos aquí de *subjetividad*, si es que estos términos no suscitasen una representación espacial ambigua), no fija la vida personal en un repliegue ni se opone al movimiento de comunicación, sino que es una pulsación complementaria, como afirma Emmanuel Mounier.

Sin esta dimensión interior, el hombre sólo podría vivir a la manera de una *cosa*, ajeno de sí, en un estado de 'vida inauténtica', como un ser

expulsado de sí, confundido con el tumulto exterior: tal es el hombre prisionero de sus apetitos, de sus funciones, de su hábitos, de sus relaciones, del mundo que lo distrae. Vida inmediata, sin memoria, sin proyecto, sin dominio,<sup>145</sup>

---

<sup>143</sup> *Idem*.

<sup>144</sup> *Idem*, p. 26.

<sup>145</sup> *Idem*.

en una mera exterioridad; como un objeto entre los objetos.

La vida personal, en cambio, "comienza con la capacidad de romper contacto con el medio, de *recobrase*, de *recuperarse*, con miras a recogerse en un centro, a unificarse".<sup>146</sup>

A primera vista este movimiento constituye un movimiento de repliegue. Pero este repliegue sólo es un tiempo de un movimiento más complejo. Si algunos se detienen en él y se contorsionan, es porque se ha producido una perversión. Lo importante no es, de hecho, el repliegue, sino la concentración, *la conversión* de las fuerzas. La persona sólo retrocede para saltar mejor [...] El vocabulario del recogimiento (*recuperar*, *recobrar*) nos recuerda no obstante que éste es una conquista activa, lo contrario de una confianza ingenua en la espontaneidad y la fantasía interiores,<sup>147</sup> [concluye Mounier].

Este retiro, este repliegue, no se lleva a cabo con el fin de ocultarse, ni es tampoco una dimisión disfrazada, es la toma de fuerzas para recuperarse a sí mismo y para lanzarse con mayor vigor hacia los requerimientos de la acción. Es como el resorte que se comprime para alcanzar un mayor impulso, una mayor altura, no para quedarse replegado, o como el como el corazón que se llena de sangre, no para quedársela, sino para impulsarla con fuerza hacia todo el cuerpo. Este acto en el que la persona entra a sus profundidades no es pues, algo estático, aquí va implicado todo el hombre juntamente con su actividad y sus compromisos. No es un encerramiento egocéntrico o una fuga de la realidad, sino el medio, el método por el cual sin perderme a mí mismo, actúo, vivifico y transformo esa realidad exterior.

Este acto de la persona no es, como se ve, una fuga de lo real, de la acción o de la responsabilidad.

La interioridad supone, es verdad, un repliegue metódico (en el sentido en que Descartes hablaba de una duda metódica) ante la agitación de los actos y la dispersión de las cosas; más que un repliegue, un retorno a sí mismo y a su camino.<sup>148</sup>

Es una forma de 'ser yo mismo' para en verdad 'ser con los demás' y 'para los demás'; es un método que me permite constituirme en un yo auténtico con vistas a la relación con un tú.

El recogimiento entonces,

aunque comience por una desadaptación o por un fracaso, no busca un refugio, sino un remanso de las fuerzas para un compromiso mejor. No busca el silencio

---

<sup>146</sup> *Idem.*

<sup>147</sup> *Idem.*

<sup>148</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 117.

por el silencio o la soledad por la soledad, sino el silencio porque allí se prepara la vida y la soledad porque allí se reencuentra el hombre.<sup>149</sup>

De este modo, la interioridad no vendría a ser ya una complacencia de sí. Más aún, "esta complacencia es su enemigo íntimo, el objeto de su constante vigilancia. Es, más bien, *renovación* del actor y por él de la acción".<sup>150</sup>

Por otra parte, "el movimiento de la meditación es un movimiento simplificador, no una complicación o un refinamiento psicológico. Va al centro y directamente. No tiene ninguna relación con la rumiación o la introspección mórbidas".<sup>151</sup> No es tampoco una actividad intelectual compleja a la que pudieran acceder solamente los grandes pensadores, sino una actividad al alcance de toda persona, ya que todas, en cuanto personas, poseen la capacidad de interioridad y de interiorizar. Por su cualidad espiritual y trascendente es capaz de este acto íntimo y personal.

Solamente el hombre puede alcanzar lo trascendente y solamente él puede, también, sobrepasar la exterioridad objetiva, para lanzarse hacia las profundidades de su ser. En este sentido puede señalarse que en cada uno de nosotros coexisten el 'hombre interior' y el 'hombre exterior'.

Es en esta dialéctica interioridad-exterioridad donde se hace imprescindible la búsqueda de un equilibrio que, por un lado no aprisione al hombre en sí mismo, y por otro, que no le vuelque hacia el exterior, hasta el punto de confundirle con las cosas. "La existencia personal se ve disputada, entonces, por un movimiento de exteriorización y un movimiento de interiorización, ambos esenciales, que pueden ya anquilosarla, ya disiparla".<sup>152</sup> Solamente la interrelación armónica de estos dos polos en una misma persona puede situarnos en las auténticas perspectivas de la visión personalista. Enfatizar uno en detrimento del otro, sólo nos conduciría al desmembramiento de la persona, a su desequilibrio y a los errores de algunas filosofías modernas, desde los idealismos hasta los empirismos.

No cabe pues, en las perspectivas del personalismo, objetivar a la persona ni encerrarla en ella misma; no debe la intimidad personal volverse algo cerrado y excluyente. "Por todas partes encontramos conjugados este llamamiento a la interioridad, y esta prevención contra el aislamiento egocéntrico" porque "el encerramiento sobre sí es particularmente el mal, hay que salir del mal por la comunicación, voluntad de saber y voluntad de revelarse".<sup>153</sup> En efecto, "la persona es un 'adentro' que tiene necesidad de un 'afuera'. La palabra existir indica por su prefijo que ser es abrirse, expresarse". En efecto, "no hay que

---

<sup>149</sup> *Idem.*

<sup>150</sup> *Idem*, p. 118.

<sup>151</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 36.

<sup>152</sup> *Idem*, p. 30.

<sup>153</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 93.

despreciar la vida exterior: sin ella la vida interior enloquece, así como también, sin vida interior, la primera desvaría".<sup>154</sup>

El centrar excesivamente nuestra atención en la rumiación y en la solicitud excesiva por uno mismo, puede instalar el egoísmo como un cáncer. Eso que se presentaba como una liberación, pronto se convierte en una prisión. Por eso,

debemos volver a este gran postulado de la estática y la dinámica humanas: *el hombre interior sólo se mantiene derecho con el apoyo del hombre exterior, el hombre exterior sólo se mantiene derecho por la fuerza del hombre interior.*<sup>155</sup>

En esta dialéctica personalista, Mounier señala contra los idealismos que rechazan la mediación del objeto -el cual hace posible al sujeto encontrarse y fortificarse-, que es preciso "salir de la interioridad para mantener la interioridad".<sup>156</sup> Y es que, "así como el filósofo que se encierra primero en el pensamiento jamás hallará la puerta hacia el ser, así también aquel que se encierra primero en el yo no hallará jamás el camino hacia los otros".<sup>157</sup>

Habría que agregar que la *reflexión* misma no es sólo una mirada interior replegada sobre el yo y sus imágenes; es también, como afirma Mounier, *intención, proyección de sí*. Es un viaje en el que también nosotros vamos hacia el objeto del que tenemos conciencia, y no es solamente encerrar esa imagen de mí como en una caja.

De esta forma el personalismo trata de evitar que se aprisione a la persona en falsos dilemas: o la interioridad subjetiva o la mera exterioridad objetiva. Sin un sano equilibrio la persona se perdería en las fantasías interiores o se diluiría en la dispersión exterior y en las solicitudes inmediatas que lo hacen ya no ser 'él mismo' porque le convierten en un ser sin dominio sobre sí ni sobre las cosas.

La dimensión interior del hombre es la que le regresa a él mismo. Este sentimiento de intimidad "expresa la alegría de redescubrir las fuentes interiores y refrescarse en ellas". Sin embargo, "este sentimiento de intimidad encierra, por la fusión de elementos tan diversos, una ambivalencia. Puede señalar el momento en que me retiro del combate personal".<sup>158</sup> Ignorando así que toda vida personal es combate, afrontamiento continuo, lo cual conlleva una acción de compromiso y de ruptura.

---

<sup>154</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 31.

<sup>155</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 16.

<sup>156</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 112, y en *El personalismo*, p. 31.

<sup>157</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 20.

<sup>158</sup> *Idem*, p. 27.

### 3.1.4. El misterio

Cuando el hombre entra auténticamente en sí mismo –sin evadirse de la realidad y el compromiso– se encuentra con su propio misterio, el cual le descubre la verdad de sí mismo. Entra así, con todo su ser, al *vértigo de las profundidades*.

Retirarse de la agitación no significa de ningún modo reposo. Aquel que al descender dentro de sí no se detiene en la calma de los primeros resguardos, sino que resuelve llevar hasta el fin la aventura, pronto se ve precipitado lejos de todo refugio. Artistas, místicos, y filósofos han vivido a veces hasta el aniquilamiento esta experiencia integral, llamada muy curiosamente 'interior', ya que son arrojados a los cuatro vientos.<sup>159</sup>

Es precisamente en estas experiencias de interioridad donde la persona descubre y se enfrenta al misterio. Pero cuidado con entender equivocadamente el sentido del *misterio*. Ya Marcel lo había situado en su justa dimensión, cuando lo distingue del *problema*. El problema es una dificultad que está *delante de mí*, obstruyendo el camino, es algo objetivo. Lo enfrento y me distingo de él. Es algo que puede ser resuelto por cualquiera, utilizando cierta *técnica* (v. gr. las matemáticas). Es, en fin, algo impersonal. El misterio, en cambio, se sitúa en un plano superior, es *metaproblemático*. Un misterio se entromete entre sus propios datos, los invade y rebasa. En el misterio yo mismo me encuentro comprometido, me hallo yo implicado en él; estoy en cuestión en mi totalidad.

En el Manifiesto al servicio del personalismo está mejor explicado el sentido del misterio:

El misterio no es lo misterioso, ese decorado de cartón donde se complace cierta vulgaridad vanidosa compuesta de la impotencia intelectual, de necesidad fácil de singularidad, y de un horror sensual a la firmeza. No es la complicación de las cosas mecánicas. No es lo raro y lo confidencial, o la ignorancia provisionalmente consagrada. Es la presencia misma de lo real, tan trivial, tan universal como la Poesía, a la que con más gusto se abandona. Es en mí donde yo le conozco, más puramente que en otro sitio, en la cifra indescifrable de mi singularidad, porque ahí se revela como un centro positivo de actividad y de reflexión, no sólo como un núcleo de negaciones y de ocultamientos. Reconocemos a los nuestros en los que tienen sentido del misterio, esto es, de lo que hay por debajo de las cosas, de los hombres y del lenguaje que les acerca.<sup>160</sup>

Al misterio no debe equipararse con lo incognoscible, porque lo incognoscible es el 'límite de lo problemático'. No, el misterio no vale por su oscuridad, como se cree corrientemente en favor o en contra de él, "sino porque es el signo difuso

---

<sup>159</sup> *Idem.* p. 28.

<sup>160</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 69.

de una realidad más rica que las claridades demasiado inmediatas. Su dignidad está toda ella en su positividad difusa, en la presencia que él anuncia".<sup>161</sup>

Estas son las dimensiones del misterio, el cual se inserta en las profundidades de la persona, en su quehacer de conversión. A él se enfrenta cada persona, experimentándolo como un suceso que lo envuelve, alimenta y sobrepasa. De manera fundamental lo experimenta cada ser humano cuando se cuestiona sobre el misterio del hombre, pero, sobre todo, cuando se pregunta por misterio que representa él mismo, al que se enfrenta, tarde o temprano, cada hombre concreto que vive, sufre, dura y muere 'aquí y ahora'.

Así pues, si debemos sumergirnos en el misterio para conocer su sentido, esto no implica que se trate de "una experiencia ciega sin comunicación con los problemas que plantea la razón"<sup>162</sup> como algunos quieren hacerlo aparecer. Una realidad no niega la otra; el misterio y la capacidad reflexiva conviven en el mismo hombre, si bien se sitúan a niveles distintos.

La interioridad del hombre aparece así como una dimensión propia y fundamental de su ser. No es fuga del mundo exterior sino preparación y maduración para un compromiso mayor con el mundo. Es en este acto de *metanoia*, en este centro interior donde la persona se recobra y es capaz del encuentro trascendente con el Ser que le revela su propio ser: Dios.

Al respecto, Jean Lacroix, al hacer un análisis filosófico sobre el marxismo, señala que uno de sus errores es desconocer este método reflexivo por el cual "el sujeto, lejos de encerrarse dentro de sí mismo, en una falsa interioridad, se descubre en su relación consigo mismo, con el mundo, con los demás, con Dios".<sup>163</sup> Porque precisamente, como lo hace notar Mounier, "para señalar la trascendencia absoluta de la interioridad, el caballero de la interioridad escondida debe llevar la misma vida que los otros hombres".<sup>164</sup> Se hace así evidente que no se contraponen, en estas alturas, la existencia auténtica y la vida cotidiana de un hombre. En este sentido Mounier, haciendo referencia a Kierkegaard, escribía en su *Introducción a los Existencialismos*, que es preciso poder ser religioso y al mismo tiempo ir al parque de Dyrvhaven (el parque de atracciones danés).<sup>165</sup>

Vida interior no significa necesariamente vivir como ermitaño, alejado de los hombres y de la 'vida exterior'. Es preciso a los hombres de acción atender estos dos momentos y darles su auténtico sentido a ambos. Al creyente se le pedirá

---

<sup>161</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 98.

<sup>162</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 28.

<sup>163</sup> Jean Lacroix, *Marxismo, existencialismo, personalismo*, p. 116.

<sup>164</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, p. 109.

<sup>165</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, Obras Completas v. III, p. 137.

ser, al mismo tiempo, hombre de acción y hombre de oración. Esta deberá impulsarle a aquélla para ser auténtica.

La espiritualidad, tal como se concibe en el personalismo, es

en un sentido, enteramente movimiento hacia un *intimus intimo meo*, como es también enteramente movimiento dirigido hacia un afuera y un más allá de mí mismo. Y continúa: "sin embargo, el recogimiento aprehende, al pasar, una especie de adherencia de mí mismo, pudiendo desarrollar en su marcha una especie de asfixia de mí por mí, que es el peligro propio de una vida espiritual demasiado atenta a sí misma."<sup>166</sup>

Es ésta, si así pudiera llamársele, una 'intimidad trascendente', una 'interioridad abierta'. No encajarían por eso, en estas perspectivas, los idealismos como tampoco lo empirismos reduccionistas. Unidimensionales ambas consideraciones, le cerrarían al hombre en él mismo, debido a su intrínseca inmanencia.

Esta es pues la relación bipolar que, en este segundo capítulo se establece entre comunicación e interioridad; entre la intersubjetividad (interrelación personal) y el recogimiento. Estos son los dos momentos de la dialéctica personalista que ayudarán al equilibrio de persona. Dos modos de relación igualmente esenciales; ambos igualmente necesarios para su desarrollo como tal.

### 3.2. La persona es acción

El hombre, ser-con-los-demás y ser-consigo-mismo (exterioridad-interioridad), no es sin embargo un ser estático. La comunicación y el recogimiento implican la *acción* humana y conducen a ella.

El personalismo, en efecto, no es una reflexión que se quede en ella misma sino que busca impulsar a los hombres a la acción y al compromiso. La 'doxa' personalista conducirá entonces a la 'praxis' humana. Y es que, fundamentalmente, Mounier busca proponer, más que un sistema de ideas, una forma de vida, tanto personal como social, a fin de superar el falso dilema: *acción o reflexión*.

Lo que se busca es que sus *principios* guíen la *acción* y conduzcan a ella. Y busca, a su vez, que la *praxis* se renueve a la luz de estas premisas. Es, sobre

---

<sup>166</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los existencialismos*, tr. de Daniel D. Montserrat, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1973, p. 95.

todo, una motivación que busca ayudar a reflexionar a los que actúan, e impulsar a actuar a los que reflexionan.<sup>167</sup>

Y ya que el mundo moderno ha disgregado al hombre en fragmentos independientes, la obra personalista buscará precisamente "recomponerlo y en él reunir el cuerpo y el espíritu, la meditación a las obras, el pensamiento a la acción"<sup>168</sup>. Buscará acabar con el profundo divorcio que existe entre los principios y la acción, entre las convicciones personales y la vida cotidiana.

Cabe sin embargo preguntar, frente a las exigencias de la acción: ¿qué dimensiones posee ésta en las vertientes personalistas? ¿Cuáles son sus requerimientos esenciales y los tipos de acción que aquí se proponen?

Se puede señalar, siguiendo a Mounier, que "la existencia es acción, y la existencia más perfecta acción más perfecta". Si todavía hay algunos que se niegan a introducir la acción en el pensamiento o en las cumbres de la vida espiritual "es porque se forjan de ella implícitamente una noción estrecha, al reducirla al impulso vital, a la utilidad o al devenir". Por eso es necesario entender la acción en su sentido más vasto: "Por el lado del hombre, designará la experiencia espiritual integral; por el lado del ser, su fecundidad íntima", de tal modo que se puede afirmar que "lo que no obra no es".<sup>169</sup>

El tema de la acción no es, pues, un apéndice del personalismo sino que ocupa en él un lugar central. El 'logos' no es aquí algo pasivo o mera conceptualización intelectual, sino una pauta para la acción. Es cierto que "el *logos* es *verdad*; y desde el cristianismo es también *camino y vida*".<sup>170</sup>

La acción supone la libertad y la responsabilidad personales. Si, como proponen las doctrinas materialistas o deterministas, todo está de antemano regulado por procesos ineluctables, ¿qué puede esperarse de nuestra actuación, de nuestros esfuerzos por cambiar el destino o los inevitables determinismos? Todo lo que aquí pudiera decirse de la acción humana resultaría vano. Estas concepciones solamente nos conducirían a justificar toda clase de conformismo e inevitablemente nos arrastrarían a la *in-acción*.

Aquí nos atreveríamos a afirmar, por lo que hemos señalado, que tales filosofías llevan —en el ámbito de la civilización y la cultura— al rezago y al subdesarrollo. El marxismo, dice Mounier, "ha comprendido este peligro, que lleva en sí por su materialismo ambiguo, y debe congregarse constantemente contra él los recursos de la praxis".<sup>171</sup>

<sup>167</sup> Cfr. Roger Etchegaray, discurso pronunciado en su primera visita al Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, México D. F., 6 de septiembre de 1986.

<sup>168</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 115.

<sup>169</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 49.

<sup>170</sup> *Idem.*

<sup>171</sup> *Idem.*



Hay que tener presente, en toda forma de acción, que la persona no es una isla ni una libertad soberana y autónoma; que a toda acción suya conlleva una responsabilidad diferenciada y personal. De tal suerte que "no hay acción válida sino allí donde cada conciencia particular, aunque sea en el retiro, madura a través de la conciencia y del drama total de su época".<sup>172</sup> La acción particular de cada quien no puede desentenderse de la situación histórica en que se encuentra inmersa. La nuestra nunca es una acción aislada ni está desligada de las consecuencias que conlleva, pues cada acto mío es una elevación o un retroceso que repercute en toda la humanidad. Tengo una responsabilidad con el mundo en cada uno de mis actos y omisiones.

Nos adentramos de esta manera, a los soportes fundamentales de la acción personalista, que no consiste en realizar cualquier tipo de movimiento intenso.

Verbalismo, opresión, conformismo, ruptura entre la doctrina y la acción, mentira, odio, violencia, ¿es con eso con lo que pretendéis *hacer*, es eso lo que llamáis acción, y creéis construir un mundo humano con todos esos gestos inhumanos?<sup>173</sup>

Si bien el personalismo no rehuye, como se ha visto, la preocupación por el hacer, este "hacer no es calcular. No es emitir palabras o gestos. Es empezar a ser que lo que se quiere mañana sea, poner en claro una inspiración y darle unos organismos".<sup>174</sup>

La acción personalista no busca la acción por la acción o la praxis por la praxis, pues muchas veces "bajo el pretexto de la urgencia, se nos impulsa a actuar, sin importar cómo ni hacia qué".<sup>175</sup> No basta con hacer "cualquier cosa, con tal de que vuestra acción sea intensa".<sup>176</sup> La acción, en estas perspectivas comporta exigencias que la orienten y rumbo claro que la dirija. No es la acción humana un valor en sí mismo, sino el medio, el instrumento por el cual nos construimos como personas en orden a nuestros fines.

Si apelásemos al actuar por el actuar o a una acción liberada de toda regla, ansiosa de una vida intensa, pronto seríamos arrojados "a una especie de delirio de la acción".<sup>177</sup> Una máquina también puede realizar múltiples operaciones y movimientos. Pero esto no es un hombre; sólo él posee conciencia y libertad, se fija metas y objetivos, elige los medios y los fines. Sin esto, el hombre se convertiría en un ser ajeno para sí, ausente de toda vida realmente personal.

---

<sup>172</sup> *Idem*, p. 50.

<sup>173</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 401.

<sup>174</sup> *Idem*.

<sup>175</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 10.

<sup>176</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 50.

<sup>177</sup> *Idem*.

Señalamos, pues, algunos principios de la acción en la filosofía personalista, ya que "la acción es el espesor de nuestro pensamiento".<sup>178</sup>

Mounier advierte que "una acción no es válida y eficaz más que si, en principio, ha tomado la medida de la *verdad* que le da su sentido y la *situación histórica* que le da su escala".<sup>179</sup> Señala, además, dos principios a partir de los cuales el personalismo fundará su actuar: el primero, dice él, es que *actuaremos por lo que somos tanto o más que por lo que hagamos o digamos*. El segundo: nuestra acción *no está esencialmente dirigida al éxito, sino al testimonio*. El éxito vendría a ser una añadidura.<sup>180</sup>

Junto a estos principios, Mounier recapitula en cuatro, las exigencias de la acción:

1. Que modifique la realidad exterior
2. Que nos forme
3. Que nos acerque a los hombres
4. Que enriquezca nuestro universo de valores

Exigimos de toda acción que responda más o menos a estos cuatro requerimientos, pues el hombre íntegro se inclina en nosotros para beber de cada uno de nuestros actos.<sup>181</sup>

En estas exigencias se ven claramente tres formas de relación que la persona lleva a cabo: con el mundo, con nosotros mismos y con los otros. La cuarta exigencia vendría a ser consecuencia de los tres anteriores en estrecha relación.

Una acción integral podría considerarse aquélla que contemplase estos cuatro elementos, sin descuidar o enfatizar uno en detrimento de los otros, aunque evidentemente "hay tipos de acción en los que interviene uno de esos requerimientos de manera dominante, concurriendo los otros sólo como acompañantes".<sup>182</sup>

Mounier, empleando la distinción clásica propone, a su vez, tres tipos de acción:

1. **El hacer (ποίησις)**. Esta acción tiene como fin principal dominar y organizar una materia exterior. La llamaremos aquí *económica*: acción del hombre sobre las cosas, acción del hombre sobre el hombre en el plano de las fuerzas naturales o productivas, en todas partes donde el hombre desmonta, aclara y dispone determinismos. Es la esfera de la ciencia

<sup>178</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 176.

<sup>179</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 10.

<sup>180</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 177.

<sup>181</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 50.

<sup>182</sup> *Idem*.

aplicada a los asuntos humanos, de la *industria* en el sentido amplio de la palabra. Tiene su fin y su medida propia en la eficacia.

2. **El obrar (πράττειν)**. Esta acción ya no apunta principalmente a edificar una obra exterior, sino a formar al agente, su habilidad, sus virtudes, su unidad personal. Esta zona de la *acción ética* tiene su fin y su medida en la *autenticidad*. La elección ética no carece, sin embargo, de efecto sobre el orden económico.
3. **El contemplar (θεωρεῖν)**. Es esa actividad que explora los valores y se enriquece con ellos extendiendo su reino sobre la humanidad. Pero esta acción contemplativa no es mera cuestión de inteligencia, sino que atañe al hombre entero, no es evasión de la actividad común hacia una actividad escogida y separada, sino aspiración a un reino de valores que invada y envuelva toda la actividad humana. Su fin es *perfección y universalidad*, pero a través de la obra finita y de la acción singular.

En cuanto al *hacer*, si bien es cierto que su finalidad se centra en la eficacia, sin embargo,

el hombre no se satisface con fabricar y organizar, si no encuentra en estas operaciones su dignidad, la fraternidad de sus compañeros de tarea, y cierta elevación por encima de la utilidad; ni siquiera fabrica bien sino en estas condiciones, como lo demuestra la psicotecnia.<sup>183</sup>

Todas estas cuestiones no las puede resolver la economía si no es "en las perspectivas de lo político, que la articula con la ética". El político debe entonces anudar el rigor de la ética sobre el rigor de la técnica. "Es justamente a su nivel donde debe personalizarse lo económico e institucionalizarse lo personal".<sup>184</sup>

Respecto a la segunda forma de acción, el *obrar*, cuyo fin y medida es la *autenticidad*, cabe mencionar que "importa menos aquí lo que hace el agente, que cómo lo hace y aquello en que se convierte al hacerlo". Porque una relación de personas jamás se establece en un plano puramente técnico, en el plano de la mera eficacia.

El hombre, una vez presente, contamina el mundo entero. Actúa hasta por la cualidad de su presencia. Aún los medios materiales se vuelven por ella medios humanos, que viven en los hombres, modificados por ellos y modificándolos, en integrando esta alteración en el proceso total. Si envilecen al agente, comprometen con alcance más o menos largo el resultado [...] Técnica y ética son los dos polos de la inseparable cooperación de la *presencia* y de la *operación* en un ser que no hace sino en proporción a lo que es, y que no es sino haciendo.<sup>185</sup>

---

<sup>183</sup> *Idem.*

<sup>184</sup> *Idem.*

<sup>185</sup> *Idem*, p. 51.

La actividad *contemplativa*, por su parte, es desinteresada en tanto "no apunta *directamente* a la organización de las relaciones exteriores entre las cosas y entre los hombre [...] Pero obra a su vez sobre todo el campo de la práctica".<sup>186</sup> Por ejemplo, las más altas especulaciones matemáticas, las menos utilitarias, han llevado a las aplicaciones más fecundas al mismo tiempo que más imprevistas: de los cálculos astronómicos a la navegación. De los debates sobre la estructura del átomo a la energía atómica. Se puede hablar aquí de "inducción contemplativa. Esta experiencia debe guardarnos de declarar inútil a priori una actividad cuya utilización próxima no vemos".<sup>187</sup>

Todo lo que hemos dicho arriba sobre el actuar del hombre, hace referencia a los dos polos de la acción: el *polo profético* y el *polo político*, como los llama Mounier.

### 3.2.1. La acción profética

El contemplativo, aún conservando como principal inquietud la exploración de los valores, puede también apuntar a la conmoción de la práctica. Puede entonces decirse que su acción es de tipo profético.

La acción profética asegura la unión entre el contemplativo y la práctica (ética más economía), así como la acción política entre lo ético y lo económico. La actitud profética, por ejemplo,

afirmará lo absoluto en su rigor tajante, por la palabra, el escrito o el gesto, cuando su sentido se haya embotado por los compromisos: son las *Provinciales* o el *Yo acuso*, es la obediencia de Abraham, la protesta del objetador de conciencia, las huelgas de hambre de Gandhi [...] El gesto profético puede estar acompañado de la voluntad consciente de hacer presión sobre una situación, aunque por medios que provienen de la fe en la eficacia trascendente de lo absoluto más que la puesta en juego de la eficacia técnica. A veces aun el profeta atraviesa todo el espesor de la acción, y de testigo que era se vuelve técnico: Juana de Arco comenzó por dar testimonio de sus voces, luego se hizo generala del ejército.<sup>188</sup>

Como se ve, la *acción profética* no es una acción aislada ni un impulso desesperado, urgido por los pronto resultados que demanda la eficacia. Su táctica no es la imprecación o el éxito inmediato, sino el testimonio y la entrega de su vida a una causa que la trasciende y le da sentido.

---

<sup>186</sup> *Idem.*

<sup>187</sup> *Idem*, p. 52.

<sup>188</sup> *Idem.*

El profeta conquista aquí las alegrías de una serenidad elegida, pero no se puede hablar de una evasión en su caso, pues es raro que muera rico y que no le hayan cerrado la boca a pedradas<sup>189</sup> [o con balas].

Su actitud contemplativa no le hace indiferente al drama y los problemas de su tiempo, más bien lo prepara para enfrentarlos y darles una solución que a los ojos de todos parece ineficaz y carente de sentido. Una huelga de hambre detuvo una guerra entre musulmanes e hindúes.

Si bien el profeta no desprecia la eficacia, sin embargo,

tampoco *calcula* la eficacia como el político: lanza delante de sí la fuerza invencible de su fe, seguro de que si no alcanza alguna meta inmediata logrará al menos mantener la fuerza viva del hombre en el único nivel en que se abren siempre las brechas de la historia.<sup>190</sup>

### 3.2.2. La acción política

De otro lado, nos encontramos con la acción de tipo política. Esta acción, como lo refiere Mounier, deberá asegurar la unión entre la ética y la economía, o entre la esfera de la técnica (en el sentido amplio de la palabra) y la esfera de los valores éticos.

El político pone en juego todos los elementos orientados a la eficacia: la ciencia aplicada, la industria, la técnica, la economía, las fuerzas productivas, etcétera. Pero todos estos medios, desligados de la ética, pueden convertirse en pretexto para aplastar al propio hombre. De aquí que en todas las profesiones (técnicas o no) se exija para su ejercicio, una ética mínima.

Cualquier acción política que ignore o niegue todo nexo con el mundo de los valores se transforma, tarde o temprano, en instrumento de opresión contra los hombres. Ciertamente su polo dominante es la eficacia, pero no puede, sin desequilibrios, descuidar la actividad ética y la contemplativa porque, como dice Mounier: "no es político lo que no enlace un testimonio a una empresa".<sup>191</sup>

Así como el profeta no desprecia la eficacia ni las exigencias de la acción, así el político, para llevar a cabo su acción exterior (ποιεῖν) deberá adquirir en el 'obrar' y en el 'contemplar', un cuadro de valores y actitudes que sean los que guíen su práctica política y su incidencia en la vida pública. Más aún, requiere como toda

<sup>189</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 68.

<sup>190</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 52.

<sup>191</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, *loc. cit.*

persona 'entrar en sí', 'recogerse', 'unificarse', para que sea esa *θεωρεῖν* asimilada y vivida, la que oriente su praxis pública y económica.

Aun en el tumulto exterior de su actividad, el político debe conocer y saber llevar su soledad, ese lugar donde cobro conciencia de mi indigencia existencial, de mi riqueza ontológica y de mi propio misterio.

Desconfiemos del político que ignora la soledad, que no le otorga un lugar en su vida, en su conocimiento de los hombres y en sus visiones del futuro: es como aquel burgués absorbido, materializado por sus actividades exteriores; no trabaja ya para el hombre, aunque se crea revolucionario.<sup>192</sup>

Será por eso necesario tener presente que,

el que actúa debe retirarse constantemente a su pensamiento, no para cantar su gloria, sino para descubrir sus flaquezas. La calidad de nuestro silencio interior irradiará nuestra actividad exterior; la acción debe nacer de la superabundancia del silencio.<sup>193</sup>

Descubrimos, pues, en estas perspectivas personalistas, que "ninguna acción es sana y viable si descuida por completo o, peor aún, si rechaza la preocupación por la eficacia o el aporte de la vida espiritual".<sup>194</sup> La acción completa cubre los dos campos, "se despliega de la intención al resultado, de la autenticidad a la eficacia".<sup>195</sup>

La acción que tiene incidencia sobre la vida pública y toda acción específicamente humana

no podría, sin desequilibrarse, darse una base más estrecha que el campo que va *del polo político al polo profético*. El hombre de la acción cabal es el que lleva en sí esta doble polaridad, y navega de uno polo a otro, combatiendo alternativamente para asegurar la autonomía y regular las fuerzas de cada uno, y para encontrar comunicaciones entre ellos. Por lo común, el temperamento político que vive en el arreglo y el compromiso, y el temperamento profético que vive en la meditación y la audacia, no coexisten en el mismo hombre.<sup>196</sup>

El hombre, presente en el mundo y comprometido con su transformación, habrá de emplear unos medios que comprendan por igual, la acción profética y la acción política. El testimonio es tan importante como la búsqueda de la eficacia.

El personalismo no considera, pues, la acción como un valor en sí; no busca el actuar por el actuar. Su validez y eficacia serán posibles si, como ya lo ha

<sup>192</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 81.

<sup>193</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, pp. 200-201.

<sup>194</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 52.

<sup>195</sup> *Idem*, p. 53.

<sup>196</sup> *Idem*.

señalado Mounier, ha tomado como medida la *verdad* que le da su sentido y la *situación histórica* que le da su escala. Se pide de la acción que contemple todas las relaciones que son esenciales para el desarrollo humano: la transformación del mundo, haciéndolo cada vez más digno de la persona, la transformación de las personas que haga posible y favorezca la construcción de ese mundo, y que ambas favorezcan el acercamiento del hombre con el hombre y propicien el surgimiento de una auténtica comunidad de personas, guiados siempre por un universo fundamental de valores que le dan su referencia y su calidad.

De esta manera se sitúa la dialéctica de la actividad humana: de la reflexión a la práctica, del testimonio a la eficacia, de la presencia al compromiso. Para llevar a cabo una acción integral, evitando la tentación de los falsos dilemas, será preciso nunca separar la *doxa* que guía la *praxis*, así como no separar ésta que le da sustento y credibilidad a aquélla. Porque sabemos "que la acción es medio de conocimiento, y que la verdad se da a quien la reconocido y ejercido, aunque sea en el espesor de un cabello".<sup>197</sup>

La acción, en las perspectivas personalistas es una acción exigente, por lo que implica un compromiso con el mundo y con las personas que lo habitan. Esta acción comprometida es la única que puede contribuir a la construcción de la persona y a la reconstrucción de la sociedad.

### 3.3. La persona es compromiso

La acción, tal como nos ha sido presentada, no puede quedarse en ella misma, sino que lleva necesariamente a un *compromiso*. Una acción carente de sentido o de finalidad no sería tal. Los dos aspectos del mundo de la persona que hemos analizado: su capacidad de relación y sus diversas acciones, resultarían vanos si no se llegase a un acto de compromiso. Así habla Mounier:

las meditaciones, las rectificaciones intelectuales, las generosidades, las construcciones técnicas no son nada si en ellas no se comprometen ni se implican con actos los hombres.<sup>198</sup>

Nos situamos, pues, en otra dimensión esencial de la persona: el *estar comprometido* consigo mismo, con el mundo y con los demás.

Cabe señalar que, en el tema del *compromiso*, Mounier pone un especial énfasis a través de todos sus escritos. Él mismo buscó vivir a fondo este principio y tuvo siempre presente que

---

<sup>197</sup> *Idem*, p. 54.

<sup>198</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 361.

las ideas no son puras en los hombres si no son amadas, asimiladas, servidas en almas personales de las que ellas han llegado a ser el fuego animador. El desorden primero es que cada uno, revolucionarios o contrarrevolucionarios, entre la palabra y el compromiso se haya abierto un abismo en el que la mayoría se precipita sin sospecharlo.<sup>199</sup>

Tan esencial para el personalismo es esta dimensión existencial, que puede llegar a afirmarse que no hay vida personal sin compromiso, de tal suerte que, "rehusar el compromiso es rehusar la condición humana".<sup>200</sup>

Estar comprometido, a la vez que condición, es constitutivo fundamental de la persona. En efecto, por la encarnación nos encontramos ya comprometidos: estamos embarcados en un cuerpo, situados en un lugar y en una época, somos arrojados al mundo. Cada hombre es un "yo-aquí-ahora-así-entre-estos-hombres". Estamos ligados, comprometidos en la problemática del mundo y en las leyes de la materia. Así pues, desde que el hombre viene a la existencia, se encuentra en una *situación* -en sentido pasivo- de *compromiso*. No puede disponer enteramente de sí mismo como si fuera un pensamiento ingrávito; la carne le recuerda su condición -y los condicionamientos-, sirviendo de saludable contrapeso contra las fugas idealistas.

Nos encontramos, entonces, con el primer compromiso de la persona -desde el punto de vista ontológico, al cual el hombre no puede renunciar porque pertenece a su misma esencia en cuanto ser-encarnado y presente en el mundo. Tal compromiso lo adquiere con la vida y lo pierde con la muerte. Es necesario tener presente esta dimensión de la persona, pues "muchas veces "se habla de *comprometerse*, como si dependiera de nosotros; pero nosotros *estamos comprometidos*, embarcados, preocupados".<sup>201</sup>

Esta es la esfera de lo que llamaríamos el '*compromiso de*', que es una cualidad específica de las personas, en cuanto seres-presentes-en-el mundo.

Un segundo aspecto, en cuanto que vivimos también en el mundo *con-los-otros*, es el '*compromiso con*', donde interviene ya la voluntad personal, pero se presenta al mismo tiempo como una exigencia de nuestra existencia personal. Por el hecho mismo de encontrarnos en una situación en la que no podemos prescindir de los demás, es decir, porque somos *interdependientes* y por nuestra *naturaleza sociable*, este compromiso no puede entenderse como algo opcional o secundario. Más aún, si pudiera rehusarse al compromiso con los otros, se estaría rehusando, al mismo tiempo, a la condición humana. Tenemos un *compromiso con los otros*.

---

<sup>199</sup> *Idem*, p. 376.

<sup>200</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 53.

<sup>201</sup> *Idem*.



Vivimos en sociedad, existimos y nos desarrollamos en ésta por nuestra relación con los otros. Los individualismos corroen las sociedades y se convierten en tumores del desarrollo y de la justicia. Por esto,

el primer deber de todo hombre, cuando los hombres por millones son separados de esta forma de vocación humana, no es salvar su persona, sino comprometerla en cualquier acción, inmediata o lejana, que permita a estos proscritos hallarse de nuevo situados frente a su vocación con un mínimo de libertad material. La vida de la persona, como se ve, no es una separación, una evasión, una alienación, es *presencia y compromiso*.<sup>202</sup>

Nuestro primer compromiso será, entonces, contribuir con cada hombre a la búsqueda y el encuentro de su vocación, que fundamentalmente consiste en ser y vivir como persona.

La reconstrucción del hombre y la sociedad actual, urgen los valores del compromiso y la responsabilidad porque –como reafirma Mounier–

en una época como la nuestra, tan influenciada por el narcisismo hasta en sus más descollantes altitudes, son importantes, contra la primacía del escrupulo y la integridad, los valores de la decisión y el compromiso.<sup>203</sup>

Pero es necesario aclarar que el compromiso, en las vertientes personalistas, no se centra en el heroísmo o en lo excepcional. Por lo que "hay que cuidarse de pensar que la más alta vida personal sea la de la *excepción*". El personalismo, en efecto, "no es una ética de los grandes hombres, un aristocratismo de un nuevo tipo, que seleccionaría los más prestigiosos logros psicológicos o espirituales para hacer de ellos jefes altivos y solitarios de la humanidad". Porque, "si bien la persona se cumple persiguiendo valores situados en el infinito, está sin duda llamada a lo extraordinario en el corazón mismo de la vida cotidiana".<sup>204</sup> Debemos llevar a cabo nuestros compromisos ordinarios de forma extraordinaria. La vida personal y sus compromisos están al alcance de todos los seres humanos; todos tienen cabida en el universo personal, a todos se dirige este llamamiento, pues ningún ser humano está exento del deber de construirse y realizarse como persona. El personalismo es una llamada universal, no es un agrupamiento sectario y excluyente.

Comprometerse no significa adherirse a cualquier situación o aceptar ciegamente cualquier tipo de responsabilidad. Será preciso entonces discernir los compromisos de los pseudo compromisos, que podrían convertirse en complicidades. La fidelidad es una de las exigencias fundamentales para el compromiso. Escribe Mounier: "El deber de compromiso se complementa, respecto a las realidades a las que se consagra la persona, con un deber de

<sup>202</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 63.

<sup>203</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 54.

<sup>204</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 32.

*fidelidad* [...] y en un *servicio permanente a la verdad*".<sup>205</sup> Más adelante, al referirnos al compromiso de adhesión y de ruptura, ahondaremos en estas dos cualidades que acompañan a todo compromiso.

Se señala también, como una exigencia fundamental del compromiso, su vinculación con *lo absoluto*. "Para nosotros, aclara Mounier, una filosofía del compromiso es inseparable de una filosofía de lo absoluto o de la trascendencia del modelo humano".<sup>206</sup> Al compromiso le acompaña igualmente una exigencia de libertad que evoca el carácter relativo del mismo. Ciertamente nos comprometemos o estamos 'comprometidos con', pues no existe el compromiso en el vacío. Sabemos que el hombre es solamente tal mediante el compromiso,

pero si el hombre no fuera más que sus compromisos, sería esclavo, sobre todo en un mundo donde la red del colectivismo se cierra más y más, y el juego entre individuos y grupos es cada vez más estrecho [...] La garantía de nuestra libertad en el compromiso es el carácter relativo del compromiso, relativo a un absoluto que evoca, realiza y traiciona, al mismo tiempo. La traición se encuentra inscrita en el acto comprometido con el mismo rótulo que la fidelidad.<sup>207</sup>

La libertad da sentido a nuestros compromisos. Sin ella, el hombre se encontraría preso de los determinismos; la elección y el compromiso carecerían de todo sentido. Un fatalismo estoico no hace hombres responsablemente comprometidos.

El compromiso, para ser llevado a cabo, requiere, entonces, tanto de la libertad como de su referencia a un absoluto, el cual le confiere su sentido y lo sitúa en su real dimensión. Porque

sin referencia a lo absoluto, el compromiso sólo es mutilación, organización progresiva de la desesperación y del agostamiento. Dentro de la perspectiva del absoluto, los impulsos que auspicia se transforman en sacrificios a la generosidad del ser. Estos marcan lo trágico de la acción, pero también esta prometedora ligereza que la acompaña como una juventud perpetua.<sup>208</sup>

Sin embargo, todo lo que hasta aquí hemos dicho no significa que el compromiso sea un acto exento de todo riesgo ni evita que algunas veces tengamos que dar un salto al vacío de una aventura que a veces implica despojarnos de algo. "La situación de inseguridad y audacia nos introduce en el clima de las grandes empresas".<sup>209</sup> La inquietud no es opuesta a la acción: hay que darle cauces con altura de miras y de generosidad.

<sup>205</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 390.

<sup>206</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 58.

<sup>207</sup> *Idem*.

<sup>208</sup> *Idem*, p. 67.

<sup>209</sup> *Idem*, p. 65.

El compromiso es de suyo exigente, nos introduce en el drama de toda 'vida auténtica' y nos sitúa en nuestra real dimensión. Es lo que nos forma como personas.

### 3.3.1. La muerte

Pero vayamos más lejos, un compromiso en grado supremo puede llevarme incluso al ofrecimiento de la propia vida. La historia nos da un sinnúmero de ejemplos. No pretendemos decir con esto, que toda muerte sea el fruto maduro de un compromiso. Pero sí señalamos con Mounier que un hombre no es hombre "si no hay por lo menos una causa o un ser por el que él se halle dispuesto a aceptarla. Pero la muerte sólo consagra aquello que el muerto ha puesto en ella". Una muerte irresponsable o hueca de compromiso, sería un acto impersonal y absurdo. Y es que "la muerte es en muchos casos la solución más simple a situaciones insolubles".<sup>210</sup>

La muerte no debería ser una fuga o un 'remedio instantáneo'. Ella es mucho más llena de sentido y significación como para desperdiciarla en un acto exento de compromiso; menos aún cuando se trata de una evasión para las permanentes responsabilidades. Necesitamos asumir en plenitud nuestra propia muerte, así como nuestra vida. Aquella sólo adquiere sentido y valor por su referencia a ésta. En efecto, si no hay en nuestra existencia una causa por la cual valga la pena morir, ¿habrá una causa por la cual valga la pena vivir? La vida, al igual que la muerte, es una de las responsabilidades más grandes que se nos han confiado. Por eso, "aunque fuese humilde, no queremos sino una muerte personal que no sea para nosotros una manera de evadirnos, de ceder, por contradictorio que eso parezca, a los medios fáciles".<sup>211</sup> Hay una gran diferencia cuando se pierde la vida por una *entrega* que cuando se pierde por un *rechazo* a la misma o por una *evasión* a un problema grave.

Sin embargo, no dejamos por eso de respetar a aquellas personas que están a favor del suicidio, aunque nosotros pensamos que no se puede considerar como un acto de valentía, libertad y arrojo, al hecho de adelantar 'artificialmente' la propia muerte por alguna situación apremiante. Porque, esta persona, ¿frente a qué se estaría comprometiendo?, ¿a *quién* estaría sirviendo?, ¿a qué causa se estaría consagrando? ¿No estará buscando, sobre todo, su 'bien'? La respuesta final queda en la conciencia de cada persona y en su decisión soberana; sólo a ella toca responder de su vida y de la de los demás. Su compromiso, por ser libre, sólo ella lo asume o lo rehúsa. No podemos, por eso, enjuiciar *a priori* los motivos o la situación en la que una persona se encontraba y que le orilló a tal

<sup>210</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, pp. 389-390.

<sup>211</sup> *Idem.* p. 390.

acción. Difícil, si no imposible será 'ponerse en su lugar'. Y constituye al mismo tiempo un fuerte cuestionamiento para aquellos que le rodeaban; aquéllos en los que quizá no encontró lo que buscaba o necesitaba.

La muerte, en la perspectiva del personalismo, digamos que "no puede ser mas que el *compromiso último*, que corona a todos los demás [...] Debe ser aceptada únicamente cuando cualquier otro medio se haya revelado ineficaz".<sup>212</sup>

Como se ve, el compromiso mismo tiene unas exigencias mínimas que respaldan su autenticidad. En efecto, el compromiso auténtico, más que ser un resguardo, nos *enfrenta* y *expone*; su característica es la ambivalencia:

Es siempre necesario y está siempre en hueco, sin apoyo. Oscila entre la repetición ética y el secreto religioso, entre el tiempo que la nutre y la eternidad que le inspira. Está en el mundo, sin ser jamás totalmente de este mundo.<sup>213</sup>

es la consistencia del existente pero a veces es salto al vacío; es donación y es desprendimiento; es conquista y también abandono. Y, por otro lado, "establece un corto circuito entre la inquietud y la acción, que algunos suponen contradictorias".<sup>214</sup>

Tanto la acción como el compromiso se llevan a cabo en este mundo y con estos hombres; su realización se lleva a cabo de manera imperfecta, por lo que, querer esquivar el compromiso por contar con medios imperfectos, es solamente una dimisión y es ignorar el medio en que se vive. Aclara Mounier:

una filosofía para la cual existen valores absolutos siente la tentación de esperar, para actuar, causas perfectas y medios irreprochables. Esto equivale a renunciar a actuar. Lo Absoluto no es de este mundo y no es conmensurable con este mundo. Nosotros sólo nos empeñamos en combates discutibles sobre causas imperfectas.<sup>215</sup>

Querer esquivar el compromiso y la acción por esta situación incómoda y contingente, es esquivar la condición humana.

El compromiso es consentir en el desvío, en la impureza ('ensuciarse las manos'), pero no significa esto consagrar la abdicación de la persona y de los valores a que ésta sirve. La fuerza creadora del compromiso nace de la tensión fecunda que suscita entre la imperfección de la causa y su fidelidad absoluta a los valores correspondientes [...] El riesgo que asumimos en la oscuridad parcial de nuestras elecciones nos coloca en un estado de desposesión, de inseguridad y de osadía que es el panorama de las grandes acciones.<sup>216</sup>

---

<sup>212</sup> *Idem.*

<sup>213</sup> Emmanuel Mounier, Introducción a los Existencialismos, p. 113.

<sup>214</sup> *Idem.*

<sup>215</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 53.

<sup>216</sup> *Idem*, pp. 53-54.

La situación incómoda en que se lleva a cabo el compromiso, ayuda al crecimiento del hombre, es el medio por el cual la persona se va formando como tal. Esto le ayuda también a comprender la dimensión relativa de sus compromisos, siempre inacabados, siempre en tensión hacia la plenitud, hacia lo absoluto.

En su *Revolución personalista y comunitaria*, cuando habla de los medios de la acción sugeridos por el personalismo, Mounier recalca el hecho de que,

caería en un error quien interpretase una técnica de los medios espirituales como un procedimiento para huir de los compromisos temporales, de las solicitaciones inmediatas, de los deberes que nos obligan y lastiman sin dilaciones, de los trabajos que ensucian.<sup>217</sup>

Y es que, tanto la acción como el compromiso y el pensamiento, están encarnados, y eso es precisamente lo que constituye la dificultad del juego, pero también lo que le da su valor.

No se oponen, pues, la búsqueda de la *pureza* y de la *eficacia* dentro de la acción y el compromiso. Lo importante es estar consciente de éstos medios y aquéllas metas propuestas hacia las que tendemos. Es así que "nosotros no buscamos una mayor pureza si no es para una mayor eficacia".<sup>218</sup>

Muchas veces se habla de la pureza, entendiéndola principalmente como una excesiva atención por el cuidado propio, lo cual encierra un narcisismo refinado y una preocupación egocéntrica por la integridad personal separada del drama colectivo. No son estas nuestras líneas rectoras. Porque sabemos también que, separados del mundo y de los hombres, el compromiso sería mero juego de palabras.

### 3.3.1. Compromiso de adhesión

Cada compromiso implica de hecho, una elección, una *adhesión*. Es este el primer acto en el que la persona se asume, oponiéndose radicalmente a la indiferencia, que es la muerte espiritual. El punto de partida de la persona es, pues, el acto de elegir. "Nos encontramos pues con un nuevo cógito existencial. El *elígete a ti mismo* sustituye al *conócete a ti mismo*".<sup>219</sup>

---

<sup>217</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 365.

<sup>218</sup> *Idem*, p. 361.

<sup>219</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los Existencialismos*, p. 102.

Cada etapa del combate está marcada y consolidada por lo que Kierkegaard nombra 'el bautismo de la elección'. Todos los actos responsables de nuestra vida están sellados por este acontecimiento. En cada acto de elección, me veo implicado en la totalidad de mi ser. En efecto,

al elegir esto o aquello, me elijo cada vez indirectamente a mí mismo, y me construyo en la elección. Por haber osado, por haberme arriesgado en la oscuridad y en la incertidumbre, me he encontrado un poco más sin haberme buscado positivamente.<sup>220</sup>

El acto de elegir me va acercando a una mayor madurez de mi persona, va consolidando mi carácter, voy conquistando y mereciendo la libertad.

La decisión creadora, al romper una cadena de fatalidades o de probabilidades, un juego de fuerzas intimidantes, ha trastornado los cálculos: se la toma en la oscuridad y en la confusión, pero se vuelve el origen creador de un orden nuevo y de una nueva inteligibilidad, y para quien la ha tomado, de una nueva madurez. Sólo por ella el mundo avanza y el hombre se forma.<sup>221</sup>

Aquí cabe señalar que el acto de elección, en cuanto tal, no es el fundamento -ni la condición- de mi libertad. El centro de gravedad de la libertad gira en torno a la mejor decisión posible, a aquella elección que favorezca el crecimiento personal. La elección por la elección no sería una toma de posición personalista. "¿Qué valdría la libertad, si sólo nos dejara escoger entre la peste y el cólera?". Querer concentrar exclusivamente sobre el poder de elegir, la atención a la libertad "es amortiguarla y tornarla pronto impotente para la elección misma".<sup>222</sup>

En cierto sentido, la libertad puede entenderse como un acto de adhesión. Pero este acto de *adhesión*, para ser propiamente personal, requiere ser un "*compromiso* consentido y renovado en una vida espiritual, no la simple *adherencia*, obtenida por la fuerza o por el entusiasmo a un conformismo público".<sup>223</sup> La adhesión responsable es aquella que es capaz de asumir el hombre libre, en la elección de unos valores por los cuales espera encontrar la realización personal. Pero el lugar de los valores no está en la idea general, sino en el corazón vivo de las personas. Mounier añadirá que, "las personas sin los valores no existirían plenamente, pero los valores no existen para nosotros sino por el *fiat veritas tua* que le dicen las personas".<sup>224</sup> Este acto de aceptación, esta adhesión de la persona es la que les da vida a unos valores; a su vez, la persona se perfecciona como tal en la medida en que decide adherirse (elegir) a tales valores. Este empeño por alcanzarlos y hacerlos vida implican, de hecho, una conquista cotidiana y un esfuerzo permanente por traerlos al mundo de los hombres.

<sup>220</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 39.

<sup>221</sup> *Idem*.

<sup>222</sup> *Idem*, pp. 39-40.

<sup>223</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 71-72.

<sup>224</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 42.

### 3.3.2. El compromiso de ruptura

Hemos dicho que el compromiso es adhesión, que existir es decir sí, aceptar, adoptar. "Pero si acepto siempre, si no niego ni me niego jamás, me hundo. Existir personalmente es también, y a menudo, decir no, protestar, arrancarse".<sup>225</sup> El compromiso implica, ya lo hemos señalado, una elección, pero elegir es también "dividir, zanzar y, al mismo tiempo, adoptar, rehusar, rechazar".<sup>226</sup> Se nos presentan, de esta forma, los dos modos de compromiso: de *adhesión* y de *ruptura*; ambos son necesarios para llevarlo a cabo con fidelidad. Una vida auténtica exige de hecho ambos tipos de compromiso.

La existencia personal a menudo exigirá de nosotros el rechazo y las rupturas con todo aquello que interfiera en nuestro camino hacia la persona. Será preciso aprender a *decir 'no'*, para poder aprender a decir con plena libertad y lucidez los *síes*. Jaspers —dice Mounier— nos muestra el perturbador problema que plantean a todo hombre "las negaciones límite del suicida y del místico, negación de la vida por uno, negación del mundo por otro".<sup>227</sup> La existencia misma de cada hombre se descubre como una *de-cisión*, implica corte y ruptura. Cada elección que tomamos conlleva, paralelamente, una negación, en cada elección siempre dejamos algo, siempre se lleva a cabo una separación; cada acto en el que nos adherimos, en que escogemos, al mismo tiempo renunciamos y nos despojamos. Cabe aquí aclarar, sin embargo, que

la decisión no es un movimiento de fuerza interior ciego y arbitrario. Es la persona plena ligada a su porvenir, concentrada en un acto duro y rico, que resume e integra en ella renunciamientos reales, embarazosos, y a veces desgarradores, pero no son mutilaciones. Parten de una plenitud exigente, y no de una indigencia. Por eso son también creadores.<sup>228</sup>

Existen, de hecho, momentos en que los 'no' de la persona, ponen en juego su ser mismo. Cuando su dignidad personal se ve amenazada, resurge en ella "una pasión indómita que arde como un fuego divino",<sup>229</sup> y prefiere defender aquélla, antes que conservar su vida.

Los *no* irreductibles y las rupturas de la persona no sólo tienen incidencia personal; no solamente elevan o afectan a quien las realiza. Todo compromiso que asumimos, de adhesión o de ruptura, tiene repercusiones concretas en la sociedad. El fruto de nuestras *decisiones* u omisiones han dado como resultado concreto el mundo en que vivimos.

---

<sup>225</sup> *Idem*, p. 32.

<sup>226</sup> *Idem*, p. 34.

<sup>227</sup> *Idem*, p. 32.

<sup>228</sup> *Idem*, p. 34.

<sup>229</sup> *Idem*.

El personalismo, como ya se ha podido ver, busca interesarse no sólo por las ideas, sino que también se siente responsable por la construcción de un mundo más humano y más digno de la persona. Y no podía ser de otro modo porque, siendo la persona un ser-en-el-mundo-con-los-demás, está de hecho comprometida con el mundo y con las personas que lo habitan.

Con relación al mundo actual en el que vivimos y a la sociedad en la que nos encontramos inmersos, aparece también la exigencia de un compromiso de ruptura. Se trata de una ruptura con aquello que Emmanuel Mounier llama '*el desorden establecido*'. Es este un compromiso del cual el personalismo no puede desentenderse en su incesante camino hacia una '*Revolución personalista y comunitaria*'. Un doble deber de fidelidad le impulsa a ello: con cada persona en particular y con la sociedad en general.

Tal desorden establecido es constatado por millones de hombres que habitan un mundo dividido en varios mundos. Se usan, por ejemplo, los términos 'primer mundo' y 'tercer mundo' para clasificar a los países ricos y a los países pobres. Las ideologías radicales y los antiguos bloques favorecieron este desorden y esta división. En el *Manifiesto al servicio del personalismo* Mounier afirma que el mundo moderno se ha vuelto contra la persona, explicando ahí las causas que han propiciado tal desorden y proponiendo simultáneamente unas '*líneas de partida*' y unas estructuras fundamentales que estén al servicio de la persona. Pero de ello ahondaremos en el siguiente capítulo.

El primer paso que se nos pedirá en esta tarea no siempre fácil, será

dar testimonio de nuestra ruptura con el desorden establecido. Lo primero es tomar conciencia del desorden. Pero una toma de conciencia que no desembocara en una toma de posición, en un cambio de vida y no sólo de pensamiento, sería una nueva traición al espiritualismo de la misma línea de todas las traiciones del pasado.<sup>230</sup>

Un permanente análisis de la realidad será indispensable para incidir en su transformación. La toma de conciencia del mundo en que vivimos, será el primer paso que nos marque la pauta y la medida de nuestra acción, porque sin un diagnóstico previo no puede atacarse una enfermedad. Pero aún esto no es suficiente, porque tal como lo expresa Mounier, no bastaría un mero análisis o una simple toma de conciencia para incidir en el cambio. Serán siempre indispensables la búsqueda de medios eficaces y la asunción de nuestros compromisos y cambios personales.

En este proceso de cambio, "la voluntad de ruptura y de desolidarización con el desorden establecido nos compromete primeramente en el camino de las *no*

---

<sup>230</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 401.



*participaciones*<sup>231</sup>, pero no se queda ahí ni tampoco significa retirarse del combate sino que, al mismo tiempo que rompemos los lazos con es desorden, nos comprometemos en otras luchas.

### 3.3.2.1. La denuncia

En este camino de rompimientos, pero unido a un deber de fidelidad, surge otra forma de compromiso, nunca fácil, contra el desorden establecido. Se trata de un trabajo de *denuncia*.

Aquí hay que aclarar inmediatamente que la utilización de este recurso conlleva múltiples riesgos. Es un requerimiento que exige responsabilidad y prudencia por parte de quien lo emplea. Por eso, es indispensable que el trabajo de denuncia esté exento "por completo de complacencia y siempre vaya acompañado de un trabajo de formación personal que lo ponga en perspectiva, en un lugar secundario, y le dé un control de sinceridad y de sensatez interior".<sup>232</sup> Se busca, ante todo, que la denuncia tenga una repercusión edificante y colabore con la comunidad a la que sirve. Su fin es sacudir las conciencias y despertar los corazones; quiere señalar el mal pero para proponer y mostrar un bien.

Se precisa, pues, una vigilancia atenta en el ejercicio de la denuncia ya que, en muchas ocasiones se convierte en un modo de hacer recaer la acusación y la responsabilidad sobre el prójimo, como liberando de ella a quien la pronuncia. Sucede que "la costumbre de localizar el mal enfrente y fuera de uno mismo segrega un fariseísmo insensible que puede ser tan pernicioso como el mal". No es tan fácil lavarse las manos:

la comunidad peca toda entera, nosotros con los demás, nosotros en los demás. Es fácil descubrir a lo largo del día la huella gris de nuestras participaciones directas o indirectas en es desorden, siquiera sean de omisiones, de silencios y cobardías.<sup>233</sup>

Este es el peligro de la denuncia: señalar con el dedo el mal y aparentar llevar en uno el bien. Por el contrario, como lo recuerda Mounier, la denuncia debe asumir el mal y señalar el bien, superior a cualquier testimonio que pudiéramos dar de él.

---

<sup>231</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 404. Dentro de *las no participaciones*, Mounier se refiere al boicot y a la resistencia cívica pacífica.

<sup>232</sup> *Idem*, p. 403.

<sup>233</sup> *Idem*.

Tanto el acto de compromiso como el de desolidarización y de denuncia, exigen de quien los realiza, un deber de fidelidad y un servicio permanente a la verdad. Cada uno deberá asumir estas exigencias en sus relaciones cotidianas, lo cual exigirá muchas veces decisiones heroicas y arrojo. En efecto, para llevar a cabo tales actos

hace falta más coraje de lo que se cree: silbar ese film en esa sala muda de indiferencia; rechazar una frase un poco apática que todo el mundo acepta; luchar sin descanso contra el silencio y la indiferencia, ese tibio ambiente del cultivo de la mentira. 'Crear una milicia de la verdad', nos escribía un amigo, milicia invisible, fiel. Hay que consentir, por poco agradable que resulte, y por peligroso que sea complacerse en ello, en ser muchas veces, como nos escribe otro, la nota discordante.<sup>234</sup>

La denuncia es, pues, una acción profética que debe ser ejercida con fidelidad; deber de fidelidad que a muchos ha costado el desprecio, la soledad y hasta la propia vida —aún a sabiendas de que podrían pagar ese costo—. Es un celo interior, un fuego que quema, lo que empuja a este acto de arrojo y de prudencia. La conciencia le grita para que él no calle. A veces puede experimentarse como una chispa sobrenatural que lo empuja a estas aventuras muchas veces incómodas, pero llena de la satisfacción del deber cumplido.

Cada acto de demolición, de ruptura es solamente auténtico si en lugar de eso que rechazamos y denunciemos, proponemos y construimos unos cimientos nuevos. Aportar la conciencia de la mentira no es todavía aportar la presencia vivificante de la verdad, como lo señala Ibsen. Por eso, explica Mounier, "debemos ser fuertes en desconfianza ante la tentación de una acción que sólo reviste formas negativas". La misma actitud de crítica deberá ser una obra de construcción, no de destrucción; debe ser propositiva y liberadora del desorden "a la luz de las resurrecciones que propone".<sup>235</sup>

Cabe aclarar, finalmente, que si bien la ruptura, el rechazo y la denuncia, son ciertamente categorías de la persona, "no obstante, como a toda categoría de la persona, se la desvirtúa si se la aísla".<sup>236</sup> Al respecto habría que echar un vistazo a algunas filosofías existencialistas que, como en Heidegger, Sartre y Kierkegaard, absolutizan y fijan las categorías humanas en el desarraigo, el rechazo sistemático, el encerramiento, el asedio y la nada. Acaso sea esto reflejo de una sociedad en la que una especie de malestar colectivo se traduce en filosofías o en políticas.

Tales formas de pensamiento contemporáneo "ignoran las disposiciones de expansión, de acogida, de don, que son también constitutivas de su ser".<sup>237</sup>

<sup>234</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 390.

<sup>235</sup> *Idem*, p. 404.

<sup>236</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 32.

<sup>237</sup> *Idem*, 33.

De este modo, siguiendo a Mounier, no hemos ido introduciendo en las dimensiones e implicaciones que guarda el compromiso, el cual nos recuerda que somos seres situados en el tiempo y en el espacio; que somos una singular amalgama de caña y pensamiento; de sangre y espíritu. Pero ni ángeles ni bestias, sino simple y magníficamente, personas humanas.

La acción –y dentro de ella, el compromiso– así entendida no resulta fácil:

los fanáticos le reprochan el ser vacilante porque se niega a divinizar lo relativo y honra la vigilancia. Los políticos le reprochan el ser intratable porque no olvida sus referencias absolutas. Lo valiente es aceptar esta condición incómoda y no renunciar a ella por las blandas praderas del eclecticismo, del idealismo y del oportunismo.<sup>238</sup>

Hasta este punto en que nos hemos acercado al final del segundo capítulo, podrá entenderse mejor a la persona como un ser de relación que se construye con y por los demás hombres; como un ser capaz de salir de sí mismo e ir al encuentro de los otros, a través de un esfuerzo de comunicación auténtica entre un 'yo' y un 'tú' personales; que es, además el único ser capaz de realizar un movimiento hacia su interior, donde se descubre a sí mismo y se transforma por ese descubrimiento.

En este camino también descubrimos que la persona no es solamente comunicación e interioridad, sino que es también acción, y una acción que apunta hacia unos objetivos determinados que se orientan y dirigen por unos valores asumidos. La acción se orienta al éxito, pero también al testimonio. Ambas formas buscan incidir en la realidad para lograr su transformación, pero también la de los las personas que la animan. El profeta se guiará por una fuerza interior y el político, por una fuerza exterior. Los dos polos sin igualmente indispensables para llevar a cabo la acción y la transformación del mundo.

Pero una acción y unas relaciones que no llevasen a un compromiso, perderían su más hondo sentido. Estarían vacías y carecerían de su soporte necesario. En efecto, el compromiso da consistencia al hombre, a sus acciones y a sus relaciones; las hace sólidas y les confiere autenticidad. El compromiso implica la elección y la adhesión, pero también y a menudo, los rechazos, las rupturas con el desorden y las negaciones dolorosas y liberantes.

El compromiso no se lleva a cabo en los conceptos ni en abstracto. Estamos comprometidos con el hombre y con su mundo. El compromiso, nuestros compromisos, deben realizarse en este *ahora* y este *aquí* que nos rodea.

Esto implica necesariamente un *compromiso social*, porque uno de los objetivos esenciales del personalismo es construir una comunidad de personas, en donde

---

<sup>238</sup> *Idem*, p. 54.

cada una de ellas pueda realizarse en la plenitud de su vocación. A la dimensión social del personalismo nos referiremos precisamente en el siguiente capítulo.



## CAPÍTULO IV LA DIMENSIÓN SOCIAL

EL PRIMER ACTO DE LA PERSONA ES, PUES, SUSCITAR CON OTROS UNA SOCIEDAD DE PERSONAS, CUYAS ESTRUCTURAS, COSTUMBRES, SENTIMIENTOS Y, FINALMENTE, INSTITUCIONES, ESTÉN MARCADAS POR SU NATURALEZA DE PERSONAS.

EMMANUEL MOUNIER, *EL PERSONALISMO*, CAP. II.

Siendo el personalismo presencia en el mundo de las personas y acción comprometida, y no mera reflexión desconectada del drama y las alegrías de cada época, busca incidir en las personas pero también en las estructuras sociales, políticas y económicas, que son ámbitos e instituciones que condicionan el futuro y el desarrollo de la persona.

La persona en efecto, no es un ser que pueda desarrollarse y llegar a su plenitud aislado de la comunidad en la que vive y se desenvuelve. Ella es, gracias a los otros y los otros se enriquecen gracias a la aportación de cada persona.

La acción y el compromiso, parafraseando a Mounier, son el espesor de nuestro pensamiento. Este madura y se desarrolla en medio de los acontecimientos que tienen lugar en cada etapa de la historia; pensamiento que debe ser poderoso motor para incidir en la transformación de nuestra historia.

El empeño de Mounier es que las personas reconciliemos, en nuestra vida personal y social, *el pensamiento y la acción*; que exista una coherencia entre ambos y no una injustificable separación que ha sido una de las principales causas de los males de nuestro tiempo. En efecto, el divorcio entre nuestras convicciones personales y la vida cotidiana, ha corrompido muchas instituciones sociales que se habían instaurado para servir a las personas.

La filosofía de Mounier está profundamente enraizada en su época que, en gran parte, es también la nuestra, y por ello, muchos de sus análisis y diagnósticos coinciden y son perfectamente aplicables a nuestros tiempos. Diversos planteamientos de fondo, así como la crítica que hace a algunas estructuras caducas de un mundo que no está organizado alrededor de la persona, tienen incluso una asombrosa vigencia en nuestros días, constituyendo invaluable herramientas de análisis y de acción en nuestros días.

Así pues,

por estar estrechamente ligados para el personalismo el pensamiento y la acción, se espera de él que defina no sólo métodos y perspectivas generales de acción, sino líneas precisas de conducta. Un personalismo que se contentase con especular acerca de las estructuras del universo personal, sin otro efecto, traicionaría su nombre.<sup>239</sup>

Para llevar a cabo el compromiso social del personalismo, se precisa, en primer término, un análisis, un diagnóstico de la realidad que se pretende transformar para que sirva realmente a las personas. Por tanto, antes de examinar propiamente el proyecto económico y político, debemos tomar nota del balance que hace de la sociedad de su época, tratando de rescatar aquello que más se aplique a nuestra sociedad contemporánea.

#### **4.1. El desorden establecido**

##### **4.1.1. El mundo moderno contra la persona**

Mounier constata, en primer término, un mundo organizado contra la persona. Un mundo donde está presente, de manera dolorosa, *la miseria*; miseria que conoció de cerca en las barrancas del barrio Saint-Laurent. Y, al igual que Péguy a su llegada a París, queda impresionado por el espectáculo que encuentra al realizar las expediciones caritativas en lo que era la "zona" del suburbio parisino.

Para él, esta miseria es la manifestación evidente del desorden económico, político y espiritual imperante que

ciñe al hombre a sus problemas esenciales y descubre [...] el pecado de un régimen. La experiencia o la proximidad de la miseria, ese es nuestro bautismo de fuego.<sup>240</sup>

Así, la presencia de la miseria es la expresión primera del desorden establecido. La grave crisis económica de entonces se da en el periodo comprendido entre las dos guerras mundiales —que, por otra parte, era una época de optimismo plácido— causada por el "crack" de Wall Street en octubre de 1929 que pone en evidencia, al mismo tiempo, el "orden capitalista" del que hará un agudo análisis.

---

<sup>239</sup> *Idem*, p. 55.

<sup>240</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 164.

Al respecto, Candide Moix afirma que la generación de "Esprit" comprendió la gravedad de la crisis. Quiso estar presente en los problemas de su tiempo:

fue la generación del compromiso [...] La guerra había segado la vida de los hombre de cuarenta años y la generación de los años treinta se encontraba aislada, desamparada. Los puestos de poder y de la inteligencia estaban en manos de los ancianos. La juventud percibió la presencia del desorden como una quemadura en su carne.<sup>241</sup>

De ahí su actitud de negación y el tono doctrinal que utilizaba: "Ha nacido una nueva juventud, un poco rígida, un poco simplista, quizás, en sus gestos todavía inadaptados; pero ha visto la miseria y su vida se ha transformado".<sup>242</sup>

Pero el desorden no era solamente de índole económica, sino también de índole moral e incluso política. Para Mounier fue motivo de sufrimiento constatar el aspecto más odioso del desorden: el envejecimiento de los valores espirituales y su utilización para encubrir el desorden: "Hemos tenido que tomar nota que ese desorden compromete, en provecho propio y a menudo con la complicidad de los valores espirituales que son nuestra vida, estos mismos valores".<sup>243</sup>

Existe además otro hecho que es motivo de gran inquietud para Mounier: Frente al desorden establecido, los "idealistas" fingían un desprecio o una ignorancia total de la situación material del hombre; los que apelaban a los principios espirituales que habían comprometido ya con el desorden o bien "los habían dejado debilitar hasta tal punto que la verdad aparecía separada de la vida".<sup>244</sup> se desentendieron de los problemas propiamente temporales (sociales, económicos y políticos): conservaron los principios "moralizantes" abandonando al socialismo y al comunismo los asuntos de la ciudad terrestre.<sup>245</sup>

En ese sentido, Mounier pudo constatar el hecho de que los materialistas hicieran suya la causa de combatir la pobreza, aunque con cosmovisiones inaceptables. De esta situación nació la decisión de

hacer salir nuestro cristianismo de aquella especie de ghetto donde intentaban acorralarlo los organizadores de nuevas formas de civilización, para reencontrarlo en todos los problemas de nuestro tiempo, por lo que nosotros, católicos, nos agrupamos en el equipo de *Esprit*.<sup>246</sup>

<sup>241</sup> Candide Moix, *El Pensamiento de Emmanuel Mounier*, tr. de Ana Ramón de Izquierdo, Barcelona, Ed. Estela, 1969, p. 56.

<sup>242</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, Obras vol. I, p. 164.

<sup>243</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 156-157.

<sup>244</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Mounier y su generación*, p. 180, (*Informe Privado sobre "Esprit"*, 1936), citado por Candide Moix, *op. cit.* p. 58.

<sup>245</sup> *Idem.*

<sup>246</sup> *Idem.*, p. 59.



#### 4.1.1.1. El individualismo

El desorden económico y político así como la traición de los valores más esenciales son, para Mounier los aspectos más importantes del desorden. Pero existe algo más grave todavía: "ha sido preciso rendirse a la evidencia: La inquietud no estaba únicamente en las sensibilidades excesivamente afectadas, derivaba de un mal profundo".<sup>247</sup> Ese mal profundo es la crisis del hombre del siglo XX, la crisis de la civilización occidental. Está plenamente convencido que el desorden es, ante todo, *espiritual*, y que el *individualismo es la raíz de ese mal*.

Mounier librará una lucha permanente, a lo largo de toda su obra, contra todo tipo de egocentrismo y contra cualquier tipo de *individualismo*, entendido como

ese sistema de costumbres, de sentimientos, de ideas y de instituciones que organiza el individuo sobre actitudes de aislamiento y de defensa. Fue la ideología y la estructura dominante de la sociedad burguesa occidental entre los siglos XVIII y XIX. Un hombre abstracto, sin lazos ni comunidades naturales, dios soberano en el seno de una libertad sin dirección ni medida, que desde el primer momento vuelve hacia los otros la desconfianza, el cálculo y la reivindicación; instituciones reducidas a asegurar la no usurpación de estos egoísmos, o su mejor rendimiento por la asociación reducida al provecho: tal es el régimen de civilización que agoniza ante nuestros ojos, uno de los más pobres que haya conocido la historia. Es la antítesis misma del personalismo y su adversario más próximo.<sup>248</sup>

El individualismo destruye a la comunidad porque aísla a los individuos, pero los aísla en la medida en que los envilece. Este sistema es una moral y una metafísica de la soledad que encierra a cada individuo en sí mismo, degradando e impidiendo la comunicación de aquello que *soy, sé y tengo* con los otros. El individualismo, además, dice Mounier, me encierra en la volubilidad de mis sensaciones o en la aventura inmanente de mi razón, que es mi único tribunal y referente de valor, con tal de que sea sincero y consciente.

El mundo moderno ha querido que sea suficiente como un dios, desligado de todos los vínculos y viviendo un precioso desenvolvimiento de su espontaneidad [...] Se pretende que el individuo sea tan ligero e interior a sí mismo que sus propias decisiones le importunen.<sup>249</sup>

Mounier considera que el hombre de Occidente ha estado moldeado por el individualismo renacentista durante cuatro siglos, en torno a una metafísica, a una moral y a una práctica de la reivindicación.

---

<sup>247</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "Alegato en favor de la infancia de un siglo", p. 165.

<sup>248</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 20.

<sup>249</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 184.

La persona ya no es un servicio en un conjunto, un centro de fecundidad y de donación sino un foco de irritación. ¿Humanismo? Este humanismo reivindicador no es más que un disfraz del instinto de poder.<sup>250</sup>

Por lo mismo, muchos se han desacostumbrado a pensar su vida y sus actos bajo el aspecto de la comunidad.

Este modo de vida dio origen al liberalismo en sus distintas facetas: liberalismo económico, jurídico y político. El liberalismo económico desemboca en un *capitalismo*, del que Mounier hará todo un análisis, evidenciando muchos de sus engaños y debilidades, guiado siempre por un vasto conocimiento del tema.

La bandera del liberalismo es precisamente *la libertad*: un régimen de libertad en la competencia económica, donde supuestamente la "mano invisible" distribuye con justicia los beneficios económicos; sociedad en la que las libertades se equilibran, pero

¿dónde está la balanza, dónde está el debate entre el usurero y el comerciante arruinado, entre el trust y el empresario aislado, entre el vencedor y el vencido, entre las Compañías y yo, cliente del ferrocarril, del teléfono, de los seguros? Dejad hacer, dejad correr: dejad correr al más fuerte. En ese régimen sin alma ni control, la libertad es el robo.<sup>251</sup>

#### 4.1.2. El Capitalismo

El desorden establecido es a la vez estructural y personal; de índole económica pero también espiritual, por lo que el capitalismo merecerá un análisis *técnico* y *moral* al mismo tiempo.

La originalidad de Mounier estriba en realizar un juicio no a conceptos o teorías, sino a un sistema económico, político y social que se manifiesta a su alrededor de una forma concreta.

Por otra parte, es importante señalar que, todavía en la mentalidad de muchos, cualquier crítica al capitalismo en alguno de sus aspectos, hace inmediatamente sospechoso a quien la realiza de ser comunista, marxista, socialista, de izquierda o simplemente de tener simpatías con cualquier tipo de colectivismo;<sup>252</sup> se le considera enemigo del mercado, de la libre competencia e incluso del

<sup>250</sup> *Idem*, p. 185.

<sup>251</sup> *Idem*, p. 187.

<sup>252</sup> Recordemos que históricamente, solamente el socialismo había hecho una crítica así al capitalismo, aunque también en otras partes se señalaban ya sus defectos, como en el caso de algunos documentos sociales de la iglesia católica.

progreso económico. Si un marxista, o cualquier pensador socialista hubieran realizado el análisis que hace Mounier del capitalismo, los argumentos habrían sido rechazados *a priori* e incluso considerados como inválidos, fundados de la experiencia histórica del derrumbe del comunismo en Europa.

Pero la crítica que hace Mounier desde la visión personalista, en la que el centro de todas las instituciones es la persona –incluso desde las exigencias éticas y sociales que él percibe en cuanto filósofo y creyente–, le confieren un valor singular a sus planteamientos, que pocos se han atrevido a manifestar por el riesgo de ser catalogados como enemigos del desarrollo y de las libertades fundamentales del ser humano.

En esto reside mucho del valor y de la lucidez de Mounier, quien hace igualmente una honesta y lúcida crítica tanto al marxismo como a los fascismos y a los regímenes comunistas de su tiempo. Nunca rechazó ni aceptó nada *a priori*: siempre buscó el diálogo con amigos y también con adversarios; diálogo que muchas veces se vio con sospecha, interpretándolo como traición a los propios valores o como abandono de las convicciones personales. Aún así, Mounier lanzó su voz –que en mucho resultó profética y audaz–, afianzado en la convicción de que era preciso reconocer la verdad donde ésta se encontrara y de denunciar el engaño y la mentira, aún cuando ésta fuera descubierta del lado de los suyos. Su honestidad intelectual y moral le ganó muchas simpatías pero también muchos rechazos y acusaciones.

La miseria, realidad social que Mounier siente como una presencia y un fuego interior, explica que se centre mucho su atención en la organización económica de la sociedad –especialmente en las injusticias que engendra el principio del capitalismo–. En estos planteamientos encontramos como un eco de las grandes diatribas de Péguy contra el mundo del dinero.

El período entre las dos guerras, donde privaba una aparente tranquilidad por la superación de la crisis económica, provoca que muchos se adormezcan en un optimismo satisfecho. Mounier se niega a confundir el orden con la tranquilidad aparente. Escribe en el primer editorial de "Esprit":

Hay más *estados* violentos que *acontecimientos* violentos. Un viejo hábito de tranquilidad burguesa nos hace creer en el orden cada vez que el reposo se impone [...] Ese desorden de los períodos estacionarios es el enemigo hereditario, el más pernicioso porque es invisible, el más odioso porque está enmascarado.<sup>253</sup>

El análisis que del capitalismo hace Mounier, lo realiza no sólo bajo un *juicio técnico* ni solamente bajo un *juicio moral*, sino bajo uno y otro a la vez.

---

<sup>253</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 170.

Allí donde la moral permite imaginar un capitalismo que, en condiciones estrictas, escaparía a su veredicto, la técnica y la experiencia demuestran que tal capitalismo se destruiría a sí mismo.<sup>254</sup>

Lo que él busca es realizar una profunda revisión de sus principios radicales.

En primer lugar, señala que en todo el sistema capitalista subyace el *principio metafísico del optimismo liberal*;

dejadas a su propio impulso, las libertades humanas, se piensa, establecen espontáneamente la armonía. Pero la experiencia ha demostrado, por el contrario, que la libertad sin disciplina cede campo a los determinismos del mal en que los más fuertes desposeen y oprimen a los más débiles.<sup>255</sup>

#### 4.1.3.1. Principios del Capitalismo

En su crítica al capitalismo, señala 3 principios en los cuales se sustenta.<sup>256</sup>

- a) *Primacía de la producción*: No es la economía la que está al servicio del hombre, sino que es *el hombre quien está el servicio de la economía*. En otros términos: no se regula la producción según el consumo, y éste según una ética de las necesidades humanas, sino que se regula el consumo y, a través de él, la ética de las necesidades de la vida a partir de una producción desenfrenada. La economía se convierte en un sistema cerrado, con un juego propio, y el hombre debe someterle sus principios y su misma forma de vida de vida. En consecuencia, afirma Mounier, para el hombre ya no hay cosas sino *mercancías*, ya no hay *necesidades*, sino solamente un *mercado*, ya no hay *valores* queridos, sino solamente *precios*.
  
- b) *Primacía del dinero*: No es el dinero lo que está al servicio de la economía y del trabajo, sino que son *la economía y el trabajo los que están al servicio del dinero*. El primer aspecto de esta soberanía es la *primacía del capital sobre el trabajo*, en la remuneración y en el reparto del poder económico. En tal sistema, el dinero es la llave de los puestos de mando. El segundo aspecto es el reinado de la *especulación*, o *juego con el*

<sup>254</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 307.

<sup>255</sup> *Idem*, p. 308.

<sup>256</sup> *Idem*, pp. 310–311.

*dinero*, mal mayor aún que el productivismo. La especulación transforma la economía en un inmenso juego de azar ajeno a la preocupación por sus repercusiones económicas y humanas.

- c) *Primacía del provecho*: Como consecuencia, el provecho o ganancia del dinero es el móvil dominante de la vida económica. El provecho o *ganancia capitalista* no es la retribución normal de los servicios prestados, sino una ganancia doblemente desajustada. Primeramente, tiende siempre a la ganancia adquirida sin trabajo, asegurada por los diversos *mecanismos* de fecundidad del dinero. En segundo lugar, no está regulado según las necesidades, sino que es, en principio, indefinido.

Con su crítica al *productivismo*, es decir, a la *primacía de la producción* sobre las necesidades humanas, Mounier denuncia por anticipado lo que hoy se conoce como la "civilización del consumo", que quizá sería mejor llamar la "civilización de la producción". Perdiendo el ser humano los fines y sentido de su trabajo, le convierte en un simple productor y en un mero consumidor, creándole necesidades artificiales, lo que va en contra de su dignidad personal, puesto que se le trata como un medio y no como un fin. De ahí que el capitalismo represente para Mounier una "subversión total del orden económico".

### **Mecanismos a través de los cuales se operan estos principios**

Estos principios del capitalismo se llevan a cabo a través de ciertos *mecanismos*, entre los que Mounier señala la *fecundidad del dinero*, que es propiamente la fuente de la *ganancia capitalista*, lo que constituye una *usura* o *ganga*, puesto que ese provecho es adquirido sin trabajo y sin un servicio real, por lo que sólo puede ser deducido del juego propio del dinero o del trabajo ajeno. Se trata, por tanto, de un verdadero *parasitismo*.

Dentro de este juego del dinero –aislado de su función económica–, *la usura* se realiza a través de: a) los préstamos, b) la moneda, c) la renta, d) la banca y e) la bolsa; pero la usura también se aplica *sobre el trabajo de los demás*, a través de múltiples descuentos. Sobre estos aspectos ahondaremos más adelante.

En su *Manifiesto al servicio del personalismo*, Mounier explicita y detalla con agudeza la forma cómo opera la economía capitalista, así como los principios en los que se sustenta. No le reprocha al capitalismo únicamente algunos defectos técnicos o algunas inconsistencias éticas, sino "una *subversión total del orden económico*", ya que "*la economía capitalista tiende a organizarse completamente*

fuera de la persona, con un fin cuantitativo, impersonal y exclusivo: **la ganancia**".<sup>257</sup>

### La ganancia capitalista: la fecundidad del dinero

La ganancia capitalista no se regula por la retribución normal del servicio prestado o del trabajo aportado, pues en ese caso seguiría siendo un motor legítimo de la economía. Por el contrario, tiende por naturaleza a aproximarse a la "ganga" o *ganancia sin trabajo*.

Tal ganancia no conoce ni medida ni límite humano: cuando se fija a sí misma una regla se refiere a los valores burgueses tales como: confort, consideración social, representación, pero permanece indiferente tanto al bien propio de la economía como al de las personas que ésta pone en movimiento.<sup>258</sup>

Mounier afirma que el *primado de la ganancia* nació el día en que del dinero, simple signo de cambio, el capitalismo hizo una riqueza capaz de aportar fecundidad en el tiempo del cambio, una mercancía susceptible de compra y venta. Esta *fecundidad*, es decir, la *especulación del dinero*, es lo se denomina como *usura* o "ganga", y es lo que constituye propiamente la *ganancia capitalista*. Ésta se adquiere con el mínimo de trabajo aportado, de servicio real o de transformación de la materia. En consecuencia, sólo puede ser obtenida con la acción propia del dinero o mediante el fruto del trabajo de otro. *La ganancia capitalista "vive pues de un doble parasitismo, el uno contra natura respecto al dinero, y el otro contra el hombre respecto al trabajo"*.<sup>259</sup>

Tal primacía de la ganancia, obtenida no con trabajo, sino mediante la "fecundidad monstruosa del dinero", ha dado lugar a diversas formas de *usura*. En primer término, *la usura en la moneda*, surgida de la acción del dinero desligada de su función económica. Tal fenómeno se ha ampliado bajo todas las formas de *préstamos con intereses fijos y perpetuos*, lo cual permite a un prestamista, sin realizar el menor trabajo, duplicar al cabo de cierto número de años el capital prestado. En segundo lugar, *usura en la renta*, que consolida la legalidad del interés y grava el capital social con una carga enorme e improductiva. En tercer lugar, *usura en la banca* de distintas maneras: inflación del crédito y lanzamiento de empresas inexistentes; y en cuarto lugar: *usura en la bolsa*, llevada a cabo mediante la especulación sobre la moneda y las mercancías.

Pero lo más grave son las diversas formas de *usura que se ejercen sobre el trabajo de los demás*: detracción o descuento que realiza *el capital sobre el salario*; descuento que se multiplica en periodos de prosperidad y se modera en

<sup>257</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 140-141.

<sup>258</sup> *Idem*, p. 141.

<sup>259</sup> *Idem*.

períodos de crisis por la deflación de los salarios. En el seno del capital se lleva a cabo mediante el descuento de ganancias y poder *del gran capital sobre el pequeño capital* que ahorra en sociedades de capitales. En este punto, Mounier denuncia la pseudo-democracia de las sociedades anónimas, el gran poder que puede adquirir en ellas una minoría de accionistas mediante las acciones del fundador, mediante el voto plural y mediante la indiferencia cómplice de los pequeños accionistas; y finalmente los variados medios de que disponen los consejos de administración para obtener la mayor ganancia mediante los tantos por cientos, las participaciones industriales y mediante diversos trucos en los balances. Por último, la *usura en el comercio*, a través de todos los intermediarios, lo cual grava el precio entre el productor y el consumidor.

La ganancia así obtenida no sigue ya la lógica del trabajo humano sino que, acumulada en grandes cantidades, fuera de las coordenadas económicas reales, se vuelve ajena a las funciones económicas de la persona como son el *trabajo* y la *responsabilidad social*.

*Esta separación del capital respecto del trabajo y la responsabilidad, progresivamente consagrada por el capitalismo, es la segunda tara característica del régimen. Es ingenuo o hipócrita definir al capitalismo como un orden entre el capital y el trabajo, Aunque incluso los colocase en pie de igualdad, esa ecuación entre el dinero y el trabajo de los hombres, bastaría para caracterizar el materialismo que le inspira. Pero, de hecho, en el conjunto del sistema, es el capital quien tiene sobre el trabajo primacía de remuneración y primacía de poder.*<sup>260</sup>

Mounier señala que el capital, en tal sistema, además de estar contrapuesto al trabajo y a la responsabilidad, también lo está con respecto al *consumidor*, ya que no se tienen en cuenta las *necesidades humanas de los trabajadores*. En este punto toma como referente a Henry Ford, de quien hace una aguda e

<sup>260</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 143-144.

"Conocido es el principio de la remuneración capitalista: el capital participa en los riesgos y, por tanto, en los beneficios. El trabajo queda a salvo de los riesgos mediante una retribución fija: el salario. ¿Qué sucede en realidad? Acabamos de nombrar las detracciones con diversos nombres que van a los socios capitalistas, accionistas y sobre todo, a los administradores de las sociedades anónimas de capitales. A ellas se atiende, en primer lugar, en cualquier circunstancia, bajo formas directas o indirectas, sin que la atribución, por lo demás, esté subordinada al pago previo de un salario humano. Más aún, mientras el contrato de crédito descansa en la participación de los riesgos normales de la empresa, el accionista se ve cada vez en mayor medida retribuido con un interés fijo 'estatutario': en cualquier eventualidad el dinero es el primer servido. ¿Cómo atreverse, por último, a hablar todavía de riesgo, cuando las empresas capitalistas en dificultades, mediante el recurso al Estado, se han habituado a una regla que se ha formulado felizmente como 'individualización de las ganancias, colectivización de las pérdidas'? El salario, por su parte, privado de todo lo que el capital ha traído del beneficio social (las estadísticas lo demuestran), es lento en progresar cuando los negocios van bien, y siempre se ve afectado en caso de crisis, frecuentemente en primer lugar".

inteligente crítica, particularmente respecto a su pretendida intención de subordinar la mística de la ganancia a una mística del servicio.

Su teoría es conocida: la producción impulsada en cantidad y en calidad, conducida por la racionalización, a las condiciones más económicas, crea la necesidad; los salarios elevados crean el poder de compra. Y la rueda gira. ¿Servicio del consumidor? ¿El hombre real, tomado en la generalidad de sus exigencias? En absoluto: es el cliente, fuente de ventas y por tanto de ganancia. No es, pese a las apariencias, el consumo humano lo que le interesa al capitalista productor, sino la operación comercial de la venta. El consumidor queda también reducido a una coordenada de la curva-ganancia, a una posibilidad indefinida de actos de compra. El 'servicio' de Ford es el servicio que hace el ganadero al ganado con el que se enriquece. Aunque el circuito fordista conociese una circulación sin fallos, no sería en él la producción la que giraría en torno al hombre, sino el hombre alrededor de la producción y ésta en torno de la ganancia.<sup>261</sup>

Además de esto, Mounier denuncia el engaño que encubre la mística central del capitalismo, es decir, *la de la libertad en la competencia y de la selección de los mejores mediante la iniciativa individual*. Sin embargo, la pendiente misma del sistema

ha desviado la competencia de los comienzos a un régimen de concentración de monopolios privados [...] El capitalismo ha actuado así contra la libertad de los capitalistas mismos; cualquier actividad libre queda progresivamente reservada a los dueños todopoderosos de ciertos centros neurálgicos.<sup>262</sup>

En resumen, para Mounier el capitalismo engendra simultáneamente un desorden económico y espiritual, por lo que es preciso analizarlo bajo un juicio *técnico* a la vez que *moral*. El capitalismo se sustenta en el principio del *optimismo liberal* (las libertades humanas, abandonadas a sí mismas, establecen espontáneamente la armonía) caracterizado por la *primacía de la producción* (el hombre al servicio de la economía), la *primacía del dinero* (primacía del capital sobre la producción y reino de la especulación) y *primacía del provecho*.

Existen diversos *medios* que hacen posible el mecanismo central del capitalismo, es decir, la *fecundidad del dinero*, como son: los *préstamos* con interés fijo y perpetuo, la *usura* en la moneda, en la renta, en la banca y en la bolsa; *descuento sobre el asalariado*, por insuficiencia de los salarios, descuento decuplicado en período de prosperidad (girando casi siempre la prosperidad y la racionalización en provecho único del capital), y salvaguardado en período de crisis por la deflación; dentro del capital, descuento del provecho y del poder del gran capital sobre el pequeño capital ahorrado: sociedades anónimas, grandes accionistas, consejos de administración; descuento sobre la riqueza pública por la inflación y el *parasitismo* de los intermediarios.

---

<sup>261</sup> *Idem*.

<sup>262</sup> *Idem*, p. 146.



De esta manera se ha creado un inmenso aparato de opresión: concentración del poder industrial en manos de unos pocos; centralización financiera. La economía está dirigida por intereses privados, sometida al poder financiero anónimo que pone a su servicio al organismo político: una de sus consecuencias es la corrupción política.

La *ganancia* o *provecho* del dinero es, pues, el *móvil dominante* de la vida económica, que se lleva a cabo a través del juego de la *fecundidad del dinero*.<sup>263</sup>

La primacía de la ganancia surge cuando el dinero, originariamente usado como signo de cambio, se convierte en una mercancía que se puede comprar y vender. La riqueza generada o *ganancia* es obtenida sin trabajo, o más bien, gracias al trabajo de otros, de donde resulta que tal ganancia es injusta porque no es producto del esfuerzo humano, sino fruto del parasitismo y la especulación.

#### 4.1.3.2. Desorden moral del capitalismo

Para Mounier, el desorden no es sólo económico, pues incluso éste tiene su origen en un desorden moral; "desorden espiritual" provocado por el capitalismo. Tal fenómeno es debido a lo que denomina "el reino del dinero", el cual produce una doble tiranía: la de la *riqueza* y la de la *miseria*, ambas enemigas de la vida personal; "esterilizadoras una y otra del verdadero esplendor humano. El mísero no puede pensar en las transfiguraciones de su alma, de su vida, del mundo; el advenedizo se satisface con el decorado llamativo, fácil y engañoso".<sup>264</sup> Así la riqueza puede ser para el hombre

la herencia más peligrosa, ya que al convertirse en objeto de poder y no de conquista, le priva de todos los instrumentos de la grandeza humana: el obstáculo, el fracaso, el sacrificio, la dificultad, la experiencia del peligro, la compasión.<sup>265</sup>

El reino del dinero, que tiene como único móvil el provecho o ganancia indefinida, no puede conducir más que a un régimen de usura, de

<sup>263</sup> De tal hecho, señala Mounier, participan muy especialmente del régimen "todos aquellos a quienes [éste] proporciona una licencia para vivir del juego del dinero sin servicio económico equivalente: banqueros, prestamistas de capitales con intereses más o menos usurarios, especuladores de todo tipo [...] jugadores de carreras o de loterías nacionales, rentistas, intermediarios inútiles y tanto como decir las tres cuartas partes de los comerciantes" (Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, *Oeuvres*, vol. I, p. 330, citado por Michel Barlow, *El Socialismo de Mounier*, tr. P. Nuñez, Barcelona, Nova Terra, 1975, *op. cit.* p. 112).

<sup>264</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, pp. 173-174, citado por Candide Moix, *op. cit.* p. 64.

<sup>265</sup> Emmanuel Mounier, *Tratado del carácter*, p. 91, citado por Moix, *op. cit.*, p.64.

irresponsabilidad e inmoralidad "hasta la usurpación de todos los poderes por las fuerzas del dinero; de todos los corazones, por las razones del dinero".<sup>266</sup>

Para Mounier el peligro estriba en la forma de "producir" y obtener dinero de manera casi mecánica, sin un esfuerzo correspondiente de trabajo y de servicio aportado a la comunidad. El dinero, dice él,

distribuye automáticamente –a cierta categoría de hombres– lo que debería ser conquistado por un esfuerzo continuo de la persona. Es una defensa contra todas las dificultades por su fecundidad artificial, por las diferentes formas de usura y especulación.<sup>267</sup>

Es esta potencia del dinero lo que da el poder al capitalismo, lo que permite una concentración rápida de poderío industrial en unas pocas manos, la que obtiene en pocos años lo que el trabajo agotador de varias generaciones no hubiera podido conquistar. "El capital, siguiendo las leyes de su estructura, que es matemática y no orgánica, anónima y no cualificada, tiende infaliblemente a la acumulación de masa, y después a la concentración de poder".<sup>268</sup>

Pero más graves aún que estas injusticias, el *mundo del dinero* establece una auténtica *subversión de los valores* que corrompe las almas, lo cual constituye el hecho contra el que realmente se subleva Mounier, más todavía cuando intenta esconder sus mecanismos opresivos bajo los más nobles valores.

En efecto, el capitalismo ha constituido un frente defensivo para conservar sus privilegios. Ha intentado siempre hacer creer que los valores fundamentales de la humanidad: valores religiosos, sentimiento y cultura nacional, valores de la propiedad y de la iniciativa personal, de una libertad responsable, eran solidarios de su existencia y que atacar su poder era luchar contra esos valores, atentar contra la civilización misma. Sin embargo, sucede lo contrario: el capitalismo es enemigo directo de los valores que dice defender:

El capitalismo ha convertido el derecho a la responsabilidad en un derecho al interés usurario y a la impunidad. Pretende defender a la persona, pero la aplasta bajo la guerra económica, la explotación social y las oligarquías ocultas; pretende defender la iniciativa, pero la concede sólo a aquellos que ya la detentan; pretende defender el riesgo, pero se pone a salvo de él mediante una solidaridad de gánsters en la que empiezan a entrar los Estados. Se critica la confusión de todo ello, pero obtiene argumentos para rechazar la organización colectiva: y ¿dónde está el régimen donde 'no importa quién se ocupa indistintamente de no importa qué' sino en sus consejos de administración y en sus gobiernos? Las críticas de las que nos hemos hecho eco contra cierto comunismo de la irresponsabilidad,

---

<sup>266</sup> Emmanuel Mounier, *De la Propiedad Capitalista a la Propiedad Humana*, citado por Moix, *op. cit.* p. 65.

<sup>267</sup> *Idem*, p. 63.

<sup>268</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 146.

alcanzan plenamente al capitalismo actual, que es un comunismo bastardo y enmascarado en provecho de una minoría.<sup>269</sup>

Así pues, al reducir a la miseria a pueblos enteros, el régimen capitalista mata los cuerpos. Pero sobre todo, envilece las conciencias y los corazones.

El peor mal del régimen capitalista no consiste en hacer morir a los hombres, sino en ahogar en la mayoría de ellos, ya sea por la miseria, ya sea por el ideal pequeño burgués, la posibilidad y el deseo mismo de ser personas.<sup>270</sup>

#### 4.1.3.3. Espíritu burgués

En medio de este desorden surge lo que Mounier llama el *espíritu burgués* y no burguesía, ya que no hace referencia a un grupo social en cuanto tal, sino a un *espíritu* que, lejos de ser emprendedor y entregado a los demás, se caracteriza por la indiferencia respecto a los otros, el miedo de vivir, la voluntad domada por el confort, la estrechez de miras, la avaricia, el afán de reivindicación y un desesperado aferramiento a la seguridad y al bienestar. Se manifiesta, en suma, en un total desinterés por los demás.

La raíz de este espíritu avaro, cerrado sobre sí y reivindicador, es el individualismo, es decir, un aislamiento obcecado y egoísta, cuyo instrumento económico y social es el mundo del dinero.<sup>271</sup> Los valores de la creación y de la audacia son sustituidos por las ventajas del 'confort'; el dinero se convierte en el único signo de grandeza.

El burgués, dice Mounier, se deja definir gustosamente como *propietario*: sólo desea *tener* para evitar *ser*. Más que poseer sus bienes, está poseído por ellos. Evita al máximo el esfuerzo de lucha y conquista. "Poseedor sin aventura ni fervor, poseído por bienes muertos. Se ha cumplido la inversión del *pro* al *contra*: helo ahí convertido en un perfecto propietario".<sup>272</sup>

En este hombre poseído por lo que posee, se realiza una especie de

---

<sup>269</sup> Emmanuel Mounier, *De la Propiedad Capitalista a la Propiedad Humana*, en *Obras Completas*, v. I, p. 538.

<sup>270</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, citado por Moix, *op. cit.*, p. 68.

<sup>271</sup> Emmanuel Mounier, *Cahiers protestants*, n. 7, noviembre de 1940, p. 428, "Carta de Francia", citado por Moix, *op. cit.*, p. 69.

<sup>272</sup> Emmanuel Mounier, *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, p. 515.

inversión clandestina de la relación de dominación, por la que las cosas poseídas encierran poco a poco al poseedor en una esclavitud secreta, asimilándolo a la naturaleza de la cosa.<sup>273</sup>

Sobre este tema Mounier tuvo intuiciones notables y planteamientos innovadores, e incluso se adelantó algunos meses a la publicación de Gabriel Marcel sobre el *ser* y el *tener*.

El espíritu burgués es, pues, una enfermedad de la civilización contemporánea, que se caracteriza por el gusto de un poder fácilmente conquistado; es una avaricia reivindicadora y conservadora. "El dinero ha impermeabilizado su vida. Ya no siente el contacto de los hombres. A duras penas, y si quiere, siente el contacto de los acontecimientos".<sup>274</sup> Es el hombre de la *seguridad* que busca, por encima de todo, la *consideración*: Le importa menos tener que se sepa que tiene. Y en esta vorágine en la que se invierten los valores y el hombre se despersonaliza, "el tener, separado del ser, ha terminado por devorarse a sí mismo".<sup>275</sup> En consecuencia, el burgués es un ser atrapado por el miedo: miedo al riesgo, a la incertidumbre, a perder sus posesiones y su imagen.

Por haber perdido el sentido del ser, el burgués es, esencialmente, un hombre que ha perdido el amor. Sus bienes le han hecho sordo a toda llamada, a toda luz, impermeable a la gracia.<sup>276</sup> En otras palabras, es un hombre ahogado en el juridicismo y en los cálculos de interés, ignora la gratuidad y acaba por no comprender a sus semejantes. "Ha olvidado el sentido del otro [...] Es la ausencia de renuncia, de desapropiación, de desprendimiento".<sup>277</sup>

Tales son las consecuencias del desorden moral de un sistema, que conceptual y formalmente no se define ni acepta ser señalado como materialista, pero que de hecho lo es, donde el dinero y el confort se identifican con la felicidad y el éxito; donde el tener y la posesión van progresivamente sustituyendo los valores de la gratuidad y la entrega desinteresada; donde el tener no es una dimensión del ser sino un sustituto del mismo.

Sobre este tema se puede abundar todavía más, puesto que Mounier dedicó amplios espacios a este tema, pero es en esta misma tónica por donde van la mayor parte de sus reflexiones en torno al espíritu burgués.

---

<sup>273</sup> Emmanuel Mounier, *La cristiandad difunta*, p. 95, citado por Barlow, op. cit. p. 118.

<sup>274</sup> Emmanuel Mounier, *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, Obras v. I, p. 512.

<sup>275</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, Obras I, p. 515.

<sup>276</sup> Cfr. *Idem*.

<sup>277</sup> Candide Moix, *El pensamiento de Emmanuel Mounier*, Barcelona, Estela, 1969, p. 76.

### 4.1.3. El colectivismo marxista

Toda la reflexión precedente pudiera hacer pensar a alguno que Mounier, siendo un crítico exhaustivo del capitalismo, es simpatizante o defensor del sistema opuesto, es decir, del colectivismo marxista. Sin embargo, como veremos, él no queda atrapado en falsos dilemas.

En nuestro mundo contemporáneo, caracterizado por la *crisis de las ideologías*, ya no acapara la atención el debate —que se dio sobre todo desde los años treinta hasta los setentas, e incluso hasta buena parte de los ochentas— sobre las ideologías y los sistemas sociales y económicos imperantes en el mundo. Las posturas de quienes defendían el capitalismo liberal y la de los que pugnaban por el colectivismo marxista —con todas sus distinciones y matices—, eran luchas ideológicas y políticas sumamente intensas y radicales.

Hoy ese debate prácticamente ha desaparecido; a pocos les interesa o consideran irrelevante introducirse en la discusión de esos temas. El marxismo y los colectivismos parecen superados del todo y, sin embargo, en muchas partes hay resurgimientos de tendencias de esta corriente filosófica, política y social, bajo otras formas y matices.

Pero quizá el principal aporte contemporáneo de dicho debate, sea la pedagogía del diálogo abierto y sincero de Mounier, siempre asentado en la verdad y en la honradez intelectual, así como en el respeto y en el deseo de aprender de los adversarios. Más aún, lo aprovechaba como una provocación para revisar las propias convicciones y la propia coherencia; no buscaba la aniquilación del contrincante sino su conversión a la verdad, reconociendo primero lo que de verdadero existía en tales doctrinas, así como la más profunda intención del interlocutor, aún cuando éste sostuviera posturas radicalmente contrarias a las suyas.

Por otro lado, también es pertinente tratar de entender porqué el marxismo ejerció tanta influencia y atracción en muchas partes del mundo y en amplios sectores de la población, que no pocas veces buscaban con sinceridad la justicia social.

#### 4.1.4.1. Antimarxismo y Personalismo

Así como Mounier se opone al *anticapitalismo* porque encierra muchos engaños, del mismo modo advierte que el *antimarxismo* es en realidad una corriente de defensa del capitalismo. Más aún, Mounier llega a afirmar que "El personalismo

es el único terreno sobre el cual puede trabarse un combate honrado y eficaz contra el marxismo".<sup>278</sup> No se combate el marxismo defendiendo al capitalismo porque "no se combate un error con el desorden que lo engendra".<sup>279</sup>

El diálogo y la honradez intelectual que sabe reconocer la verdad donde ésta se halle, hizo suponer a muchos que Mounier había cedido en sus convicciones filosóficas, personalistas e incluso religiosas, hasta tal punto que fue acusado ante autoridades eclesiásticas. Pero nada más falso que esta apreciación de algunos contemporáneos como veremos.

Mounier afirma que los antimarxistas llegan a confundir realidades muchas veces divergentes: el movimiento proletario; su sistematización en el pensamiento de Marx; la desviación de este pensamiento por el marxismo circulante; la degradación de este marxismo por las interpretaciones llenas de incompetencia, desconocimiento o mala fe que hacen de él sus adversarios; el comunismo ruso; lo que en él es comunista y lo que es ruso; y, finalmente, la dirección dada al comunismo por nuevos dirigentes. Para que la crítica fuera realmente eficaz, Mounier buscó separar estos problemas.

[...] el método polémico de refutación, que subestima al adversario y rechaza en bloque con el error las verdades que él posee en rehén, es el método más apto para consolidar la fuerza que el error saca de estas verdades cautivas.<sup>280</sup>

Cuando entonces se extendía el comunismo por el mundo, el mismo Berdiaeff escribía en el primer número de *Esprit* "Lo que de tan temible tiene el comunismo es esta combinación de verdad con error. No se trata de negar la verdad, sino de separarla del error", y Mounier agregará al respecto que

lo que el comunismo tiene de temible es este entrecruzamiento de errores radicales con puntos de vista parcialmente exactos e indudablemente generosos, esta anexión por el error de unas causas dolorosas cuya urgencia nos oprime. No se destruye el error mediante la violencia o la mala fe, sino con la verdad. Y la verdad más apta para dislocar un error dado es precisamente esa parte de verdad que está prisionera en él. Por ella vive el error, se propaga, se capta las voluntades. Está como revestida de una misión especial. Desolidarizando ese alma de verdad del error que hasta ahora la monopoliza, dándole una continuación histórica, quitaremos al error su poder de proselitismo.<sup>281</sup>

Así pues, y regresando a los puntos esenciales del marxismo, del que Mounier hace una inteligente y serena crítica, se sitúa en primer lugar el problema del *hombre*, es decir, lo que podríamos llamar el *humanismo marxista*. Ello, aún

---

<sup>278</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 41.

<sup>279</sup> *Idem*.

<sup>280</sup> *Idem*, p. 42.

<sup>281</sup> *Idem*, p. 50.

cuando el marxismo oficial había aplazado hasta después de la construcción socialista el tomar en consideración el problema del hombre.<sup>282</sup>

#### 4.1.4.2. Antropología marxista

El marxismo es algo más que un método. Pretende dar una explicación total del hombre. Ambiciona ser un humanismo. Dentro de esta concepción, la existencia del hombre personal está enteramente arraigada a la infraestructura económica de su medio y de su tiempo. Cegado por el problema económico, el marxismo rechaza lo espiritual situándolo en el limbo, sin reconocer más influencia sobre la historia del hombre que la de las fuerzas productivas y los poderes colectivos. De esta forma lo "espiritual" es para el marxismo, cuando mucho, sólo un producto de las condiciones sociales y económicas.

Dentro de la dialéctica marxista, la persona humana no es una realidad esencial primaria, sino un instrumento al servicio de las fuerzas colectivas.<sup>283</sup> Según el marxismo, liberando al hombre de lo "espiritual", que le mantiene alienado, tendría la voluntad necesaria para transformar al mundo en lugar de rehuirlo. El resorte esencial de la historia sería el trabajo infalible de la razón científica y del esfuerzo industrial por los que el hombre se convertirá en dueño y poseedor de la naturaleza.

#### 4.1.4.3. Concepción marxista de la historia

En el desarrollo de la historia, la existencia de la persona está completamente enraizada en la infraestructura económica de su medio y de su tiempo. No hay más que dos clases de hombres: los explotadores y los explotados, y todo hombre se define por el lugar que ocupa en una u otra clase. El socialismo, dice Mounier, no plantea sistemáticamente el problema de la conversión del burgués, hacia él no vuelve más que su arma: la lucha de clases. El objeto final de la transformación del mundo es derrocar el capitalismo y establecer una nueva infraestructura económica. El trabajador, *objeto*, se convertiría así en el *sujeto* de la historia. Es decir, lo que plantea es algo más que una operación técnica, se trata en definitiva, de una nueva concepción del hombre.

---

<sup>282</sup> En 1932 Henri Lefebvre afirmaba con mucha seguridad: "Durante cincuenta años no se plantearán los problemas del hombre" (N. R. F. diciembre de 1932). Citado por Mounier, en *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 43.

<sup>283</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 44.

En el centro de la doctrina de Marx y de sus seguidores, afirma Mounier, nos encontramos con una concepción total del hombre, con una religión<sup>284</sup> que, de hecho plantea *el hombre nuevo*.

El marxismo quiere preparar al hombre nuevo, emancipando al individuo de dos maneras: por el *ateísmo* que significa rechazo de las evasiones espiritualistas; por el *trabajo* (razón científica y esfuerzo industrial) gracias al cual el hombre transforma la naturaleza. El sentido de esta emancipación es para el marxismo, escribe Mounier "una consumación de la evolución humana", la "sociedad sin clases", el "reino de la libertad", donde la expansión prometida al individuo estará asegurada por el perfecto acuerdo entre el organismo social y económico.<sup>285</sup>

La historia no es para el marxismo una realidad espiritual, sino que es el trabajo infalible de la razón científica prolongada por el esfuerzo industrial para hacer del hombre, siguiendo el ideal cartesiano (pero privado de la trascendencia cristiana), dueño y poseedor de la naturaleza.

He aquí el dios inmanente, a la vez espíritu (físico matemático), técnica, hierro y cemento. Es en este momento donde el marxismo se introduce como religión. Este dios, que se hace poco a poco, como el Estado italiano o el pueblo alemán, es, efectivamente, objeto de una fe indiscutida y fanática. Es un dios bueno: la imperfección de las condiciones económicas es la única causa del mal entre los hombres y en el hombre mismo. Desarrollemos la ciencia, organicemos el trabajo. Gracia obrera de salvación colectiva, y poco a poco serán reabsorbidas la miseria, la enfermedad, el odio y quizá la muerte. La insuficiencia de las condiciones materiales de la vida es el único obstáculo a la expansión del Hombre Nuevo [...]. De esta forma, el humanismo marxista prolonga la expresión de Bebel: 'El socialismo es la ciencia aplicada a todos los dominios de la actividad humana'.<sup>286</sup>

#### 4.1.4.4. El materialismo marxista

En la base del marxismo, dice Mounier, queda una *negación fundamental de lo espiritual como realidad autónoma, primera y creadora*. Esta negación adopta dos formas. En primer lugar, el marxismo rechaza la existencia de verdades eternas y valores trascendentes al individuo, en el espacio y en el tiempo; es decir, que rechaza esencialmente, en función de su postulado primario, no sólo el cristianismo y la creencia en Dios, sino cualquier forma de realismo espiritual. No ve en la realidad espiritual más que "reflejos ideológicos"; en el menor de los casos, un estado secundario del ser. En segundo lugar, no da cabida alguna, en

<sup>284</sup> *Idem.* pp. 46-47.

<sup>285</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Esprit*, n. 37, octubre 1935, Paris, Ed. du Seuil, p. 4, "Nuestro Humanismo", firmado "Esprit", citado por Moix, *op. cit.* p. 224.

<sup>286</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 48-49.



su visión o en su organización del mundo, a esta forma última de la existencia espiritual que es la persona, y a sus valores propios: la libertad y el amor.

En el marxismo puede observarse claramente una doctrina materialista y atea. Sin embargo, es necesario ir más a fondo y a las razones profundas que dieron origen a tal respuesta. No debe olvidarse que tal doctrina surgió en una época en la que el espíritu había sido traicionado al separarlo de sus vínculos más concretos.

Mounier reconoce que el primer materialismo (el de Marx, no es de sus seguidores) expresaba, en su voluntad más profunda, un deseo de vivir un realismo plenamente humano.<sup>287</sup> Aunque ciertamente no deja de reconocer que existe un materialismo más radical:

Designamos como materialismo una filosofía que, aun insistiendo justamente en un humanismo del trabajo y de la fabricación, considera ilusorias otras dimensiones no menos esenciales del hombre, especialmente la interioridad y la trascendencia.<sup>288</sup>

Mounier insistirá en no confundir el "materialismo" de Marx con el de sus discípulos. Aún con todo, lo que en el fondo tal materialismo condena, con el mismo rigor que el personalismo, es un falso espiritualismo.<sup>289</sup>

El materialismo de Marx surge, efectivamente, como una reacción contra una forma de idealismo y de espiritualismo burgués; crítica que por cierto también realiza el personalismo, pero bajo otros principios.

La primacía de lo material es un desorden que tiene unas causas: "El marxismo no es para nosotros sino la representación material de nuestra culpa" —escribía Mounier en el primer número de *Esprit*<sup>290</sup>— es decir, fue propiciado en parte por la propia forma de vivir la espiritualidad y hasta las convicciones religiosas, separadas de la preocupación por las condiciones materiales de las personas y divorciadas también del compromiso social por construir un mundo más digno.

Cuando se habla del *materialismo teórico* de los marxistas, pocas veces se hace referencia al *materialismo práctico* de los capitalistas. Mounier lo advierte con claridad y va aún más lejos: el marxismo es una reacción contra el capitalismo y consecuencia de éste. "El marxismo es un hijo rebelde del capitalismo, cuya fe en la materia ha heredado".<sup>291</sup> El capitalismo es también una forma de

<sup>287</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Texto radiado el 20 de agosto de 1945*, y en *Revolución personalista y comunitaria*, citado por Moix, op. cit., p. 225.

<sup>288</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 14.

<sup>289</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Dieu Vivant*, No. 16, p. 40, "Las cinco etapas de Esprit", citado por Moix, op. cit., loc. cit.

<sup>290</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, No. 1, octubre de 1932, y en *Revolución personalista y comunitaria*, Obras v. I, p. 178.

<sup>291</sup> Emmanuel Mounier, *Mounier y su generación*, p. 83, citado por Moix, op. cit., p. 226.

materialismo. Son sus desórdenes los que han propiciado la violenta reacción del marxismo. Por esta razón, Mounier rechazó siempre en el debate del marxismo las condenaciones simplistas de los fariseos. Además, consideraba que en lugar de "ejecutar" sumariamente al marxismo, según fórmulas de manual, era preferible estudiarlo de cerca.

Querer juzgar al marxismo por principios *apriorísticos*, según fórmulas del pensamiento aristotélico, sin penetrar metódicamente en la escuela de Hegel, es querer hablar del cristianismo sin vivir cristianamente.<sup>292</sup>

#### 4.1.4.5. La teoría marxista de la alienación

Para Mounier, la crítica de *alienación idealista* es quizá la aportación más relevante del marxismo. Comparte con él la crítica a todas las traiciones y evasiones de un espíritu separado de sus raíces concretas, así como de las ideologías aisladas de toda realidad.

La alienación idealista se manifiesta por

la primacía decadente de la idea desencarnada sobre el pensamiento comprometido y la experiencia decisiva; por el desarrollo canceroso de la rumiación intelectual, de las dialécticas sin fundamento, de los pensamientos gratuitos y los ideales ineficaces.<sup>293</sup>

Los materialistas identificaron frecuentemente el cristianismo con un idealismo desencarnado; Mounier acepta que de hecho algunas veces así ha sido adoptado por muchos cristianos, algunos de los cuales han confundido "vida interior" con el retraimiento egocéntrico.

A los ojos de Mounier, el mayor mérito del marxismo consistió en haber resultado la más poderosa reacción contra la decadencia "idealista". La crítica de Marx es, bajo ciertos aspectos, la crítica del angelismo, del idealismo y del subjetivismo, recordando que el espíritu tiene sus servidumbres y que el hombre está condicionado por su situación social y económica. Saludable reacción contra la concupiscencia del espíritu; el marxismo ha barrido la estéril retórica espiritualista. En cierto sentido, puede incluso decirse que ha liberado al hombre espiritual.<sup>294</sup>

<sup>292</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, n. 117, diciembre de 1945, p. 965.

<sup>293</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 94.

<sup>294</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Esprit*, No. 150, noviembre de 1948, p. 687.

Así pues, vemos cómo Mounier, contrariamente a la costumbre de tantos críticos del marxismo, reconoció las verdades que contenía esta doctrina, sin dejar por ello de mostrar sus graves insuficiencias.

Al hablar de la *alienación* de la persona humana, es preciso señalar que el marxismo cayó en el extremo opuesto, es decir, en la *alienación materialista*, ya que, bajo el pretexto de combatir la herejía "espiritualista", ha negado toda forma de espiritualidad. No ha resuelto la oposición entre espíritu y materia, sólo ha invertido los términos.<sup>295</sup> Los marxistas, ofuscados por el condicionamiento material que reacciona contra un idealismo exangüe, han caído en el error contrario al que combatían.

Recordemos que Marx hizo una crítica penetrante al capitalismo como una forma de materialismo primario de la vida económica. Por ello resulta paradójico que el marxismo caiga en la misma alienación contra la que luchaba. Creyó escapar al subjetivismo y al idealismo, oponiéndoles el mundo sólido de los objetos.

De la primacía del ser sobre la conciencia, dice Mounier, se cree pasar, por simple desarrollo, a la primacía de la naturaleza sobre el espíritu; de la vida social sobre la vida personal; de la producción sobre la contemplación.<sup>296</sup>

La crítica de Marx desembocó en un nuevo materialismo, más opresor que el primero. Quiso liberar al hombre, pero lo ha objetivado.

#### 4.1.4.6. El intento de realismo del marxismo

El marxismo hizo una crítica bastante sólida sobre la alienación del hombre moderno y sobre el idealismo burgués, sin embargo, al no resolver la oposición entre espíritu y materia, puesto que sólo invirtió los términos, deviene en un *realismo truncado*. El hecho de que el marxismo, en su reacción polémica,

no haya sabido distinguir entre *materialismo* y *realismo*, y oponer a un espiritualismo desencarnado un realismo espiritual integral del que la filosofía clásica, anterior a su desviación idealista, le ofrecía las líneas maestras, muestra hasta qué punto era estrecha la imagen que se hacía de la realidad del hombre.<sup>297</sup>

El personalismo persigue un realismo integral: reconoce la necesidad de las estructuras colectivas. El trabajo, la vida política, la organización social, son un correctivo necesario contra el aislamiento egocéntrico, pero si no están al

<sup>295</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 50.

<sup>296</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *La cristiandad difunta*, p. 93, citado por Moix, p. 231.

<sup>297</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 51.

servicio del *hombre total*, se vuelven indefectiblemente contra él. El personalismo quiere intentar "la reconciliación del hombre total contra las dos alienaciones contemporáneas":<sup>298</sup> la espiritualista y la materialista.

Para Marx, el hombre debe humanizar la naturaleza, pero de hecho se trata de una relación de dueño a esclavo, es decir una *dominación*. La producción es, en definitiva, lo que cuenta, y no una especie de amistad entre el hombre y el mundo.<sup>299</sup> Para el realismo personalista la naturaleza no es objeto de desprecio (idealismo), ni únicamente posibilidad de explotación (materialismo). Para Mounier el realismo integral, el realismo cristiano, es el punto de equilibrio entre los polos opuestos, por ello, el cristiano no se puede evadir del mundo y de sus responsabilidades temporales; por el contrario, es el hombre más vinculado, más encarnado del mundo.<sup>300</sup>

Y tal como quedó de manifiesto en el primer capítulo, Mounier afirma, en nombre de una *realismo integral*, que el cuerpo y la actividad espiritual son uno. Unidos hacen al hombre. No se puede olvidar el cuerpo o el alma sin perjudicar a la persona entera. "Por esta razón es tan abusivo hablar de una primacía de la causalidad económica como de una primacía de la causalidad espiritual".<sup>301</sup>

En ese sentido, el personalismo no opone

la revolución espiritual a la revolución material: afirmamos únicamente que *no existe revolución material fecunda sin que esté enraizada y orientada espiritualmente* [...] El trabajo revolucionariamente profundo no es, por tanto, despertar en el hombre oprimido la conciencia de su única opresión, incitándole así al odio y a la reivindicación exclusivos y, consecuencia de ello, a una nueva evasión de sí mismo; es mostrarle ante todo, como fin último de esa revuelta, la aceptación de una responsabilidad y la voluntad de una superación, sin lo cual todos los mecanismos no pasarán de ser buenas herramientas en manos de malos obreros; y educarle *desde ahora* para una acción responsable y libre en lugar de disolver su energía humana en una buena conciencia colectiva, y en la espera, incluso exteriormente activa, del milagro de las "condiciones materiales", este 'desde ahora' es la principal divergencia táctica que nos separa del mejor de los marxistas.<sup>302</sup>

Al revés de como fundamenta el marxismo la realidad humana, para el personalismo la vocación central del ser humano no es la dominación de las fuerzas de la naturaleza, ni esto constituye el medio principal e infalible para realizar y descubrir su vocación.

<sup>298</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 102.

<sup>299</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 30.

<sup>300</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *La cristiandad difunta*, p. 98, citado por Moix, p. 233.

<sup>301</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 110.

<sup>302</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 53-54.

La conquista de la naturaleza y de mejores condiciones de vida es algo necesario, incluso para la vida espiritual; la adaptación es necesaria pero hasta cierto punto porque, como señala Mounier, más allá de cierto grado de adaptación, es contraproducente. El progreso material debe ser soporte y condición necesaria, pero no suficiente, de una vida más humana.

Una revolución por la abundancia, el confort y la seguridad, si sus móviles no son más profundos, conduce [...] tras las fiebres de la revuelta, a una universalización del execrable ideal pequeño burgués más que a una auténtica liberación espiritual.<sup>303</sup>

Mounier piensa que incluso si el hombre alcanzara finalmente el dominio sobre la naturaleza, él no estará curado de sí mismo y de todas sus viejas dolencias. "A nada nos habituamos más rápidamente que a las comodidades, y la soledad vuelve a aparecer".<sup>304</sup>

#### 4.1.4.7. El marxismo contra la persona

Para Mounier, la laguna esencial del marxismo es haber desconocido la realidad íntima del hombre, la de su vida personal. En el mundo de los determinismos técnicos, igual que en el de las ideas claras, la persona no tiene sitio.

El marxismo profesa un optimismo sobre el porvenir del hombre, pero se trata en realidad de "un optimismo del hombre colectivo, que recubre un pesimismo radical respecto a la persona".<sup>305</sup> Toda la doctrina de la alienación presupone que el individuo es incapaz de transformarse a sí mismo; las masas, por el contrario, son firmes, creadoras.

El humanismo marxista, a pesar de su voluntad de totalidad, está dirigido contra la persona. El marxismo está en lo cierto al querer liberar al hombre de una civilización opresora, pero como lo señala Mounier "no hay civilización y cultura humanas si no están metafísicamente orientadas".<sup>306</sup>

Aún cuando es muy cierto que millones de hombres todavía viven en la esclavitud y carecen de lo mínimo necesario para el desarrollo de una vida plenamente personal, también lo es que la supresión de la miseria material no

---

<sup>303</sup> *Idem*, p. 53.

<sup>304</sup> *Idem*, p. 54.

<sup>305</sup> *Idem*, p. 55.

<sup>306</sup> *Idem*, p. 13. Más adelante, con palabras muy parecidas, al señalar que no se opone la revolución espiritual a la revolución material, afirma que "no existe revolución material fecunda sin que esté enraizada y orientada espiritualmente" (p. 54).

determina por sí misma la liberación definitiva del hombre, como sostienen los marxistas.

Para el personalismo, la persona no es el fruto de la organización económica y política; no va *hacia* la persona, sino que *parte de* ella. Por otra parte, mientras que para el personalismo no hay acto auténticamente humano sin la adhesión libremente consentida de la persona, el marxismo se sustenta en una dictadura injustificable que utiliza como método el *adiestramiento* de la masa; el método personalista es *la educación* de la persona.

La antropología marxista es limitada en su punto de partida por el carácter incompleto de su método: en la religión sólo ve una alienación; toda reflexión que no coincida con la suya es clasificada como idealista y subjetivista, lo que muchas veces dificulta el diálogo con los marxistas.

El punto de partida del marxismo es legítimo [...] pero abusa de nosotros desde el momento que pretende explicar totalmente al hombre. Eso es lo que procura, sin duda alguna, y es la causa de que el marxismo sea un humanismo, pero no puede prescindir de sus limitaciones de partida.<sup>307</sup>

Negando toda forma de lo espiritual el marxismo, "diga lo que diga, vuelve a caer en un racionalismo muy cercano al viejo racionalismo burgués", mostrando su "pobreza filosófica, desde el momento en que se sale del campo de la ciencia social".<sup>308</sup>

Así pues, como se ve con claridad, Mounier no era un marxista ni un antimarxista, sino un hombre que creía en el diálogo y que, sin concesión ni acritud, buscó establecer un debate centrado en la verdad, convencido que

no se destruye el error por la fuerza brutal o la mala fe, sino por la virulencia de la verdad, y llegando al corazón de los problemas servimos a la unidad futura mejor que los rusos.<sup>309</sup>

En su diálogo con el marxismo puede uno percatarse con claridad de la serenidad de Mounier, aún cuando esto le expuso a la desconfianza e incluso a la mala voluntad de sus correligionarios, así como también a los ataques de los marxistas.

El estuvo presente allí "donde tantos otros han consumido su paciencia y perdido su sangre fría",<sup>310</sup> para dar un testimonio de que no es preciso renunciar a las propias convicciones para emprender un diálogo honesto con el adversario.

<sup>307</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, No. 150, noviembre 1948, p. 690.

<sup>308</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 48.

<sup>309</sup> Emmanuel Mounier, *La cristiandad difunta*, p. 52, citado por Barlow, *op. cit.* p. 172.

<sup>310</sup> J.-M. Domenach, *Les principes du choix politique*, *Esprit*, diciembre de 1950, p. 837, citado por Barlow, *op. cit.* p. 173.

## 4.2. La Revolución personalista y comunitaria

Siguiendo el mismo método de Mounier que, antes de presentar su propuesta para una civilización personalista, inicia con un estudio crítico de las principales formas de civilización que parecen culminar su ciclo y de aquellas que quieren sucederlas,<sup>311</sup> hemos realizado un análisis de los dos principales sistemas económicos y sociales que afectaron los destinos de millones de personas por muchos años.

En este segundo punto del tercer capítulo nos parece oportuno, antes de describir las estructuras fundamentales de un régimen personalista, abordar los cimientos en los que Mounier pretende asentar una civilización personalista, es decir, las *líneas de partida* y los *principios* en los que deberá sustentarse, así como precisar qué tipo de "revolución" es la que se plantea, ya que sobre este concepto existen muchos equívocos y a veces opiniones diametralmente opuestas. Es necesaria esta labor de discernimiento ya que en el fondo lo que plantea es una "Revolución personalista y comunitaria".

### 4.2.1. Líneas de partida

El personalismo no se estanca en una condenación profética del desorden establecido, sino que busca comprometerse, proponiendo unos principios rectores y unas líneas de acción precisas para la reconstrucción de un mundo que parece haberse olvidado de la persona.

Siendo el personalismo *presencia* y *compromiso*, su propuesta no termina con una definición de la persona ni con una crítica de los modelos desgastados que han mostrado su ineficacia para la edificación de una civilización y unas estructuras que favorezcan la realización integral del ser humano, sino que también busca ofrecer líneas claras de acción y compromiso que hagan viable su construcción. Para el personalismo, por estar estrechamente ligados el pensamiento y la acción,

---

<sup>311</sup> Principalmente en su *Manifiesto* y en *Revolución personalista y comunitaria*.

Mounier hizo un análisis crítico de las civilizaciones fascistas, individualistas-capitalistas y del colectivismo marxista de su tiempo. Hoy debemos ponernos en la perspectiva de la civilización, o mejor dicho, de las civilizaciones contemporáneas, por lo que sería motivo de otro análisis el abordar las nuevas formas heredadas de esos viejos sistemas, como por ejemplo los neosocialismos o neoliberalismos, desde una perspectiva y una crítica personalista.

se espera de él que defina no sólo métodos y perspectivas generales de acción, sino líneas precisas de conducta. Un personalismo que se contentase con especular acerca de las estructuras del universo personal, sin otro efecto, traicionaría su nombre.<sup>312</sup>

El personalismo (al mismo tiempo movimiento y reflexión) —el cual quiso estar presente en las vicisitudes de su época y atento siempre a los acontecimientos de la historia y al drama de su tiempo— surge en parte como una respuesta a situación histórica prevaeciente, buscando ofrecer una respuesta adecuada y una orientación de fondo que acompañara e impulsara el proceso de reconstrucción humana y material de la devastada civilización europea.

El movimiento personalista nació de la crisis iniciada en 1929 con los *cracks* de Wall Street, que luego se prolongó con la segunda guerra mundial. Frente a esta crisis, se proponían básicamente dos explicaciones:

Los marxistas decían: crisis económica clásica, crisis de estructura. Operad sobre la economía, el enfermo se restablecerá. Los moralistas oponían: crisis del hombre, crisis de costumbres, crisis de valores. Cambiad al hombre, las sociedades sanarán.

No estábamos satisfechos ni con unos ni con otros. Nos parecía que espiritualistas y materialistas participaban del mismo error moderno, el cual, prolongando el cartesianismo dubitativo, separa arbitrariamente el "cuerpo" y el "alma", el pensamiento y la acción, el *homo faber* y el *homo sapiens*. De nuestra parte afirmábamos: la crisis es, a la vez, una crisis económica y una crisis espiritual, una crisis de estructuras y una crisis del hombre. No sólo repetíamos el dicho de Péguy: 'La Revolución será moral o no será nada'. Nosotros precisábamos: 'La Revolución moral será económica o no será; la Revolución económica será 'moral' o no será nada.'<sup>313</sup>

La respuesta que entonces dieron a los marxistas fue que, por más sutil y dialéctico que sea su materialismo, se mutila al hombre y se compromete la revolución. A los espiritualistas, por su parte, les señalaron que su error había sido el haber desviado la misma fuerza del espíritu hacia paraísos artificiales. La crítica se dirigía, ante todo, contra ese "espíritu" esclavo o ciego.

---

<sup>312</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, "El personalismo y la revolución del siglo XX", p. 55.

<sup>313</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es El personalismo?*, p. 20.

Esa crisis atrajo la atención de muchos hacia las revoluciones en curso. Se buscaba una respuesta a las inquietudes y sobresaltos prevaecientes: unos daban una explicación puramente técnica, otros una puramente moral. Algunos jóvenes, entre ellos los fundadores del movimiento personalista, pensaron que el mal era a la vez económico y moral; que estaba en las *estructuras* y en los *corazones*; que por lo tanto el remedio no podía eludir ni la revolución económica ni la revolución espiritual. Y que debido a la realidad ontológica de la persona, se debían encontrar nexos entre una y otra.



Sentíamos [...] que sólo podríamos anunciar sin fariseismos los caminos del espíritu cuando todos tuvieran las condiciones de existencia aceptables, que les permitieran la disposición interior para introducirse en aquéllos [...] Sin embargo, no nos impusimos por eso [...] una especie de abstinencia virtuosa para todo cuanto sobrepasara las preocupaciones del ingeniero político,<sup>314</sup>

ya que esto constituye otra forma de fariseísmo, según él.

De ahí su insistencia en rechazar el falso dilema: la "revolución material antes que nada" o la "revolución moral antes que nada", que de hecho pueden encubrir una evasión ante la exigencia global de una revolución del hombre todo.

Ante la grave crisis, al mismo tiempo *estructural* (económica, social y política) y *espiritual* –y que también hoy parece extenderse por todo el mundo– suelen manifestarse tres actitudes<sup>315</sup> que describe Mounier:

- a) Unos se entregan al miedo y a su reflejo habitual: el repliegue conservador sobre las ideas adquiridas y los poderes establecidos.
- b) Otros se evaden en el espíritu de catástrofe. Tocan las trompetas del Apocalipsis, rechazan todo esfuerzo progresista.
- c) Queda una salida y sólo una: hacer frente, inventar, atacar a fondo; la única que desde los orígenes de la vida haya sacudido siempre la crisis. Los animales que para luchar contra el peligro se han fijado en escondijos tranquilos y se han entorpecido con un caparazón, no han dado sino almejas y ostras. Viven de deshechos. El pez, que ha corrido la aventura de la piel desnuda y del desplazamiento, abrió el camino que desemboca en el *homo sapiens*.

Lo que se busca, sin embargo, no es combatir "el mito conservador de la seguridad ciega para volcarnos en el mito ciego de la aventura",<sup>316</sup> que de hecho fue la bandera que enarbolaron algunos jóvenes de esa época, quienes cansados y desesperados ante la mediocridad imperante, tomaron como maestros a simpatizantes de Nietzsche, y algunos otros se adhirieron a las consignas fascistas.

Pero hay varias maneras de acometer. El personalismo propuso algunas estrategias que consideraron oportunas para enfrentar la crisis del momento, lo cual nos habla, por una parte, de la postura mantenida por la naciente corriente liderada por Mounier y por la otra, del contexto histórico en el que existía una explicable desconfianza hacia los grupos políticos, pero también la

<sup>314</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, pp. 21-25.

<sup>315</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 56.

<sup>316</sup> *Idem*, pp. 56-57.

inquebrantable disposición al diálogo, al encuentro, a la defensa de la libertad, así como a sostener un realismo activo y eficaz. Estas son algunas de las reglas de estrategia personalista que entonces plantearon:

1. Al menos al comienzo es necesaria, para un nuevo examen de las perspectivas, la independencia frente a los partidos y grupos constituidos. Esta no afirma un anarquismo o un apoliticismo de principio.
2. Si el espíritu no es la fuerza extraviada o mágica, la sola afirmación de los valores espirituales encierra el peligro de resultar mistificadora allí donde no vaya acompañada de una asignación rigurosa de sus condiciones y medios de acción.
3. La solidaridad de lo "espiritual" y lo "material" implica que en cualquier cuestión debe abarcarse toda la problemática que va de los datos "viles" a los datos "nobles", con un rigor en ambos lados: el espíritu de confusión es el primer enemigo de los pensamientos de amplia mira.
4. El sentido de libertad y el sentido de lo real exigen que la investigación se cuide de cualquier doctrinario *a priori* y esté positivamente dispuesta a todo, aun a cambiar de dirección para permanecer fiel a lo real y a su espíritu.
5. La cristalización global de los desórdenes en el mundo contemporáneo ha llevado a algunos personalistas a llamarse *revolucionarios*. Este término debe ser despojado de toda facilidad pero no de toda agudeza. El sentido de la continuidad nos disuade de aceptar el mito de la revolución-tabla rasa; una revolución es siempre una crisis mórbida y de ningún modo aporta soluciones automáticas. Revolucionario quiere decir simplemente desorden, pero quiere decir que el desorden de este siglo es demasiado íntimo y demasiado obstinado para ser eliminado sin trastrueque, sin una revisión profunda de valores, sin una reorganización de las estructuras y una renovación de las *élites*.

La Revolución, lejos de ser un nuevo conformismo o un sustituto del pensamiento, tiene para Mounier un significado muy particular como veremos a continuación.

## 4.2.2. La Revolución

El concepto "revolución" empleado entonces con tanta frecuencia y utilizado para múltiples usos y banderas, sufrió un desgaste y descrédito importante. Aún así, Mounier lo adoptó desde el principio de su obra. Recordemos que uno de sus primeros escritos llevó por título precisamente el de *Revolución personalista y comunitaria*.

Si bien es cierto que para muchos contemporáneos de Mounier esta palabra traía malos recuerdos y se asociaba con hechos negativos, para él tenía un significado mucho más cercano a lo que esta palabra evoca y quiso rescatar su auténtico sentido.

Hay palabras que no se piensan sino con miedo. Se quiere que la revolución sea el deslumbramiento rojo y en llamas. No, la revolución es un tumulto mucho más profundo. Μετανοήτε: cambiad el corazón de vuestro corazón y, en el mundo, todo lo que él ha contaminado.<sup>317</sup>

Así pues, Mounier toma este concepto como un programa, porque para él significaba un compromiso total al servicio de la persona humana, independientemente del desgaste, el uso y abuso que la habían convertido en lugar común.

Cuando hemos adoptado esa palabra, al principio, fue contra nuestras resistencias y, perpetuamente, contra nuestra tranquilidad. Ninguna moda, ninguna presión nos empujaba a ella [...] La adoptamos con gravedad. Nos comprometimos en ella con nuestras vidas, con nuestra alma, y no por la palabra, palabra que por nosotros puede desaparecer en buena hora sustituida por cualquier otra en reserva que no sea ni fraude ni evasión, sino por el mensaje humano que comporta.<sup>318</sup>

Para él la revolución es una exigencia espiritual profunda, y la entiende como una conversión total del hombre en su acción, una voluntad de reconstrucción total de la civilización y un cambio *radical* de las estructuras, es decir, desde la raíz.

### 4.2.2.1. Revolución integral: material y espiritual

<sup>317</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "La exigencia revolucionaria", p. 180.

<sup>318</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "Reformismo y Revolución", Obras v. I, p. 340. Cfr. *Las certidumbres difíciles*, "Certeza de nuestra juventud", mayo 1933, citado por Moix, *op. cit.* p. 86.

Mounier quiere que esta revolución sea *total*, indisolublemente material y espiritual. Se niega a elegir "entre el materialismo de los bárbaros y el espiritualismo de los salones".<sup>319</sup>

Siendo la crisis a la vez económica y espiritual; de estructuras y del hombre, la revolución también será moral y económica. Es decir, como ya se señalaba arriba, la revolución económica debe ir siempre unida a la revolución moral y viceversa.

Es precisa la transformación de las personas y de las instituciones. Estos son los dos aspectos de una misma revolución. Por lo que debe entonces hablarse, más que de una revolución doble, de una *revolución espiritual integral*, puesto que para el ser humano lo espiritual siempre va estrechamente unido a lo carnal. Por ello, Mounier escribe en el primer número de *Esprit*: "Somos doblemente revolucionarios, pero en nombre del espíritu".<sup>320</sup> Es decir, la revolución tiene un punto de partida preciso, y es esa exigencia espiritual entendida integralmente. Ya sabemos que para el fundador del personalismo, el "espíritu" es un espíritu comprometido en la transformación del mundo y del hombre.

Los personalistas, decía Mounier, no queremos un mundo feliz, queremos un mundo humano y un mundo sólo es humano si ofrece todas sus posibilidades a las exigencias esenciales del hombre.<sup>321</sup>

Una revolución es un asunto de personas, que su principal eficacia es "la llama interior que se comunica de hombre a hombre".<sup>322</sup> La revolución "exterior" no funciona sin una revolución "interior", dado que su fin esencial "no es la felicidad, el confort, la prosperidad", sino el desarrollo espiritual de los hombres,<sup>323</sup> y que además debe tender a situar a cada ser humano en estado de vivir como persona.

Toda revolución, opina Mounier, puede fracasar por un error respecto al hombre como por un error sobre la técnica. La revolución sólo puede triunfar duraderamente si encuentra hombres plenamente realizados, capaces de defenderla contra sus tentaciones inhumanas.

---

<sup>319</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, No. 26, noviembre de 1934, citado por Moix, p. 86.

<sup>320</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "La exigencia revolucionaria", p. 181.

<sup>321</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Las certidumbres difíciles*, abril de 1933, citado por Moix, p. 87.

<sup>322</sup> *Idem*, citado por Barlow, *op. cit.*, p. 141.

<sup>323</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, citado por Barlow, p. 141.

#### 4.2.2.1.2. La revolución material

En el proceso de construcción de una civilización a la medida de la persona, debe avanzarse por etapas, porque a quienes carecen del mínimo vital, es inútil hablarles de la revolución espiritual.

Hemos dicho siempre que lo espiritual no es para nosotros un disfraz o una escapatoria. Tenemos un buen número de discusiones fundamentales que saldar con todo el mundo. Pero ante todo, pan, trabajo, dignidad para aquellos que no la tienen. Ante todo, y para poder hablar del hombre sin remordimiento, destitución de un régimen inhumano.<sup>324</sup>

Por lo tanto, se debe iniciar con la revolución económica, aunque sabemos que ésta no llegará si no viene acompañada y subordinada a la revolución espiritual.

El primer paso de la 'revolución espiritual' es la revolución económica y política que le abre un camino hasta esas vidas demasiado ocupadas todavía por las preocupaciones elementales de la defensa de la vida hasta llegar a la misma espiritualidad.<sup>325</sup>

Así pues, la revolución material es una primera etapa, nunca el fin de de la lucha personalista. Es sólo condición y sustento para avanzar por los caminos de la persona y su realización progresiva como tal.

Desde hace mucho tiempo, los valores económicos han ido adquiriendo una importancia excepcional, anormal, que muchas veces hacen pasar a un segundo plano los problemas humanos más esenciales, lo cual es un síntoma de una sociedad enferma. Los desórdenes capitalistas y luego los causados por los regímenes colectivistas marxistas, han determinado en buena medida la urgencia del problema material. Es necesario apresurarse a resolver este problema, piensa Mounier, a fin de poder consagrarse a tareas más importantes.

En esto es muy clara la visión de Mounier, quien nunca confunde lo urgente con lo importante, y siempre le da su lugar a cada uno, situando el problema humano en su justa dimensión y abordándolo de una manera realista e integral.

En la perspectiva mounieriana, la revolución material comprende también la lucha contra el mundo del dinero y de las instituciones capitalistas,<sup>326</sup> así como la instauración de un nuevo régimen social y económico fundado en las exigencias de la persona humana.

<sup>324</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, n. 45, junio de 1936, p. 444, "Concentración popular", citado por Moix, p. 88.

<sup>325</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 23.

<sup>326</sup> Hoy podría hablarse de una lucha contra el fenómeno del *neoliberalismo*, continuación y herencia del capitalismo, que hoy sigue causando muchos de los desórdenes descritos por Mounier más arriba.

Pero, debido a que lo económico sólo puede subsistir sostenido por las estructuras políticas, también ellas han de cambiar. De ahí su insistencia en afirmar que la revolución espiritual debe ir acompañada de una transformación radical de todas las estructuras de la civilización, comenzando por las instituciones legales primarias.

Mounier considera que la miseria es degradante hasta el extremo de hacer retroceder la vida espiritual en la mayoría de los hombres. Por ello afirma tanto la revolución económica, el cambio de estructuras y la necesaria lucha por la justicia social. Pero esto no significa que la lucha por el bienestar de los oprimidos sea un fin en sí misma. Nada más contrario a su pensamiento. El llamó a su revolución económica la *revolución de la pobreza*. Y es importante señalar que en este punto Mounier se separa radicalmente de la mayoría de los revolucionarios 'de izquierda'.

El bienestar material –no importa cuál– sólo es una etapa que ha de permitir la expansión espiritual de la persona. De nada serviría una revolución que, "victoriosa de la miseria del pobre", la sustituyera por una "generalización para todos los hombres de la espantosa miseria del rico".<sup>327</sup> Dos enemigos enfrentan el equilibrio de la persona: la riqueza y la miseria. Por lo tanto, para Mounier queda por hacer la *revolución de la pobreza*, estatuto económico ideal para la persona. Pero la pobreza de que habla Mounier no es

un ascetismo indiscreto, o cierta avaricia vergonzosa, sino una desconfianza en el lastre de las ataduras, un gusto por la simplicidad, un estado de disponibilidad y de ligereza que no excluye la magnificencia, ni la generosidad, ni incluso un importante movimiento de riqueza, si es un movimiento atrincherado contra la avaricia. La extensión de tal ética pertenece a la acción individual y únicamente a ella.<sup>328</sup>

Sin ese espíritu de pobreza, la facilidad material no sólo no libera al hombre, sino que le aburguesa y le degrada. De todo progreso material, Mounier sólo esperaba la base y condición necesarias, pero no suficientes de una vida más humana; de ninguna manera su culminación y su sustento. Denunció siempre un humanismo del confort y de la abundancia material, en nombre de los valores espirituales.

Cuando afirmamos que el hombre se salvará por la pobreza, no queremos perpetuar hipócritamente la miseria, la degradante miseria. Únicamente queremos significar que, una vez vencida, cada uno deberá ser libre en adhesiones y abstenciones: cada uno debe conocer sus fuerzas y su alcance. *Nosotros no oponemos revolución espiritual a revolución material; afirmamos solamente que no*

<sup>327</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, citado por Barlow, *op. cit.* p. 142.

<sup>328</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 149. En su escrito *De la propiedad capitalista a la propiedad humana* lo explica con amplitud, (Obras Completas vol. I, pp. 501 ss.).

*existe revolución material fecunda si no está arraigada y orientada espiritualmente.*<sup>329</sup>

En conclusión, la revolución material no puede por sí sola liberar al hombre.

Un estado social justo sólo es una condición negativa e insuficiente del desarrollo espiritual del hombre. La revolución exterior no es estrictamente nada [...] sin la revolución interior.<sup>330</sup>

#### 4.2.2.1.3. La revolución espiritual

En el pensamiento de Mounier, la revolución es antes que nada una exigencia espiritual, por lo tanto, *no existe verdadera revolución material sin revolución espiritual*; los problemas de organización son inseparables de los problemas de destino.

Aunque es muy cierto que lo político, lo social y lo económico constituyen vías de acceso hacia la liberación del ser humano, al personalismo le interesa mucho más lo que será mañana esa persona, que lo que fabrica y vende, incluso más que sus juegos de poder. "La liberación del hombre sólo puede ser una conquista larga y difícil; plantea problemas cuya clave no poseen ni la política ni la sociología".<sup>331</sup>

Las ideas por sí solas no gobiernan el mundo. Pero las fuerzas económicas no son las únicas que conducen la historia, como suponen los marxistas. De hecho la causalidad histórica, afirma Mounier, es una causalidad circular, donde la superestructura depende estrechamente de la infraestructura, pero la infraestructura, a su vez, depende de la superestructura en la cual está inmersa.

La crisis no es, por tanto única ni principalmente económica. Es sobre todo, de orden espiritual: "La opresión está en la trama de nuestros corazones", escribe en su primer editorial de *Esprit*, y reafirma: *La crisis del espíritu es la causante del desorden económico y político.*

La revolución espiritual consiste, pues, en restaurar los valores espirituales traicionados, restituirlos en su pureza y comprometerlos en la reconstrucción del mundo. Mounier busca, en efecto, que tales valores no sean una mera

<sup>329</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, nº. 37, octubre de 1935, "Nuestro Humanismo", p. 11, citado por Moix, *op. cit.*, pp. 90-91.

<sup>330</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, nº. 9, junio de 1933, y en *Revolución personalista y comunitaria*, citado por Moix, *op. cit.*, p. 94

<sup>331</sup> Emmanuel Mounier, *Las certidumbres difíciles*, febrero de 1946, "Debate en voz alta", citado por Moix, *op. cit.* p. 95.

justificación ni un impulso pasajero de palabras, sino una dimensión interior inalterable que constituya su razón de ser y de actuar.

Mounier está plenamente convencido que la *revolución espiritual hace eficaz la revolución material*, ya que las reformas sociales que no se basan en una revolución espiritual permanente se desgastan en el oportunismo. Es más, la revolución espiritual no acaba jamás. "Durará tanto tiempo como el género humano".<sup>332</sup>

#### 4.2.2.2. Los medios para realizar la revolución

Debe, pues, hacerse una revolución, es una exigencia personalista.<sup>333</sup> Pero ¿Qué medios deben emplearse para su eficaz logro? Antes que nada, una revolución para la persona, no puede emplear más que medios acordes con la persona.<sup>334</sup> Es decir, la urgencia de la revolución no puede dejar de considerar los medios empleados, aunque la causa y la finalidad sean nobles y aún cuando se invoquen causas nobles como es la defensa de la persona y la lucha contra el desorden establecido.

En el centro del debate sobre los medios se sitúa la cuestión del *testimonio* y la *eficacia*. Sin embargo, aunque Mounier no los separa, da al testimonio una gran relevancia. Junto con ello, veía que una "pureza" de los medios, mal comprendida servía muchas veces de refugio a la pereza, al miedo de vivir y al egoísmo, por lo que buscó siempre insistir en esta idea central: la preocupación por la *pureza* puede ser evasión si no va acompañada de la preocupación por la *eficacia*.<sup>335</sup>

Mounier, en este sentido, está en contra tanto de los *doctrinarios* como de los *moralistas*, porque lo que él busca es afrontar la realidad. Por una parte los doctrinarios pecan de inflexibilidad, construyen con ideas un sistema coherente

<sup>332</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, núm. 17, febrero de 1934, citado por Moix, *op. cit.*, p. 97.

<sup>333</sup> "¿Debe hacerse una revolución? Sí, es nuestra exigencia espiritual profunda. Entonces, preparémosla, incluso si el enfermo se resiste, incluso si mañana el viejo mundo encuentra la pócima mágica para prolongar su agonía otro siglo. Pero entonces no habríamos perdido nuestra obra, porque para quien no puede culminar, queda al menos testimoniar. Para quien ha dado un gran testimonio la vida no está vacía" (*Revolución personalista y comunitaria*, p. 344).

<sup>334</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 215.

<sup>335</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, pp. 13-22, "El personalismo de la pureza", donde entre otras cosas, advierte que, aunque la preocupación por la pureza es la preocupación por el absoluto, y constituye la piedra angular de toda acción, debe ser prolongada por un compromiso real en el mundo. Por tal motivo sólo buscara *una mayor pureza para una mayor eficacia*.



que creen poder imponer a la realidad. Los moralistas, por su parte, se desgastan en una elocuencia de buena voluntad pero ineficaz. Dejan todo el potencial de las fuerzas espirituales al margen de la historia. La moral del moralismo es un engaño semejante al espíritu del idealismo.<sup>336</sup>

Rechazando los medios políticos, debido a la profunda decadencia de lo político, muchas veces convertido en un juego sórdido de intereses, y rechazando igualmente el empleo a priori de los métodos violentos, él propone

unos medios que fueran medios temporales, encarnados, que promovieran una *técnica*, pero cuya alma, destino [...] pertenecieran a un mundo distinto de aquel donde están en juego la astucia y las brutalidades de la fuerza.<sup>337</sup>

Así definió una "*técnica de los medios espirituales*", medios purificadores de la revolución y al mismo tiempo eficaces.

#### 4.2.2.3. La revolución personal

El primer acto revolucionario, y el más importante, es la *revolución personal*, dentro de la cual, Mounier pone un énfasis muy especial en lo que llama la *toma de la mala conciencia revolucionaria*. Esto es, que muchas personas, instaladas en su buena conciencia, se niegan a reconocer el desorden establecido, y su participación en el mismo, que va desde la incoherencia personal hasta la colaboración por omisión en dicho desorden.

El primer desorden está en que, cada uno, revolucionarios y contrarrevolucionarios, entre la palabra y a veces incluso los actos y el compromiso de la persona, se halla abierto un abismo hacia el cual, y sin sospecharlo, avanza la mayoría.<sup>338</sup>

Así pues, el primer acto revolucionario debe ser la *lucha contra la buena conciencia* –idea que posteriormente ocupará un lugar importante en la obra de Sartre y de Camus– que consiste en el reconocimiento de que todos somos, de alguna manera, cómplices del mal y del desorden prevaleciente, por lo que, antes de acusar, debemos reconocer nuestras propias participaciones en el desorden social, económico y espiritual, e iniciar la revolución en nosotros mismos; empezar por una *revolución personal*.

---

<sup>336</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, nº 20, noviembre de 1934, p. 262, 'La tumba de los espiritualismos', citado por Moix, *op. cit.*, p. 104.

<sup>337</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 354

<sup>338</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "La toma de la mala conciencia revolucionaria", p. 366.

La previa técnica espiritual consiste en conducir a los indiferentes, a quienes se oponen a la revolución y a los mismos revolucionarios,

a una toma de conciencia personal, no del mal en sí o del mal público proyectado ante ellos y como separado de ellos, más o menos recitado con una voz que creen pura, sino de *su propia participación en el mal*, de sus incidencias en su comportamiento cotidiano, de las mentiras virtuosas de sus palabras y de sus actos. Aquí está la primera revolución sin la que la otra no es más que comedia.<sup>339</sup>

Por lo tanto, no hay 'puros'. Cada uno traiciona la pureza a de múltiples formas: El desorden social parte de un desorden personal, y por lo tanto, la responsabilidad social está formada de responsabilidades y comportamientos personales, que ciertamente pueden estar fuertemente condicionados por las estructuras sociales contaminadas. En este sentido es perfectamente cierto que el mal individual extendido, provoca un mal social, y éste también influye en aquél.<sup>340</sup> Y, si bien es cierto que existe una responsabilidad personal, también existe una responsabilidad social, y por lo tanto, es posible hablar también de *pecado social*.<sup>341</sup> De ahí su insistencia: El mal está en nosotros y es en cada uno de nosotros donde la revolución debe comenzar.

Mounier define la *revolución personal* como

*el proceso que nace en cada instante de una toma de mala conciencia revolucionaria, de una rebelión dirigida en primer lugar por cada uno contra sí mismo, sobre su participación o su propia complacencia en el desorden establecido, sobre la separación que tolera entre aquello a lo que sirve y aquello a lo que dice servir, y que se desarrolla, en un segundo momento, en una conversión continuada de toda la persona solidaria, de sus palabras, sus gestos, sus principios, en la unidad de un mismo compromiso.*<sup>342</sup>

La revolución personal es, pues, un proceso permanente, que no termina con el reconocimiento de nuestra mala conciencia; antes que nada es preciso aprender a descubrir y vivir los valores auténticos que sean el referente para trabajar en dicha revolución.

Mounier prefiere hablar de 'revolución personal', más que de 'revolución interior', porque no se trata de una toma de conciencia abstracta, donde cada uno se refugia en la inocencia de un sistema; sino de una revolución auténtica donde se compromete al mismo tiempo el comportamiento y la meditación.

---

<sup>339</sup> *Idem.*

<sup>340</sup> Hoy es perfectamente válido hablar tanto de pecado social, como de estructuras de pecado, pero siempre entendidos como construcciones humanas con responsabilidad diferenciada y complicidad de todos en diversos grados.

<sup>341</sup> Afirma Mounier: "Toda la comunidad es la que peca, nosotros con los otros, nosotros en los otros", en *Revolución personalista y comunitaria*, p. 392.

<sup>342</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 367.

Con respecto a los 'revolucionarios'<sup>343</sup> y a los que creen serlo, Mounier también denunciaba con vigor la buena conciencia que existe en algunos de ellos, quienes se creen infalibles en la acción por el sólo hecho de ser revolucionarios. Ellos, creyendo que son los justos y los puros, caen en un nuevo fariseísmo. Piensan que ellos y sólo ellos, tienen el derecho a emplear los medios que consideren convenientes y útiles para alcanzar sus fines. Por lo tanto, una de las tareas de los revolucionarios es llevar a cabo una autocrítica; es precisa una revolución entre los revolucionarios.<sup>344</sup>

De los revolucionarios de entonces y los de ahora se exige coherencia para serlo de verdad; "sólo merecemos nuestra revolución si empezamos por subvertirnos a nosotros mismos".<sup>345</sup>

#### 4.2.2.4. Otros medios espirituales encarnados

Hasta aquí hemos descrito algunos de los medios para realizar la revolución, a los que deben ir siempre unidos el testimonio, la pureza y la eficacia. Por lo cual se requiere de una previa técnica que Mounier denomina *la técnica de los medios espirituales*, que son siempre *medios espirituales encarnados*. Entre éstos, está la toma de la *mala conciencia* revolucionaria –que implica, por consiguiente, una lucha contra la buena conciencia, lo cual conlleva el reconocimiento o toma de conciencia de nuestra participación en el desorden establecido–. Así es como cada quien debe empezar a trabajar en la necesaria revolución personal.

Además de la *lucha contra la buena conciencia*, que es la guerra contra la mentira, el siguiente paso es *la revolución contra los mitos* que, en el fondo no es sino un aspecto de la primera. La lucha contra los mitos implica un trabajo continuo de perfeccionamiento contra todo aquello que paraliza, desvía y falsea la obra de personalización, como son todos los ídolos y las exageraciones del lenguaje, las pseudosinceridades, la buena conciencia, las adhesiones superficiales, las ilusiones del entusiasmo y las persistencias de la costumbre.<sup>346</sup>

En el fondo, no es más que una mentira que falsea la realidad y el auténtico sentido de las palabras, vaciándolas de su más profundo significado e

---

<sup>343</sup> Mounier se refiere particularmente a los militantes de izquierda, a los simpatizantes de la revolución comunista, quienes se consideran los auténticos revolucionarios.

<sup>344</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "Revolución entre los revolucionarios". p. 372.

<sup>345</sup> *Idem*, p. 376.

<sup>346</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "Mitos, personajes, reflejos y persona", p. 377.

instrumentalizándolas para justificar las propias acciones. Este fenómeno se da tanto en las personas como en las instituciones, particularmente en las instituciones políticas. Todo esto trae como consecuencia que la vida pública contradiga la vida privada. Por lo tanto, el mito es peligroso por la ilusión que crea, disfrazándose de los valores más altos, y utilizando para conseguir sus propósitos la buena voluntad de personas sinceras.

Es preciso combatir los mitos de derecha y los mitos de izquierda; los mitos colectivos y los mitos individuales. Esto implica un trabajo de purificación de aquellos conceptos que han sido utilizados, manipulados y desvirtuados para defender los intereses e ideología tanto de izquierda como de derecha.<sup>347</sup> Por ejemplo, la izquierda identifica siempre lo espiritual con lo reaccionario; pero para la derecha, todo lo que surge de la izquierda, es contrario al espíritu.

Mounier desenmascara con cierta ironía, y hasta con una dosis de buen humor, los subterfugios ideológicos que defienden las izquierdas y derechas, quienes utilizan ciertos conceptos como banderas de causas nobles.<sup>348</sup>

Otro de los medios para llevar a cabo la revolución –medios espirituales encarnados– que emplean siempre una *técnica* es, además de la lucha contra la buena conciencia y la revolución contra los mitos, *el compromiso*, entendido en la perspectiva mounieriana.<sup>349</sup> Aun cuando ya nos hemos referido a este tema con anterioridad, enumeramos brevemente algunas de las condiciones para que el compromiso sea tal: el *desprendimiento*, la *fidelidad*; el *testimonio* por encima del éxito; la atención y la *presencia en el mundo*.<sup>350</sup> Con respecto a los seres humanos: *tratar a cada hombre como una persona* no como al elemento de un número.

Con respecto a la *acción política*, Mounier tiene amplias reservas, en cuanto medio para llevar a cabo la revolución necesaria, como veremos en el siguiente

---

<sup>347</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "Disociar lo espiritual de lo reaccionario", p. 171.

<sup>348</sup> "Hay virtudes de derecha: el honor, la medida, la prudencia; y virtudes de izquierda como la audacia y la paz. La caridad está a la derecha con, con la Academia, la religión, el Ministro de guerra, el alma, el señor Bourget, el latín, la economía liberal, los notarios y las familias. La justicia está a la izquierda con Picasso, los funcionarios, el señor Homais, la higiene social, el feminismo, la libertad y la psicología experimental", *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 171 -173.

<sup>349</sup> Ver en el capítulo III de nuestro trabajo: "*La persona es compromiso*".

<sup>350</sup> Mounier llegará a decir: "Es necesario que estemos presentes en todo el sufrimiento del mundo", *Revolución personalista y comunitaria*, p. 92. Con esta perspectiva se acerca y al mismo tiempo se adelanta en lo que en el pensamiento conciliar, particularmente en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, será una nueva actitud, al mismo tiempo que una línea de acción. (No. 1, *Proemio*, Ed. BAC, p. 238).

capítulo. Esto se debe, fundamentalmente, a que, "tal como se la concibe hoy en día está viciada en su más profunda manera de ser".<sup>351</sup>

Propone, en cambio, comprometerse en *nuevas formas de acción*,<sup>352</sup> entre las que destacan: *la acción de testimonio y de ruptura*, lo cual comporta en primer lugar, un trabajo de *denuncia* del desorden establecido, al que ya con anterioridad nos hemos referido.<sup>353</sup> La voluntad de ruptura con el desorden establecido conduce a *las no-participaciones* –nunca desvinculadas de un previo testimonio y un compromiso personales–, entre las que se encuentran: *la desobediencia pasiva*, y dentro de ésta, *la huelga* (huelga laboral, objeción fiscal, huelga de hambre, huelga civil frente a leyes injustas). El *sabotaje* y el *boicot*, llevarían también a ciertos compromisos, como no comprar ciertos productos, protestas sistemáticas a los directores y autores.

Dentro de las abstenciones, Mounier propone una serie de ellas frente a algunos mecanismos del mundo del dinero, entre las que citamos: Abstención del préstamo a interés fijo y perpetuo; abstención de cualquier forma de especulación, con mercancía o con capitales; abstención, en fin, de toda ganancia obtenida sin trabajo producido o servicio orgánico prestado.

Debe pues trabajarse en preparar la revolución, pero ésta no se improvisa; es un trabajo que requiere la perseverancia. La revolución espiritual es un trabajo de todos los días y debe ir acompañada de una permanente reforma de las estructuras. La exigencia de una *revolución total* requiere, por lo tanto, de una preparación suficiente –espiritual y técnica–.

A quienes quieren de verdad ser 'revolucionarios', y deben serlo primero de sí mismos en nombre del espíritu, Mounier les escribe: "*No es la fuerza la que hace a los revolucionarios, es la luz*".<sup>354</sup>

¿Cómo podemos nosotros hoy ayudar a preparar esta revolución?

Un hombre que forma a otro hombre en la línea de su vocación lo arranca de la dispersión o de los refugios en que se guarece, para que él se revele ante sí mismo y confiera a su vida un sentido que ésta exige, hace más por la revolución espiritual que cien conferencias públicas,<sup>355</sup> [afirma Mounier].

<sup>351</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "Decadencia de lo político", p. 382.

<sup>352</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 382-397.

<sup>353</sup> Ver en el capítulo III de este trabajo, "El compromiso de ruptura".

<sup>354</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "La exigencia revolucionaria", p. 181.

<sup>355</sup> *Idem.* p. 398.

### 4.2.3. Principios de acción personalista

Frente a los graves problemas que azotaban Europa, y frente a las posturas radicales que dividían a la persona, en el contexto de un mundo que parecía estarse construyendo contra ésta, el personalismo pretendía ser una alternativa ante los falsos dilemas del *individualismo* y el *colectivismo*.

Los personalistas no tuvieron solamente la preocupación de proponer remedios sociales y políticos frente a la crisis, sino de elaborar frente al individualismo-capitalista y al marxismo, las bases de una *filosofía personalista y comunitaria*. Se buscaba, en definitiva de devolver unas bases sólidas a un mundo enfermo.

En la Europa de entonces se cernían diversas amenazas para el desarrollo de las personas. Por un lado, se verificaba un creciente avance de los fascismos y un fuerte ascenso de los comunismos; por el otro, la permanencia y fortalecimiento de los capitalismo cimentado en el individualismo. Frente a este panorama mundial, Mounier escribiría: "Sólo una Revolución personalista y comunitaria puede asegurar el equilibrio dinámico de Europa. Sólo ella figura en la línea de nuestro destino histórico".<sup>356</sup> En efecto, él consideraba el "personalismo integral" como "el fin natural y espiritual de la civilización de Occidente".<sup>357</sup>

#### 4.2.3.1. Rehacer el Renacimiento

El fin de largo plazo que se había propuesto Mounier, es el que se había asignado desde el principio de su obra, en 1932: "tras cuatro siglos de errores, paciente y colectivamente, rehacer el Renacimiento".<sup>358</sup>

Para lograrlo, será preciso tomar en consideración las propuestas personalistas, tomando en cuenta las todas las dimensiones de la persona, pero de la *persona en comunidad*. A través de una Revolución personalista y comunitaria, se busca llevar a cabo el auténtico Renacimiento que el primero malogró.

El primer Renacimiento,<sup>359</sup> afirma Mounier, tiene la reputación de ser un punto de partida, pero es, al mismo tiempo, un punto de ruptura de la amistad humana,

<sup>356</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, núm. 43, abril 1936, p. 16 (firmado "Esprit"), citado por Moix, *op. cit.*, p. 121.

<sup>357</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, núm. 56, mayo de 1937, p. 300, citado en Moix, *op. cit.*, *loc. cit.*

<sup>358</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 15.

es decir, el comienzo de la decadencia individualista, la cual ha pesado sobre cuatro siglos de historia. Sin embargo, en su origen, buscaba ir más allá de la reivindicación del hombre solitario. La persona descubría con asombro sus recursos y su ductibilidad y se sacudía de pesadas cargas que le asfixiaban. Sin embargo, los legistas y los hombres del dinero, llegaron a estropear tales promesas: un nuevo funcionarismo y una nueva opresión del hombre nació de sus obras.

Frente al individualismo fundado desde entonces, aparecieron violentas oleadas buscando recuperar la eclipsada dimensión social del ser humano, pero cayeron en el extremo: así surgen diversas formas de colectivismo: los fascismos y comunismos irrumpieron la escena europea. Sin embargo, tales excesos tuvieron un efecto hasta cierto punto saludable, en el sentido que se revaloró la dimensión social y comunitaria del ser humano.

*Rehacer el renacimiento*, insiste una y otra vez Mounier, pero hay que rehacerlo doblemente, si es completo tiene que ser doble: *personalista y comunitario*.

El primer Renacimiento fracasó en el renacimiento personalista y descuidó el renacimiento comunitario. Contra el individualismo hemos de retomar el primero. Pero no llegaremos a él sino con el apoyo del segundo.<sup>360</sup>

Mounier considera, pues, que el segundo Renacimiento<sup>361</sup> debe revalorar la dimensión comunitaria, pero siempre teniendo a la persona como su centro. Nuevamente la tesis central del personalismo: es indispensable que se realice una *revolución integral*: una *Revolución personalista y comunitaria*.

---

<sup>359</sup> Mounier explica que el Primer Renacimiento fue a la vez una marcha grandiosa y una ruptura mortal. Explosión de juventud contra los cuadros muertos, expansión deslumbradora de los poderes humanos, pero también comienzo de la decadencia individualista, muerte de la comunidad; posteriormente, y durante cuatro siglos, la historia, acentuación del divorcio entre el espíritu y la carne, el pensamiento y la acción. Así nació "ese individuo, que describía Renán, sin familia, sin pasado, sin patria, sin semejantes, sin ideal, sin Dios, átomo desarmado que habría de perderse un día en el impulso poderoso de las masas. El hastío de ese individuo, de esa vida estrecha y desolada, anuncia las grandes revoluciones de masa del siglo XX" (*Cahiers protestants*, núm. 7, nov. 1940, pp. 430-431, *Carta de Francia*, citado por Moix, *op. cit.*, p. 122).

<sup>360</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, pp. 219-220.

<sup>361</sup> "Creo que vamos hacia un segundo Renacimiento, que deberá ser precedido por un aplastamiento del individuo y la restauración de la persona en el servicio y la entrega que debe al mundo. Es preciso purificar la revolución del colectivismo y no oponerse a ella ciegamente. La teología del Cuerpo místico está ahí para sostenernos". Emmanuel Mounier, *Mounier y su generación*, (A Jacques Chevalier, 20 de septiembre de 1932), p. 96.

#### 4.2.3.2. La Revolución Personalista

Si lo que se busca es una civilización al servicio de la persona humana, debemos empezar por poner en el centro a la persona humana, pero siempre considerada integralmente; en su doble dimensión espiritual y material. Sólo así podrá instaurarse una civilización y un régimen que atienda por igual las necesidades materiales y espirituales de las personas.

Considerar a cada persona como lo hace la antropología personalista, lleva a una serie de consecuencias en el orden práctico. De ahí la necesidad y la importancia de dilucidar *qué es la persona*. En efecto, dependiendo del concepto que se tenga de persona, se construirá una civilización y unas estructuras a esa misma medida.

Es por eso que Mounier se ocupa primero de hablar del *universo personal*, para después cimentar y explicar el *universo comunitario*, aunque siempre a continuación destaca la inseparable *conexión entre ambos*. La base de una revolución comunitaria es una revolución personalista.

Así lo expresa desde sus primeros escritos, uno de los cuales lleva precisamente como título *Revolución personalista y comunitaria*,<sup>362</sup> de igual forma, en su *Manifiesto al servicio del personalismo*,<sup>363</sup> inicia con una consideración sobre algunas de las dimensiones más importantes de la persona, que constituyen la base para la edificación de una civilización personalista.

¿Qué es la persona? Nos hemos ocupado ya de este tema en el primer capítulo, en el que presentamos una apretada síntesis del pensamiento mounieriano sobre la persona humana. Lo hicimos porque, al mismo tiempo que es un principio fundante, nos ayuda a entender mejor el pensamiento social y comunitario del fundador del personalismo.

Ahora entramos, pues, a la consideración sobre la Revolución Comunitaria, que no es sino consecuencia natural de la Revolución Personalista. Para Mounier, como lo veremos más adelante, incluso resulta redundante hablar de Revolución personalista y comunitaria.

#### 4.2.3.3. La Revolución Comunitaria

---

<sup>362</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, pp. 209 ss.

<sup>363</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 59 ss.



La persona, como ha señalado Mounier, sólo se encuentra dándose a los demás, y sólo se realiza como persona en y con la comunidad.<sup>364</sup> Esto no quiere decir que únicamente lo pueda hacer perdiéndose en el anonimato o en la despersonalización.

No hay verdadera comunidad que no sea comunidad de personas. Todas las demás no son más que una forma de anonimato tiránico. El problema de la persona nos conduce, pues, al problema de la comunidad, lo cual nos lleva a preguntarnos, primero: qué relación se establece entre persona y comunidad, y luego, a revisar las formas y grados de comunidad, o mejor dicho, de *sociedad*, que ayudan a la integración de la persona y cuáles le son contrarias o le dificultan su realización.

#### 4.2.3.4. Relación persona-comunidad

El personalismo pretende fundar un régimen social y humano sobre la persona. Y cuando señala que la persona es, en cierto modo, un absoluto, no quiere esto decir que ella es el Absoluto. La comunidad, entendida como una integración de personas para la entera salvaguardia de la vocación de cada una es, para Mounier, una realidad y, por consiguiente, un valor tan fundamental, de manera muy aproximada, como el de la persona.<sup>365</sup>

Esto quiere decir que, en la relación de la persona con la comunidad, siempre deberán tenerse en cuenta los siguientes puntos:<sup>366</sup>

1. ° una persona nunca puede ser tomada como medio por una colectividad o por otra persona;
2. ° que no existe Espíritu impersonal, acontecimiento impersonal, valor o destino impersonal. Lo impersonal es la materia. Toda comunidad es ella misma una persona de personas, o no es más que un número o una fuerza, y por tanto materia. Espiritual = personal.
3. ° que, en consecuencia, dejando aparte las circunstancias excepcionales en las que el mal sólo puede ser encadenado por la fuerza, es condenable todo régimen que, de derecho o de hecho, considere a las personas como objetos intercambiables, las uniformice o las constriña contra la vocación del hombre...

---

<sup>364</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 216.

<sup>365</sup> Cfr. *Idem*, p. 209.

<sup>366</sup> Cfr. *Idem*.

4. ° que la sociedad, es decir, el régimen legal, jurídico, social y económico, no tiene por misión ni la subordinación de las personas a ella ni la asunción del desarrollo de la vocación de las personas, sino el asegurar a éstas, primeramente, una zona de aislamiento, de protección, de juego y de asueto que les permita reconocer en plena libertad espiritual esa vocación; el ayudarlas, sin constreñimiento, mediante una educación sugestiva, a liberarse de los conformismos y de los errores de orientación; el proporcionarles, mediante la disposición del organismo social y económico, los medios materiales que son comúnmente necesarios, salvo las vocaciones heroicas, para el desarrollo de esa vocación. Hay que precisar que esa ayuda les corresponde a todos sin excepción; que sólo puede ser una ayuda discreta que deje al riesgo toda su parte... Es la persona la que hace su destino; nadie más, ni hombre ni colectividad puede reemplazarla.

Para Mounier el *individuo* se contrapone a la *persona*, como ya hemos visto. Por tanto, para él, la *sociedad* –o también *la masa*– se contrapone a la *comunidad*, como veremos más adelante cuando hablemos de los tipos y grados de sociedades y de comunidades.

Bajo esas premisas, y en la consideración de la relación persona-comunidad, él afirma,

como regla absoluta que toda sociedad temporal no existe sino con vistas al bien propio de las personas –su bien espiritual– y que para su realización hace falta bien temporal. Fórmula absoluta: el Estado, la sociedad económica, no son más que los servidores de las personas singulares o colectivas que se desarrollan espontáneamente en su territorio.<sup>367</sup>

Por otra parte, cuando se ponen en juego los intereses particulares y los intereses de la colectividad, en el supuesto de la primacía del bien común sobre los bienes particulares, Mounier lo aclara, empleando nuevamente la distinción entre persona e individuo, que parece muy pertinente para la explicación:

Es indiscutible que mi individuo debe sacrificarse hasta el límite de sus intereses, y por tanto hasta la vida inclusive, hasta las promesas de Comunidad que pueden estar incluidas en las sociedades que engloban.<sup>368</sup>

Solamente que pone dos condiciones:

1. Que el individuo se sacrifique a promesas de Comunidad, aun imperfectas, y no a sociedades de intereses materiales, confesados o disimulados [...] Si se trata de su vida, es peor aún. No nos escandalizamos que un hombre muera por su país o por una justicia revolucionaria. Incluso hay casos en los que la muerte es el único medio para él de responder a las exigencias de su

---

<sup>367</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 241.

<sup>368</sup> *Idem*, p. 242.

persona, de 'salvar su alma' y el alma de la comunidad con la suya. Pero aún entonces, en tal caso concreto, es necesario ver si muere por los mercaderes de cañones o por un puñado de arribistas.

2. Que el individuo sacrifique únicamente su individualidad, es decir, algo que haya que tomar de la masa de sus intereses, de sus utilidades, de sus confortos, de sus recreos. Ya lo hemos dicho: jamás Comunidad alguna puede pedirle a la persona que se niegue a sí misma. Sería una contradicción en los términos, puesto que no puede haber Comunidad sino por la consumación de las Personas.

El problema práctico, dice Mounier, será saber cuándo el sacrificio exigido por la comunidad deja de aplastar al individuo (lo cual es bueno, pese a sus asperezas) para empezar a lesionar a la persona.

#### 4.2.3.5. Sociedades y Comunidades

Si bien los desencantos del individualismo liberal llevaron a una reacción intensa en favor de lo colectivo, es preciso advertir que ni la multiplicación de los grupos humanos ni su consolidación aseguran por sí mismos que el espíritu comunitario prive en ellos una vez constituidos.

Por eso, Mounier se da a la tarea de hablar de los tipos de sociedades, que no son propiamente comunidades. Sin embargo, él considera que las sociedades pueden mostrar cierto grado de comunidad, según sus características, por ello habla de *los grados de la comunidad*.<sup>369</sup>

Así pues, una vez despejados los cimientos de la persona, y de ella en relación con la colectividad, se abocará a buscar las condiciones orgánicas de una verdadera comunidad. En la perspectiva mounieriana, "la despersonalización del mundo moderno y la decadencia de la idea comunitaria son [...] una sola y misma disgregación".<sup>370</sup>

---

\* Precisemos bien: su individualidad. Nadie tiene derecho de sacrificio sino sobre sí mismo, no sobre los miembros de su familia, de su partido, etc. (Nota de Mounier).

<sup>369</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, pp. 231-237 y en *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 637-642. En su *Revolución Personalista* ahonda más en este tema, sin embargo, por los avances y simplificación presentes en el Manifiesto, tomamos aquí la descripción que hace en este último.

<sup>370</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "Los grados de la comunidad", p. 637.

Ambas conducen a la misma realidad: la sociedad sin rostro, hecha de hombres sin rostro, lo que llamará Mounier el *mundo del se*,<sup>371</sup> donde flotan entre individuos sin carácter las ideas generales y las opiniones vagas, el mundo de las posturas neutras y del conocimiento objetivo.

#### *Las masas*

Es precisamente aquí donde se sitúan las masas, que no son sino aglomerados humanos sacudidos a veces por movimientos violentos pero sin responsabilidad diferenciada. Y es aquí también donde surgen en el reino del "se dice" y del "se hace", donde prima la irresponsabilidad y el desorden que conducen a la opresión.

En las masas o sociedades impersonales, los hombres no son más que elementos de un número y juguetes de un conformismo. Despersonalizada y despersonalizante de cada uno de sus miembros y del todo, la masa ofrece un régimen propio de *desorden* y de tiranía, que es precisamente la *tiranía de lo anónimo*.

#### *Las sociedades en nosotros*

A veces las masas son poseídas por una violenta necesidad de autoafirmación y se transforman en lo que Mounier denomina *sociedades en nosotros*. Como ejemplos, existen: un 'público', una clase militante, un partido viviente, un 'bloque' o un 'frente de batalla'.

Este sería, propiamente hablando, en primer grado de la comunidad. El mundo del 'nosotros' posee unas referencias, unas costumbres, unos entusiasmos definidos. A diferencia del mundo del 'se', que es el mundo del dejar pasar y de la indiferencia, el segundo tiene ya una voluntad común, una abnegación consentida y a menudo heroica de la causa común. Pero este 'nosotros' no es un compromiso de una libertad responsable. Frecuentemente sirve para descargar la angustia de la elección en la comodidad del conformismo y la voluntad colectivos.<sup>372</sup> Se atribuye las victorias del conjunto y arroja sobre él sus errores.

Dentro de las *sociedades en nosotros*, existe una forma más flexible y viva que es la *camaradería* y el *compañerismo*. Se trata de una comunidad más humana.

---

<sup>371</sup> Ver en el capítulo III de este trabajo, el tema de "Los otros".

<sup>372</sup> "Se establece entonces, por parte de cada miembro de la colectividad, una especie de delegación de la personalidad. Se descargan de toda iniciativa, de toda voluntad propia, para descansar en un hombre que querrá por ellos, juzgará por ellos, actuará por ellos. Cuando él diga yo, ellos pensarán nosotros, y se sentirán, en consecuencia, engrandecidos" (*Revolución personalista y comunitaria*, p. 233).

"Individualización de los provechos, colectivización de las pérdidas, como en el mundo del dinero: cada uno se atribuye cuanto de bueno han pensado o hecho los demás ('nosotros hemos...'), y arroja sobre ellos los errores (habrían tenido que...)", (*Idem*, p. 218).

Un equipo de trabajo, un club deportivo, un grupo de jóvenes. Siendo un entrenamiento muy bueno, no pasa de ser una comunidad de superficie donde se corre el riesgo de apartarse de sí mismo.

#### *Las sociedades vitales*

Aquí la unión reside en el hecho de llevar una vida en común y de organizarse para vivirla lo mejor posible. Es, pues, en sentido amplio, biológica. Los valores que las rigen, según Mounier, son la tranquilidad, el bien vivir, la dicha. A saber, lo útil, más o menos dirigido a lo agradable. Ejemplo: una economía, una familia que ningún otro lazo espiritual mantiene más que una especie de cama hecha de costumbres y una división, que se ha convertido en automática de los trabajos domésticos. Las funciones están repartidas, pero no personalizan a los responsables; son, en estricto rigor, intercambiables.

Toda sociedad vital se inclina hacia una sociedad cerrada, egoísta, si no está animada desde el interior por otra comunidad espiritual donde se inserta. La vida no es aquí capaz de universalidad y de entrega, sino únicamente de afirmación y de expansión.

#### *Las sociedades jurídicas o contractuales*

Estas sociedades no miran a las personas, a las modalidades de su compromiso, a la evolución de su voluntad, sino que ni siquiera contemplan el contenido del contrato que las vincula. Es decir que fuera de una organización viva de la justicia, de la que el derecho no debe ser más que un sumiso servidor, ellas llevan un germen de opresión hasta en su juridicismo.

Como bien lo señala Mounier, nunca ha habido tantas sociedades. Y nunca menos comunidades.<sup>373</sup> Todo lo anterior nos lleva a la conclusión de que "es imposible fundar la comunidad esquivando la persona, aunque fuese sobre pretendidos valores humanos, deshumanizados porque están despersonalizados".<sup>374</sup>

#### **4.2.3.6. Hacia una comunidad personalista**

Por mucho que las 'sociedades' se multipliquen y que las 'comunicaciones' 'acerquen' a sus miembros, ninguna comunidad es posible, advierte Mounier, en un mundo donde no hay ya *prójimo*, sino sólo *semejantes* que no se miran. "Cada uno vive de sí mismo, en una soledad que se ignora incluso como soledad

<sup>373</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 214.

<sup>374</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 79 y en *Revolución personalista y comunitaria*, p. 225.

e ignora la presencia de otra: a lo más, llama 'sus amigos' a unos dobles de sí mismo, con los que puede satisfacerse y tranquilizarse"<sup>375</sup>.

Por tanto, si el primer acto de mi iniciación a la vida personal es tener conciencia de mi vida anónima, el primer paso, correlativo, de mi iniciación a la vida comunitaria "es la toma de conciencia de mi vida indiferente: Indiferente para los demás, porque está indiferenciada de los demás".<sup>376</sup>

No es, pues, la pertenencia a un grupo o al hecho de actuar juntos, lo que hace la comunidad o lo que instaura el espíritu comunitario. La comunidad tampoco surge del eclipse de las personas, sino de su desarrollo como tales. El 'nosotros' de las 'sociedades en nosotros' no es más que una reunión de individualidades, más o menos impersonales. En cambio,

el 'nosotros comunitario', el *nosotros* orgánico, el *nosotros*, realidad espiritual consecutiva al yo, nace de la realización de las mismas. Sabemos por experiencia interior que profundizando en sí mismo es como cada uno descubre el presentimiento del otro. Y si la comunidad, para realizarse, pide a cada uno de sus miembros sacrificio y abnegación, solicita en ello, por lo mismo, el más personal de los actos, no el abandono a una hipnosis.<sup>377</sup>

Sólo se inicia el *nosotros* comunitario cuando cada uno de sus miembros ha descubierto a cada uno de los demás como a una persona y se aplica a tratarla como tal, a aprehenderla como tal. Dirá Mounier que *el aprendizaje de la comunidad es el aprendizaje del prójimo* como persona en su relación con mi persona, lo que en expresión afortunada en Marcel, ha sido llamado el aprendizaje del tú.<sup>378</sup>

La '*tercera persona*', es decir, un *él*, una *cosa*, algo intercambiable y carente de valor propio, para Mounier es un sinsentido. No hay sino una primera persona, una segunda persona y lo impersonal.

Si la comunidad sólo puede realizarse con personas, Mounier reserva el nombre de *comunidad* a la única comunidad que le parece válida: la *comunidad personalista*, que podría definirse también como una *persona de personas*.

Para Mounier resulta necesario realizar primeramente una *imagen límite* de ella, por lo que describe la *utopía* de una perfecta comunidad personal; lo que hoy, en el lenguaje moderno, podría llamársele la *visión*:

---

<sup>375</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, "La civilización personalista, principios de una civilización comunitaria", p. 76.

<sup>376</sup> *Idem*.

<sup>377</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 220. Cfr. *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 79.

<sup>378</sup> Gabriel Marcel, *Journal métaphysique*, citado por Mounier en *Revolución Personalista y Comunitaria*, p. 222.

## En una comunidad personalista

cada persona se realizaría en la totalidad de una vocación continuamente fecunda, y la comunión del conjunto sería la resultante viva de estos logros particulares. El lugar de cada uno sería, en ella, insustituible, al mismo tiempo que armonioso con el todo. El amor sería su vínculo primero, y no ninguna coacción, ningún interés económico o vital, ningún mecanismo extrínseco. Cada persona encontraría allí, en los valores comunes, trascendentes al lugar y al tiempo particular de cada uno, el vínculo que los religaría a todos.<sup>379</sup>

Esta comunidad, que era también el sueño del joven Péguy, ciertamente no es de este mundo; constituye sólo un modelo al cual referirse y al cual tratar de aproximarse: un *ideal rector*.

Sería sumamente peligroso suponer este esquema históricamente realizable. Pero, ya se le tome como un mito director, o bien se crea, como el cristiano, que, realizado más allá de la historia, no deja de conferir a la historia una dirección fundamental, es él quien debe orientar el ideal comunitario de un régimen personalista.<sup>380</sup>

Alguna comunidad –pareja, familia, amigos o un país en los momentos más afortunados de su historia– se podrá acercar más o menos a este ideal, pero siempre será imperfecta, porque siempre se realiza en un mundo, en el que sólo existen comunidades formadas por individuos encarnados y por instituciones impregnadas de inercias que continuamente las degradan desde el nivel de la *comunidad personal* hasta el nivel de las *sociedades vitales*, e incluso hasta el nivel de las *masas*.

Pero Mounier no se queda en la descripción ideal de una comunidad personalista. Como hemos visto, define además de métodos de acción, líneas de acción y de conducta para la reconstrucción de una civilización centrada en la persona.

Tampoco se queda en la mera condenación profética del desorden establecido, y en la denuncia de todo aquello que atenta contra la persona y la comunidad. El personalismo busca ser una propuesta de acción, guiada por una reflexión centrada en una visión integral de la persona.

El personalismo, en efecto, siendo presencia y compromiso, emplea una técnica, pero no de cualquier tipo, sino una *técnica* que usa *medios* espirituales, es decir, acordes con la persona, y por lo tanto, también *medios encarnados*, que buscan incidir en la transformación de las personas y de las estructuras.

---

<sup>379</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 79 y en *Revolución personalista y comunitaria*, p. 237.

<sup>380</sup> *Idem*.

Anclado en un realismo integral, Mounier busca incidir en la historia, y para ello propone también algunas estructuras fundamentales de un régimen personalista. Sobre algunas de ellas abundaremos en el siguiente subcapítulo.

Nos queda, pues, por indagar, los principios de una civilización personalista y comunitaria, para lo cual habremos de realizar una descripción de las estructuras fundamentales de un régimen personalista. De entre todas ellas, nos centraremos básicamente en dos: las estructuras económicas y las políticas, en razón de espacio, tiempo e interés particular.

### 4.3. La civilización personalista

El personalismo desde un principio quiso pesar en la historia, y no pasar como una moda intelectual sin ninguna incidencia social. Desde la fundación de la revista *Esprit*, puede verse su interés por lo social, pero no un interés abstracto y meramente académico. La preocupación social de este grupo de colaboradores, fue después agrupando a un sinnúmero de voluntades, hasta formar, propiamente hablando, un *movimiento*. A él acudieron quienes buscaban no sólo comprender la realidad sino transformarla, desde cada trinchera, movidos por un sentido de responsabilidad histórica.

Fue así como la capacidad de diálogo, la apertura, la altura de miras, la elaboración de propuestas y caminos de acción viables y al mismo tiempo fuertemente arraigados en la persona humana y su eminente dignidad, atrajeron la atención incluso de pensadores de primer nivel quienes habrían también de colaborar en esta revista y participar en este movimiento.

Cuando en 1936 Mounier escribe su *Manifiesto al servicio del personalismo*, ya es plenamente consciente de ello,<sup>381</sup> al mismo tiempo que de la responsabilidad histórica del personalismo.

---

<sup>381</sup> "Desde hoy el personalismo debe tomar conciencia de su misión histórica decisiva. Ayer no era más que un impulso difuso y a menudo excéntrico en movimientos culturales, políticos y sociales muy diversos. Como todo valor que busca un nuevo camino histórico, ha inspirado durante cierto tiempo más indecisiones que líneas de conducta, más abstenciones que iniciativas. Hoy ha agrupado bastantes voluntades, ha elucidado suficientemente sus principios básicos y sus deberes próximos para jugar a la luz del día su propia baza, que es la baza del hombre frente al mundo burgués, al marxismo y a los fascismos. Al inspirar también una concepción total de la civilización vinculada al destino más profundo del hombre real, no tiene por qué mendigar un lugar en ninguna fatalidad histórica, aún menos en ninguna barahúnda política; ahora, con la sencillez y el desinterés de los que sirven al hombre, debe tomar la iniciativa de la historia en los países que están preparados". *Manifiesto al servicio del personalismo*, "En pro de la iniciativa histórica", p. 88.



Resulta también significativo que Mounier nunca dudó en el nombre de la revista, titulada "Espíritu". Aún con todos los malentendidos o sospechas que podría traer, se abocó, por el contrario, a clarificar el verdadero sentido que tiene esta palabra, y los compromisos que conlleva en la transformación del mundo, y antes que nada, de las personas:

Precisamente el error de aquella época que acarrió grandes males, tuvo su origen, en gran medida, en el falseamiento de tal realidad espiritual.

La creencia de que lo espiritual, sea cual sea la forma última en que se lo conciba, sigue siendo 'asunto privado' de moral individual es común a todas las doctrinas que hemos rechazado.<sup>382</sup>

Por el contrario, el personalismo propone "un valor espiritual, la persona, receptáculo o raíz del conjunto de los demás, en el corazón mismo de toda realidad humana".<sup>383</sup> En consecuencia, su opción por un conjunto de valores que ha resumido bajo el nombre de *personalismo* es al mismo tiempo una opción por una inspiración que debe colocar su acento en las estructuras fundamentales.

Ya que el mundo moderno ha probado diversos sistemas polarizados en la omnipotencia del Estado, en la anarquía del individuo, o en la primacía de lo económico, debe trabajarse en bosquejar una civilización que, sin dejar de considerar lo valioso de todos ellos, esté orientada a la protección y al desarrollo de las personas.

Mounier considera necesario, pues, esbozar y determinar las instituciones de una ciudad personalista, y después ponerlas a prueba. El camino sin duda es largo, pero debe trabajarse en ello desde ahora, estructurando las condiciones previas y las exigencias necesarias.

Antes que nada, el personalismo debe imprimir a las instituciones una doble orientación:

1° Un condicionamiento negativo: No hacer nunca de alguna persona una víctima de su pesadumbre o un instrumento de su tiranía; no usurpar la parte propiamente personal —en el terreno privado y en el público— de la vida de los particulares; proteger esta parte sagrada contra las opresiones posibles de otros individuos o de otras instituciones.

2° Una orientación positiva: Dar a un número cada vez mayor de personas, y en definitiva dar a cada uno los instrumentos apropiados a las libertades eficaces que le permitirán realizarse como personas [...] imbuir en todos los engranajes de la ciudad las virtudes de la persona, desarrollando el máximo, en cualquier nivel y en todo lugar, la iniciativa, la responsabilidad y la descentralización.

---

<sup>382</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 87.

<sup>383</sup> *Idem*.

El personalismo, alejado de las visiones espiritualistas, doctrinarias y moralistas, busca la recomposición de una civilización surgida al final de la Edad Media, que naufragó en su intento renacentista. Pero lo quiere hacer considerando la civilización en toda su amplitud.

Es una amalgama de técnicas, de estructuras, de ideas realizadas por hombres, es decir, por libertades creadoras, solidarias en todos sus elementos: si uno llega a faltar o a corromperse, su carencia compromete todo el edificio.<sup>384</sup>

Es decir, lo hace sobre la base de un realismo que está perfectamente consciente de que las técnicas y las estructuras están cargadas de determinismos y residuos muertos del pasado, y que habrá que trabajar también en ello para el trabajo de reconstrucción que se pretende.

Sin embargo, también es importante señalar que

ni el alma ni el estilo esencial de una civilización dependen exclusivamente del desarrollo de las técnicas, ni solamente de la faz de las ideologías dominantes, ni incluso del logro feliz de las libertades conjugadas. Una civilización es, ante todo, una respuesta metafísica a un llamamiento metafísico, una aventura en el orden de lo eterno propuesta a cada hombre en la soledad de su elección y de su responsabilidad.<sup>385</sup>

La propuesta de una civilización distinta a la construida en la era industrial, capitalista en su estructura, liberal en su ideología y burguesa en su ética<sup>386</sup> —la cual, en la visión de Mounier, ha iniciado su derrumbe— se inscribe, al mismo tiempo, en el hecho de que él consideraba que estaba surgiendo una civilización nueva, todavía con datos y creencias confusos y mezclados con las formas desfallecientes. Por lo tanto había que comprometerse y participar en la reorientación de estas nuevas formas que se iban manifestando.

Para Mounier una *civilización personalista* es una civilización

cuyas estructuras y cuyo espíritu se orientan a la realización como persona de cada uno de los individuos que la componen. Las colectividades naturales son allí reconocidas en su realidad y en su finalidad propia, diferentes de la simple suma de los intereses particulares y superiores a los intereses del individuo considerado materialmente. Sin embargo tienen como fin último el poner a cada persona en estado de poder vivir como persona, es decir, de poder acceder al máximo de iniciativa, de responsabilidad y de vida espiritual.<sup>387</sup>

---

<sup>384</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "Ni doctrinarios ni moralistas", p. 585.

<sup>385</sup> *Idem*, p. 586.

<sup>386</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, "Medida de nuestra acción", p. 13.

<sup>387</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, "Principios de una civilización personalista", p. 59.

Dentro de las estructuras e instituciones fundamentales de un régimen personalista, Mounier establece una serie de propuestas y principios de acción que tengan siempre a la persona como principio, centro y fin de su actividad. Nosotros tomaremos del conjunto de instituciones, la propuesta para una economía personalista, así como la visión personalista de la política. Al final, pretendemos hacer una rápida lectura del neoliberalismo a la luz de los principios personalistas.

#### 4.3.1. Una economía para la persona

Al iniciar este capítulo, nos habíamos referido a la crítica que hace Mounier de las estructuras y los mecanismos de una economía capitalista, así como a las inconsistencias de los colectivismos. Ahora nos abocamos a la propuesta personalista para cimentar una economía centrada en la persona.

En efecto, como es costumbre de Mounier, no se queda en la mera crítica o en una simple obra de demolición; cada crítica tiene siempre como contraparte una propuesta realista e integral que ofrecer. Sin embargo, constituyen principios y propuestas válidos y aplicables en cualquier lugar y época, con las necesarias adecuaciones y matices que la realidad lo exija.

Los *principios de una economía al servicio de la persona* se alejan de los vicios del capitalismo y del colectivismo marxista, y quieren ser una propuesta en la que la persona no esté sometida al consumo y éste a la producción, que a su vez esté al servicio de la ganancia especulativa.

*Una economía personalista, regula, por el contrario, la ganancia por el servicio realizado en la producción, la producción por el consumo, y el consumo por una ética de las necesidades humanas situadas en la perspectiva total de la persona.*<sup>388</sup>

En todos los procesos económicos, la persona es y debe ser el centro, y ella debe hacer sentir este primado en toda la organización económica.

La economía contempla desde dos aspectos la actividad de la persona, como *productora* y como *consumidora*. Algunas corrientes han intentado reducirla o han hecho énfasis en uno u otro de estos dos papeles. Por lo tanto, es preciso considerar las exigencias de una economía al servicio de la persona integral, tanto en el consumo como en la producción.

---

<sup>388</sup> *Idem*, p. 147.

## **El consumo y la persona**

El liberalismo, dice Mounier, pretende estar fundado en la satisfacción de necesidades, pero generalmente deja la estimación de éstas al azar y se rige mucho menos por las necesidades reales que por la expresión monetaria que las falsea, sin considerar cuál es el volumen ocupado por las necesidades económicas en la generalidad de las necesidades humanas. Una economía personalista, por el contrario:

1° Parte de una *ética de las necesidades*, dentro de las cuales pueden distinguirse dos polos:

Las necesidades más elementales son las *necesidades de consumo o de gozo*. Comprenden a su vez, dos zonas:

La primera es la zona de la *necesidad vital estricta*, es decir el mínimo indispensable para mantener la vida física del individuo. Marca el umbral por debajo del cual ningún hombre debería caer. Para el personalismo es un derecho primario de la persona. Por ello, cuando el mecanismo económico y social se ha desarrollado comprometiéndola, tiene el deber de procurar para ella una seguridad que los medios individuales no pueden ya garantizarle. Le es relativamente fácil asegurar este servicio, ya que la determinación de esas necesidades estaría sujeta a un cálculo estadístico. *El primer derecho de la persona económica, es por tanto, un derecho al mínimo vital. Exige la institución de un servicio público destinado a satisfacerle.* Sin embargo, se le deberá garantizar una total libertad e independencia política, sobre todo respecto al poder político, que tendría en él un peligroso medio de coerción. *Será el medio de abolir uno de los dos aspectos esenciales de la condición proletaria: la relegación a un estado permanente y hereditario de inseguridad vital.*

La segunda zona de los bienes de consumo es la que puede llamarse en sentido amplio *de lo superfluo*, en cuanto que estas necesidades no se requieren esencialmente para la conservación de la vida física. No constituyen una zona de 'naturaleza' definible de una vez para siempre. Su orientación es más fácil de determinar que su volumen. Estas necesidades pueden desarrollarse en dos direcciones:

Puede desarrollarse

siguiendo los caprichos variables e insaciables de la individualidad, creando en este caso las mitologías de la abundancia donde la economía futura toma el aspecto la Isla de los placeres y la revolución del rufián. Pero también hay que evitar caer en las utopías regresivas del maltusianismo económico.<sup>389</sup>

---

<sup>389</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, "El consumo y la persona", p. 149.

Desde el plano de la ética individual, Mounier piensa que una cierta pobreza es el estatuto económico ideal de la persona:

por pobreza no entendemos un ascetismo indiscreto, o cierta avaricia vergonzosa, sino una desconfianza en el lastre de las ataduras, un gusto por la simplicidad, un estado de disponibilidad y de ligereza que no excluye la magnificencia ni la generosidad, ni incluso un importante movimiento de riqueza, si es un movimiento atrincherado contra la avaricia. La extensión de tal ética pertenece a la acción individual y únicamente a ella.<sup>390</sup>

En este punto es particularmente claro, señalando que en el plano de la economía, no se puede imponer una moral desde el exterior. Es decir, corresponde a una decisión personal y únicamente a ella, el asumir tal estatuto propuesto. Por ello sería un contrasentido fijarle unos límites en nombre de una idea rígida del estatuto existencial. Corresponde a cada persona regular su estilo de vida frente a los diversos deslumbramientos de la abundancia.

2° Una economía personalista regulará su producción mediante una estimación de las *necesidades reales* de las personas consumidoras. No dependerá, por tanto, de su expresión en la demanda comercial, falseada por la escasez de signos monetarios o por la limitación del poder de compra, sino de las necesidades vitales estadísticamente calculadas y de las necesidades personales expresadas directamente por los consumidores.

3° Siendo el consumo una actividad personal, *debe continuar libre*, si no siempre en su volumen, que depende de la riqueza general, al menos en su atribución. Por ello, en una economía personalista, el consumo no es objeto de un plan autoritariamente impuesto por los organismos centrales. Sigue siendo libre, por el contrario, de elegir entre los bienes y las categorías de bienes y de influir incluso en los precios (salvo, quizá, en los precios de los productos vitales). Los organismos coordinadores de la economía centralizarán las estadísticas locales y combatirán el monopolio publicitario sin perjuicio de la iniciativa comercial no especulativa. No se hará uso de la manipulación monetaria de los precios más que como recurso último del equilibrio económico entre la oferta y la demanda: Un seguro de solidaridad entre las empresas de la misma producción puede neutralizar las consecuencias perjudiciales debidas a los cambiantes gustos del público.

Esta libertad en el consumo, es decir, en la afectación de la ganancia, es la primera forma del *derecho de propiedad personal*: No hay más que dos límites: uno interior, perteneciente a la conciencia personal, que llama a hacer uso de los bienes virtualmente comunes y ordena a cada uno el asegurar libremente esta comunidad luchando contra la avaricia congénita en la propiedad; el otro, exterior, perteneciente a la organización colectiva, que regula el consumo a tenor de la coyuntura económica lo mejor posible para el bien de todos.

---

<sup>390</sup> *Idem.*

## La producción y la persona

Una concepción personalista de la producción se caracteriza por la primacía de los factores personales sobre los factores impersonales. De aquí se deriva una serie de postulados, expresados en una jerarquía de valores que, si se aplicaran al aparato económico, se evidenciarían sus consecuencias:

### 1. *Primacía del trabajo sobre el capital.*

Esta primacía descansa en dos postulados:

1° *El capital (el capital del dinero) no es un bien productivo susceptible de fecundidad automática, sino solamente una materia de cambio y un instrumento cómodo, pero estéril, de la producción. La economía personalista suprime la fecundidad del dinero bajo todas sus formas. Rechaza el interés fijo y perpetuo de los préstamos y de la renta. Elimina toda forma de especulación y reduce las bolsas de valores o de mercancías a un papel regulador. Reglamenta colectivamente el crédito, privando de su disposición a los bancos y a las sociedades de crédito parasitarias.*

2° *El capital-dinero, como tal, no tiene ningún derecho directo sobre el producto del trabajo en el que colabora. Aquí es necesario hacer una distinción entre el capital de complemento, cuyo detentador es extraño a la empresa, y el capital personal, que participa en la vida de la empresa mediante el trabajo de su poseedor y a su propio riesgo. En la remuneración de este último no se trata de un capital que recibe un dividendo, sino de un título de copropiedad que participa en los beneficios de igual forma que participa en los riesgos: la ganancia sigue siendo personal, como el compromiso.*

No se trata, como puede verse, de 'suprimir el capital', sino de restablecer una relación de valor esencial: el capital no es más que 'material' económico. Y un material ni gobierna ni prolifera. *El trabajo es el único agente propiamente personal y fecundo de la actividad económica; el dinero no puede ser ganado más que en vinculación personal con un trabajo; la responsabilidad no puede ser asumida más que por un trabajador.*

Esto de ninguna manera significa que Mounier se lance en pro de una ideología obrerista. Para él, el trabajo no es el valor primero del hombre, ya que no es toda su actividad ni su actividad esencial: la vida de la inteligencia y la vida del amor le superan en dignidad espiritual. Y aún cuando se pueda reducir bastante el elemento de fatiga que le acompaña, éste continúa siendo esencial en él. En efecto, el trabajo posee su dignidad y su alegría. Las cuales

no le vienen ni del rendimiento ni del sudor, ni de la riqueza que produce; sino, ante todo, de que es en sí un ejercicio natural de la actividad (humana) y no una esclavitud vejatoria; todo trabajo, incluso el más ingrato, es además un notable

instrumento de disciplina; arranca el individuo a sí mismo y desarrolla la camaradería en la obra y la comunión en el servicio prestado, que preparan unas comunidades más profundas [...] recibe, finalmente, un última luz de las vidas que mantiene y del reposo por la obra realizada...<sup>391</sup>

El 'obrerismo' establece una primacía del trabajo (o del productor) sobre el hombre total y sobre todas sus actividades sociales. El personalismo, por el contrario, afirma el primado del trabajo sobre el capital, en su dominio propio, que el dominio económico. Este primado puede resumirse en tres postulados:

1° *El trabajo es una obligación universal.* Quien no trabaje, y pueda hacerlo, que no coma.

2° *El trabajo no es una mercancía,* sino una actividad personal.

3° *El derecho al trabajo es un derecho inalienable de la persona.* La propiedad más elemental debe ser la propiedad del oficio. La sociedad tiene la obligación de asegurarla a todo el mundo y en cualquier coyuntura.

*En todas las facetas de la vida económica (ganancia, responsabilidad, autoridad) el trabajo tiene una prioridad inalienable sobre el capital.*

## 2. *Primacía de la responsabilidad personal sobre el mecanismo anónimo*

Este segundo postulado es una consecuencia del carácter personal del trabajo humano. Su reivindicación no es ya contra la ganancia usurera del capital privado o público, sino contra el acaparamiento de los puestos de autoridad y de iniciativa por parte de un capital anónimo e irresponsable. Para combatir este desorden se proponen los siguientes principios:

1° *El anonimato debe desaparecer del conjunto de la economía.* El capital de complemento, extraño a la empresa verá sus títulos al portador transformados en títulos nominativos o de endoso. La lista de los tenedores de fondos y los presupuestos de cualquier empresa se harán públicos. Las sociedades anónimas, llamadas por antifrasis sociedad de capitales, serán suprimidas.<sup>392</sup>

<sup>391</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, "La producción y la persona", p. 153.

<sup>392</sup> Para comprender mejor la idea de Mounier, bien viene al caso la explicación que sobre este punto aporta Barlow, en su obra antes citada (pp. 137-138). "Se distinguen tradicionalmente las *sociedades de personas* de las *sociedades de capitales*. Las primeras, constituidas *intuitu personae* por individuos conocidos y que son considerados como solidaria e indefinidamente responsables del pasivo de las sociedad, incluso respondiendo con sus propios bienes. Las segundas están constituidas gracias a unas aportaciones de capitales cuyos propietarios se hacen responsables del pasivo de la sociedad a prorrata de sus aportaciones, y como tales son copropietarios de la sociedad, pero sus bienes particulares quedan a salvo y no quedan afectados".

2° *El capital, aunque esté nominalmente bloqueado en la empresa, no tiene sobre la gestión más que un poder de control sin voto deliberante, a través de sus representantes designados. No tiene derecho a parcela alguna de la autoridad o de la gestión. Autoridad y gestión pertenecen exclusivamente al trabajo responsable y organizado. Esta exigencia tira por tierra los dos pilares del desorden capitalista: el gobierno de los bancos y el de los consejos de administración, el salariado capitalista.*

En un régimen personalista, el crédito anónimo y difuso entre unos accionistas incompetentes e irresponsables y unos bancos especuladores, es reemplazado por el crédito personal de los trabajadores y por el crédito corporativo, que no tienen sobre las empresas más que el derecho antes asignado al capital.

Al oponerse al salariado capitalista, el personalismo no proclama como inmoral el principio de la remuneración fija y garantizada contra cualquier riesgo de un trabajo prestado, pero:

- a) Lo que denuncia es la mentira de un régimen de hecho que no responde a la definición teórica del salario capitalista: muy a menudo inferior al mínimo personal que pueden reivindicar sobre la ganancia social los principales artífices de esta ganancia, a veces es incluso inferior al mínimo vital; y no está garantizado al trabajador como un seguro contra todo riesgo, ya que desaparece con el paro;
- b) Pero, sobre todo, su denuncia es contra un régimen en que el salario del trabajo es una concesión del capital al trabajo. El capital no sólo está desprovisto de todo derecho a sustraer con anterioridad al trabajo su parte de ganancia, sino que carece de autoridad alguna para definir y distribuir la remuneración del trabajo. Es inevitable que los trabajadores tengan conciencia de ello, que sean humillados por esta limosna que cae de un poder arbitrario y puramente material y no se tomen ningún interés en unas empresas dirigidas por manos extrañas a las que las hacen marchar, en la que cualquier esfuerzo suplementario irá a engrosar la ganancia y el poder de los dueños ilegítimos del trabajo.

Para Mounier, *el salariado capitalista es el primer y principal responsable de la lucha de clases*, puesto que consagra un dominio del dinero sobre el trabajo, dominio que es la fuente primaria del resentimiento obrero y de la solidaridad de clase de los trabajadores. El personalismo no es 'partidario de la lucha de clases'. Pero *la lucha de clases es un hecho que la moral puede reprobear, pero que no eliminará más que atacando sus causas*. Por tanto, se equivoca quien crea que la 'colaboración entre clases' es posible en este *estado contra naturaleza*. Lo que es posible, y deseable, es la colaboración de intereses, incluso divergentes, en una sociedad económica constituida humanamente.



Cuando se habla de *democracia económica*, es preciso prevenirse de los malentendidos y las manipulaciones de que ha sido objeto tal expresión. Para el personalismo, no significa el reino del número desorganizado ni la negación de la autoridad, sino una herramienta al servicio de la persona total:

En el terreno de la producción, *la exigencia democrática [...] quiere que cada trabajador sea colocado en condiciones de ejercer al máximo las prerrogativas de la persona: responsabilidad, iniciativa, dominio, creación y libertad, en el papel que le está asignado por sus capacidades y por la organización colectiva*. Esta exigencia no es, pues, únicamente una protesta negativa contra la sumisión del trabajador al mecanismo capitalista. Es una reivindicación a favor de la emancipación (en sentido propio) de los trabajadores, su paso de la categoría de instrumentos a la categoría de asociados de la empresa; en una palabra, a favor del reconocimiento de su *mayoría de edad económica*.<sup>393</sup>

La democracia personalista, en efecto, se opone a ese autoritarismo que consolida la autoridad en un individuo o en una casta cuya dominación exterior, arbitraria e incontrolada, es un aliento para la pasividad de los administrados.

En una organización personalista existe responsabilidad en cualquier sitio, creación en cualquier parte, colaboración en todos los lugares; en ella no hay gente que esté pagada para pensar, otros para ejecutar y los más favorecidos para no hacer nada. Pero esta organización personalista *no excluye la verdadera autoridad*, es decir, el orden a la vez jerárquico y vivo, donde la facultad de mandar nace del mérito personal; y es sobre todo una vocación por despertar personalidades, que aporta a su titular, no un cúmulo de honores, o de riqueza, o de aislamiento, sino un cúmulo de responsabilidades.<sup>394</sup>

Sería absurdo pensar que un organismo puede funcionar sin fallos y sin crisis, incluso sin una tensión interna permanente. La dirección entre dirigidos y directores crea inevitablemente, por íntima que sea la comunidad, una tensión entre dos maneras de ver las cosas, e incluso dos grupos de intereses. Esta tensión puede y debe ser fecunda, siempre y cuando exista una voluntad de colaboración. Debido a que tal tensión subsistirá siempre, *el sindicalismo debe también subsistir, bajo cualquier régimen*, como representante libre e independiente de los trabajadores asociados.

### 3. *Primacía del servicio social sobre la ganancia.*

Se habla algunas veces de reemplazar la 'noción de ganancia', por la 'noción de servicio' como principio animador de la economía. Bajo esta forma absoluta, ello sería un grave error de tipo idealista. Una economía no se hace con espíritus puros, sino con móviles medios. Y es cierto que un acrecentamiento de la ganancia, tanto para los individuos como para las colectividades de producción,

---

<sup>393</sup> *Idem*, p. 157.

<sup>394</sup> *Idem*, p. 160.

es un móvil poderoso para impulsarlos a acrecentar su producción en calidad o en cantidad. Será preciso, pues, que continúe actuando la atracción de la ganancia mientras no se realice el 'reino de la abundancia' que debe suprimir todo signo monetario; es decir, durante algunos lustros todavía.

#### 4. *Primacía de los organismos sobre los mecanismos*

El personalismo se opone simultáneamente a una concentración de tipo capitalista y a la estatización colectivista, por ello, afirma que *el movimiento propio de una economía personalista es un movimiento descentralizador*. Y aunque se demostrara que ciertos servicios públicos deben ser de todas formas estatizados, esto no será más que una concesión, estrictamente limitada, que podrá hacerse a una necesidad: Es todo lo contrario a una economía colectivista (en el sentido clásico) en donde la estatización es el movimiento propio y cuyos planes de economía mixta para un 'período de transición' no son más que las paradas transitorias de un movimiento de fondo.

*Una economía personalista es una economía descentralizada hasta el nivel de la persona*. La persona es su principio y su modelo. Es decir, que una descentralización que no fuese más que la fragmentación de la economía en bloques secundarios no puede ser considerada como una verdadera descentralización. La descentralización personalista es, más que un mecanismo, un espíritu que sube de las personas, base de la economía. Tiende *no a imponer, sino a hacer surgir cualquier sitio personas colectivas*, que posean iniciativa, autonomía relativa y responsabilidad.

De esta orientación general resultan dos consecuencias:

1ª La unidad económica primaria no es el individuo productor, como en un régimen individualista, ni la nación o la corporación nacional, como en un régimen estatizado, sino la *célula económica o empresa*. La economía no es un gran cuerpo cuyo órgano es la empresa. Es, o debe tender a ser, una federación de empresas.

2ª El '*plan*' económico no debe ser la militarización de la economía en un sistema dictado desde el centro. Debe apoyarse en un censo de las evaluaciones y las propuestas locales, estudiadas en cada lugar, transmitidas tras estudio y aprobación local, para diversificarse de nuevo, sobre la realidad viva, en su aplicación.

#### 4.3.1.1. Una Economía Pluralista

Como se ve, el principio de una economía personalista resuelve, de alguna manera, el conflicto entre el liberalismo y el colectivismo.

El liberalismo, señala Mounier, debe parte de su atracción a la defensa de los valores de libertad y de iniciativa y a una justa crítica de las maldades del estatismo; pero entrega sus realidades personales a la opresión capitalista que priva de ellas a la mayoría de los hombres. El colectivismo tiene razón cuando proclama la necesidad de socializar ampliamente la economía para salvarla de la dictadura de los intereses particulares, pero entrega la libertad, a la dictadura estatista de un partido o de un cuerpo de funcionarios. *El personalismo impulsa la socialización y salvaguarda la libertad apoyándola en una economía autónoma y flexible en lugar de adosarla al estatismo.*<sup>395</sup>

Una economía de inspiración personalista es una *economía pluralista*, que realiza entre la socialización y las exigencias de la persona tantas fórmulas como sugieren las condiciones diferentes de la producción. Este pluralismo no debe ser concebido como un eclecticismo. En período de transición, la economía personalista puede también admitir la yuxtaposición o amalgama de estructuras nuevas y de supervivencias provisionales.

Bajo la inspiración personalista, se pueden bosquejar dos sectores:

1° Un *sector planificado*, esencialmente destinado a la producción del mínimo vital, relativamente indiferenciado e invariable, reconocido por la sociedad personalista como derecho absoluto de la persona. Se le ha calificado de servicio público de las necesidades vitales. Es esta urgencia social la que hace de él un servicio público, autoriza en él la coerción y una socialización avanzada, que se justifica porque se trata de construir las bases mismas de toda propiedad privada.

2° Un *sector libre* donde actúan sin amenazar en modo alguno el mínimo vital de cualquiera, la libre creación y la libre emulación [...] Su libertad organizada es el principal elemento de resistencia de la colectividad del trabajo contra la opresión política. No es una concesión, sino un ideal sostenido como tal y preservado únicamente contra los peligros que puede desarrollar.

---

<sup>395</sup> Cfr. *Idem*, p. 164.

#### 4.3.1.2. La transición

Para pasar de la economía antigua a la economía nueva hay dos caminos cerrados a una acción personalista radical: el reformismo, que no llega a las causas del desorden, y la revolución anarquista, que le prolonga. Dos caminos se abren ante él:

Uno, de inspiración federalista, consiste en organizar desde ahora, bajo una forma embrionaria, las instituciones de la sociedad personalista, y en extenderlas progresivamente hasta la ruptura del antiguo 'orden'.

Pero el orden capitalista resistirá hasta el final.

Pertenece por tanto al Estado, custodio del bien común, no el sustituir la economía decadente, ya que él no es una persona colectiva y, en consecuencia, no tiene ningún dominio sobre los bienes con anterioridad a su usurpación por el capitalismo, sino el intervenir con su derecho de jurisdicción a favor del bien común del que es tutor, en nombre de las personas dadas y en nombre de la misma autoridad, afectada por los intereses económicos. Su derecho de intervención debe ejercerse, ante todo, para imponer una nueva legislación económica, apoyándose en las fuerzas vivas de la nación que la habrán alimentado e iniciado. En cuanto a los 'derechos adquiridos' de los individuos, el Estado posee, contra aquellos que no hayan sido adquiridos más que por la fuerza de la opresión, un derecho de expropiación con indemnización del que deberá de hacer, en provecho de la economía nueva, un uso humano pero riguroso. Por lo demás, reconocerá los servicios prestados por los empresarios competentes que acepten servir lealmente al orden económico. Todas las demás resistencias deben ser rotas por las fuerzas de la ley, al servicio de la persona contra la opresión, doble y una, de la riqueza y de la miseria.<sup>396</sup>

Estos son sólo algunos rasgos de la economía personalista que Mounier propone, muchos de los cuales tienen validez y aplicación en las circunstancias actuales de nuestro mundo y de nuestro país.

#### 4.3.2. Política y personalismo

Para Mounier, el desorden no es solamente económico y moral, también es de índole política. Por tanto, se requiere una renovación del orden político, fundado en la persona, cuya naturaleza social precisa de unos organismos que le permitan y ayuden a desarrollarse integralmente.

---

<sup>396</sup> *Idem*, pp. 167-168.

De alguna manera, todo lo que hemos venido diciendo en este tercer capítulo, siguiendo a Mounier, tiene que ver con la *rei socialis*, es decir con los asuntos de la *polis*. La dimensión social de la persona tiene repercusiones, para bien o para mal, en las personas y en las instituciones. Por tanto, aunque no se haya hecho mención específica anteriormente a la *política* como tal, todo dice relación a ella, sin que esto signifique circunscribir todo a ella. Como bien lo ha expresado Mounier, *la política está en todo, pero la política no es todo*.<sup>397</sup>

El desorden político de la época en la que vivió Mounier era de grandes dimensiones. De hecho la política misma estaba totalmente viciada y degradada. A él le tocó ver y vivir la marejada de los totalitarismos que por todo el mundo surgían y la consecuente instrumentalización de las personas y las instituciones para satisfacer los instintos de poder y los intereses de un grupo o una clase política.

En ese sentido es, hasta cierto punto, muy explicable la desconfianza que sentía Mounier hacia la política<sup>398</sup> como medio directo de acción para transformar la realidad y atacar el *desorden establecido*.

Sin embargo, había que incidir en las estructuras políticas, pero no desde dentro, utilizando tácticas políticas, las cuales ya estaban desgastadas y desacreditadas. Era preciso entonces, en palabras de Mounier, "estar en lo político sin ser nunca parte de lo político",<sup>399</sup> porque lo único que persigue la acción política son el éxito, el poder y la forma de imponer los propios intereses, por encima del testimonio, la verdad y el servicio del hombre.

Este tono y esta actitud hacia la acción política directa estuvieron presentes, sobre todo en los inicios de la obra de Mounier, particularmente en su Revolución Personalista. En esta obra él atestigua una decadencia de lo político, por lo cual comienza a "poner entre paréntesis la acción política tal como se halla establecida en nuestras costumbres".<sup>400</sup> Y aunque acepta que algunas acciones políticas son necesarias a las revoluciones orgánicas para ganar tiempo y para proteger los comienzos todavía frágiles de un régimen personalista, sin embargo, él señala que hay mucha gente para esta tarea,

---

<sup>397</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 62.

<sup>398</sup> "La acción política tal como se la concibe hoy en día está viciada en su más profunda manera de ser. Sus fines son fines limitados: la toma del poder y la conservación o reforma de las instituciones. Ahora bien, se ha hecho insensiblemente totalitaria en sus exigencias. La democracia misma ha desarrollado una tiranía del hombre público sobre el hombre privado..." (*Revolución personalista y comunitaria*, "Decadencia de lo político", p. 383). El desencanto de Mounier respecto de la Política se explica también debido a que él vivió las difíciles experiencias de la Primera y la Segunda Guerras Mundiales.

<sup>399</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "Decadencia de lo político", *Obras Completas*, v. I, p. 395.

<sup>400</sup> *Idem*, p. 383.

incluso demasiada. Por eso, considera necesario que algunos personalistas abandonen las filas de la acción política directa.

Pese a todo esto, Mounier va progresivamente conciliando con la política, y viendo cada vez más sus incidencias y su importancia para la transformación personal y social que él perseguía. De 1934, año en que escribe su *Revolución personalista y comunitaria*, al año 1936, donde publica el *Manifiesto*, hay ya rasgos de este cambio: La política debe ser rescatada del descrédito en que ha caído. La 'vida pública', dirá, es, con los mismos títulos que la 'vida privada', una forma vital de la vida personal.<sup>401</sup> Es preciso pues, devolver a la vida política su espiritualidad, y "devolvérsela desde su interior", para lo cual es necesario

reconstruir la vida política sobre organismos que expresen, sin envilecerla, a la persona integral. Restituiremos así a la política su bello sentido lleno de aprendizaje total del hombre en su ruta hacia la comunidad.<sup>402</sup>

Así, en el *Manifiesto* realiza, junto a una crítica de algunos errores y vicios de la política y de la democracia, una propuesta personalista de la política, en la que desarrolla algunos puntos a los que nos referiremos más adelante.

La permanente actitud autocrítica y la lucidez de su mirada, que conduce toda su obra desde el principio hasta el fin, le permiten seguir avanzando. En un notable estudio que hace sobre "*Esprit y la acción política*"<sup>403</sup> en 1938, señala los obstáculos con que se enfrentó la revista en sus principios: hacer política deductiva sin enfrentarla con la experiencia; pensar la política como moralistas, es decir, adoptar actitudes políticas derivadas directamente de actitudes morales:

Al buscar siempre la disminución que pudieron minar nuestra capacidad de creación política, debo, a causa de nuestro mismo éxito, denunciar el mal inevitable de aquellos que, al entrar en nuestros grupos o apelar a nosotros, tomaron la letra y no cambiaron el espíritu".<sup>404</sup>

Dos años después, en 1940, en un escrito realizado al día siguiente de la derrota francesa, trazaba un balance parcialmente negativo de *Esprit* en el sector político y señalaba las insuficiencias más notables del equipo en este terreno: "Subestimar la importancia del mal político ha sido la primera".<sup>405</sup> Desde un principio Mounier hizo una intensa crítica a la democracia liberal y parlamentaria,

---

<sup>401</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, "Descrédito de lo político", p. 173.

<sup>402</sup> *Idem*.

<sup>403</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, núm. 73, octubre de 1938, pp. 34-64, citado por Moix, *op. cit.* p. 113.

<sup>404</sup> *Idem*, p. 114.

<sup>405</sup> Emmanuel Mounier, *Esprit*, núm. 94, noviembre de 1940, pp. 4-5, "De una Francia a otra", tomado de Moix, *op. cit.* p. 113.

pero su fuerte desconfianza hacia las instituciones,<sup>406</sup> disminuía peligrosamente su efectividad. Escribirá de esta democracia:

Creíamos que entorpecía a Francia como un polvillo o un líquen; no reparamos en que la corroía como un virus, con tanta seguridad como el mal espiritual o el desorden social.<sup>407</sup>

Inicialmente, el interés de Mounier era generar una inspiración, un movimiento que tuviera incidencias en la vida política y económica para sanearlas, pero desde una perspectiva no política, en sentido estricto. Así pues, no figuraban entonces, dentro de los medios para la revolución, los medios políticos.

Quizá pensaba que involucrar al movimiento personalista en política podía desviar a algunos seguidores de los objetivos perseguidos. También su desconfianza hacia los partidos políticos era muy clara al mismo tiempo que comprensible. Y es que el clima y la práctica política de entonces habían falseado el sentido de la democracia, convirtiendo en religión la cosa pública y preparando las conciencias para la era totalitaria. El concepto que tenía Mounier sobre la política, al principio de los años treinta iba en este tenor: El deseo de poder es la pasión secreta de los gobernantes. Los partidos no son ya comunidades de hombres libres, sino bloques de conquistadores y autoritarios. Cada uno de ellos se ha convertido en un estado totalitario en pequeña escala.<sup>408</sup>

Pero, por otra parte, siempre mantuvo firme la necesidad del *compromiso*, aún admitiendo que la acción política no fuera la única realmente eficaz para alcanzar los objetivos del movimiento personalista. Consideraba que sólo algunos debían meterse de lleno a la acción política, pero la gran mayoría debía abocarse a una acción más profunda, que fuera la base de la acción política: la acción espiritual (revolución espiritual-revolución personal, cuya importancia no cesó de demostrar) y acción corporativa.

*Esprit* no dio jamás consignas políticas, si por ello se entiende una propaganda a favor de un partido determinado: no era esta su tarea. Sin embargo, y especialmente después de la guerra, los problemas políticos ocuparon un lugar importante, sin que ello se hiciera a expensas de los estudios doctrinales. Pero, como ya hemos visto, la preocupación por la eficacia no le hará olvidar jamás la preocupación por lo *absoluto*. Por tal motivo, los postulados propuestos por

---

<sup>406</sup> Para realizar la necesaria revolución, no creía que las instituciones pudieran hacer 'milagros' ni sustituir el esfuerzo personal de cada hombre: "[...] las instituciones no hacen al hombre nuevo; esto es una tarea personal del hombre sobre sí mismo, en la cual nadie puede remplazar a nadie. Las instituciones nuevas podrán facilitarle la tarea, pero no asumirán su esfuerzo" (En *Revolución personalista y comunitaria*, p. 394, citado también por Moix, p. 110).

<sup>407</sup> *Idem*.

<sup>408</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, p. 386.

Mounier para *una revolución personal* no pierden validez con el tiempo ni tienen que ver específicamente con un régimen o con otro.

Mounier se proponía, pues, crear los cuadros de la ciudad nueva y, para conseguirlo, actuar sobre los partidos existentes, transformar poco a poco a los hombres, formar personas. Para la revolución de las estructuras políticas, trazó las bases de la *democracia personalista* o democracia pluralista.

Es preciso reiterar que, pese al desencanto inicial de Mounier respecto a la política, alimentado por las duras experiencias de las dos guerras mundiales y la vivencia de la formación de los regímenes totalitarios en diversas partes del mundo, esto nunca significó que se hubiera desinteresado de los *asuntos públicos*.

Por encima de los mitos de derecha y los mitos de izquierda, Mounier propone una doctrina política, precisando algunas definiciones y directrices básicas para la cimentación de una política sana, es decir, orientada en sus medios y en sus fines, al servicio de la persona total.

Los propósitos de este apartado no son mostrar exhaustivamente la doctrina o la concepción política de Mounier, sin embargo señalaremos algunos puntos fundamentales que nos permitan comprender su visión y sus alcances.

#### 4.3.2.1. Hacia un Estado pluralista

Antes de desarrollar su teoría personalista del Estado, Mounier se refiere a dos deformaciones que manipularon la aspiración de universalidad de la persona: el *nacionalismo* y el *estatismo*. Realidades que él vivió muy de cerca y de las que hizo una fuerte y lúcida crítica.

En el fondo, el *estatismo* tiende a identificar a la nación con el Estado. Por lo cual, no habría realidad ni derechos anteriores al Estado que éste deba respetar, ni Derecho superior al que deba someterse. Por lo tanto, nadie tendría facultad para invocar frente a él la inejecución de una obligación. Toda autoridad sería autoridad de gobierno, la cual descende del poder central, es decir, de los hombres audaces que se han apoderado del Estado.<sup>409</sup>

Se trata, pues, de un Estado totalitario, el cual no se rige por lo honesto, sino por lo útil y lo eficaz. Su consigna es el 'máximo de gobierno'. Su institución fundamental no es la representación o el control, sino la policía y la fuerza.

---

<sup>409</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, "Las falsas universalidades: Nacionalismo, Estatismo", pp. 175-176.



En cambio, el *Estado de inspiración pluralista*, está sustentado en principios muy distintos, cuyo centro y fin es y debe ser cada una de las personas a las que debe su ser y su razón de ser. Estos son algunos de los principios rectores del nuevo Estado:

La *realidad política* está compuesta de *personas* que intentan encarnar su voluntad comunitaria, y de *sociedades*, que agrupan a hombres unidos en la búsqueda de un fin humano cualquiera o simplemente en la expresión de una afinidad afectiva o espiritual.

La *patria* es la más primaria, la más instintiva de estas sociedades. Sobre ella se superponen las sociedades económicas, culturales o espirituales.

Mounier define la *nación* así:

Es el abrazo que reúne a ese florecimiento espontáneo de sociedades diversas alrededor de las personas, bajo la unidad viva de una tradición histórica y de una cultura particularizada en su expresión, pero con poder de universalidad. Es, como se ve, una realidad mixta y no cristalizada: por abajo, receptáculo de una multiplicidad de sociedades a las que no tiene que digerir, sino mantener con vigor; por arriba, si no comunidad en el sentido perfecto de la palabra, sí al menos entidad comunitaria, vínculo flexible y vivo entre la universalidad que únicamente cada persona como tal puede alcanzar y llevar, y las sociedades carnales que rodean y retienen al individuo.<sup>410</sup>

Por encima de la patria y de la nación, reitera la prioridad de la *comunidad espiritual personalista*, la cual se realiza de manera más o menos perfecta entre personas, y más frecuentemente a pequeña escala, pero permanece siempre como un modelo lejano –utopía rectora– de todo desarrollo social.

En la concepción personalista, el *Estado* no es una comunidad espiritual, una persona colectiva en el sentido propio de la palabra. No está por encima de la patria ni de la nación, ni con mayor razón de las personas. *Es un instrumento al servicio de las sociedades, y a través de ellas –contra ellas si es preciso– al servicio de las personas.* Instrumento artificial y subordinado, pero necesario.<sup>411</sup>

La propuesta personalista supera dos visiones erróneas sobre el Estado: la del optimismo del *individualismo liberal* y el *utopismo anarquista*, las cuales se apoyan en una visión simplista de la persona. En efecto, si fuesen dejadas a la deriva, tanto las personas como las sociedades, por la fuerza disolvente del individualismo, y por la gravedad de las necesidades materiales, sucumbirían a la anarquía. Se precisa de un *recurso último para arbitrar los conflictos de las personas y de los individuos entre sí*: este último recurso es la jurisdicción del Estado.

---

<sup>410</sup> *Idem*, "Del Estado de inspiración pluralista", p. 178.

<sup>411</sup> *Idem*, p. 179.

Pero el Estado no tiene únicamente un papel negativo. Las personas buscan su realización en sociedades diversas. Estas sociedades trabajan en orden frecuentemente disperso y sus medios son limitados. El Estado, servidor de las personas, tiene como función poner a disposición de estas iniciativas los mecanismos de coordinación que faciliten sus esfuerzos.

*El poder del Estado está limitado por abajo, no exclusivamente por la autoridad de la persona espiritual, sino por los poderes espontáneos y consuetudinarios de todas las sociedades naturales que componen la nación. Como dice Gerorges Gurvitch, la soberanía del Estado no es más que un pequeño lago perdido en el inmenso mar de las soberanías particulares. Por arriba, el Estado está sometido a la autoridad espiritual, bajo la forma aquí competente, que es la soberanía suprema del derecho personalista. A fin de guardarse contra los abusos del poder, estas dos soberanías autorizadas deben poseer, frente a Estado, sus órganos propios de iniciativa y de defensa: las primeras se encarnarán en los organismos completos y ampliamente autónomos de los gobiernos locales, de los grupos económicos y de los grupos espirituales; la segunda podrá ser confiada a la custodia de un Consejo supremo.*

De esta forma, señala Mounier, el personalismo cerca y obliga al Estado, igual que el Estado cerca y obliga hoy a la persona. Esta inversión de términos es normal, ya que el Estado es el instrumento, y no la persona. Sin embargo, *si es necesario negar al Estado cualquier atisbo de autoridad espiritual, sería un nuevo peligro el rehusarle un servicio de orden espiritual.* La actividad del Estado no es formalmente material; vinculada al hombre, es formalmente espiritual, por limitado que sea su alcance. Ciertas fórmulas, que hacen del Estado una especie de empleado para los trabajos serviles, de 'ejecutor de las tareas sin importancia', suponen el riesgo, sea cual sea su intención, de presentarse a confusión en sus términos. El Estado personalista no es una Iglesia o un sustituto de la Iglesia, ni mucho menos un simple mecanismo técnico, filosóficamente neutro e indiferente como es, al menos en teoría, el Estado liberal. *El Estado personalista no es neutro, es personalista.*

Esto no quiere decir que él se atribuya el derecho de imponer por la fuerza el 'personalismo' como de hecho se impuso el fascismo o el comunismo: Sería una contradicción en los términos. Puesto que el Estado, en sentido estricto, no es ni una persona ni una comunidad de personas, resulta absurdo pensarlo como posible portador de una verdad y su propagandista, lo cual no es propio más que de las personas y de las comunidades espirituales.

Los personalistas, al igual que las comunidades espirituales

creemos en una verdad, humana o sobrehumana, y pensamos que ella no debe seguir siendo 'asunto privado', sino que debe penetrar en las instituciones igual que en los individuos. Pero únicamente debe penetrar en ellos por influencia directa; el papel del Estado se limita, de una parte, a garantizar el estatuto

fundamental de la persona; de otra a no poner obstáculos a la libre concurrencia de las comunidades espirituales.<sup>412</sup>

Cuando haya conflicto entre el Estado y el individuo o los Cuerpos interesados, habrá que juzgarlos el Tribunal Supremos de garantías. Lo esencial es que el Estado se eclipse después de cada iniciativa, y ponga en manos de los organismos constituidos de la nación la ejecución de las iniciativas que haya adoptado para la salvaguardia del estatuto común.

La postura del personalismo con respecto al Estado, como se ve, mantiene un adecuado equilibrio, por lo se aleja de las posturas del estatismo, el liberalismo y el anarquismo:

*Nosotros reducimos considerablemente el espacio y el poder del Estado, pero, por el contrario, allí donde él es competente, su poder de jurisdicción, por la misión que le conferimos, con una autoridad acrecentada, debe disponer de todos los recursos de la ley, incluida la fuerza.*<sup>413</sup>

#### **4.3.2.2. Por una democracia personalista**

Al igual que con el Estado, Mounier realiza una crítica a la democracia, tal como él la vivió en su tiempo, particularmente, contra la democracia capitalista, cuyos intereses son movidos por el reino del dinero.

Para él, la democracia debe dejar de ser un régimen en el que todo mundo aspire a las competencias de gobierno, y convertirse en un régimen en el que todo el mundo se forme para las competencias de *gobernado*. Es decir, donde cada quien asuma su papel y su responsabilidad ciudadana, lo que incluye también el deber de formar a otros como ciudadanos, para que cada quien asuma sus deberes a favor del bien común.

A propósito de la distinción que realiza entre la *democracia* y el *régimen republicano*, Mounier aporta un análisis que resulta de mucha actualidad y valor para evaluar los modelos sociales, por encima de las apariencias o de las autodenominaciones, muchas veces disfrazadas de eufemismo. De tal suerte que,

*lo que importa hoy no son los regímenes formales, sino las estructuras político-sociales. La monarquía persiste en Inglaterra con la más personalista de las constituciones; la república, en Alemania, ampara al Estado totalitario. 'Lo que*

<sup>412</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, "Del Estado de inspiración pluralista", p. 181.

<sup>413</sup> *Idem*, p. 182.

importa, no es que Rusia se haya convertido en republicana y que Italia haya seguido siendo una monarquía, sino que Rusia se ha convertido en comunista e Italia en fascista'.<sup>414</sup> Un régimen personalista puede vivir en tan buenas condiciones bajo la monarquía belga como bajo una república renovada. El problema del régimen formal en la actualidad se reduce, pues, para nosotros, a un problema de oportunidad.<sup>415</sup>

Lleva a cabo también una distinción entre la *democracia personalista* y la *democracia liberal y parlamentaria*.

La democracia liberal reposa sobre el postulado de la soberanía popular, que se basa a su vez en el mito de la voluntad del pueblo. Pero es cuestionable su representatividad cuantitativa, ya que –prescindiendo de los no votantes y de las minorías electorales– una ley puede ser aprobada por una 'mayoría' que a veces no llega ni a la cuarta parte de los habitantes de un país.

Pero incluso el ejercicio y la expresión de la voluntad popular está muchas veces deformada por una especie de hipnosis o locura colectiva, inducida por una mercadotecnia y unos medios de comunicación movidos por intereses diversos. El propio procedimiento de consulta popular está no pocas veces manipulado y dirigido hacia una respuesta.

#### 4.3.2.3. Autoridad y poder

De una visión errónea de la democracia igualitaria, apoyada en el hecho de que las personas son esencialmente iguales, el individualismo ha llegado a la conclusión de una especie de igualdad matemática de los individuos, lo cual excluiría cualquier autoridad en la organización política.

El personalismo, por el contrario, acepta la *autoridad*, pero la distingue del *poder*. El *poder* vendría a ser no solamente una autoridad sobre el individuo, sino

un dominio que supone el riesgo, por su ejercicio mismo, de amenazar a la persona en los subordinados y en el jefe; por naturaleza tiende al abuso, por naturaleza también propende a degradarse del poder al gozo, a concederse progresivamente más honores, riqueza, irresponsabilidades y ocio que responsabilidades, y a cristalizarse en casta. La *autoridad* políticamente considerada, es una vocación que la persona recibe de Dios (para un cristiano), o de su misión personalista, que desborda la función social (para un no cristiano); el deber que tiene de servir a las personas predomina sobre los poderes que un

<sup>414</sup> Aldo Dami, *Esprit*, junio de 1934, p. 377.

<sup>415</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, "Por una democracia personalista", pp. 183-184.

derecho positivo puede concederle en sus funciones; es esencialmente una vocación de despertar a otras personas. *El personalismo restaura la autoridad, organiza el poder, pero también lo limita en la medida en que desconfía de él.*

*El personalismo es un esfuerzo –y una técnica– para extraer constantemente de todos los medios sociales la minoría espiritual con capacidad de autoridad; al mismo tiempo, es un sistema de garantía contra la pretensión de las élites de poder (según la época, el régimen y el lugar: ‘élites’ de nacimiento, de dinero, de cargo o de inteligencia) de atribuirse un dominio sobre las personas en virtud del poder que ellas poseen en su servicio.<sup>416</sup>*

Para la democracia personalista, no es el derecho el que nace del poder, sino que es el poder, elemento extraño al derecho, quien debe incorporarse a éste para convertirse en derecho.

#### 4.3.2.4. El equilibrio de poderes

El personalismo no se adhiere, pues, ni al optimismo democrático ni al optimismo individualista que con él está vinculado. Su concepción de la democracia no es subjetivista. La ‘voluntad del pueblo’ no es divina ni infalible para enjuiciar el interés real del pueblo.

Si nosotros aceptamos que lo sea, tendremos que aplaudir al fascismo cuando la mayoría de un pueblo aclama al dictador, y dejar en su mugre a los que, según una fórmula de moda, ‘no tienen necesidades’. No estamos obligados a ello si fundamentamos la democracia en la *realidad* de la persona. La consulta de las voluntades conserva el mismo papel fundamental, pero todo se ha dispuesto, en la base, para que sean las voluntades personales, personalmente expresadas, y no pasiones dirigidas y explotadas desde el lado del poder para que la suma masiva de estas voluntades en las grandes naciones, y su debilitamiento en los caminos que las unen al Estado, no alienten la dictadura del Estado.<sup>417</sup>

Para realizar la democracia personalista, las naciones deben *disociar el poder, a fin de frenar a los poderes unos con otros*. Este imperativo democrático debe hoy conducir a una cada vez más auténtica *división de poderes*, que no a una *oposición de poderes*, donde uno estorba los trabajos y las iniciativas del otro, sino, por el contrario, donde cada uno debe colaborar para el bien común, por encima de sus intereses particulares o partidistas.

La ciudad pluralista que propone el personalismo busca constituirse en su cúspide sobre un conjunto de poderes autónomos: poder económico, poder

---

<sup>416</sup> *Idem*, p. 189.

<sup>417</sup> *Idem*, pp. 189-190.

judicial, poder educativo, etcétera. En este parcelamiento vertical deberá actuar una articulación horizontal de inspiración federalista. Esto conlleva el impulso al desarrollo de los poderes locales y regionales para una descongestión del Estado.

El Estado nuevo que proyecta el personalismo quedará, pues, descargado mediante las grandes comunidades nacionales (económica, educativa, judicial, etcétera) de las tareas de organización que no pertenecen directamente al Estado. Entre todas ellas, entre los poderes locales o regionales, el Estado no es más que un vínculo de coordinación y de arbitraje supremo, custodio de la nación en el exterior, garante en el interior de las personas contra las rivalidades o los abusos de los poderes.

Para el personalismo la nación no es una sociedad cerrada, lo cual casi siempre ha derivado en el fenómeno de los *nacionalismos*. Tiene pues una visión específica sobre la *sociedad internacional e interracial*, que habremos de incluir en el siguiente apartado.

#### 4.3.3. Personalismo y globalización

Si bien Mounier no toca directamente el tema de la *globalización* –término que incluso es de reciente manufactura–, si hace referencia a la *sociedad internacional*, dentro de su reflexión política. Ahí se refiere de manera particular al problema de la paz mundial,<sup>418</sup> y a la necesidad de constituir un organismo internacional para garantizarla y evitar las injerencias indebidas de una nación en otra. Mounier habla de establecer por etapas una *sociedad jurídica de naciones*, dotada de un organismo flexible de adaptación.

Con respecto a este punto, Mounier presagia un cambio radical también en la forma de entender tradicionalmente la *soberanía nacional*, puesto que “los miembros de la sociedad internacional no son ya Estados Soberanos, sino comunidades vivas de pueblos directamente representados al margen y junto a los Estados. El derecho internacional que tiende ya a tener como sujetos a las personas y no a los Estados, se convierte en una fórmula de protección de la persona contra la arbitrariedad de los Estados, mediante una definición de un *estatuto internacional de la persona*, de carácter pluralista.”<sup>419</sup>

---

<sup>418</sup> Vale la pena leer sus acertadas y visionarias reflexiones sobre la paz mundial, muchas de las cuales han tenido indudable influencia en muchos ámbitos del pensamiento y de la acción (*Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 195-199).

<sup>419</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 198-199.

El problema que entonces enfrentaba el mundo era el de los *nacionalismos* exacerbados, por lo que Mounier trata este problema dentro del tema de política internacional. Para él, el *individualismo* ha encerrado a las naciones y al individuo “en unas reivindicaciones de interés o de prestigio, en una voluntad de desconocer lo extranjero, en una avaricia e irritabilidad que constituyen propiamente el fenómeno nacionalista”.<sup>420</sup>

También distingue el *patriotismo* del *nacionalismo*: “El patriotismo se eleva de las personas a la nación; el nacionalismo desciende del Estado a las personas, e históricamente, de las grandes naciones a las pequeñas”. *El nacionalismo se sirve del patriotismo como el capital se sirve del sentimiento natural de la propiedad personal*, a fin de dar a un sistema de intereses o a un egoísmo colectivo un alimento sentimental al mismo tiempo que una justificación moral.<sup>421</sup>

Al abordar el tema de la comunidad interracial —en donde se refiere al problema de la colonización—, ya esboza algunos de los problemas y soluciones al fenómeno de la mundialización. Mounier denuncia el imperialismo capitalista, el cual se arroja sobre el trabajo barato, las materias primas abundantes y los nuevos mercados, en aras de la mayor prosperidad de sus ganancias, sin consideración por los derechos elementales de las personas y los pueblos.

En fin, nuestra tarea —que constituye más bien un desafío— es tratar de esbozar una respuesta actual del personalismo al fenómeno contemporáneo de la globalización. En otras palabras, ¿qué respuestas daría hoy Mounier y los personalistas al problema de la mundialización o globalización? Ciertamente es un trabajo que parece pretencioso e incluso fuera de toda proporción, en tanto que se trataría de hacer decir a Mounier algo que él nunca dijo.

Sin embargo nuestra pretensión no llega hasta allá, nuestros alcances son más modestos: Se trataría de aportar algunos elementos en la línea de las directrices fundamentales del personalismo, que sirvan como una pequeña contribución a este asunto que es preciso abordar para comprender sus alcances e incidir de alguna manera en sus todavía imponderables efectos.

Por tanto, en esta última parte de este trabajo, lo que buscamos es ofrecer sólo algunos elementos de reflexión sobre el fenómeno contemporáneo de la globalización y sobre algunas de sus implicaciones, con la intención de que sea una motivación más para el urgente e importante debate sobre este hecho que caracteriza nuestro tiempo.

En diversos ámbitos e instituciones se ha iniciado ya un intenso y extenso debate y análisis sobre este complejo y polifacético problema.<sup>422</sup> Algunas de

---

<sup>420</sup> *Idem*, “El nacionalismo contra la nación”, p. 193.

<sup>421</sup> *Idem*.

<sup>422</sup> De manera destacada, en el magisterio reciente de la Iglesia Católica, en particular en las intervenciones del Papa Juan Pablo II dirigidas a representantes sociales y

estas aportaciones que han sido sumamente valiosas y que van en la misma línea del personalismo, nos ayudarán también en nuestra reflexión.

La globalización es un fenómeno que históricamente se ubica y se manifiesta con más fuerza después de la caída del muro de Berlín, símbolo que acompañó el derrumbe del sistema colectivista de Europa Central y Oriental, con fuertes consecuencias en el llamado Tercer Mundo.

Es al mismo tiempo como un signo característico del nuevo milenio inaugurado recientemente, el cual ha dejado planteados desafíos desacostumbrados. Decimos *desacostumbrados*, no porque sean *nuevos*, pues siempre han existido los problemas de las guerras, de la pobreza, los desastres humanitarios, etcétera, sino porque la creciente *interdependencia mundial* les ha conferido *dimensiones planetarias*, lo que plantea, eso sí, nuevos modos de afrontarlos con eficacia y nuevas formas de cooperación internacional.

En esta nueva fase de la historia, en la que el *comunismo* ha sufrido una caída estrepitosa, aparece el *capitalismo* como el sistema vencedor y como casi la única opción social viable y válida; capitalismo al que hoy se cobija con *diversas denominaciones* para distanciarlo del primer capitalismo que heredó devastadores efectos: *economía de mercado*, *neoliberalismo*, *neocapitalismo*, etcétera.

Es así como surge un fenómeno que quizá poca atención ha llamado a la reflexión contemporánea: se trata de un *Capitalismo Global*, con características casi idénticas al capitalismo denunciado por Mounier, pero ahora a escala internacional. En efecto, la mayor parte de la crítica personalista sobre el capitalismo es perfectamente aplicable a la realidad contemporánea.

La expansión ilimitada del comercio mundial y el extraordinario progreso en los campos de la tecnología, de las comunicaciones y del intercambio de información, forman parte de un proceso dinámico que tiende a *eliminar las distancias* —y a reducir considerablemente los *tiempos*— que separan a los pueblos y a las personas.

Pero este proceso de eliminación de las *distancias* entre los pueblos, también arrastra a una peligrosa eliminación de las *diferencias* entre los pueblos. Es decir, el impacto de la globalización no es como se pensaba, sólo económico, también es *cultural*.

A nivel económico se amplía el abismo entre los países ricos y los países pobres, ya que en la desigual interdependencia, la distinta capacidad de influencia de las naciones, pone en situación de superioridad evidente a las

---

políticos; también en el seno de la Organización de las Naciones Unidas ONU; así mismo, en diversos trabajos realizados y dirigidos por Heinz Dieterich Steffan.



naciones con mayor capacidad económica y tecnológica, sobre las naciones en vía de desarrollo, lo que acentúa su debilidad y dependencia.

En esta nueva situación las decisiones son tomadas por pequeños grupos de naciones (por ejemplo, 'El Grupo de los 8', o el de los 11), que en realidad son tomadas muchas veces por un pequeño grupo de personas: *los dirigentes de las naciones*, quienes no siempre reflejan la voluntad popular, es más, a veces la contradicen abiertamente, desatendiendo las masivas movilizaciones y manifestaciones en las calles para oponerse a una acción política determinada.<sup>423</sup>

Al mismo tiempo, hoy en día las naciones del tercer mundo tienen un mínimo margen de influencia y de maniobra en las decisiones globales, lo que les permite apenas adaptarse a esas decisiones y buscar que tengan los menores efectos negativos posibles para la población.

La mayoría de las naciones, por tanto, experimentan un debilitamiento de la capacidad del Estado para servir al bien común y a la promoción de la justicia social, haciéndolos todavía más vulnerables a las influencias del exterior.

#### **4.3.3.1. Globalización y Economía**

Las barreras comerciales tienden a desaparecer, el flujo de capitales toma proporciones insospechadas en volumen y en tiempo. Los mecanismos de inversión financiera, como parte del sistema de mercado, conllevan importantes riesgos, ya que en la canalización de la liquidez, pueden utilizarse como instrumentos meramente especulativos, provocando daños enormes a comunidades y pueblos enteros, debido a que hoy es posible trasladar en pocos minutos enormes flujos de dinero de una divisa a otra y de un país a otro.

De hecho algunas economías, entre ellas la nuestra, ha sufrido estos daños. Lo hemos visto cuando, ante las crisis internas, millones de dólares en cuestión de segundos salen de nuestro país y se depositan en otros centros financieros. Y no ocurre esto solamente con el dinero de inversionistas extranjeros, sino con el de muchos connacionales, quienes han transferido el dinero de sus cuentas en la banca y en la bolsa para ser depositado en instituciones extranjeras,

---

<sup>423</sup> Baste ver la absurda guerra librada por Estados Unidos y Gran Bretaña contra Irak, y baste también observar las multitudinarias manifestaciones que en esos días se realizaron en todo el planeta para detener la absurda decisión tomada por dos personas o por diez o por cincuenta personas, en contra de la voluntad manifiesta de cientos de millones de personas en todo el orbe (Marzo - Abril de 2003).

obteniendo además ganancias multimillonarias en una sola operación electrónica, afectando gravemente la economía nacional.

Pero además, por la estrecha conexión que existe actualmente entre las economías del mundo, la crisis económica de un país repercute en todas las economías del mundo, particularmente en las más débiles. Es lo que hoy se conoce y provoca el "efecto dominó", especificando el nombre del efecto según el país que originó el daño en cascada (efecto 'tequila', efecto 'tango', efecto 'samba', etcétera).

En relación con las ganancias financieras, está presente el mecanismo capitalista, denunciado por Mounier, que es el de la *fecundidad del dinero o ganancia obtenida sin trabajo* y sin aportación de un servicio real, además de los riesgos que tales facilidades implican –lo cual ha sido denunciado recientemente por un reconocido economista en un foro de empresarios y financieros, llevado a cabo en Italia– ya que desde un punto de vista personalista,

el enriquecimiento fácil y rápido, obtenido con la especulación financiera y sin ninguna conexión con una cantidad de trabajo realizado, presenta un problema ético con el que hay que medirse.<sup>424</sup>

En este mismo sentido, el ex director general del Fondo Monetario Internacional, Michel Camdessus, advierte que el

mundo financiero no puede aspirar a gozar de una especie de 'extraterritorialidad ética'. Las grandes crisis que han afectado a naciones enteras han sido provocadas también por faltas graves en la ética más elemental.<sup>425</sup>

Con respecto a la situación vivida por Mounier en los años treinta y cuarenta, pareciera que hemos transitado de la era del *totalitarismo de Estado* a la época del *totalitarismo del Mercado*, donde ya no predomina un tirano visible sino que presenciamos lo que Mounier llamó la *tiranía anónima* del poder omnímodo del dinero (*la mano invisible*). Donde ya no son fenómenos localizados de totalitarismos, sino un fenómeno global donde el capitalismo parece imponer su lógica: la lógica del mercado.

En efecto, la *globalización del comercio* representa una especie de *triumfo del mercado*, de su lógica y sus valores, provocando rápidos cambios no sólo en los sistemas sociales sino también, y sobre todo, en las culturas de los pueblos.

---

<sup>424</sup> Alberto Quadrio Curzio, economista de la Universidad Católica de Milán, durante el *Congreso de la Fundación Centesimus Annus*, en el que participaron 200 financieros y empresarios. Llevado a cabo el 4 de mayo de 2000, en Ciudad del Vaticano.

<sup>425</sup> Michel Camdessus, durante su intervención en el mismo evento.

#### 4.3.3.2. Globalización y Cultura

La globalización se ha convertido, pues, en un *fenómeno cultural* de importantes dimensiones. Es decir, el *Mercado*, como mecanismo de intercambio, se ha transformado en *instrumento* de una *nueva cultura*. El proceso es avasallador, los filtros no existen o son sumamente débiles: tiene por ello un carácter cada vez más intruso e invasor de otras culturas; imponiendo su modo de pensar y actuar, e imprimiendo su particular escala de valores en el comportamiento de las personas y los pueblos.

Este es hoy uno de los riesgos más importantes de esta globalización, y ya ha empezado a causar daños en las culturas de los pueblos, poniendo en riesgo sus propias culturas, ya que la lógica del mercado tiende a imponer *nuevos estilos de trabajo y de vida*.

Lo mismos principios y efectos que del capitalismo señalaba Mounier, hoy pueden aplicarse al capitalismo global. Efectivamente, en su crítica a este sistema, el fundador del personalismo había advertido que el daño no incidía sólo en lo *económico*, sino también y sobre todo, en las *conciencias*.

El capitalismo como *sistema económico y modelo cultural* –estilos de vida– busca imponer determinados *valores y costumbres* marcados con el sello del *individualismo*. Por tal motivo, es preciso reiterar que el capitalismo no es sólo un sistema económico, como durante mucho tiempo se ha hecho creer; es también un sistema axiológico, antropológico y cultural. Es necesario entender esto para afrontarlo integralmente.

Y tal como Mounier prevenía de los peligros del *anticapitalismo*, quizás hoy también sea necesario prevenirse de los peligros del *neoliberalismo* o *tercera vía*, que en fondo no buscan otra cosa sino rescatar el capitalismo de un modo subrepticio, bajo formas y nombres nuevos, pero que en fondo mantienen los mismos principios capitalistas y su intrínseca lógica.

En la lógica del Mercado está siempre presente la lógica de la *competencia*; y tal competencia a veces no conoce límites ni reglas, transformándose así en una guerra abierta por conquistar la mayor ganancia posible. Al Mercado, como se ha podido constatar, no le preocupan los sentimientos ni acepta ser sometido a normas morales. En esta lógica de la *competencia* no tiene cabida, por tanto, la *lógica* de la *solidaridad*. Casi siempre ve a los otros como rivales o contrincantes contra los que hay que enfrentarse y salir triunfador (el éxito); casi nunca como personas individuales o colectivas (comunidades, pueblos) a las cuales ayudar. El egoísmo individualista está en el trasfondo de toda esta lógica, más bien ilógica.

En este mismo razonamiento, *todo se vende, todo se compra*; no hay ya *don*, no hay *gratuidad* (gracia); mucho menos *entrega* generosa de uno mismo a los demás. Esto ha traído como consecuencia que en muchos campos, la actividad voluntaria y pública en todos los niveles, se haya reducido considerablemente, consecuencia de la cada vez menor disponibilidad, y por lo tanto, un debilitamiento del *espíritu solidario*.

Por encima del este espíritu, parece imponerse el *espíritu propietario*, avaro, reivindicador, del que hacía referencia Mounier, cuando hablaba del *espíritu burgués*, el cual envilece las conciencias y los corazones;<sup>426</sup> espíritu lleno de desconfianza, de miedo, de indiferencia, aferrado a sus pequeñas seguridades.

El creciente impacto cultural de la globalización –por parte de la cultura dominante, claro está– amenaza también las normas sociales y los puntos de referencia culturales y los valores que han dado a los pueblos una orientación en la vida; estructuras que ellos han ido construido con esmero durante mucho tiempo.

Este fenómeno avasallador, además de imponer nuevos estilos de vida, de trabajo y de organización social, ha afectado otros campos, como es el de la *biomedicina*, el de la *biotecnología* y el de la misma *vida humana* (bioética). La investigación en estos campos a menudo es financiada por grupos privados, y sus resultados se comercializan incluso antes de que se puedan poner en marcha procesos de control social y legal a nivel nacional e internacional. Influida la conciencia social por los principios del capitalismo global, donde todo es vendible y comprable, hasta el mismo código genético se mide en términos de costos y beneficios.

Ciertamente hay que reconocer que también hay avances en la toma de conciencia ética por parte de la comunidad internacional y científica, en el sentido de regular aquellos campos de la ciencia que tienen que ver directamente con la vida humana y con la dignidad de todas las personas, a fin de respetar su calidad de personas desde la concepción hasta su muerte natural.

El *utilitarismo*, una de las manifestaciones de la cultura dominante, ha venido incidiendo cada vez más en una concepción que da un valor diferente a la vida humana según su utilidad o su capacidad productiva, provocando consecuencias muy graves a nivel social, afectando a los más débiles y desprotegidos de la sociedad, entre ellos: los niños no nacidos, las personas incapacitadas para el trabajo, las personas con alguna discapacidad, los ancianos y los enfermos terminales. Se trata de una *cultura contra la vida indefensa*, inducida por el principio capitalista de la "ley del más fuerte", según en cual se debe competir contra todo y contra todos para ganar. De ahí que el aborto, la eutanasia, la

---

<sup>426</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 67.

eugenesia, la anticoncepción y las nuevas formas de racismo, sean ahora problemas mundiales.

El *consumismo* es otra de las marcas de la nueva era, unido estrechamente al creciente *hedonismo*, favorecidos a su vez por los imperativos del Mercado y el neocapitalismo liberal global. El predominio creciente del *tener* sobre el *ser* ha ahondado la brecha entre personas y países pobres, y personas y países ricos, ahogando las iniciativas de ayuda y solidaridad. El modelo de vida consumista se aleja por completo de una ética de las necesidades humanas reales, y se presenta como el único modelo posible para alcanzar la realización individual.

#### **4.3.3.3. Desafíos de la Globalización**

Las nuevas realidades –las *rerum novarum*– de nuestro siglo deben impulsar una nueva visión y un intenso y serio análisis que nos permita descifrar el nuevo 'desorden establecido' para cobrar conciencia de sus impactos y dimensiones y así poder incidir en su rumbo, reorientando el fenómeno de la mundialización en beneficio de las personas y los pueblos del orbe.

Todo problema, si se ve con una visión más amplia, es también una oportunidad y un desafío. La globalización suscita nuevos retos que deberemos enfrentar y afrontar como lo ha señalado Mounier:<sup>427</sup> sin miedo paralizador y sin hacer sonar las trompetas apocalípticas de la catástrofe, sino haciendo frente, siendo creativos, y acometiendo a fondo desde un eficaz compromiso personal y social.

##### **4.3.3.3.1. Globalización y Solidaridad**

En primer término es precisa una *visión integral del desarrollo*, creando una mayor conciencia en los países industrializados de su responsabilidad común ante los problemas que afrontan los países menos desarrollados.

Por encima de la globalización económica, comercial y cultural impulsada por visiones e intereses inspirados en el capitalismo, o si se quiere, en la economía de mercado, debemos contribuir todos a la *globalización de la solidaridad*, a la

---

<sup>427</sup> Cfr. Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 56-57.

que han llamado diversas instituciones y personas, entre ellas el Papa Juan Pablo II,<sup>428</sup> destacadamente.

La *cooperación* entre los organismos internacionales y las organizaciones no gubernamentales debe contribuir a garantizar que los intereses de los Estados, por más legítimos que sean, y de los diversos grupos que existen dentro de ellos, no sean invocados o defendidos en perjuicio de los intereses y derechos de otros pueblos, especialmente de los que están en vías de desarrollo.

En el alba del siglo XXI, señala Juan Pablo II, el desafío consiste en edificar un mundo en el que las personas y los pueblos acepten de forma plena e inequívoca su responsabilidad con respecto a los demás seres humanos, a todos los habitantes de la tierra.<sup>429</sup>

favoreciendo un sistema multilateral encaminado a impulsar la "solidaridad internacional". La premisa de estos esfuerzos

es el reconocimiento de la dignidad y de la centralidad de todo ser humano como miembro de la familia humana y, para los creyentes, como hijo de Dios. La tarea consiste, por tanto, en asegurar que, en todos los niveles de la sociedad, se acepten las consecuencias lógicas de nuestra común dignidad humana, y en garantizar el respeto de esa dignidad en toda situación.<sup>430</sup>

Es preciso contrarrestar la globalización de la *competencia económica* con la globalización de la *solidaridad*, impulsando un papel más activo de la propia Organización de las Naciones Unidas, a fin de que sea un lugar de encuentro para la sociedad civil y un punto de convergencia de los diversos intereses y necesidades, regionales y particulares de todo el mundo.

La solidaridad global a nivel económico debe llevar a la "limitación voluntaria de ventajas unilaterales, de forma que otros países y pueblos puedan compartir esos beneficios".<sup>431</sup> De esa manera se podría contribuir al bienestar económico y social de todos.

Al respecto, Jacques Delors, ex presidente de la Comisión Europea, ha propuesto la creación de un consejo de seguridad económico, es decir, una especie de ONU que ofrezca una plataforma para dar voz a los países más

---

<sup>428</sup> De manera sobresaliente en su *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias Sociales*, 27 de abril de 2001; y en la *Audiencia al Secretario General de las Naciones Unidas y a los miembros del Comité Administrativo de Coordinación de la ONU*, el 7 de abril de 2000; en su *Discurso* que lleva se título precisamente "Es preciso globalizar la solidaridad", pronunciado el día 1º de mayo de 2000, con ocasión del jubileo de los trabajadores.

<sup>429</sup> Juan Pablo II, *Discurso al Secretario General de la ONU*, 7 de abril de 2000.

<sup>430</sup> *Idem*.

<sup>431</sup> *Idem*.

débiles y que equilibre la estructura *piramidal* de la actual organización de Naciones Unidas y los *fuertes* de la economía internacional.

El objetivo de Delors consistiría en tratar de gobernar una globalización que amplía cada vez más la brecha entre países fuertes y débiles económicamente. En los últimos veinte años, dijo, la deuda de los países pobres se ha multiplicado por cuatro. "Un aumento en espiral que se lleva consigo las vidas de millones de seres humanos y pone en juego la estabilidad, el futuro y la seguridad del planeta".<sup>432</sup>

Asistimos a una pérdida de legitimidad de los actores económicos clásicos. De aquí la urgencia de un Consejo de Seguridad económico que contemple la presencia de representantes de los diversos estados al máximo nivel, con el fin de poder reformular las reglas del juego. Admitiendo en su interior a los países en vías de desarrollo, los pondría en situación de responsabilidad y no sólo en condición de asistidos.<sup>433</sup>

Se debe luchar por combatir la pobreza, la cual, lejos de disminuir, ha aumentado incluso en los países ricos. Para combatir la pobreza, efectivamente, no hay una receta, deben buscarse iniciativas e impulsarse campañas como la que se lanzó en el 2000, con motivo del Jubileo, para reducir la deuda externa de los países pobres, e incluso su condonación total. Aunque también podría pensarse en otros esquemas, como puede ser comprar deuda de los países pobres a condición de que éstos inviertan en salud y educación.

La deuda externa de los países subdesarrollados se ha convertido, efectivamente, en un pesado lastre para su desarrollo; deuda que los ata a una situación de dependencia en muchos aspectos, puesto que es un compromiso prácticamente imposible de pagar ya de que los desmedidos intereses usurarios la multiplican incesantemente. Cabe hacer notar que cuando se destinan recursos del país deudor para pagar parte de la deuda al país u organismo financiador, el pago no se aplica al capital principal sino sólo al pago de los intereses, manteniendo el monto principal intacto y generando sin cesar millonarios intereses.

Todo esto hace que el mismo financiamiento se convierta en un mecanismo contraproducente, ya que los países endeudados exportan capitales que servirían para mejorar sus condiciones y nivel de vida, y además se ven imposibilitados de poder obtener nuevas fuentes de financiación que son indispensables para su crecimiento. El esquema de financiamiento capitalista se convierte así en un círculo vicioso del que es casi imposible salir.

---

<sup>432</sup> Jacques Delors, en el *Congreso sobre deuda y justicia*, en Milán, Italia, 4 de febrero de 2001.

<sup>433</sup> *Idem*.

El único camino que queda al problema de la *deuda internacional* es nuevamente el de la *solidaridad internacional*, que exige espacios y creatividad en el derecho internacional y en sus organismos formalmente constituidos. Se trataría, en definitiva, de evitar especulaciones abusivas, de concertar soluciones a través de las cuales quienes prestan se vean garantizados y quienes reciben se sientan comprometidos en reformas globales concretas en el aspecto político, burocrático, financiero y social de sus países.<sup>434</sup>

Sin embargo, los esfuerzos tendientes a eliminar el lastre de la deuda internacional es sólo un primer paso hacia una meta más comprometida: la construcción de un desarrollo más humano para todos. Esto exige además el estudio y ensayo de nuevos métodos para crear riqueza y criterios más igualitarios para repartirla.<sup>435</sup>

En este sentido, otra pista para responder a la globalización es la de *globalizar la responsabilidad* de todos: de los países desarrollados y de los que están en vías de desarrollo; la responsabilidad de sus gobiernos y la que deben asumir cada vez más los gobernados.

Esta tarea es más urgente en la medida en la que aumenta de manera alarmante el *desempleo*, la *insuficiencia de los salarios* y la consecuente *pérdida del poder adquisitivo*, así como la *explotación de menores* (el trabajo infantil) y otros problemas sociales que reclaman con apremio nuestra creatividad y nuestro compromiso.

Quizás los Foros Económicos de Davos deberían afrontar estos temas, ya que en una economía globalizada, los daños producidos en un lugar tienen efectos secundarios en todo el planeta, afectando a los más pobres en los países pobres y en los ricos.

Mounier tiene interesantes intuiciones en todos estos temas que nunca llegó a desarrollar de manera más explícita, pero a propósito de las antiguas formas de colonialismo, hoy podemos aplicar a las actuales formas lo que él señala:

El problema colonial tiene un último aspecto, éste mundial, y más económico que político. El final del individualismo colonial debe entrañar, mediante una redistribución de las riquezas del globo, y principalmente de las materias primas, el final del nacionalismo económico.<sup>436</sup>

---

<sup>434</sup> Ver a este propósito la reflexión realizada por la Comisión Pontificia 'Justicia y Paz', *Al servicio de la comunidad humana. Un acercamiento ético a la deuda internacional*.

<sup>435</sup> Cfr. Delors, intervención en el *Congreso sobre deuda y justicia*, Milán, Italia, 4 febrero del 2001.

<sup>436</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 200,



Es necesario insistir, en una perspectiva personalista, que la globalización, como cualquier otro sistema, debe estar *al servicio de la persona humana*, de la solidaridad y del bien común.

Cabe resaltar aquí también que, desde un punto de vista ético, la globalización debe considerar dos principios inseparables.<sup>437</sup>

El primero es *el valor inalienable de la persona humana*, fuente de todos los derechos humanos y de todo el orden social. El ser humano debe ser siempre un fin y nunca un medio, un sujeto y no un objeto, así como tampoco un producto comercial.

El segundo es *el valor de las culturas humanas*, que ningún poder externo tiene el derecho de menoscabar y menos aún de destruir. *La globalización no debe ser un nuevo tipo de colonialismo.*

Por otra parte, se debe evitar que la globalización sea sólo un nuevo nombre de la relativización de los valores y de la homogeneización de los estilos de vida y de las culturas. Hay que evitar también que, en esta vorágine global, una élite controle la ciencia, la tecnología, la comunicación y los recursos del planeta en detrimento de sus habitantes.

Una nueva visión del desarrollo, en que se considere a las personas y a los pueblos de manera integral, así como el impulso de una ética internacional básica, pueden, junto con una creciente conciencia internacional solidaria, acompañada de iniciativas viables e inteligentes, pueden abrir nuevos panoramas a esta problemática mundial que pareciera que nos encontró desprevenidos a casi todos.

Los trazos que hemos esbozado en este último subcapítulo sobre tan compleja situación pretenden llamar el interés de un mayor número de personas, a fin de aportar nuevos elementos de reflexión y proponer caminos de acción, que nos permitan hoy afrontar este complejo problema, planteando nuevas soluciones que posibiliten la construcción de una "civilización personalista", donde cada persona cuente con las condiciones necesarias para su desarrollo como tal.

Hay mucho por analizar y ahondar en el fenómeno de la globalización: he ahí un reto formidable para los filósofos y no sólo para los tecnócratas y los políticos, que muchas veces no tienen ni el tiempo ni el interés por abordar estos asuntos.

---

<sup>437</sup> Juan Pablo II, *discurso a la Academia Pontificia de Ciencias Sociales*, 27 abril de 2001.

## CONCLUSIONES

LA REVOLUCIÓN DEL SIGLO XX DEBE DAR AL HOMBRE CONTEMPORÁNEO UN INSTRUMENTO TÉCNICO RACIONAL Y UNA ORGANIZACIÓN SOCIAL JUSTA. PERO TAMBIÉN TIENE COMO OBLIGACIÓN DARLE UNA RAZÓN PARA VIVIR Y PARA MORIR, Y ANTES QUE NADA, UNA CONSISTENCIA.

EMMANUEL MOUNIER, *¿QUÉ ES EL PERSONALISMO?*,  
CAP. IV.

Mounier no es un mero *reformista*; lo que él pretende es impulsar una *revolución* para incidir en la transformación de la realidad, donde se verifica un 'desorden establecido', pero el desorden está en las personas, en las comunidades humanas, por lo que es preciso llevar a cabo una revolución integral, es decir, una *Revolución personalista y comunitaria*.

Para llevar a cabo una auténtica revolución y no una mera acción cosmética, se debe ir a la raíz de los problemas. Y la raíz de los problemas se encuentra fundamentalmente en el corazón de la persona, por lo que debe iniciarse por una *revolución personal*.

Pero no se puede llevar a cabo una revolución personal desde una visión parcial o errónea sobre la persona. La primera tarea que se presenta es, pues, aproximarse al misterio de la persona, considerada integralmente, es decir, en todas sus dimensiones.

Por esta misma razón iniciamos este trabajo con una aproximación a *la dimensión personal* del ser humano. Al hacerlo, evitamos identificar a la persona con el *individuo*, con la *conciencia* que se tiene de ella o con la *personalidad*.

Contrariamente a la postura materialista y a la postura espiritualista de tipo idealista, el personalismo considera integralmente a la persona, como una *unidad indisoluble de materia y espíritu*. Esta condición de *espíritu encarnado*, constituye un peso pero también su libertad, pero es necesario entender adecuadamente esta materialidad y esta espiritualidad, no como la conciben los materialistas o los idealistas, quienes absolutizando una de estas dos dimensiones, deslizan hacia el ámbito ideológico.

Tal concepción de la persona como *existencia incorporada* tiene diversas implicaciones en muchos planos: en el filosófico, en el social, en el cultural y en el político. La persona, siendo cuerpo y espíritu, tiene necesidades materiales y espirituales que debe cubrir, por lo que la sociedad y el Estado, reconociendo esta doble dimensión y sus requerimientos, debe poner las condiciones necesarias para permitir y favorecer el desarrollo de *todas las personas y de toda la persona*.

La persona, por su índole material, está inserto en la naturaleza, pero no es sólo un ser natural; por su dimensión espiritual, la *trasciende*. Sólo el hombre posee una doble capacidad de romper con la naturaleza: solamente él conoce este universo y, al mismo tiempo, lo transforma. Más aún, el ser humano es un ser capaz de amor, capaz también de Dios.

Aparece, pues, la segunda dimensión personal: *la trascendencia*. Pero es preciso entender su sentido, tal como lo señala Mounier, a fin de evitar concepciones alejadas de su verdadero significado.

La persona se descubre como un ser incompleto, inacabado, es —en palabras de Mounier— *movimiento hacia el ser*. Esto es a lo que Pascal se refiere cuando dice que el *hombre supera infinitamente al hombre*.

El hombre busca *superarse a sí mismo*, trascender, forma parte de su ser; no es algo distante y exterior al ser humano. Esta dimensión fundamental le confiere sentido a su existencia. La persona no es un ser cerrado en sí mismo, sino un ser siempre *abierto a lo otro, al otro y al totalmente Otro*. La trascendencia no se lleva a cabo, pues, fuera de la realidad personal, sino que brota de su misma naturaleza, es un *fenómeno humano*.

Por otra parte, el ser personal no se conforma con el horizonte que perciben sus sentidos; busca siempre ir más lejos: El progreso humano refleja, de algún modo el anhelo y la dimensión de trascendencia. Ésta, además, como dimensión humana, nos impulsa a darle un sentido al mundo, a buscar el significado de lo fenoménico. La trascendencia, implica, pues un salir de uno mismo para ir *más allá de*; para ir *por encima de*; y para ir *hacia la alteridad* u otredad.

La persona, espíritu encarnado y ser trascendente, posee una *eminente dignidad*, es decir un valor que no se puede calcular. Cada persona es única e irrepetible, dotada de inteligencia racional, voluntad libre y de capacidad de amor para alcanzar su felicidad.

La *dignidad de la persona* —esta es la tercera dimensión personal— está estrechamente relacionada a su dimensión trascendente y a su dimensión corpóreo-espiritual, pero va más allá de éstas. La persona es el valor fundante de todos los demás valores y todos dicen relación a ella.

Para el personalismo, cada persona es un absoluto (no el Absoluto) y nunca puede ser utilizada por ninguna persona o institución como un medio, sino que debe siempre ser tratada como un fin.

Todas las personas, por serlo, tienen la misma dignidad y, en consecuencia, merecen el mismo respeto, independientemente de cualquier otra consideración que las caracterice. Esto, que parece tan obvio, pocas veces se toma en cuenta en las relaciones interpersonales y en vida social y política, pero menos aún se pone en práctica.

Siendo todos iguales en dignidad, somos igualmente personas y poseemos, en consecuencia, los mismos derechos. Esto ha sido reconocido incluso a nivel internacional por la comunidad de naciones, aunque en la práctica es todavía letra muerta en gran parte del globo.

La dignidad como todo otro valor personal, es algo dado, pero debe ser incesantemente vivida y conquistada. Esto sólo se logra adhiriéndose a unos valores que le perfeccionan y a los que muchas veces se entrega, aún a costa de la propia vida. Y es que la dignidad personal supera en mucho el valor de la vida; no pocas ocasiones en la historia hemos sido testigos de personas que arriesgan ésta con tal de salvaguardar aquélla.

Estos tres aspectos de la dimensión personal (espíritu-encarnado, trascendencia, dignidad personal) no pueden vivirse en la soledad ni en el aislamiento. Por nuestra encarnación estamos *expuestos* al mundo y a los otros, por nuestra dimensión trascendente, somos atraídos más allá de nosotros mismos; y por el reconocimiento de nuestra dignidad, reconocemos la dignidad y la presencia de las otras personas.

*Ex-istimos, con, por y para los otros*; en otras palabras, somos seres sociables por naturaleza: necesitamos y dependemos de los demás para existir, para desarrollarnos y para sobrevivir.

Esta es la segunda dimensión de la persona: *la dimensión interpersonal*, por la que cada ser humano, saliendo de sí mismo –de su individualismo– hacia los otros, se perfecciona y crece como persona.

El ser humano se realiza y plenifica en la medida en que se *relaciona*. Puede relacionarse con las cosas o consigo mismo, pero crece cuando entra en relación auténtica con otras personas. El mundo de los otros, como señala Mounier, no es ciertamente un 'jardín de delicias', pero tampoco es un infierno como afirma Sartre.

Para el personalismo, la actitud hacia los otros no debe ser alimentada por el cálculo, la desconfianza o la reivindicación, sino por la apertura, la disponibilidad y la búsqueda del encuentro. Sólo en relación auténtica con los otros puedo ser

y desarrollarme, porque la forma de vida de la persona es la existencia *con* el prójimo, la *coexistencia*.

Cada ser humano no se realiza, aislándose de los otros, refugiándose en un individualismo cerrado y egoísta, sino en comunión con ellos, aceptando todos los retos que me presentan las relaciones interpersonales. La persona, dirá Mounier, no existe sino hacia los otros, no se conoce sino por los otros, no se encuentra sino en los otros.<sup>438</sup>

En esta reciprocidad de presencias y de conciencias, es donde tiene lugar el encuentro entre un 'tú' y un 'yo' para formar un 'nosotros', y es donde es posible que surja la *comunicación*.

Es mediante la comunicación como se lleva a cabo el encuentro de dos o más presencias, y en la perspectiva personalista, cuando la comunicación auténtica se convierte en *diálogo*, es posible la intimidad espiritual. Llegamos así al primer aspecto de la *dimensión interpersonal*: el binomio axiológico *comunicación-interioridad*.

El diálogo interpersonal, además de que permite la comunicación de las riquezas personales de cada uno al otro, es la condición de toda convivencia y constituye además una oportunidad para alcanzar una mejor comprensión de uno mismo.

Pero la persona no es sólo comunicación, no es sólo ser-hacia-los-otros, es también relación consigo mismo, para descubrir sus riquezas personales y poderlas compartir mejor con los demás. No es sólo posibilidad de *vida exterior*, sino también capacidad de *vida interior*. Esta dimensión interior le permite distanciarse del mundo y de las cosas, así como del tumulto exterior.

Pero esta dimensión no es un refugio ni un medio para evadirse de los compromisos con el exterior y con los otros. Es sólo un momento del péndulo para generar un impulso mayor para un compromiso mejor en calidad. Es, en fin, un ámbito que le permite a la persona recobrar, unificarse para la recuperación de nuevas fuerzas para la acción. Este recogimiento, no busca cerrarse por cerrarse, sino preparar un mejor reencuentro con el hombre: consigo mismo y con los demás.

Es esta dialéctica interioridad-exterioridad, comunicación-intimidad, lo que permite al hombre mantener su equilibrio. Si falta alguno, la existencia personal puede anquilosarse o disiparse. Dirá Mounier que *el hombre interior sólo se mantiene derecho con el apoyo del hombre interior; el hombre interior sólo se mantiene derecho por la fuerza del hombre interior*.<sup>439</sup>

---

<sup>438</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 20.

<sup>439</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 16.

La interioridad y la comunicación son necesarias, pero deben siempre conducir a la *acción*. La reflexión es muy importante en las dimensiones de la persona y tiene su lugar, pero también, según Mounier, *la existencia es acción*.<sup>440</sup> En el plano social, él distingue entre la *acción política* y la *acción profética*.

Pero la acción por la acción no es un valor en sí mismo, puesto que puede desembocar en consecuencias tanto positivas como negativas para la persona. La acción tiene, pues, unas exigencias básicas, desde la óptica mounieriana. Condición para su ejercicio es la libertad responsable, pero toda acción debe comprometerse en la situación histórica de su tiempo, interesarse por los problemas y los dramas de su época, buscando ofrecer soluciones que respondan a la realidad vivida. Por lo tanto para que una acción sea válida y eficaz debe tomar *la medida de la verdad que le da su sentido y la situación histórica que le da su escala al mismo tiempo que sus condiciones de realización*.<sup>441</sup>

La acción histórica puede llevarse a cabo desde *dos polos*: el *político* o el *profético*. Ambos igualmente válidos. Los dos buscan incidir en la realidad; el primero se centra más en la eficacia y utiliza diversas fuerzas externas, técnicas, medios económicos y políticos; el segundo se centra más en el testimonio, pero no desprecia la eficacia, por el contrario, busca hacer presión sobre una situación dada, pero con otros medios, como pueden ser la huelga de hambre, la objeción de conciencia, o la resistencia civil.

Así pues, toda acción política debe ir acompañada de algo de la profética, y ésta de aquélla. La acción política debe asegurar la unión entre la ética y la economía, o entre la esfera de la técnica y la esfera de los valores.

Para Mounier, la acción que tiene incidencia en la vida pública, así como toda actividad humana, debe ir de un polo al otro, porque ninguna acción sería *sana y viable si descuidara por completo o, peor aún, si rechaza la preocupación por la eficacia o el aporte de la vida espiritual*.<sup>442</sup>

La acción, por tanto, lleva al *compromiso*. De nada servirían las distintas formas de acción, las construcciones intelectuales o técnicas si en ellas las personas no se comprometen ni se implican con actos. El compromiso es, pues, otra dimensión constitutiva de la persona, una dimensión fundamental, que nosotros ponemos como tercer punto de la *dimensión interpersonal*.

Esta dimensión es tan importante que, si se pudiera señalar un punto clave de la filosofía personalista, habría que decir que es precisamente *el compromiso*. Tan esencial es el compromiso para el personalismo que puede incluso afirmarse

<sup>440</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, p. 49.

<sup>441</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo, Obras Completas v. I., p. 584.*

<sup>442</sup> Emmanuel Mounier, *El personalismo*, pp. 52-53.

que no hay vida personal si no hay compromiso. De tal suerte que, *rehusar el compromiso es rehusar la condición humana*, en palabras de Mounier. Por el hecho de ser-en-el-mundo-con-los-demás, estamos ya comprometidos, 'embarcados' dirá Mounier. La vida personal es *presencia* y *compromiso*, valores fundamentales en la lucha contra la actual cultura del individualismo y la indiferencia. El compromiso es *adhesión*, pero también es *ruptura*. Estas dos formas de compromiso también son inseparables para que pueda hablarse de un compromiso real. El compromiso implica, pues, una *elección*, una *adhesión* de la propia persona al objeto elegido, por lo que en cada acto de decisión me veo implicado en la totalidad de mi ser. Es lo que Kierkegaard llama 'el bautismo de la elección'. En otras palabras, *al elegir esto o aquello, me elijo cada vez indirectamente a mí mismo, y me construyo en la elección*.<sup>443</sup> Por esta decisión creadora el hombre crece y madura.

El compromiso implica aceptar, adoptar, *decir sí*, pero también implica a menudo *decir no*, ya que elegir es también rehusar, rechazar. Si la persona acepta siempre, y no sabe negar ni negarse, se hunde. Así entendido, el compromiso es también *ruptura*, abstención, negación. Es preciso aprender a *decir no*, para poder aprender a decir con plena libertad los *síes*. La existencia misma del hombre se presenta como una *de-cisión*, lo cual conlleva rupturas, ya que cada elección tomada, implica siempre dejar algo, renunciar. Sin embargo, el compromiso de ruptura no es algo negativo que disminuya a la persona, por el contrario, la hace crecer y madurar frente a las decisiones difíciles y frente a la elección de caminos no exentos de dificultades y a veces de oscuridad.

El compromiso de la persona se lleva a cabo a nivel personal e interpersonal. Es decir, es la persona quien se compromete, y en sus compromisos ella se ve involucrada: se realiza o se destruye, según la elección tomada; por tanto, el ser personal se compromete consigo mismo (dimensión personal), pero el compromiso siempre implica a las demás personas, pues toda decisión y toda elección tiene repercusiones en lo otros (dimensión interpersonal).

Ahora bien, todo compromiso con uno mismo y con los otros implica un *compromiso social*. De ahí que las dos dimensiones anteriores –personal e interpersonal–, desemboquen necesariamente en la *dimensión social* de la persona.

Por eso, el personalismo, además de reflexión, es presencia y compromiso *en* y *con* el mundo. Y no podría ser de otra forma, pues la persona posee una dimensión o naturaleza social; es un *zoon politikon*, miembro de una comunidad y de la gran familia humana.

Así pues, en la dimensión social también debe vivirse el *compromiso* personal, como quedó puesto de manifiesto. Y también aquí, se precisa de un trabajo de ruptura y separación con el *desorden establecido*, el cual no es sólo de índole

---

<sup>443</sup> Emmanuel Mounier, *Introducción a los Existencialismos*, p. 102.

personal e interpersonal, sino también social. Este compromiso de ruptura y separación con respecto al *desorden establecido*, implica, en un primer momento, una labor de *denuncia* de dicho desorden, lo cual busca impulsar una toma de posición y un cambio de vida; no sólo de pensamiento. Pero la denuncia sola conlleva riesgos si no va acompañada de responsabilidad, prudencia y un control de sinceridad y sensatez personal. Toda denuncia, además, debe ir acompañada de propuestas viables. Una vez que cada quien asume su responsabilidad personal y su participación –por acción u omisión– en el desorden establecido, hay que buscar los medios eficaces para transformar la realidad, asumiendo cada quien su compromiso.

Así pues, antes de desarrollar la propuesta de una civilización personalista y de formular una estrategia de largo plazo para “rehacer el Renacimiento”, se precisa un estudio crítico de las formas de civilización que parecen culminar su ciclo, a fin de desentrañar y desenmascarar el desorden imperante y buscar incidir en la historia.

Las diferentes manifestaciones de la miseria son una evidencia del desorden económico, político y espiritual. Dicho desorden, a su vez, proviene de un mal profundo, que es la crisis del hombre del siglo XX, la crisis de la civilización occidental, es decir, *el individualismo*. Esta ideología, que ha dominado por más de cuatro siglos la cultura occidental, ha producido una civilización burguesa e individualista que, según Mounier, se halla todavía instalada en todo el mundo occidental.<sup>444</sup>

Es esta civilización y su cultura, lo que da origen al capitalismo, donde priva la ganancia, la especulación y el ‘reinado del dinero’. El capitalismo se sustenta, a su vez en tres principios fundamentales: la *primacía de la producción*, es decir, el hombre al servicio de la economía y no la inversa; la *primacía del dinero*, lo que trae como consecuencia la primacía del capital sobre el trabajo y el reinado de la especulación; y la *primacía del provecho* o ganancia adquirida sin trabajo, lo que es posible mediante *la fecundidad del dinero*.

La fecundidad del dinero –calificada por Mounier como “monstruosa” porque se obtiene sin trabajo, sin un servicio aportado y sin una medida humana–, sólo es posible gracias a ciertos mecanismos sustentados en *la usura*: usura en los préstamos, en la renta, en la moneda, en la banca y en la bolsa; pero además, usura sobre el trabajo de los demás que se realiza mediante diversos descuentos. Toda la economía capitalista se organiza, pues, fuera de la persona y se centra en la *ganancia*, la cual en la práctica no es regulada por la retribución

---

<sup>444</sup> Mounier veía aparecer el fin de esta civilización individualista, al observar toda la oleada colectivista que cobraba fuerza entonces, y que, aún reconociendo todos sus errores y métodos, podría constituir un contrapeso y un factor que terminaría de derribar la cultura individualista, y por ende, el fin del capitalismo.



normal del trabajo aportado o el servicio prestado. Así, la ganancia capitalista, separada del trabajo humano, conlleva la *primacía del capital sobre el trabajo*.

Pero no solamente el capitalismo, como sistema y como estilo de vida, atenta contra la persona y contra la comunidad. También el marxismo colectivista generó una forma de civilización que también Mounier preveía estaba a punto de culminar su ciclo (esto se verificaría en menos de cincuenta años desde que lo señaló).<sup>445</sup>

Para el marxismo, el problema del hombre es fundamentalmente económico, material, por lo que el marxismo viene a ser un nuevo tipo de capitalismo, cimentado sobre principios antropológicos y sociológicos fundados en el materialismo, el ateísmo y la lucha de clases. Igual que en el capitalismo, la persona ocupa sólo un lugar secundario dentro de la masa o colectividad; y niega o relega otras dimensiones esenciales de la persona, como es la dimensión espiritual, por lo cual cae en una alienación semejante a la que criticaba: la alienación materialista o economicista.

El vacío fundamental del marxismo es haber desconocido la realidad íntima del hombre, la de su *vida personal*. En el mundo de los *determinismos técnicos*, igual que en el de las *ideas claras*, la persona no tiene sitio.<sup>446</sup> Se sustenta, además, en un *pesimismo de la persona individual* y en un *optimismo del hombre colectivo*, de la masa. Finalmente, el marxismo cae al terreno ideológico al querer explicar totalmente al hombre y al querer dar una visión –parcial y única– de toda la realidad que para él se reduce a materia.

Una vez hecha la crítica a las formas de civilización que oprimen al hombre, Mounier define los medios y los métodos que harán posible una civilización personalista. Para ello, es preciso iniciar una revolución profunda e intensa: se trata de una *Revolución personalista y comunitaria*. Es decir, se requiere un cambio personal y estructural en forma radical. Porque sólo yendo a la raíz se pueden resolver los problemas que enfrenta el hombre contemporáneo.

Después de las dos guerras mundiales y de la crisis capitalista iniciada con el crack de Wall Street, se proponían dos soluciones para superar la crisis mundial. Los marxistas señalaban que se trataba de una mera crisis económica, una crisis de estructuras, por lo que bastaba incidir sobre la economía para solucionar el problema. Los moralistas, por el contrario, señalaban que se trataba sólo de una crisis del hombre, una crisis moral, por lo que bastaba con cambiar al hombre, sus costumbres y valores, para volver a la normalidad. El personalismo no aceptaba estas explicaciones, afirmaba entonces que se trataba de una crisis que era a la vez económica y espiritual; una crisis de

---

<sup>445</sup> No tocamos el tema del fascismo, debido a que fue un sistema que no tuvo tanto impacto en todo el mundo, y particularmente en nuestro continente, por lo que hemos preferido no abordarlo en esta obra.

<sup>446</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 55.

estructuras y una crisis del hombre. Por ello se requería también de una doble revolución: *revolución moral y revolución económica*.

La palabra *revolución* se presta a malos entendidos y evoca conflicto y desorden. Por ello, es preciso entender la revolución en las perspectivas personalistas, como lo hace Mounier. Se trata en efecto de una *revolución integral*: material y espiritual. La revolución material o revolución de la pobreza es el primer paso para poder avanzar a la segunda. Se deben poner las condiciones materiales mínimas a las personas para que, una vez resueltas sus necesidades elementales, puedan aspirar a bienes superiores. Sin embargo no debe caerse en un humanismo del confort y la abundancia material, en nombre de pretendidos valores espirituales.

La revolución material es necesaria pero, por otra parte, no puede existir *revolución material fecunda si no está arraigada y orientada espiritualmente*.<sup>447</sup> Más aún, *no existe verdadera revolución material sin revolución espiritual*, ya que los problemas de organización son inseparables de los problemas de destino.<sup>448</sup>

La crisis no es, pues, única ni principalmente económica. Es también, y sobre todo, de *orden espiritual*. "La opresión está en la trama de nuestros corazones", escribe Mounier, ya que *la crisis del espíritu es la causante del desorden económico y político*.<sup>449</sup>

La revolución espiritual consiste, pues, en restaurar los valores espirituales traicionados, restituirlos en su pureza y comprometerlos en la reconstrucción del mundo. Mounier está convencido de que la revolución espiritual hace eficaz la revolución material, ya que las reformas sociales que no se basan en una revolución espiritual permanente, desembocan en el oportunismo. Es más, *la revolución espiritual no acaba jamás*. Durará tanto tiempo como el género humano.

La necesaria revolución –Revolución personalista y comunitaria– requiere de unos medios específicos para realizarla, y éstos medios deben ser acordes con la persona, no contra ella. *El fin nunca justificará los medios*.

Respecto a la cuestión de los medios, Mounier considera que deben estar anclados siempre en el *testimonio* y la *eficacia*. De ahí que cuando hable de la 'pureza' de los medios, aclarará siempre su sentido, ya que no quiere que la pureza sirva como refugio para la pereza o el egoísmo. Así, la preocupación por

<sup>447</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 53 y en *Esprit*, núm. 37, octubre de 1935, *Nuestro humanismo*, p. 11.

<sup>448</sup> Emmanuel Mounier, *Las certidumbres difíciles*, p. 201, febrero 1946, "Debate en voz alta", citado por Moix, *op. cit.* p. 95.

<sup>449</sup> Emmanuel Mounier, *Mounier y su generación*, pp. 107-108, citado por Moix, *op. cit.*, *loc. cit.*

la pureza sería una evasión si no estuviera acompañada por la preocupación por la eficacia.<sup>450</sup> Él define los *medios personalistas* como una *técnica de los medios espirituales*, es decir medios purificadores de la revolución, pero al mismo tiempo eficaces.<sup>451</sup>

Una vez definidos los medios, hay que abocarse a la primera revolución necesaria para poder lograr las otras, esto es, *la revolución personal* que debe empezar con uno mismo. Tal revolución inicia con una *toma de la mala conciencia revolucionaria*, es decir, con el reconocimiento de nuestras participaciones en el desorden establecido, participación que algunos se niegan a reconocer por su 'buena conciencia'.

El siguiente paso es reconocer que el primer desorden es la *incoherencia personal*, entre nuestras palabras, nuestros actos y nuestro compromiso. Por tanto, no debemos creernos 'puros'. El desorden social parte del desorden personal, y todos traicionamos la pureza de diversas maneras: con nuestras participaciones directas en el desorden y también con nuestras omisiones.

La *revolución personal* implica también el *compromiso*, como hemos visto; compromiso que debe empeñarse igualmente en lograr la *revolución comunitaria*. La persona sólo se realiza *en* y *con* la comunidad, lo cual no quiere decir que por eso se diluya en un anonimato despersonalizador. No hay verdadera comunidad que no sea comunidad de personas. Por lo cual, la pregunta por la *persona* nos conduce a la pregunta por la *comunidad*, así como a la relación que existe entre ambas.

En la relación persona-sociedad o *persona-comunidad*, la persona nunca puede ser tomada como un medio por la colectividad o por otra persona, porque el centro, el principio y el fin de todas las instituciones sociales es, y debe ser, la persona. En este sentido, la persona es un absoluto, nunca un instrumento o un número que pueda ser utilizado y manipulado por otros.

Desde este punto de vista, se puede establecer como regla absoluta *que toda sociedad temporal no existe sino con vistas al bien propio de las personas [...]* por lo que *el Estado, la sociedad económica, no son más que servidores de las personas singulares o colectivas que se desarrollan espontáneamente en su territorio.*<sup>452</sup>

---

<sup>450</sup> Emmanuel Mounier, *¿Qué es el personalismo?*, p. 25.

<sup>451</sup> "Revolución espiritual, decimos, no es revolución de escritores o de incapaces. Nosotros no buscamos una mayor pureza sin es para una mayor eficacia. Las meditaciones, las rectificaciones intelectuales, las generosidades, las construcciones técnicas no son nada si en ellas no se comprometen ni se implican con actos los hombres", *Revolución personalista y comunitaria*, "Por una técnica de los medios espirituales", pp. 361-362.

<sup>452</sup> Emmanuel Mounier, *Revolución personalista y comunitaria*, "Las relaciones de la persona y de las comunidades imperfectas", p. 239.

La comunidad sólo puede formarse de personas, por lo cual, la *comunidad personalista* puede definirse como *una persona de personas*. Es decir una persona colectiva que la integran personas singulares.

Mounier realiza una descripción de la comunidad personalista ideal, es decir, una imagen límite que sirva de punto de referencia para orientar los esfuerzos hacia esa meta, aún cuando nunca se pueda alcanzar plenamente. Pero no se queda en la descripción utópica de la comunidad personalista. Mounier se da a la tarea de perfilar con mucha precisión los métodos, los caminos, las líneas de partida, las líneas de acción, una indispensable técnica que está cimentada en un realismo de la persona y las instituciones.

La civilización personalista que él busca es una civilización *cuyas estructuras y espíritu se orientan a la realización como persona de cada uno de los individuos que la componen [...] las instituciones y la sociedad toda tienen como fin último el poner a cada persona en estado de poder vivir como persona, es decir, de poder acceder al máximo de iniciativa, de responsabilidad y de vida espiritual.*<sup>453</sup>

Después establecerá las bases para una *economía personalista*, donde la persona no esté sometida al consumo y éste a la producción, que a su vez esté al servicio de la ganancia especulativa, sino una economía que *regula la ganancia por el servicio prestado en la producción, la producción por el consumo, y el consumo por una ética de las necesidades humanas situadas en la perspectiva total de la persona.*

En esta ética económica personalista se establece una jerarquía axiológica de prioridades: *del trabajo sobre el capital; de la responsabilidad personal sobre el mecanismo anónimo; del servicio social sobre la ganancia; y de los organismos sobre los mecanismos.*

La economía personalista, o pluralista, como también la denomina, supera el falso dilema liberalismo o colectivismo, proponiendo una alternativa distinta de ambas economías que se sustentan y parten de una visión incompleta de la persona, la cual no es solamente un ente productor y consumidor, como lo hemos visto a lo largo de este trabajo.

Otra de las estructuras que también es preciso transformar, además de la económica, es la estructura política. Mounier tratará de hacerlo no desde dentro de la institución política, sino impulsando un movimiento que actúe como fermento que empuje a los necesarios cambios sociales y políticos.

Una de las primeras tareas a la que se abocará será a rescatar la política del descrédito en que ha caído, por lo que será preciso devolver a la política su espiritualidad, para lo cual será preciso reconstruir la vida política sobre organismos que expresen a la persona integral.

---

<sup>453</sup> Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*, p. 625.

Alejado de los totalitarismos, de los nacionalismos y los estatismos, el personalismo propone una teoría del Estado, reconociendo su papel como instrumento necesario al servicio de las personas y las comunidades; nunca por encima de la patria, de la nación y mucho menos de las personas. Se precisa de la jurisdicción del Estado para arbitrar y resolver los conflictos entre las personas y las instituciones.

El personalismo en este campo, también busca ir más allá de dos visiones sobre el Estado: el optimismo del individualismo liberal y el utopismo anarquista, las cuales se sustentan en una visión simplista de la persona. Por el contrario, la postura personalista reduce donde sea necesario el espacio y el poder del Estado, pero, por el contrario, allí donde es competente, su poder de jurisdicción se conservan intactos.

Por otra parte, la democracia debe ser un régimen en el que todo mundo se forme para las competencias de gobernado, es decir de ciudadano, y no en el que todos aspiren a las competencias de gobierno.

En la democracia, como la entiende el personalismo, busca constituir la ciudad pluralista sobre un conjunto de poderes autónomos: económico, judicial, educativo, etcétera. En esta división vertical deberá actuar una articulación horizontal de inspiración federalista, lo cual implicará el desarrollo de los poderes locales y regionales para descargar la intervención y responsabilidades del Estado.

Por último, el personalismo hace referencia a una sociedad más amplia que la visión cerrada de los nacionalismos: se trata de la *sociedad internacional*, donde debe establecerse un estatuto jurídico de las naciones, a fin de impulsar la paz mundial y arbitrar en otros problemas de alcance internacional, proponiendo al mismo tiempo una nueva forma de entender el concepto de *soberanía* de los Estados. Todo ello hace indispensable la definición de un *estatuto internacional de la persona*, de carácter pluralista.<sup>454</sup>

Al entrar en este tema en el que el problema político y social toma dimensiones globales, tema que apenas esbozó Mounier, hemos intentado, por nuestra parte, proponer una lectura actual de este problema, sobre todo en lo que tiene que ver con el creciente fenómeno de la *globalización*.

Esta nueva realidad, ha planteado desafíos desacostumbrados por su dimensión planetaria y por la creciente interdependencia mundial, lo que obliga a plantear nuevos modos de afrontar estos retos y a pensar nuevas formas de cooperación internacional.

---

<sup>454</sup> Cabe señalar que este estatuto internacional de la persona se plasmaría doce años después de que lo planteara Mounier, en la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, firmada el 10 de diciembre de 1948 por la mayoría de los países del mundo en la ONU.

Frente a la caída del socialismo, como sistema económico y político, se ha generado una percepción que tiende a poner como el sistema vencedor, y como casi la única opción, al *capitalismo* o economía de mercado. En estas circunstancias, se propone al Mercado como la vía casi y única y casi mágica para resolver todos los problemas, incluido el de la pobreza. Sin embargo los resultados que ha arrojado este capitalismo global, son más bien negativos. La pobreza, el desempleo, la marginación, el ahondamiento de la brecha entre los ricos, cada vez más ricos, y los pobres, cada vez más pobres, son algunos de los saldos de este nuevo capitalismo global. Estos problemas se presentan no sólo al interior de cada país, sino también entre los países desarrollados y los subdesarrollados.

Pero el capitalismo –ya lo advertía Mounier– no es sólo un fenómeno económico, es también un fenómeno cultural. Es decir, el estilo de vida capitalista o de mercado, donde todo se vende y todo se compra, donde no hay gratuidad sino reivindicación y avaricia, donde todo se usa y se tira, donde lo que no es útil no vale y se desecha, tiende a imponer su lógica y a incidir en las culturas de los pueblos.

Así pues, la globalización en cuanto fenómeno cultural, es uno de los principales problemas y desafíos actuales, que debe ser considerado siempre que se aborde el problema de la mundialización, y en el planteamiento de las soluciones también debe estar en el centro del debate esta vertiente de la globalización.

Existe, por tanto, una nueva forma de aburguesamiento, el cual se manifiesta en una creciente indiferencia hacia los demás, en considerar que una persona vale por lo que *tiene* y no por lo que *es*, en seguir la moda mundial y en una creciente idolatría del cuerpo y la belleza. Todo lo cual es acompañado por una reiterada publicidad comercial que invita a seguir una vida *light*, sin esfuerzo, sin compromiso, sin criterio propio; sólo dejándose llevar por la corriente de moda y por los criterios dominantes.

El individualismo neoliberal o nuevo capitalismo, con su lógica individualista, insta a la lucha, a la *competencia*, a vivir la *ley del más fuerte* –como en el mercado–, a que todo es comprable, vendible y desechable; todo es exigencia, reivindicación, combate contra el otro. Aquí no cabe la solidaridad, la gratuidad, el voluntariado, el desinterés, la entrega generosa de uno mismo a los demás. De ahí que Mounier viera al *individualismo* como la antítesis misma del personalismo.

De ahí la urgencia de atender el llamamiento de diversas organizaciones sociales, ONG's, grupos religiosos e iglesias, para impulsar un movimiento internacional a favor de una *globalización de la solidaridad*. Es decir, se trata de llamar la atención de los países poderosos para crear nuevos mecanismos de apoyo subsidiario a los países más débiles. Entre ellos, a los países que se

encuentran ahogados y sometidos a una deuda externa prácticamente impagable.

Se verifica, pues, una nueva forma de *colonialismo*, por el que los países acreedores imponen condiciones y exigencias a los países deudores, que muchas veces van en contra de sus intereses, de los propios valores y de la cultura de un pueblo, sometiéndolos prácticamente a nuevas formas de esclavitud.

La globalización es pues un nuevo e interesante desafío a la imaginación, al compromiso social internacional y a la búsqueda de caminos que respeten siempre y en todas partes a *toda la persona y a todas las personas*. Es al mismo tiempo un reto para proponer al mundo una *visión integral del desarrollo*.

Como se puede ver, el personalismo conserva una gran actualidad como filosofía y como instrumento de análisis de las nuevas realidades, ya que todas ellas pueden y deben ser replanteadas a partir de la centralidad de la persona en la vida social y en todas las instituciones.

En todas las relaciones personales, interpersonales y sociales, el sujeto, el principio y el fin es y debe ser siempre la persona, considerada integralmente en sus múltiples dimensiones.

Mounier, por lo tanto, sigue vigente, y sigue hablando a las actuales generaciones, no sólo a través de las palabras, sino fundamentalmente a través del testimonio y del compromiso.

Si hubiera forma de caracterizar a Mounier diríamos que es el *filósofo del compromiso* y el hombre del testimonio. En efecto, siempre sus actos acompañaron sus palabras así como su trabajo filosófico y social, porque para él es imprescindible unir la reflexión a la acción, el testimonio a la eficacia, la filosofía a la vida.

Quedan en este trabajo planteados varios asuntos que un trabajo posterior de la filosofía y de la reflexión pudieran muy bien dilucidar, a fin de proponer una nueva comprensión de muchos de los problemas humanos que se han abordado aquí, con el fin de contribuir a proyectar nuevas luces y nuevos caminos por los que el hombre y la mujer transiten; caminos más humanos que posibiliten una vida mejor en calidad humana, acorde a la dignidad personal, de tal manera que contribuyamos todos a generar las condiciones necesarias para que cada persona esté en condiciones de existir como tal, haciendo de éste un mundo –si se pudiera decir así– más personalizado.

Este trabajo, pues, pretende ser no un punto de llegada, sino más bien, un punto de partida de nuevas aventuras intelectuales, humanas y filosóficas, que animen y susciten nuevos compromisos, nuevos descubrimientos, y nuevas iniciativas

que generen las condiciones materiales, sociales, culturales y espirituales que favorezcan la construcción de una civilización personalista y comunitaria.

Esta investigación pretende ser pues, una modesta aportación intelectual, al mismo tiempo que un estímulo para la acción y el compromiso, en donde los filósofos tenemos un papel insustituible y privilegiado, a fin de incidir en la *realidad* cuya búsqueda ocupa nuestros afanes y a la que sin duda es necesario contemplar: la *verdad* es también *belleza*... pero es igualmente *camino* y *vida*.





LA MEJOR SUERTE QUE PODRÍA TOCAR AL PERSONALISMO SERÍA LA DE QUE, LUEGO DE HABER DESPERTADO EN MUCHOS HOMBRES EL SENTIDO TOTAL DEL HOMBRE, DESAPARECIERA SIN DEJAR RASTROS, DE TANTO CONFUNDIRSE CON EL COTIDIANO TRANSCURRIR DEL TIEMPO.

*EMMANUEL MOUNIER, ¿QUÉ ES EL PERSONALISMO?,  
PRÓLOGO.*



## ANEXO

### ***La persona, ¿a la deriva?***

A los cincuenta años de la muerte de Emmanuel Mounier

Giorgio Campanini

¿Qué quedará del personalismo de Mounier en el siglo XXI? Se trata de una cuestión abierta y de difícil solución. Los escenarios de la filosofía —y, en general, de la cultura— europea y mundial han sido modificados profundamente: aquel relativo primado que la filosofía había logrado reconquistar en el período de entreguerras en Europa, tras el fin de las ilusiones científicas de finales del siglo XIX, se ha disuelto en gran medida bajo los golpes de las ciencias exactas y de la técnica, hasta el punto de poner en crisis la misma autoconciencia de la filosofía en cuanto búsqueda de la verdad, y sobre todo de la verdad sobre el hombre. La categoría de persona ha ido debilitándose teóricamente, en el marco de una casi generalizada desconfianza por la categoría misma de lo humano. Los grandes interlocutores históricos del personalismo, sobre todo el existencialismo y el marxismo, aparecen casi como una herencia del pasado, con la cual se le confronta cada vez menos: con el riesgo de considerar, si no el personalismo como filosofía, la misma búsqueda de la persona como una especie de reducto del pasado.

Nada o casi nada queda, por tanto, del clima cultural en el que se generó el pensamiento de Mounier, de quien se celebró el 23 de marzo el 50 aniversario de su muerte. Y, sin embargo, vuelve a asomarse aquella pasión de la persona que representa la gran y siempre insatisfecha pregunta del personalismo; la persona subsiste como exigencia, o quizás sólo como angustia, o como nostalgia.

Quizás la *deriva* de la persona —anunciada ya por las filosofías de la segunda mitad del siglo XX— está apenas en los comienzos y el proceso de desmoronamiento y de corrosión de lo humano conozca, en el futuro, mayores aceleraciones. Pero precisamente por eso parece necesario reproponer el valor de la persona y prepararse para una necesaria refundación: empresa en vista de la cual el pensamiento de Mounier puede ser, a pesar de sus límites y de algunas incertezas teóricas, un válido compañero de camino.

Merecen ser recogidas y reactualizadas, bajo este punto de vista, algunas páginas poco conocidas del último Mounier, como las dedicadas a una preocupada reflexión sobre el destino del hombre en el contexto del emergente *Estado del bienestar*. ¿La sociedad escandinava de 1949 (y después la europea, según un movimiento que Mounier consideraba imparable salvo por una tercera guerra mundial) era y sería una *sociedad de la felicidad*, o más bien de un *bienestar* que potencialmente presagia la infelicidad?

Para un hombre como Mounier, que había hecho del rescate de las masas populares y de la destrucción de la pobreza uno de los objetivos de su vida, un viaje a Escandinavia —lo que se deduce de las notas del diario que en aquella ocasión fueron redactadas por él— representó una exigencia de reexaminar sus antiguas posiciones de cara a la relación entre desarrollo y vida personal y superación de los condicionamientos negativos ejercitados sobre ella por la falta de los bienes materiales necesarios para la vida. Lo que le había parecido hasta entonces un éxito casi necesario —un mayor desarrollo de la vida personal en relación a la superación de los obstáculos de la miseria y la ignorancia— se le presentaba en su dimensión problemática. En la quieta, eficiente, bien organizada y pacífica Suecia de 1949 él veía realizadas muchas de las aspiraciones por las cuales tanto tiempo y tan apasionadamente se había empeñado: el pleno empleo y salarios decorosos; un Estado social eficiente que garantizaría la asistencia sanitaria, las pensiones, las estructuras de ocio y tiempo libre, la enseñanza gratuita y generalizada. Pero paradójicamente, frente a los éxitos de esta especie de *exitosa revolución* (y sin derramamiento de sangre), no llegaba a esconder sus inquietudes, sobre todo en orden al tipo de hombre que habría sido el fruto de esta silenciosa transformación.

Así tras haber analizado la experiencia social demócrata sueca —e incluso subrayando cómo aquel socialismo *serio, tenaz, constructor* fuese tan lejano a los esquematismos y también a la arrogancia de los socialismos europeos— Mounier se preguntaba qué espacio, en aquel tipo de sociedad, quedaría finalmente para la persona. El riesgo que Mounier ya entreveía —el riesgo que en muchas partes del Occidente relativamente *opulento* de finales de siglo se había convertido en muchos casos en realidad— es el de un Estado social que ha erradicado la miseria y las enfermedades que derivan de ella, pero que no sabe afrontar no superar las *enfermedades del bienestar*, y sobre todo, el gran riesgo de la despersonalización, de una existencia privada del riesgo pero también del espíritu de la aventura, de la angustia pero también de la creatividad, de las incertezas y también de la fantasía.

Los viejos problemas han quedado a nuestras espaldas, y los antiguos males han sido eliminados; pero nuevos interrogantes se abren ante nuestro futuro. La *sociedad del bienestar* no es, no podrá ser nunca la *sociedad de la felicidad*.

Darse cuenta de esto significa pasar del *mundo de las cosas* al *mundo de la persona*, y, por tanto, a interrogarse sobre el futuro de un Occidente que se ha

convertido en prisionero de las cosas y que se ha olvidado del sentido y del valor de la persona. Es necesario, por tanto, volver a la persona, desde la perspectiva abierta por Mounier, confiando al siglo que viene la tarea de continuar una búsqueda que nunca podrá tener fin, siendo la persona, por definición, inagotable.

30 de marzo del 2000

*Avvenire—Alfa y Omega*<sup>455</sup>

---

<sup>455</sup> [www.archimadrid.es/alfayome/menu/pasados/revistas/2000/mar2000/num206/testimo/](http://www.archimadrid.es/alfayome/menu/pasados/revistas/2000/mar2000/num206/testimo/)



## BIBLIOGRAFÍA

Barlow M., *El socialismo de Mounier*, tr. P. Nuñez, Editorial Nova Terra, Barcelona, 1975.

Belenguer E., *Hacia una pedagogía del personalismo comunitario*, Fundación Emmanuel Mounier, colección Sinergia, Madrid, 2002.

Bombaci N., *Emmanuel Mounier: una vida, un testimonio*, tr. de Carlos Díaz, Fundación Emmanuel Mounier, colección Persona, Madrid, 2002.

Buber, Martin, *¿Qué es el hombre?*, tr. Eugenio Ímaz, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

-----, *Yo y tú*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.

Coreth, Emerich *¿Qué es el hombre?*, tr. Claudio Gancho, Barcelona, Herder, 1985.

Díaz C., *¿Qué es el personalismo comunitario?*, Fundación Emmanuel Mounier, colección Persona, Madrid, 2002.

-----, *Emmanuel Mounier. Un testimonio luminoso*, Ed. Palabra, Madrid, 2000.

-----, *Mounier y la identidad cristiana*. Sígueme, Salamanca, 1978.

Guisard L., Lacroix J., Chaigne H., Couso R., Tap P., Demenach J-M., Comin A., *Presencia de Mounier*, trad. Mary Row, Editorial Nova Terra, Barcelona, 1966.

Lacroix J., *El personalismo como anti-ideología*, trad. Carlos Díaz, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1973.

-----, *Marxismo, existencialismo, personalismo*, tr. Ramón y Ángeles Bayés, Fontanella, Barcelona, 1969.

-----, *El sentido del diálogo*, tr. Nicanor Ancochea, Fontanella, Barcelona, 1968.

Moix C., *El pensamiento de Emmanuel Mounier*, Editorial Estela, Barcelona 1969.



Mounier, Emmanuel, *De la propiedad capitalista a la propiedad humana* (1936), trad. Ramón Alcalde, Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, Argentina, 1984.

-----, *El pequeño miedo del siglo XX* (1949), trad. Florentino Trapero, Taurus, Madrid, 1957.

-----, *El personalismo* (1949), trad. Aida Aisenson, Beatriz Dorriots, León Rozitchner, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Argentina, 1962.

-----, *Introducción a los existencialismos* (1947), trad. Daniel D. Montserrat, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1973.

-----, *Manifiesto al servicio del personalismo* (1936), trad. Julio D. González Campos, Taurus, Madrid, 1976.

-----, *Obras Completas*, v. I, III, IV, trad. Carlos Díaz, Antonio Ruiz, et. alio., Ediciones Sigueme, Salamanca, 1988, 1990, 1992.

-----, *Oeuvres*, v. I, III, IV, Éditions du Seuil, Paris, 1961.

-----, *¿Qué es el personalismo?* (1947), trad. Edgar Rufo, Ediciones Criterio, Buenos Aires, 1956.

-----, *Revolución personalista y comunitaria* (1935), *Obras* vol. I, tr. Enrique Molina, Ed. Laia, Barcelona, 1974.

Pascal, Blas, *Pensamientos*, tr. por X. Zubiri, Espasa-Calpe, México, 1985.

Reale, Giovanni y Antiseri, Darío, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, vol. III, trad. de Juan Andrés Iglesias, Herder, Barcelona, 1998.

Urdanoz, Teófilo, *Historia de la Filosofía*, vol. VIII, BAC, Madrid, 1985.